AHORA, FEMINISMO

Cuestiones candentes y frentes abiertos

Amelia Valcárcel

FEMINISMOS

Amelia Valcárcel

Ahora, Feminismo

Cuestiones candentes y frentes abiertos

CÁTEDRA

Índice

Prólogo

Capítulo primero. Pongamos las agendas en hora

- Los albores de la Modernidad
- Los dones de la paz
- Lo que le debemos a Descartes
- ¿Cómo fue posible el feminismo y en qué consiste?

Capítulo 2. El feminismo ilustrado: la primera ola

- La polémica en que todo el mundo tomó partido
- Las declaraciones
- Las revoluciones
- Las revolucionarias
- Corolario y una precisión importante

Capítulo 3. El feminismo sufragista: la segunda ola

- La Declaración de Sentimientos
- La agenda sufragista
- Los derechos educativos y sus progresos
- La educación superior
- El final de la segunda ola

Capítulo 4. La tercera ola

- *La mística de la feminidad*
- En 1968
- Los así llamados derechos sexuales
- La paridad
- El internacionalismo

Capítulo 5. De nuevo el poder

- La invención del matriarcado
- Epicleras
- La ciudadanía
- Democracia y feminismo
- La representación

Normar y representar
El erotismo de representar
Las poderosas
Hechas para agradar
Buscad a las extrañas
La mirada

CAPÍTULO 6. De nuevo la ley del agrado

Ética y estética de los sexos
El cuerpo libre
Otra vuelta de tuerca
La feminidad expresionista
Nada hay insignificante

CAPÍTULO 7. La mirada iracunda

El camino de la autoconciencia
La guerra de sexos
Aquel día en Nueva York
Conservar la especie
La deflación de expectativas

CAPÍTULO 8. Sufridoras-venaditas

El destino del talento femenino
De dos en dos. Una fenomenología
Aquiles y la tortuga
La obligación del humor

CAPÍTULO 9. La experiencia intelectual de las mujeres

Un siglo de avances y paradas
La experiencia intelectual de las mujeres: si hablamos de poder
Las seis moradas
Cien años de victorias sin cronista
Cien años de luchar contra mentiras interesadas
Confianza: romper las paradojas

CAPÍTULO 10. Religiones y reglas

Religiones y ética
Mínimos comunes y diversidad
Normar el sexo

¿Hablamos de religión o de sexo?: aclaraciones
Opresión de las mujeres, religión y costumbre
Ni la religión ni la naturaleza

CAPÍTULO 11. Naturaleza, cultura, paz

Guerras, paces, mujeres
Amparadas por el poder de la tradición
Comunidad y violencia
Racionalismo pacifista
Ética y estética

CAPÍTULO 12. Entrando en la senda de la autoconciencia

Las mujeres y la sabia civilidad
Saber, ornato y competencia
Saber y ciudadanía
La fabricación de diferencia: máscaras y hormas
De nuevo derecho al mal
El feminismo y su agenda sobrevenida .

CAPÍTULO 13. Fintas laterales: multiculturalidad

La multiculturalidad
Multiculturalidad y mujeres
Ni putas ni sumisas
Laicismo y feminismo

CAPÍTULO 14. Desviaciones, señuelos, troyanos y cimbeles

Género y empoderamiento
Una no, las dos
Qué pueden esperar las mujeres de la política
La micropolítica, la biopolítica, el heteropatriarcado y las acepciones «post»

CAPÍTULO 15. El caballo de Troya y la agenda sobrevenida

El canon gringo
Mercancía averiada
La zorra y las uvas
El feminismo no es plural, sino que debate
La libertad

CRÉDITOS

El Feminismo deberá ser reconocido algún día como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.

C. ALBORCH

Dedicado a su memoria y a la salud de Isabel Morant, que inició este empeño, amigas ambas

Prólogo

Debí de haberme dado cuenta aquel día. Bueno, en verdad en Bogotá ya se estaba haciendo de noche. En el inmenso salón de actos de aquella universidad, a la que se llegaba por calles no muy bien asfaltadas, los enormes sillones de la presidencia esperaban a alguien con más entidad corpórea que yo. Hundida en el del centro, digno de un virrey, intentaba atisbar al auditorio que se mantenía en penumbra. Pero yo a lo mío. Expuse ordenadamente el corpus estable de doctrina feminista sin faltar tilde. Bueno... lo expuse hasta que la voz del gato fantasma comenzó.

Fue luego cuando me dijeron que el gato se oía, pero que nunca nadie lo había podido ver. Solo asistía a conferencias selectas el minino. Paré, carraspeé y pregunté si alguien más sentía sus maullidos. El auditorio respondió que todos lo escuchaban, a la perfección. Sonaba tal cual tras las cortinas que yo tenía a la espalda. Le pedí su amistosa colaboración y decidió aplacarse. Terminada la conferencia, con la ordenada costumbre americana, me fueron pasando las preguntas por escrito. Esta era una: «¿Puede, por favor, explicarnos qué tienen que ver feminismo y lesbianismo?».

Discípula como soy, aunque lejana, de Ferrater Mora, opero siempre bajo el síndrome «Voltaire en Nueva York». Ferrater, una de las personas con el sentido del humor más fino que he conocido, si no la más, escribió un relato inmarcesible y probablemente autobiográfico: un joven profesor de provincias es invitado, por fin, a dar una conferencia en una prestigiosa institución neoyorquina. Venciendo a sus espantosos cuan envidiosos colegas, marcha triunfante y a dar la mejor de su vida. Llega, se equivoca de sala primero, busca, y encuentra a tres personas dispuestas a escucharle. Una se larga al inicio. Decide sobreponerse y le suelta toda su erudición a una amable señora que le escucha con sonrisa de entendimiento. Cuando la

conferencia termina… comienzan las preguntas: «¿Voltaire era un filósofo del siglo XVIII?». Incapaz de creer en la literalidad de tal asunto, el joven erudito interpreta que se le pregunta si, después de todo, no hay en Voltaire elementos que no se corresponden del todo con su siglo, sino con el anterior o el XIX. Y da la más completa y precavida respuesta. Pero… resulta que… lo que le han preguntado es tal cual: si Voltaire era un tipo del siglo XVIII.

Sirva este exordio para colocar a la luz lo que me pasó por la cabeza: sin duda, pensé, quien pregunta quiere saber si existe una conexión entre alguno de los aspectos teóricos o prácticos del feminismo y las libertades sexuales adquiridas por las personas, incluida la de desviarse sin problemas de las rígidas normas pasadas. En consecuencia, desarrollé el asunto lo mejor que pude. Y fue la primera vez que yo misma puse en claro en mi propia cabeza la evidente conexión entre las victorias feministas y el tema que ahora llamamos, para abreviar, diversidad. Ahora ya no estoy tan segura de que ese fuera el matiz de la pregunta. Pero… ahí lo dejo.

La tercera ola del feminismo está asistiendo cada vez con mayor intensidad al solapamiento de la agenda feminista en pro de asuntos desiderativos, teorías del deseo o inflaciones emocionales. A fin de popularizar a veces conviene rebajar, incluso facilitar y edulcorar contenidos. Y no puede dudarse de que el feminismo está alcanzando cierta popularidad. El problema es de costes. La teoría, la propaganda o la publicidad no se rigen por las mismas varas de medir. Por citar a Mary Beard, «operar con la democracia es más complicado que hacer eslóganes y super-simplificar no es tampoco la manera de resolver problemas complejos». El feminismo puede sin duda enseñarse, proponerse para principiantes o incluso padecer un *Assimil* o un «cuatro primeras letras». Pero de suyo es exigente, como lo ha sido toda la tradición moderna.

Siempre en el feminismo encontramos cuatro grandes bloques: una teoría explicativa, una agenda, una vanguardia y un conjunto de consecuencias impremeditadas. La teoría se suele acompasar a la que sea de recibo en su tiempo: lockeana, liberal, liberal milleana, socialista utópica, marxista,

democrática, socialdemocrática, freudomarxista, radical democrática. La agenda incluye todas aquellas acciones que se desean abolidas y cuantas se proponen para que sean ensayadas e introducidas en la vida privada y pública. La vanguardia se hace cargo de la tarea de poner tal agenda por obra. Inútil será decir que nunca se hace al completo ni sus resultados suelen coincidir al ciento por ciento con lo que se proyectó. Por ello debemos ya comenzar a estudiar, y con sentido histórico, cuantas consecuencias no premeditadas e incluso no queridas han derivado de las muchas propuestas y victorias feministas.

A este cuarto bloque de estudio y sentido, del que todavía sabemos poco, le he llamado «consecuencias no previstas», pero se le podría igualmente entender como «resultados colaterales». El propio feminismo en buena parte fue una consecuencia, un hijo no querido, de la Modernidad. Porque el feminismo, durante cuatro siglos de existencia, ha cambiado por completo la faz social y se ha probado como la política capaz de introducir mayor libertad y bienestar en el mundo que habitamos. Tiene sus reales en Occidente pero se está exportando, con enormes dificultades, fuera de sus fronteras. El feminismo es el producto más elevado de la democracia como horizonte de valor y tiene tanta viabilidad como ella posea. Porque está vivo, debate con el tiempo que le toca vivir. Ahora enfrenta un tiempo decisivo: el tiempo global.

Este libro es producto del trabajo, reflexiones y debates de la última década. Está lleno de referencias amistosas y criptocitas. Para salvarlas, aunque no todas, me gustaría hacer explícitos algunos agradecimientos poderosos: además de a las personas a las que va dedicado, Carmen Alborch e Isabel Morant, debe ideas y palabras al enorme movimiento feminista que lo alimenta. A mis Comadres de Xixón, a nuestro Tren de la Libertad, a nuestra Escuela Rosario de Acuña, a Alicia Miyares, Rosa R. Magda, Consuelo Flecha, Ana de Miguel, X. Araquistain, Mercedes Navarro, Ángeles Álvarez, María José Guerra, Rosa Peris, Oliva Blanco, Carmen Romero, Rafaela Pastor, Silvia Buavent, Isabel Gómez-Acebo, Cristina Molina, Ana Hardison...

Cómo no recordar a Soledad Gallego, que tantas batallas ha librado. A Rosa Conde, que puso puente a las Américas. Y allí tengo en mi corazón a María Elena Chapa, Ana Laura Santamaría, Dulce María Sauri, Marita Perceval, Marcela Lagarde, Diana Maffia.

A las amigas y amigos de Face especialmente: desde que resido en esa ágora que nunca cierra, jamás me siento sola, sea la hora que sea del día o de la noche. Siempre encuentro una idea, un argumento, una palabra amable.

Por último, a Alicia Puleo, directora de esta Colección, y a Raúl García, que ponen su esfuerzo constante en la continuidad de este empeño que casi alcanza ya treinta años de singladura.

P.S. En bastantes ocasiones y en el feminismo, como nos sabemos vanguardia relativamente frágil y por lo tanto fácil de atacar, silenciamos las disensiones. Pero a veces hay que arrostrar el peligro y decir bien fuerte que... hasta aquí hemos llegado.

CAPÍTULO PRIMERO

Pongamos las agendas en hora

En este primer capítulo me propongo que pongamos el reloj en hora. Y quiero que lo hagamos para tratar de saber dónde estamos en cada lugar y qué nos queda por delante. Por lo tanto, para lograrlo, no hay otra opción que reconstruir toda la trayectoria de lo que el feminismo es desde su origen. Nos conviene poner esa memoria en hora, ese reloj en hora, para poder entender y situarnos.

LOS ALBORES DE LA MODERNIDAD

Mi maestra Celia Amorós siempre afirmó que pocas cosas hay mejores que una buena cronología. Y aunque sea una tarea costosa vamos a hablar de fechas y espacios, de tiempos y espacios. Coloquemos nuestro pensamiento en el lugar de donde venimos. Alguien pensará, y con razón, que venimos de lugares y países muy diferentes; es cierto, pero no son demasiado divergentes. Desde luego, no tanto como para que no podamos entendernos. Y no me refiero al idioma común, sino a los valores de trasfondo que probablemente admitimos. La mayoría venimos de un único espacio-tiempo. Solemos referirnos a él utilizando un término geográfico, Occidente. Y eso tiene un tiempo y una edad. Venimos de la paz de Westfalia. Así, sin matiz. Dicho en otros términos, lo que nos ha hecho posibles es la paz de Westfalia. Coloquémonos, pues, en 1648 y en Europa.

Se hace por fin la paz que cierra las guerras de religión. La paz de Westfalia ha sido difícil de conseguir. Ha tenido muchas paces previas, todas caducadas, comenzando por la llamada «de las Damas»[1]. Porque ninguna paz bastaba, como tampoco ningún principio. Las guerras que en 1648 cerraba la paz de Westfalia llevaban abiertas más de un siglo.

Las guerras de religión habían empezado en Europa

inmediatamente después de la Reforma protestante. En el momento en que Lutero clava sus tesis en Wittemberg, la noche de Walpurgis de 1517, se inicia una revolución en Alemania y una guerra civil europea en la que todos los estados se verán comprometidos. Una guerra que se transforma en cada país en varias y terribles guerras civiles, excepto en aquellos que prefieren la unidad doctrinal a toda costa y comienzan a perseguir a cualquier elemento que supongan contaminado por las nuevas ideas, como es el caso de la corona hispánica.

La corona hispánica se deshace de sus disidentes. Lo hace en dos grandes procesos: el proceso de Valladolid, primero, y el proceso de Sevilla, después; ambos acaban con cualquier brote de Reforma y con lo que en España se llaman «alumbrados». A nadie le quedan, tras aquellos enormes procesos inquisitoriales, ganas de seguir practicando doctrinas que se consideran no solo erróneas, sino, y sobre todo, extranjeras. Felipe II decreta el cierre de las fronteras intelectuales de la monarquía hispánica. Nadie de fuera, de ninguna universidad foránea, podrá venir a enseñar a las universidades españolas, aunque sea una persona de solvencia católica reconocida. El país se transforma en una autarquía intelectual. Este país que, además, se cree, y de hecho es, dueño del mundo. Este país cuyo rey se denomina a sí mismo «Rey Planeta» porque en sus dominios el sol no se pone. Este país gastará toda la enorme aferencia del oro que viene de América (ese oro por el que a veces todavía se nos pregunta) en intentar frenar la Reforma protestante. Ese oro no se quedó en Castilla; ya lo dicen nuestros poetas en el siglo XVII. Nace en América, viene a morir en España y lo entierran en Génova. Los banqueros de Génova, cierto, se lo quedan porque con él se están pagando ejércitos que frenen la Reforma a cualquier precio. Como sea. ¿Pero se puede frenar la Reforma? No. Se pueden gastar cien años y cien flotas de oro en pretenderlo; se puede hacer una Contrarreforma para intentar tomar la delantera. Pero lo que de hecho se pagan son cien años de guerras, de guerras terribles. Las guerras de religión fueron probablemente las más duras, y lo afirmo sabiendo que Europa ha sido un continente que no ha dejado

de tener guerras, de hacerlas y sufrirlas. Si nosotros consideramos a Europa una unidad política, y ahora tenemos que hacerlo, debemos interpretar todas sus guerras como guerras civiles. Pues bien, en Europa hemos protagonizado las más terribles, hasta la Segunda Guerra Mundial. Este es un continente que ha vivido y pensado constantemente en la guerra.

Esa es nuestra tradición, por si acaso alguien cree que lo nuestro con la paz y los principios viene de serie. Lo que tenemos detrás es guerra y desolación. Las guerras de religión bien se supo por qué comenzaron, era evidente: unos querían la reforma de la Iglesia, y otros querían atajar esa reforma, entendiendo que bajo ella lo único que había eran disturbios civiles y ambiciones políticas. Pero qué rara se hizo esta guerra que empezó en 1517 y en 1527 ya se había retorcido: pasaban cosas extrañas. Recordaré una. El emperador Carlos V hace decir una misa en Valladolid, donde tenía entonces su corte, para pedir a Dios que libere al Papa. Porque el Papa, ¡ay dolor!, está en manos de los protestantes, del ejército hugonote comandado por el duque de Borbón, al que, por cierto, lo está pagando él, el César Carlos. El emperador está rogando a Dios para que libere al Papa, que está en manos del emperador, solo que por medio de un ejército protestante mandado por un francés hugonote, el duque de Borbón. O sea, que a diez años del inicio el engendro ya es monumental, y aquello solo acaba de empezar, puesto que va a durar largamente cien años más.

A medida que el siglo avanza, el XVI, esta guerra religiosa no cambia, rebrota constantemente aquí y allá. Las gentes que la padecen, como en toda guerra horrible, comienzan a olvidar por qué empezó. Comenzó, sí, por la Reforma, pero al final todo es poder y geopolítica: monarcas católicos pagan a ejércitos luteranos para que estos ataquen a otros monarcas católicos, porque lo que quieren es hacer vacilar sus tronos, o cortar su influencia en Italia, o cualquier otra maquiavélica partida... Al final es una cuestión de estrategia y geopolítica. Por fin se llega a un aproximado principio de acuerdo en 1585. Se intenta dividir lo que hay mediante el recurso a un principio por todos aceptado.Y es este: *cuius regio eius religio,* es decir,

que la religión del rey sea la de sus súbditos y no haya, por tanto, libertad religiosa, sino que, si tocó rey católico, súbdito católico, si tocó rey reformado, súbdito reformado. Se trata de acabar al menos con las querellas internas.

Fijémonos en que este principio es todo lo contrario del principio de tolerancia. Es un principio cerrado: *cuius regio eius religio:* unicidad de estado y creencias. Aun así, no funciona. La geopolítica sigue inexorable y se ahondan los terribles problemas de la corona hispánica, del «Rey Planeta», con la corona francesa, con el padre de quien se acabará llamando a sí mismo el «Rey Sol», para poner al español en su sitio. Todo el mundo proclama cosas y elige emblemas por algo; aquella gente tenía sus ideas.

Francia lucha por ser la suprema potencia de Europa. ¿Qué hacen nuestros reyes castellanos? Endeudarse cada vez más para proseguir las guerras, traer la plata americana, dársela a los banqueros genoveses y, por descontado, provocar bancarrotas continuas. Si las estudiamos, veremos que son recurrentes, que no pueden pagar. Tienen que esperar a la flota del oro, que viene una vez al año, a la que, además del exhausto tesoro real, esperan siempre los corsarios ingleses y franceses. Al pairo, hasta que pase la flota del oro, con una buena rapiña, con buen viento y mejor fortuna, uno se puede hacer con ella. Los mares no son seguros, y andar al corso es legal. Existen caballeros corsarios, que no son los de la pierna cortada y sin un ojo con el añadido de un loro en el hombro derecho. Los caballeros corsarios son gente seria, que consigue que una monarquía le extienda una patente de corso, la cual autoriza a tomar en el mar cualquier barco que pueda y quiera, siempre que no sea suyo, esto es, de la enseña de su monarca. Se debe, por descontado, pagar por ello: un quinto a la corona. Alguno lo hace tan bien que le imponen nada menos que la Orden de la Jarretera. Imaginemos que los mares no son seguros, que las tierras no son seguras; que aquello es lo que es. Y todo esto en medio de una querella religiosa donde la gente se sigue matando por el problema de si hay o no transubstanciación durante la misa, una cosa que, bien pensada, quita el sueño a cualquiera.

Por si sucediera que ya nadie recuerda bien la transubstanciación, me veo en el deber de recordar que así se llamó a la presencia real de Cristo en la hostia. Y ello en medio de un debate: si en efecto en la hostia está verdaderamente el cuerpo de Cristo o simplemente Cristo nos dijo que hiciéramos aquello en memoria suya, que hiciéramos como si fuera Él el que estuviera entre nosotros, pero no queriendo decir que aquello era efectivamente su cuerpo. Esto quizá nos parecerá ahora una fruslería, pero a la gente la quemaban viva por mucho menos. Las religiones siempre tienen algunos de estos puntos calientes que pueden resultar mucho más peligrosos para sus contemporáneos de lo que queremos saber.

Pues bien, ese era el estado de la cuestión. Es fácil comprender que la posibilidad de ocurrencia del feminismo en tal contexto sea, digamos, escasa. Esto dicho, vamos a ver por qué la paz de Westfalia es nuestra fecha de nacimiento. La peor parte de esa guerra fue la última. Se la conoce como Guerra de los Treinta Años. Fue espantosa. La gente ya no solo no se acordaba de por qué guerreaba, sino que odiaba guerrear, pero no podía parar. El terror marchaba solo. Y nadie parecía poder pararlo porque —esto nos sonará— se había creado con él un grupo de gentes, varones, violentos por costumbre y oficio, que se alquilaban a cualquiera, que solo eran candidatos a ejércitos mercenarios y que no querían que la guerra acabara nunca, dado que era su modo de vida. O dicho en otros términos: en algunos territorios había más de tres y cuatro generaciones de europeos que jamás habían conocido la paz. Solo sabían lo que era la guerra. Y la gente, mucha, sabía vivir en la guerra, era el modo de vida que conocían y tenían.

En la guerra los cuatro jinetes del Apocalipsis corren por sus propios escenarios. Los representan bien quienes los padecieron. Hay quien se pone frente a Brueghel y se pregunta cómo podía tener este pintor esa terrible imaginación, la que aparece en el *Triunfo de la Muerte,* por ejemplo. Me pregunto: ¿cuál otra iba a poder tener según estaba Europa en aquel momento? Era lo que tenían más claro. Se pasaban el día temiéndolo o viéndolo. Por eso lo pintaban. Repasemos: incendios, saqueos, peste, tortura, violación y asesinato; en la

guerra todo vale, toda la legalidad está interrumpida, toda moral está interrumpida. Todo vale con el enemigo, todo. Y con la enemiga... en fin. Y, como todo valía, todo se hacía. Estos ejércitos mercenarios lo hacían; llevaban décadas así y no querían terminar la guerra, en absoluto, vivían de ella. La guerra acaba con ganados y cosechas. Trae el hambre y la peste. ¿Para qué cultivar si no sabes si vas a recoger? Territorios enteros de Europa quedaron despoblados. La Pomerania entera, otras regiones de Alemania, quedaron simplemente sin gente. Sin nadie. La gente llegó a desenterrar a los muertos para tener qué comer, y se los comían. Mujeres fueron acusadas de devorar a sus hijos. A toda costa se intentó una paz complicada. Porque «Eso» había que pararlo.

Los dones de la paz

Cuando por fin se logró la paz de Westfalia y se acabó esta atroz e inacabable contienda, entonces comenzaron a nacer los principios en cuyo despliegue se acabará por basar la convivencia democrática. Conviene citarlos. El primero: la religión no es superior al poder político, es un asunto privado. El segundo: la política es una asociación espontánea en los seres humanos pero no natural, que tiene que estar siempre sometida a reglas: John Locke o Thomas Hobbes. Esta es la gran novedad: hemos de entender la sociedad política como si fuera un contrato y la ley como el producto de la voluntad humana. La legitimidad divina de los reyes queda en entredicho. Empero, lo que más en entredicho queda es la propia religión: que aquello que era religión, lo que se supone que nos hace mejores y nos hace ir al cielo... parece que no sirve para vivir en la tierra; por lo menos si la religión acaba rigiendo la política. Por tanto, la religión ha de ser considerada privada. Este principio se enuncia claramente en Holanda. La religión es privada y las diferentes religiones tienen la obligación de tolerarse entre sí. El Estado tiene el deber de protegerlas a todas, siempre y cuando no alteren la paz civil. Hobbes lo ratificará. Pero la filosofía llega al atardecer. El principio ya ha sido establecido en un lugar peculiar.

Se establece en la monarquía de Holanda. Una monarquía singular y extraña porque es, durante cierto tiempo, una monarquía sin rey. Sí, los holandeses se han librado de la tutela de la corona hispánica; se han quedado sin rey, pero no parecen muy deseosos de tener uno. Se declaran «reino sin rey» a la espera de encontrar uno que se les adecúe. Tenían muy mala experiencia del pasado y se tornaron innovadores. A decir verdad, los holandeses siempre han sido extraordinariamente innovadores. Y a la vez que esta bonita innovación política, produjeron otra que fue la libertad de imprenta. En Holanda se puede imprimir cualquier cosa, y solo después de impresa, se decidirá si es legal o no; por lo tanto... se acabó la censura previa.

La imprenta holandesa se convierte en una potencia. Los mapas y los libros punteros son suyos. Muchos libros se llevan a imprimir a Holanda. Cada vez que alguien se plantea la duda de si algo va a ser bien recibido, lo manda de tapadillo a Holanda. En Holanda lo imprimen y luego se distribuye. Que no se le pone reparo, excelente. Que lo tiene... ¡id a preguntar a Holanda!, se ha impreso allí. Pero no vayamos a pensar que los holandeses eran unos seres angélicos y desprendidos. Se dedican sobre todo a la trata de esclavos, porque además de innovar en política pasaban sus años económicamente útiles yendo a los estuarios del África verde, comprando y llevando africanos a América, de lo que sacaban enormes beneficios. Así eran las cosas.

Pero si estableces el principio, estableces el principio, y Holanda ha establecido el principio de tolerancia, ha establecido el principio de la supremacía de la ley como un pacto civil y ha establecido la libertad de prensa. Así, con tales novedades, se abre el periodo en que vivimos, el nuestro, esto a lo que llamamos Modernidad. Se comienza a cortar con el Antiguo Régimen. Si has comenzado por afirmar que los monarcas no tienen autoridad divina, ello quiere decir también que el mundo puede que sea el resultado de un designio creador divino, pero en todo caso no se gobierna mejor utilizando los textos sagrados como vía de gobierno, sino la razón humana. La razón humana empieza a adquirir el lugar

central, el lugar de la luz.

¿Quién nos puede ayudar en nuestra confusión? El uso de la recta razón. ¿Quiénes la encarnaron? Descartes, Locke, Espinosa, Hobbes, los grandes pensadores barrocos, las cabezas más descollantes del siglo XVII; a esto llamamos la Modernidad. De todos ellos somos herederas y herederos. Las mujeres, más. No es que nos tuvieran previstas; es más, no creo ni siquiera que les hubiéramos gustado. Pero tal como ahora somos nos derivamos directamente de los principios que establecieron.

Lo que le debemos a Descartes

A veces pienso, y a menudo lo digo, que hay que recapacitar en lo que las mujeres y las feministas le debemos a Descartes, porque son muchas cosas. Se atrevió a afirmar que escribía de tal manera que lo entendieran «hasta las mujeres». Si lo tomamos a mal, podemos pensar que es una expresión desafortunada, ¡caramba!, pero mirémoslo por la parte buena. Es esta: no procede Descartes como los antiguos escolásticos, primero, escribiendo «utrum si», «si quando», «ut aliquando»; ni «Anselmo dixit» y esotro «replicavit». No. No es su estilo. Cualquiera puede seguirlo. Hay un discurso bien hilvanado de lo que parecen verdades que tienen que ser evidentes y, por lo tanto, en su orden, demostradas. Así funciona la razón, así han de funcionar el saber y la ciencia. Todo lo que hemos heredado como saber de la tradición hay que someterlo a esta nueva luz. Porque puede que de la tradición hayamos heredado cosas que simplemente sean malos usos inveterados.

Es muy fácil que en semejante nuevo y libre lugar crezca una idea: ¿no puede ser la sujeción de las mujeres un mal uso inveterado que simplemente hemos heredado? Si no hubiera aparecido la ilegalización de la tradición que es el cartesianismo, el feminismo no habría tenido condición de posibilidad. Porque nosotras, feministas, ilegalizamos la tradición y decimos que hemos sido sometidas secularmente por obra de un abuso o un mal uso. Eso es lo que venimos afirmando y desplegando desde hace tres siglos.

Descartes afirmó que su obra estaba escrita para que la

entendieran «hasta las mujeres» porque pensaba, además, que las mujeres puede que no tuvieran erudición escolástica, de aquella del «utrum si», «et aliquando», pero tenían, decía muy seguro, buen juicio, *bon sense,* como cualquiera. Y en tanto que tenían *bon sense,* les podía ser sometida cualquier cuestión, porque con *bon sense* la resolverían[2]. Si Descartes mantiene todo esto, está claro que está estableciendo el lugar teórico donde puede crecer el feminismo. Hace tiempo, cuando la historia canónica de este estaba por hacerse, Amorós y yo nos planteábamos si no habría habido un núcleo feminista dentro de lo que podríamos llamar los aledaños del cartesianismo. Nos parecía imposible que nadie hubiera sacado las rectas conclusiones de estos planteamientos. Por ello fue un fogonazo de alegría intelectual descubrir a Poulain de la Barre.

Exactamente aparecía donde era de esperar. El primer feminista, la primera obra que podemos considerar sin matices que pertenece a la tradición política a la que llamamos feminismo, es *De la igualdad de los dos sexos,* de Poulain de la Barre, un cartesiano. Poulain de la Barre escribe esta obra en la segunda mitad del XVII, y también *De la educación de las damas*. Son dos obras fundamentales. En *De la igualdad de los dos sexos* argumenta, en efecto, que los dos sexos son iguales y que simplemente una tradición mal entendida ha llevado a excluir a uno del todo y de todo. Y en *De la educación de las damas* en realidad De la Barre no habla de ese tema, la educación de las damas, sino que argumenta que el sistema de su maestro Descartes es mejor que cualquier otro; más exactamente, se lo hace argumentar a unas protagonistas que son mujeres y que son cartesianas.

Las fechas son decisivas: De la Barre publica veinte años después de la paz de Westfalia. Su obra se convierte en un éxito inmediato con un gran número de ediciones. Ello es posible también porque el terreno está abonado por el movimiento asombroso que llamamos preciosismo, del que cada vez sabemos más. El preciosismo, ese movimiento francés en que las mujeres por primera vez tratan de apoderarse del saber, del que por cierto son expulsadas a coces. De las preciosas recordamos mucho mejor cómo y cuánto las

denostaba Molière que lo que ellas mismas hacían. Conocemos bien esas obras críticas con ellas. Por lo menos en España, una vez a la década, alguno de estos que monta obras de teatro se ve compelido a volver a poner *Las mujeres sabias, La academia de las damas* o *Las preciosas ridículas.* Si bien últimamente cosechan unos fracasos imponentes que ellos mismos no saben explicarse. Quizá no está el horno para bollos. Lo que esas comedias transmiten es un completo escarnio de cualquier pretensión que tengan las mujeres de adquirir saber. En el siglo XVII era lo que el horno deseaba oír y aplaudir: a las mujeres había que quitarles ínfulas. Estaban corriendo demasiado. El arma, como tantas veces, el ridículo.

A veces nos preguntamos qué obstáculos tenemos. Y hay en los debates un obstáculo que surge constantemente en las intervenciones, uno con mitra. Ocurre que los varones inspirados por Dios, ignoro por qué, tienen comúnmente grandes aficiones a ponerse cosas en la cabeza. Dejemos esto de momento. Repasemos: tenemos a Poulain de la Barre y al preciosismo funcionando, en esta primera entrada pública. Y, de inmediato, se produce un gran frenazo por la vía del ridículo. Esta es siempre una vía importante. La otra suele ser la religión, sea la Iglesia luterana, baptista, pietista o católica, si bien la católica cierto que con más afición. Pero siempre hay otro frente vinculado con ambos, el de los moralistas; me refiero a quienes hacen libros y tratados sobre qué es conveniente para educarnos, qué valores son los buenos y cuáles no, qué costumbres hay que respetar y cuáles no. En sí esta es una actividad explicativa noble, pero a menudo sucede, en cada tiempo histórico, que en cuanto un mínimo destello de libertad para las mujeres aparece, el frente moralista se activa, pero en contra.

O, visto desde otro ángulo: el feminismo pocas veces en sus vindicaciones se encara con un frente político que le diga política y rotundamente no. Las mujeres como sexo padecen el ridículo. Y el feminismo, también. Siempre aparece primero el ridículo, y después lo hacen los moralistas, sobre todo si el ridículo no ha funcionado. El argumento de fondo también es siempre el mismo: si tales o cuales cosas se consiguen (sean

estas la educación, el matrimonio por voluntad, el voto), va a producirse un enorme desorden moral en la sociedad que a quienes primero afectará será precisamente a las mujeres. Por lo tanto, en orden a la seguridad propia y ajena, tales cosas deben ser evitadas.

Cuando ya la vindicación apareció clara, se llegaron a predicar cosas como que la elección matrimonial, el casarse por inclinación, era malo y poco inteligente. Moralistas hubo que escribieron, sin que esto les avergonzara, que no estaba bien que los novios se conocieran antes de casarse, ni mucho menos que eligieran: en la vida todas las cosas van a menos, de modo que si dos personas se aman al principio, más que probablemente pasados unos años ya no se amarán, y por lo tanto pasarán de tener algo a no tenerlo. Mientras que, si no se conocen de nada, o incluso se tienen cierta ojeriza, con el tiempo y el trato continuado llegarán a tomarse afecto; conseguirán, mediante un matrimonio obligado, una posición mejor que la que tenían en un principio. En consecuencia, el matrimonio concertado por los padres es mucho mejor que el matrimonio por elección. Y además, si empezamos a admitir novedades que nunca se han probado, no sabemos cómo se puede acabar. Es el argumento conocido por «pendiente deslizante». Se empieza por la elección de estado, pero ¿cómo acabarán? Moralistas hay, no pocos, que auguran que si se alcanzan estas cosas aparentemente inocentes, al final lo que ocurrirá es que las mujeres perderán el respeto que han de tener, y perderán con él también el recato, y al final perderán la honra, que es lo más sagrado e importante que tienen. Porque basta con empezar por abolir una cosa para que las demás vayan seguidamente. Toda novedad, si cursa con la mayor libertad de las mujeres, es mala.

Por lo tanto, ¿cómo tendrá el feminismo que argumentar? Las mujeres subrayarán que no desean perder el recato, que no quieren perder el respeto, que no piensan perder la honra. Siempre decimos lo mismo. Que no queremos lo que queremos. Incluso llegamos a cegarnos. No es raro que, en cualquier coloquio, alguna exprese que «no es verdad que queramos quitarles a los hombres nada». Siempre se dice,

invariablemente. Pero... ¡no va a ser verdad! ¿No es más cierto que tienen mucho y hasta demasiado? Pues habrá que quitárselo para hacer un reparto un poco más decente. Tenemos que ir diciendo que no vamos a hacer lo que es evidente que sí vamos a hacer. Es lógico. Siempre ha sido así, no es de ahora, ya tiene antecedentes en el siglo XVII. Para introducir una vindicación hay que afirmar que tu vindicación no altera el orden; esta es la única manera de que te permitan, y no siempre, introducirla. El feminismo asegura en el siglo ilustrado que será mucho mejor tener mujeres que aman a su esposo y que le son fieles compañeras que simplemente unas pobres jóvenes, arrastradas al matrimonio, que luego a saber lo que harán. Conocemos el argumentario. Es como si abrieras un cajón y vieras todas las fichas y cómo se van a ir jugando, porque son siempre las mismas y están ahí.

Nuestras antepasadas hicieron eso, nosotras también[3]. Lo tenemos que entender. Naturalmente que lo tengamos que entender no quiere decir nada más que lo tenemos que entender con la cabeza. No podemos, sin más, llevarnos las manos a ella. Entender es un largo proceso. Lo que es el feminismo ya lo enunció en el siglo XVII Poulain de la Barre. Ser mujer, dice, no es nada diferente de ser varón, pero es nacer condenada a una minoría de edad perpetua. Nacer condenada a una minoría de edad perpetua por el sexo en que naces, no por ninguna otra cosa. Ser para siempre menor de edad. Hay que romper esta situación porque, aunque antigua, es malvada. Porque —y esto ya es privativo de Poulain de la Barre, no de Descartes— la inteligencia no tiene sexo y no puede nacer condenada. Más exactamente: no dice inteligencia, sino que usa la palabra de la época, «esprit». «L'esprit» es más que inteligencia. «L'esprit n'a pas de sexe». Esto es lo que nos hace humanos, no tiene sexo. Esta toma de distancia con la tradición, con el ridículo, con la religión y con la hipocresía moralista es lo que las libertades de las mujeres deben a Descartes y al racionalismo cartesiano. No es poca cosa.

¿CÓMO FUE POSIBLE EL FEMINISMO Y EN QUÉ CONSISTE?

Hay dos preguntas que se relacionan y, con todo, deben separarse: ¿qué ha hecho posible *al* feminismo?, ¿qué ha hecho el feminismo? Contemplemos un gran cuadro, las *Meninas*. Ninguno de sus personajes puede ver el cuadro; pero, aunque estuvieran vivos y no pintados, tampoco verían el cuadro, porque para verlo hay que salirse de él. Entonces es cuando se ve. El feminismo fue posible porque llevó a cabo algo que hizo toda la teoría política europea para salir del Antiguo Régimen: dar un paso fuera del cuadro. Situarse a cierta distancia y observar. Poder decir «mira, esto es lo que pasa». Ese pequeño paso es el enorme salto teórico que va de las sociedades del Antiguo Régimen a las sociedades modernas. Es el paso a la autorreflexión, a poder verse y juzgar desde ese nuevo lugar qué nos pasa. Eso hizo la Modernidad. El feminismo solo intentó seguir ese paso, pero lo siguió bien, con exactitud y medida; porque el feminismo es el hijo, la hija si queréis, más serio, adelantado, consciente, coherente y lúcido del pensamiento barroco ilustrado. Probablemente era un hijo no querido, pero salió perfecto.

Consiste en cuatro cosas, dicho con brevedad. Una teoría que señala lo que es relevante y cómo ha de ser interpretado el mundo. Dos, una agenda que indica qué hay que hacer. Tres, un movimiento, esto es, una serie de gente que se compromete con la agenda para llevarla adelante. Y cuatro, un conjunto de acciones no especialmente dirigidas o solo parcialmente dirigidas. Digamos, resultados laterales de las acciones que la agenda emprende[4]. ¿Cuánto feminismo llevamos desde 1673? Más de tres siglos, en tres grandes olas. La buena cronología ayuda mucho. La primera, de 1673 a 1792. La marco así por dos grandes obras teóricas, desde Poulain de la Barre, en su *De la igualdad de los dos sexos,* hasta la *Vindicación de los Derechos de la Mujer* de Mary Wollstonecraft en 1792. Más de un siglo. Esta es la primera ola del feminismo. Se caracteriza, como conjunto teórico-explicativo, por una base en el racionalismo cartesiano y una expresión política lockeana. Sabemos que es así porque los sucesivos panfletos, escritos, etc., de este siglo y pico están llenos de sus suposiciones y su terminología. Esta primera fase produce una plétora de escritos. Si buscamos en

las bibliotecas, se nos presentan avalanchas, montones de escritos, de cartas, de pequeños folletos, que constituyen la polémica feminista durante el siglo ilustrado. Y recordemos que nadie escribe sobre algo polémico sin haberlo hablado previamente. Existe una enorme literatura y debió de existir un debate aun mayor.

El feminismo viene de la Ilustración europea, aunque arranca previamente de la filosofía barroca. Pero es en el Siglo de las Luces cuando toma su primer gran impulso. Ese siglo, que es una larga polémica en torno a la más variada tópica (el lujo, el gusto, las artes y las ciencias, la superstición, los textos sagrados, las formas de estado, los temperamentos... y tantas otras), inaugura como polémica la igualdad de ingenio y trato para las mujeres. El XVIII, que es el origen de nuestro mundo de ideas, de gran parte de nuestro marco institucional y de bastantes modos de vida actuales, es también la fuente de nuestro horizonte político e incluso del horizonte de reformas sociales y morales en el que todavía estamos viviendo. Ese siglo singular presenta el primer feminismo como una de las partes polémicas del programa ilustrado.

Subrayar este origen ilustrado del feminismo pienso que consigue distinguir lo que es literatura política feminista de una serie de pensamientos, también polémicos, que se producen recurrentemente en la tradición europea desde el siglo XIII. En los albores de la Baja Edad Media y en el entorno del nacimiento y expansión del gótico ciudadano y las formas civilizatorias bajomedievales, nacen toda una serie de nuevos modos e ideas que suelen resumirse bajo el nombre de «amor cortés». En tal entorno surge una literatura peculiar que llamaré «discurso de la excelencia de las nobles mujeres» y que tiene sus cultivadoras y cultivadores, así como usos sociales inequívocos. Sirve para proporcionar modelos de autoestima y conducta a las mujeres de las castas nobles. Glosa a reinas, heroínas, santas y grandes damas del pasado, reales o ficticias, y a través de ellas ofrece modelos de feminidad que contribuyan a la creación de cortesía en el grupo de poder. Este «discurso de la excelencia» no se produce sin disenso: tiene como paralelo continuado una literatura misógina, por lo

común clerical pero también laica, que, a su vez, viene de remotos orígenes. Ambos, el discurso de la excelencia y el misógino, compiten hasta el Barroco de forma casi ritualizada. Uno exalta las virtudes y cualidades femeninas y da de ellas ejemplos. Otro se ensaña en los defectos y estupidez pretendidamente ingénitos del sexo femenino con una plantilla de origen que habría de remitirse a los Padres de la Iglesia o incluso a Aristóteles. Filóginos y misóginos repiten los mismos ejemplos y argumentos sin jamás llegar a acuerdo —ni quizá pretenderlo— en una disputa tan ritualizada como la de Don Carnal y Doña Cuaresma. Unos y otros no ponen tampoco en duda el marco común: que las mujeres han de estar bajo la autoridad masculina, sino que discrepan en lo que toca al respeto que haya de acordárseles. Porque es eso, el derecho a la dignidad y al respeto de seres esencial y funcionalmente separados, lo que se pone en común. En el mejor de los casos, la pretensión más alta a la que cabe apelar, si la disputa se resuelve a favor de las mujeres, es la que resume Calderón en *El alcalde de Zalamea:* «Puesto que de ellas nacemos, no digas mal de mujer». Pero tampoco cambies nada. El mundo estamental, *a fortiori,* contempla como legítima la desigualdad entre los sexos; es un mundo esencialmente desigual. La Modernidad comienza a separarse de él. El feminismo corta con el pensamiento heredado y lo hace durante una polémica que dura más de un siglo; una polémica hoy casi olvidada pero en la que intervienen muchos autores y autoras, corrientes o las mejores cabezas, tanto a favor como en contra. Un mundo nuevo que se abre con la expansión geográfica y la nueva cronología armado para orientarse con un nuevo mundo de ideas.

---

[1] Paz de las Damas porque en sus inicios diversas reinas, hermanas y familiares de los primeros contendientes se reunieron a fin de encontrar algún armisticio; lograron uno; por eso aquella primera paz fue llamada así.

[2] La primera vez que Celia Amorós y yo percibimos esto, casi nos deslumbramos. Estábamos, hacía tantos años, carentes de noticias sobre la tradición propia... Debíamos hacer de detectives. Y así leímos a Descartes, con la lupa. Encontrar al cartesiano supuesto, saber qué

había ocurrido, fue una experiencia de «eureka».

[3] ¿Dónde se está produciendo este debate con similar argumentario en el momento presente? Y sin libertad de prensa, además. En los Emiratos Árabes y en Arabia Saudí, por ejemplo. El debate sobre la elección matrimonial sigue las pautas que bien conocemos. Las mujeres no pueden declarar que desean ser como las occidentales porque entonces no van a ningún lado. No entra en el orden que se admite. Habrán de asegurar que un matrimonio de conveniencia es horrible en términos morales y religiosos. Dirán que quieren tener un marido que Alá les haya dado: yo con Alá, con él, mi esposo, Alá con los dos, los dos con los hijos. O sea, el matrimonio santo, de creyentes, pero por inclinación.

[4] Este último rasgo se muestra más y más importante en las fases del feminismo más cercanas al mundo contemporáneo.

CAPÍTULO 2

El feminismo ilustrado: la primera ola

El feminismo es una de las tradiciones políticas de la Modernidad. Es firme, estable y antigua. Tiene más de trescientos años a su espalda y ha sido la idea impulsora de la mayoría de las transformaciones sociales de calado a las que Occidente ha asistido. Sucede que la jerarquía masculina es una invariante antropológica presente en todo el planeta. Quienes imaginaron la democracia como forma verosímil de gobierno no vieron la necesidad de abolirla. La mayoría de los autores clásicos de la teoría política moderna compartían que se podía cambiar casi todo pero que eso no era necesario tocarlo. Señalar esta desigualdad inmemorial y desfundamentarla fue la tarea que el feminismo se impuso. No ha resultado fácil. Habérselas con una invariante antropológica no es una deconstrucción sencilla.

El feminismo se presentó como un racionalismo polémico primero, en contadas obras del pensamiento barroco, y como un hijo no querido de la Ilustración en el Siglo de las Luces. Acaece en las sociedades que han asumido al menos parte de las ideas ilustradas y tiende a difundirse fuera de ellas a la menor oportunidad. El feminismo ilustrado es la consecuencia lógica de los nuevos planteamientos de la filosofía barroca. Su enorme peculiaridad consiste en conseguir que un asunto que se entendía o bien como religiosamente determinado o bien como natural pase a ser un asunto polémico y político. Intentaré explicarme. Los textos sagrados ya bien advertían por qué las mujeres eran inferiores y debían obediencia. Se trataba de una verdad religiosa meridiana: la madre Eva se equivocó y con ella todas las mujeres. Cierta mañana (es seguro que fue por la mañana porque se dice en el texto que Dios pasó y se enteró por la tarde) la madre común escuchó un mal consejo y lo puso por obra. El padre Adán la había secundado en el asunto. En consecuencia, todas las mujeres debían estar en

obediencia y sujeción a los varones porque este era su castigo dictado por Dios. Lo que les ocurre a las mujeres —sumisión, violencia, miedo, debilidad...— es producto del decreto divino; si lo soportan, ganarán la paz del Señor, porque Dios es justo. Castiga, y ha castigado a todas por lo que una hizo, pero esto es justo también. Desentrañar la justicia divina no es algo que haya que intentar hacer porque no se puede. Esto no lo afirma ningún premoderno, sino que lo dice Pascal.

Esta extraña historia, procedente de fuente quizás babilonia, ha marcado la vida de mucha gente durante más de un milenio. Pero cuando la religión, gracias a las consecuencias políticas de la paz de Westfalia, gracias a las cronologías de Bayle, ambas inventos modernos, deja de ser el lenguaje común de Europa y comienza el desarrollo de las ciencias tal y como las entendemos, ¿cómo seguir explicando la sujeción de las mujeres, o que sea merecida porque son inferiores a causa de la madre Eva? Esa famosa mañana o, menos aún, cierta afamada costilla han perdido pie. Se debe buscar otra explicación, y afortunadamente la proporciona Aristóteles. La justicia divina ya no es de curso corriente. Ahora la clave aparecerá como ontológica e intemporal.

Las mujeres son naturalmente inferiores porque son hombres defectuosos, son exactamente varones defectuosos. La feliz jerarquía de los sexos no tiene que ver con el orden divino, sino que es exclusivamente parte del orden de la naturaleza. Aristóteles, un maestro genial de Occidente al que nadie invocaría en ese siglo ilustrado para ningún asunto —tal había sido el descrédito de la filosofía escolástica—, seguirá siendo la mayor autoridad para este caso concreto. La naturaleza busca siempre producir lo mejor y lo perfecto. Y por eso en el acto de la generación busca varón. Si ello no ocurre, por cualquier falencia que entorpezca el fin, entonces lo concebido es mujer. Ni la madre Eva ni la costilla son ya de necesidad. Los argumentos teologales se volverán naturales y naturalistas. Al principio será usada la autoridad de Aristóteles, pero, avanzando los tiempos, será perfectamente sustituida. La vía naturalista no ha hecho más que empezar y merece consideración aparte.

En todo caso, un peso enorme se ha desplazado: se ha sacado del conjunto de la tradición, de lo admitido, de lo «sabido y querido»[5] la situación de las mujeres y se ha declarado que es polémica, que se puede argumentar, que argumentos hay para pensar una cosa u otra. Algo que era indudable y querido por Dios se va a transformar en polémico. El feminismo es polémico. Lo trae como marca de nacimiento. Vive en la polémica y la polémica lo alimenta. El siglo ilustrado fue precisamente una larga polémica sobre los más variados asuntos. Donde empiece y aparezca un argumento, siempre tiene un hueco. Necesita la libertad de expresión de ideas. Si el argumento único es la fuerza, no prospera. Con la fuerza y la violencia no prospera, porque de eso no usa. Sin duda las mujeres echamos de menos, de vez en cuando, el recurso a la violencia. Nos gustaría poder, qué duda cabe, pero, en términos generales, no tenemos fuerza física para usarla con éxito. Nuestra renuncia no es *prima facie* ética, sino meramente empírica. Pero cuando todo ha de someterse al tribunal de la razón, razón no nos falta. Razón como capacidad de juicio y como capacidad de dar razones. A lo largo del siglo XVIII, feministas, mujeres y varones, acumularon razones contra lo heredado, contra lo que «siempre había sido así», en fin, contra la tradición.

La polémica en que todo el mundo tomó partido

La Ilustración fue la primera época humana de cultura general. Se entienda esto como que, por vez primera, saberes, políticas, opiniones y voluntades intentaron armonizar una visión del mundo fuera del paradigma religioso e incluso de las fronteras trazadas por este. Todo el mundo creía poder merecer el saber y tratar con las ideas de tú a tú. En ese sustrato teórico se produjeron movimientos que tuvieron protagonistas. Habrá que citar los grandes nombres y quedarse con algunos. Por citar solo a los grandes, porque la polémica es inmensa y casi todo el mundo culto entró en ella, el feminismo, la polémica feminista, dividió el cuadro: Voltaire a favor, tibiamente; Madame de Châtelet a favor, también tibia; Diderot a favor, sin

excesos; Condorcet a favor, completamente. Totalmente en contra, radicalmente en contra, nada menos que Jean-Jacques Rousseau, del cual deriva toda la reforma que es necesario hacer en la teoría política lockeana para adaptarla y convertirla en fundamentación del Estado moderno.

El caso de Rousseau es importante y paradigmático, por lo que requiere su atención particular. Rousseau imagina que el Estado perfecto tiene que excluir completamente a las mujeres y llevarlas a todas al ámbito doméstico. Jean-Jacques Rousseau no solo argumenta la desigualdad entre los sexos, que lo hace, sino que afirma que la desigualdad entre los sexos existe y pesa porque es mínima. Admitamos que esto tiene su gracia. Este es su argumento: si la desigualdad entre varones y mujeres fuera grande, no haría falta argumentarla. Sería un hecho indudable. Hace falta hacerlo porque casi es inapreciable. En realidad la distancia entre ambos grupos es ridículamente estrecha. Por eso es necesario agrandarla. Si no la subrayamos, si no la imponemos, la teñimos, la coloreamos, la fabricamos... podría desdibujarse completamente. Y eso es lo que hay que evitar.

Porque es casi inapreciable, es tan importante que siga subsistiendo. Porque es casi inapreciable tiene que ser la educación la que la haga más fuerte. Así lo asevera en el *Emilio,* al tratar de la educación de Sofía: una niña no puede ser educada para que sea independiente, ni para que tenga juicio o criterio, porque está destinada a servir. La mujer, o sea, toda las mujeres, tienen por destino servir a un ser que es defectivo e imperfecto. Si una niña como Sofía tuviera desarrollada su propia voluntad y su completa capacidad, no lo podría soportar. Por tanto, es mucho mejor adaptarla, podarla, educarla para que pueda aguantarlo.

¿Cómo había llegado Rousseau a tal desparpajo? Tenía claro lo que quería afirmar y no lo disfrazaba, lo que, desde cierto punto de vista, es casi de agradecer. Respondía con su claridad a planteamientos contemporáneos igualmente claros, aquellos que pretendían quitar peso a la contingencia del nacimiento en el destino de los sujetos. Pero, en su caso, debía ser aún más incisivo, aunque ello supusiera rozar el cinismo: nacer pobre no podía condenar las expectativas, o nacer débil, o nacer...

excepto en el caso de nacer mujer. Ahí todo debía construirse con férreas rejas. Ese destino debía permanecer blindado.

El conjunto polémico que se viene delineando es la trama teórica del feminismo ilustrado. Toda la tradición racionalista y liberal. Es, ciertamente, inmenso. Y anuda en Rousseau el referente polémico que dará paso al Romanticismo. En toda esa urdimbre de ideas el feminismo está completamente imbricado. Sin él incluso se desdibujan algunas de las oposiciones de fondo que el programa de las Luces llega a encontrar. Sin embargo, la agenda de ese feminismo es mínima. Se reduce a la libertad en la elección de estado y el permiso para acceder a una cierta educación no formal. Matrimonio por inclinación —que a la mujer no la casen sus padres, como se viene haciendo— y que se le permita aprender ciertos saberes, no para ejercerlos, sino como ornato y para distracción. Quizá con un par de trazos se pueda ver mejor el asunto. El libro de Diderot *La religiosa* tiene que interpretarse en clave feminista; pues bien, como agenda solo plantea la libre elección de estado. No era poco. Las grandes familias se siguen deshaciendo de sus mujeres por el expediente de encerrarlas en un convento a fin de favorecer los mayorazgos. Los conventos no son lugares a los que las mujeres van a servir a Dios, libres de hacerlo, sino que las familias se sirven de estos para librarse de ellas. Son una carga que se trata como convenga. Las estirpes se sirven de la religión contra la libertad de las mujeres[6]. Diderot mantiene que en esto hay algo atroz. Pero no es lo único.

Por lo que toca a la elección matrimonial, afirma que estaría bien que a las mujeres, en vez de casarlas sin oírlas, se les preguntara por lo menos si la persona con la que se las va a unir de por vida no les repugna. Una de las obras teatrales más famosas y aplaudidas de la Ilustración española es *El sí de las niñas* de Moratín. Su sana doctrina se resume en que si se las casa, que al menos ellas estén de acuerdo, pobrecillas. Esa es la gran agenda ilustrada. Pareciera que convocando todas las ideas modernas los montes parieran un ratón. Con todo, ¿nos damos cuenta de que hay partes del globo, de esta tierra en que vivimos, en las que esta agenda está por cumplir? Libertad

en la elección de estado. Y es la de la primera ola del feminismo.

Vamos a su segunda parte, el permiso de saber. Escuchemos a Madame de Châtelet: estaría bien que a las mujeres se les permitiera adquirir conocimientos, ya que les están prohibidos el poder, la guerra y sus honores. Con el saber, al menos, sus vidas se harían más soportables. Los conocimientos distraen. Ella en particular se distraía estudiando a Newton y escribiendo *Los elementos de la física de Newton,* libro fantástico gracias al cual casi todos los europeos cultos acabaron por entender la nueva física. Fue su introductora y quien lo hizo accesible. Ganar el saber para llevar la vida con un ocio de calidad. Dado que a las mujeres de la clase alta se les niegan todos los incentivos que sus parientes tienen, déjenseles al menos las ciencias, que serán una manera noble de empeñar sus horas en algo importante.

LAS DECLARACIONES

El siglo XVIII caminaba deprisa. Lo que la Modernidad barroca simplemente había imaginado, lo puso por obra. Cuando Locke afirmaba que hemos de pensar la sociedad como si hubiéramos firmado la ley y hubiéramos tenido un acuerdo sobre ella, solo lo pensaba; el XVIII lo hizo. Suyas son la Declaración de Virginia, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, la Declaración francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Pasó las ideas del limbo teórico al asunto político-práctico. Inventó las constituciones. La sociedad era, de hecho, un contrato, y además sabíamos en qué consistía: el contrato podía ser enunciado y firmado. En el XVIII comienza en los hechos el movimiento revolucionario que acaba con el Antiguo Régimen y da origen a lo que solemos llamar el Estado burgués. Se produce todo ello cursando con un formidable relevo de élites.

En el feminismo, dijimos, hay siempre cuatro partes: un conjunto teórico, una agenda, un movimiento y un conjunto de acciones sobrevenidas y no pretendidas. Del asunto de la agenda hemos de pasar ahora al movimiento. Todas las Luces,

aun siendo mucho más extensivas que cualquier otro cambio cultural en su pasado, abarcaban a un segmento numéricamente pequeño. Se atenían solo a las gentes que eran capaces de leer, escribir, argumentar y pagarse una edición de imprenta o suscribirse a la novedad de los periódicos. En el siglo XVIII, tal grupo estaba restringido a la opinión, aunque aspiraba a copar una parte de las nuevas élites. Era minúsculo, aunque profundamente influyente. Y, como ya se dijo, el grupo ilustrado estaba dividido respecto de la agenda feminista. Casi todo el mundo tomó partido. No hay casi pensador o pensadora ilustrada —que las había— que no entre en liza y tome partido en esta cuestión. Los moralistas también se emplearon. El resultado fue una polémica de más de cien años. La reducida vanguardia feminista resultó ser muy activa. Y, por último, aparecen las acciones solo parcialmente dirigidas. Ese cierto deseo de libertad nace en las mujeres que pueden albergarlo y canalizarlo. Que pueden mantenerlo. Surgen los clubes de mujeres, las primeras asociaciones de damas que se unen para la caridad, para el rezo, para las bellas letras o la música. Despiertan las *salonières*. Las damas e incluso quienes tan solo aspiran a serlo se juntan para atender al necesitado o, en general, para las cosas que sí se pueden hacer pero que sobre todo comportan, para realizarlas, salir de casa. Entiéndaseme, las damas caritativas ahora nos pueden parecer una reliquia, pero serlo regalaba un margen de libertad. Una dama caritativa se va a sus caridades y no vuelve en un largo rato. Según está el mundo, necesita gran cantidad de caridad. Se comprometen. Además está con otras como ella y a veces con un santo varón, padre espiritual, que da consejos y les eleva el alma de forma extraordinaria. Todas experiencias nuevas y agradables. Algunos espacios que ahora nos parecen reliquias han sido espacios de libertad. De la libertad que era posible porque no había otra.

LAS REVOLUCIONES

A los pensamientos siguieron las acciones. Pero los pensamientos fueron imprescindibles. Año 1792. Mary

Wollstonecraft publica la *Vindicación de los Derechos de la Mujer*. Tenemos aquí, como decantado de un siglo de polémicas, un texto, un conjunto teórico, de una entidad mucho mayor que aquella que había presentado Poulain de la Barre, porque aborda los sobreentendidos políticos de todo el Siglo de las Luces. Mary Wollstonecraft es una rousseauniana, una demócrata convencida, que le reprocha a Rousseau que sea inconsistente. Señala que Rousseau sostiene que la naturaleza no marca en nadie ninguna diferencia y, sin embargo y a la vez, que a las mujeres las marca de tal manera que quedan condenadas a sujeción perpetua. Wollstonecraft denuncia que las conclusiones del filósofo no se siguen de las premisas que emplea. Exige a Rousseau que sea coherente. Wollstonecraft es más rousseauniana que Rousseau y, lejos de amilanarse, se atreve a escribirlo. También es lockeana, si al caso vamos; es racionalista, profundamente ilustrada y convencida de que la opresión de las mujeres es injusta y ha llegado el tiempo en que se admita que es política, como las demás sujeciones heredadas de las que hay que liberarse. Contra Rousseau, pero con sus imágenes y su misma terminología. ¿Cómo osa? Quizá porque también cree que las ideas no son en verdad de nadie, sino verdaderas o falsas, buenas o malas. Es lo que trasciende en toda su *Vindicación,* que nos sigue sonando tan cercana cuando la repasamos.

La *Vindicación* está publicada en plena Revolución Francesa por una espectadora colocada en primera fila. Es un momento brillante, efervescente, donde se unen la Revolución Americana primero, la Declaración de Independencia un poco más tarde, la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano muy poco después. Pero es un momento confuso también: los reinos europeos comprometiéndose decididamente con la independencia de las colonias británicas en la idea de que lo que allí suceda no tendrá mayores repercusiones en Europa. Nunca hará el viaje de vuelta. Aquello son tierras nuevas, pobladas por gentes nuevas. Sorprende contemplar a los autócratas europeos simpatizando con los demócratas americanos y creyendo que Europa se mantendrá inmune y no será influida por lo que se exporta.

Bien al contrario, cuanto pasa en América, inmediatamente repercute en Europa, y nadie puede decir seriamente que la Revolución Francesa no es hija de la Revolución Americana. Al final todo se interconecta. La globalización empezó hace mucho, aunque ahora vaya más deprisa. En la Revolución Francesa se asiste a esa nueva velocidad. La Revolución Francesa fue un momento vivido como global por sus protagonistas. Allí aparecieron por primera vez los clubes de mujeres que se denominaron a sí mismos «clubes de ciudadanas e hijas de la revolución». Mary Wollstonecraft escribe en el París revolucionario su *Vindicación.* Animada por lo que veía. Nunca olvidemos esto. Casi se la oye cuando escribe: «Rousseau dice: "Educad a las mujeres como hombres y cuanto más se parezcan a nuestro sexo, menos poder tendrán sobre nosotros". Esto es exactamente lo que pretendo. No deseo que tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas»[7]. Hay que acabar con eso que se llama feminidad y que se construye en habitaciones cerradas, con falta de aire, con madres quejumbrosas y mujeres que han de suplicar para obtener naderías. Las mujeres nuevas serán ciudadanas, sabedoras de sí mismas, valientes. Aunque tengan que librarse de su horma durante generaciones.

Las revolucionarias

Las francesas, bastantes, se ocupan de la política por primera vez y de una forma nueva. Han escrito «Cuadernos de Quejas» que han enviado al monarca. Han formado clubes políticos. Están ensayando sus nuevas posiciones. Tomemos algún ejemplo sobresaliente. Olympe des Gouges es una autora conocida y seguida. Tiene gran crédito. Ha logrado su fama porque ha entrado en una polémica que a todo el mundo importa: si la esclavitud debe ser abolida en Francia. Se puede entrar en una polémica con un libro, argumentando, como Wollstonecraft. Se puede entrar, como lo hace Olympe de Gouges, con una obra teatral, o con una novela como luego hizo Harriet Beecher Stowe con *La cabaña del tío Tom,* también sobre el asunto de la esclavitud. Olympe de Gouges accede a la

escena pública como autora teatral de éxito. *Zamore et Mirza* es una obra que se representa y tiene resonancia; una en que la gente llora, aplaude, se conmociona. El drama trata de un chico negro, naturalmente buenísimo, que es raptado, llevado a otras tierras, esclavizado, cae en manos de un amo malvado, logra escapar de él, pero lo capturan, lo condenan... En fin, es el tipo de drama que asegura una catarsis total. El arte existe para convencernos mucho más rápidamente de cosas que, por el camino inteligible, se nos harían cuesta arriba. El arte nos toca la sensibilidad. Olympe de Gouges ha saltado a la fama por ser la autora que ha realizado un poderoso alegato contra la esclavitud. Todo el mundo, que quiere decir París, va a ver su obra, habla de su obra; la gente sale convencida y emocionada, y, lo que es mejor, probablemente esta pieza algo tuvo que ver en que más tarde la Asamblea Francesa declarara abolida la esclavitud. Pero, naturalmente, no gustó nada a los tratantes y traficantes de esclavos. Hicieron sus suposiciones y sacaron la conclusión de que ya se verían las caras. En cuanto acabó la Revolución, por lo demás, Francia abolió la abolición: declaró restablecida la esclavitud y la volvió a poner en ejercicio.

Hemos adelantado acontecimientos: fortalecida por la polémica y el éxito, Olympe des Gouges, que había leído cuidadosamente la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, decidió completarla. Y escribió la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, por la buena razón de que las mujeres no aparecían citadas ni una sola vez en aquel importante texto. La Declaración de Olympe es la misma. Simplemente donde pone «hombre» ella escribe «mujer». Ese es todo el cambio. La remitió a la Asamblea por si aquel texto tenía para los padres de la patria cierto interés y podía ser considerado. Se la dedicó además a la reina. Naturalmente se lo tomaron como una provocación. «Las madres, hijas, hermanas, representantes de la nación piden constituirse en asamblea nacional. Considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos de la mujer son las únicas causas de las desdichas públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer en una

solemne declaración los derechos naturales, inalienables y sagrados de la mujer»[8]. Meses después, por otro asunto, obviamente lateral, Olympe de Gouges fue detenida tras algunas publicaciones especialmente valerosas, y por algo también oblicuo —que si conocía a tal o cual, o si había hablado o no... etc.— fue decapitada. Pero nadie la subió al cadalso proclamando «te decapitamos por feminista y por atrevida». Los frentes contra el feminismo y sus vanguardias son estables en sus procedimientos: casi nunca son claramente políticos. Primero el ridículo y luego el frente moralista; solo y en último término el poder explícito actúa. A Olympe de Gouges se le aplicó primero el ridículo, «esa, que es un Robespierre con faldas». Después el juicio moral, «esa, que si todas siguieran su ejemplo, esto se transformaría en la república de la lujuria». Y al final se la eliminó. Una de las muchas personas que fue entregada a la guillotina, sin nadie para vindicar su memoria. Una más. Asunto zanjado.

Wollstonecraft tendría también lo suyo. Murió de fiebres puerperales. Había concebido una hija no se sabía bien de quién. Y aunque su marido lo tolerara, la sociedad no lo hizo. El frente moralista pronunció el dictamen: su vida desacreditaba su causa.

Corolario y una precisión importante

Así se cerró la primera ola del feminismo, sustancial porque logró justamente que se transformara en polémico un asunto que nunca lo había sido: que las mujeres debieran estar en posición de sumisión y obediencia porque para eso habían nacido. El feminismo ilustrado fue el punto de partida y la condición de posibilidad de todo cuanto vino después. Fue polémico, casi limitado al mundo de la opinión culta, comprometió a vanguardias pequeñas aunque importantes. Su agenda era escasa. Consiguió apenas victorias. Abrió la puerta, empero. Ese fue su principal legado. Olvidar el feminismo ilustrado restringe el campo: fue un movimiento intelectual de enorme trascendencia y todavía poco reconocido que conviene iluminar. De lo que para las personas ilustradas únicamente

fueron a veces picantes debates surgió el mundo que habitamos. Se pudo discutir acerca de la naturaleza igual o desigual de varones y mujeres, o de sus respectivos merecimientos, sin que ello pareciera conmover el orden. Pero no era cierto. Tras el feminismo ilustrado nada volvió a ser «natural», como siempre se había considerado, en el muy diferente destino de varones y mujeres.

Es cierto que las victorias comenzaron después; cierto también que, conseguidas esas enormes victorias, los derechos educativos, políticos y civiles —lo que fue sin duda obra del sufragismo—, la faz completa de Occidente cambió. Pero, del mismo modo, la Ilustración había cambiado previamente el propio estado de la cuestión en los países de cabecera. La permeabilidad de la idea de igualdad hizo posible plantearse la desigualdad de género como resultado de una política que podía y debía variarse. Cambió los límites mismos de la comprensibilidad del asunto.

La precisión se desprende de lo dicho hasta ahora: debería implementarse para toda la ingente producción feminista una explicación ceñida a la hermenéutica de la Modernidad. No suele hacerse por dos motivos. Uno, porque en el área anglosajona, en la bibliografía hasta ahora acumulada, pesa bastante la norteamericana. Y parece que la fase europea, por así decir, del feminismo no les interesa demasiado. Suelen comenzar su cronología por la fase sufragista, donde, en efecto, los países anglosajones tuvieron un enorme protagonismo, y a esa segunda ola la consideran y designan como la primera. Cortan con el imprescindible referente europeo continental de toda la polémica ilustrada. Consiguen dejar incluso descolgada a Wollstonecraft. El segundo motivo no es de deficiente perspectiva histórica, sino que es político y concreto: una supuesta visión multiculturalista pretende prescindir del marco de la Modernidad. Esto se hace con la consecuencia del adanismo. Pienso que no es correcto; primero, porque es falso y no conviene mantener falsedades. Segundo, no es buena estrategia no entender las épocas históricas. Pero estoy empezando a entenderlo por fin. Quizá para la ocultación del feminismo ilustrado convenga no desdeñar otra razón, en este

caso de fondo: que los pensamientos de filogenia no ilustrada o las personas que en ellos se han criado no gustan de sus líneas maestras ni su claridad. Las tradiciones de pensamiento cuyo origen sea romántico evitarán la claridad ilustrada como espíritus nocturnos que son. Quienes pretenden advenir al feminismo sin considerar su base firmemente ilustrada a menudo lo pervierten; pero lo hacen sabiéndolo. Repito, olvidar el feminismo ilustrado restringe el campo, cercena más de cien años de movimiento y de polémica, y lo hace innecesariamente.

«Pocas cosas hay tan prácticas como una buena teoría», sentencia que mi maestra Amorós gustaba de citar, nos viene al pelo. Celia Amorós, que acababa de ganar su cátedra en la Universidad Complutense, decidió formar allí un Seminario de Feminismo e Ilustración que abarcara el curso completo[9]. Aquel seminario duró más de una década y se acompañó en varios de sus temas por también sucesivos proyectos de investigación. Fue espléndido. Tentativo en sus comienzos, hubo que establecer primero el panorama. Cercano a su final, contaba ya con una erudición ilustrada tan vasta que simplemente las fotocopias de los textos originales manejados cada año subían metro y medio del suelo. Algo nos fue quedando claro: la Ilustración era un movimiento y un mundo sin el cual el feminismo no podía entenderse. Entonces... ¿por qué no se hablaba de ello? Avanzo una hipótesis: por la usual mezcla de desconocimiento y una pizca de mala voluntad. El desconocimiento era explicable: el pensamiento ilustrado había tenido sus años de silencio entre las ideas españolas. La mala voluntad, su pizca, consiste en no facilitar nunca las cosas, y por más de un motivo; sirva de principal el de no dar pan a perro ajeno. Los que sabían... sabían poco, y lo poco que sabían se lo guardaban.

Sin embargo, una década entera de estudio da para mucho. Permite establecer una filosofía de la historia más coherente y también una cronología bastante más precisa. Permite dar con los referentes polémicos de lo que, sin ellos, parecen ideas descolgadas del bajo continuo de la misoginia. Quiero decir que, si lo que se tiene es un selecto ramillete de pensamientos

sueltos de la tradición misógina occidental, más que probablemente no les encontremos mayor sentido que el de pertenecer a ella y no haber decaído. Si obtenemos sus referentes polémicos... el asunto se aclara bastante. Rousseau contra De la Barre, Kant contra Hippel, Wollstonecraft contra Rousseau... la Ilustración comenzó a tomar vida y diversificarse. Fue magnífico asistir a aquel proceso de resurrección. La Revolución Francesa, el napoleonismo, las esperanzas truncadas, los clubes de mujeres, las agitadoras, las políticas, las pensadoras... Era un siglo más el que, por ese trabajo, el feminismo adquiría. Además de aclararse en sus marcos teóricos y prácticos.

Por último, ignorar el feminismo barroco y el ilustrado europeos nos hace aparecer a Europa y América como sociedades distintas, siendo así que somos sociedades continuas. América y Europa pertenecen a la misma tipología, son la misma sociedad, cosa que no se puede decir, por ejemplo, respecto de Asia. Es ya más que un error de perspectiva o simples ganas de ahorrarse esfuerzos. Descoloca y borra los perfiles políticos e históricos de esta enorme fuerza de cambio. El feminismo pertenece a idéntica tradición que el resto de las ideas y prácticas de origen ilustrado, ya sea el nuevo derecho penal, la racionalización del Estado, la difusión del esfuerzo educativo o las declaraciones que se convirtieron en constituciones.

¿Qué ganaron, por así decir, las mujeres en el paso del Antiguo Régimen a la nueva sociedad burguesa? Si lo miramos desde un punto de vista muy estrecho, aparentemente, poca cosa o nada. Pero en estos temas conviene siempre tener la mirada lo más amplia posible. Cuando aumenta el sistema de seguridades y de libertades, antes o después nosotras encontramos, como Alicia, la puerta. Puede ser muy pequeña, pero al final encontramos el hueco y entramos. Cuando aparece una libertad, la ocupamos. Transcurrida la Ilustración, tan solo el divorcio compareció como victoria, y no en todas partes. Además, tras las iniciales ganancias en presencia pública, la capacidad reactiva del Romanticismo normó a las mujeres sin piedad. Las normó en las leyes y en las costumbres.

Sin embargo, la puerta había quedado abierta.

---

[5] Esta expresión de Hegel es la más gráfica que pueda encontrarse; de ahí que prefiera usarla.

[6] Este tipo de elección de estado solo es válido para los países católicos, que es donde el monacato sigue existiendo, pues en los países reformados se ha abolido y no tienen este problema.

[7] Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los Derechos de la Mujer,* Madrid, Cátedra, 2018, pág. 195.

[8] Olympe de Gouges, *Zamore et Mirza,* Gallica, Biblioteca Nacional de Francia, edición príncipe, pág. 6 (traducción propia).

[9] Jueves tras jueves a lo largo de una década no solo nos fuimos llenando de datos, sino también cargando de razones. La historia de las ideas políticas comenzaba a adquirir allí su auténtica profundidad.

CAPÍTULO 3

El feminismo sufragista: la segunda ola

En cualquier caso, tras la Revolución Francesa advino Napoleón, que primero se hizo nombrar primer cónsul y más tarde se coronó emperador. Bajo su influencia en Europa se desarrollaron las codificaciones conocidas como napoleónicas. Bajo su imperio se transformó el corpus completo del derecho. Se tomó todo el derecho del Antiguo Régimen y se sometió a medida racionalista a todos los códigos, los civiles, los penales, los comerciales: unidad a unidad. Se realizaron las nuevas codificaciones con enorme ambición de orden. El derecho del Antiguo Régimen era estamental y parcelado. Las codificaciones que se conocen como napoleónicas, aunque solo algunas se realizaron a principios del XIX, pusieron las bases de todo el derecho contemporáneo. Se declaran los derechos individuales, se introduce dentro del derecho a Cesare Beccaria, lo que supone el cambio completo del derecho penal. La tortura deja de ser un procedimiento legal. Se estabilizan los derechos civiles. El paso adelante es gigantesco. Las penas aflictivas desaparecen del derecho y se convierten básicamente en dos: multa o de cárcel. Nunca se alabará suficientemente esto: ya nadie puede ser condenado ni a azotes, ni a vergüenza, ni a amputación... ni a todo lo que era corriente en el Antiguo Régimen.

Sin embargo, el Código Civil, que es el que instituye en qué consiste la ciudadanía y qué es el derecho, porque gobierna las relaciones de propiedad y de familia, es el que más interesa ahora. Desde el punto de vista de las libertades y derechos de las mujeres, se anquilosa. En los códigos civiles de corte napoleónico las mujeres son declaradas menores de edad y quedan a disposición de sus padres, tutores o maridos, sin capacidad económica ni jurídica, sin siquiera la patria potestad sobre sus hijos. Y tampoco cabe ocultar que en el Código Penal aparecen delitos específicos que solo las mujeres pueden

cometer, como el delito de aborto o el delito de adulterio. Aquello que denunciaba Poulain de la Barre, la minoría de edad perpetua, las codificaciones napoleónicas lo afianzan. Todo el conjunto completo de la autoridad viril queda refrendado, paso a paso, por derecho explícito. Ya no es costumbre, tradición o uso. Es ahora lo más adecuado, el derecho corriente.

La salida al mundo contemporáneo viene marcada por un violento rearme patriarcal. Ocupar esas libertades llevó el completo esfuerzo de toda la segunda ola del feminismo, el movimiento sufragista. La alianza del comunitarismo romántico, que ocupó la acción y el pensamiento del primer XIX con la exaltación del héroe romántico, el amor *fou,* el sacrificio suicida y tantos otros tópicos que resultaron muy populares, dispuso para las mujeres una serie de modelos inhabitables que cursaban a la par que su falta objetiva y completa de cualquier derecho. «Menores de edad perpetuas» quiere decir que una mujer no es propietaria ni del salario que gana, que para poder obtenerlo, trabajar, ha de solicitar permiso, igual que para cobrarlo. Que si tiene alguna propiedad, cuando la propiedad es definida como «el derecho al derecho», la posee pero se la declara incapaz de administrarla. Que no puede abandonar la casa paterna, ni la de su marido si lo tiene, al que tiene también el deber de seguir allá donde guste de instalarse. Que no puede disponer de su propia herencia, si es que fuera tan afortunada de tener una. Que no puede instruirse ni entrar en las enseñanzas reguladas y admitidas; ni bachiller ni mucho menos universidad o nuevas escuelas técnicas. No es nada, no es nadie. Si tiene hijos, tiene el deber absoluto de atenderlos, pero no posee la patria potestad. Su marido puede incluso darlos en adopción sin consultarla. No puede huir ni escapar del maltrato si lo hubiere. Si es infiel, puede ser asesinada sin culpa por su marido o quizás sus hijos. O encerrada en prisión por adulterio. Todas las profesiones no serviles le están cerradas, sean cuales sean sus méritos o capacidades. Si queda embarazada soltera, se convierte en una perdida; si se le ocurre abortar, en una infanticida. Paria entre los parias, escribe Flora Tristán.

Nuestro mundo actual aún vive rodeado de los productos culturales del gran siglo romántico. La gran novela, el teatro, la ópera, la música, la poesía o la pintura nos transmiten casi el completo sistema de sus representaciones. El XIX nos ha desbordado también con su vigorosa imaginería exotizante. Esa capacidad no solo la aplicó a las tierras lejanamente conocidas, sino que también la usó con la invención de «lo femenino» a lo que consideró «absolutamente otro». La misoginia romántica tiene que ser conocida si se quiere entender plenamente la segunda ola del feminismo[10]. Fue reactiva, de enorme capacidad explicativa y construida por pensadores de primera fila. Parte de sus argumentos siguen vigentes. En verdad del despiece del Romanticismo, aunque no seamos capaces de percibirlo con claridad, seguimos viviendo. Pero el siglo que exotizó a las mujeres y las sacó del universo de lo corriente no dudó en mantenerlas sin derechos, sin libertades, sin oportunidades y, en fin, sin humanidad. Su posición llegó a ser de tal nivel de humillación, más a medida que la revolución industrial se afirmaba, que la rebeldía se fue haciendo imperiosa hasta que, en la fecha emblemática de 1848, encontró modo de manifestarse.

La Declaración de Sentimientos

Este año ha encontrado también un puesto de relumbre en nuestra memoria común. El año 1848 es el que fue llamado «de la primavera de los pueblos». En él las revoluciones se extendieron como una marea por toda la Europa que vivía en las restauraciones y se llevó con ella los restos del absolutismo. El liberalismo se tornó verosímil. Pero, de inmediato, un competidor, el socialismo, se alzó frente a él. Pues bien, en este panorama de relevos y novedades, el feminismo compareció con su propio discurso y agenda. En este «Año de los Manifiestos» la Declaración de Seneca Falls ocupa un puesto propio.

En la capilla wesleyana de Séneca, cuyos muros supervivientes lo celebran, más de un centenar de personas —mujeres y varones— que habían formado parte del movimiento

que intentaba abolir la esclavitud, a uno y otro lado del Atlántico, se reunieron y firmaron un texto notable al que llamaron «Declaración de Sentimientos». Esta Declaración es el manifiesto de la segunda ola del feminismo. En ella se van enumerando todas las trabas que el derecho civil pone a la libertad de las mujeres y a su ciudadanía, y se afirma que todas ellas deben ser abolidas. Se enumeran también todas las trabas penales y se dice de ellas que no son proporcionales, justas ni equitativas. Cada artículo de la Declaración fue siendo ordenadamente votado por las personas presentes y por abrumadora mayoría iba saliendo adelante. Solo uno estuvo a punto de ser rechazado porque el apoyo no fue unánime. Este: «Las mujeres de este país tienen el deber de asegurarse el sagrado derecho de voto». Sagrado derecho de voto. La autoría de la Declaración de Seneca Falls nos interesa: es obra de las grandes feministas norteamericanas que respaldan el texto escrito por E. Cady Stanton. Muchas de estas personas son cristianas. Más aún, bastantes mujeres son cristianas cuáqueras. La mayor parte de ellas han trabajado en el abolicionismo, donde han tenido experiencias curiosas. Recordemos una, pero expliquemos el contexto. Los cuáqueros son una iglesia inspirada, es decir, que en ella la letra importa menos que el espíritu. En sus reuniones no hay sermón ni rezo. Toda la comunidad, la asamblea, se sienta y espera. Si el espíritu comparece y comunica algo, entonces se habla; y si no... santamente nos despedimos. El espíritu puede decir cosas interesantes, como «haríamos bien en recoger la cosecha más rápido este año» o bien «Dios me hace sentir que desea que todos nos amemos». No está predeterminado. Pero el caso notable es que el espíritu se lo puede decir a cualquiera, de manera que en la congregación cuáquera hay reverendas. Los cristianos cuáqueros son los primeros en admitir que una mujer puede ser inspirada por el espíritu y por lo tanto también pueden las mujeres dirigir la congregación. Y varias de estas reverendas, curiosamente, son las que firman la Declaración de Seneca Falls.

¿Cómo hemos pasado del racionalismo francés al espiritualismo de los cuáqueros? Así ha ocurrido. El feminismo

ha discurrido por todos los meandros del río del que fluyen las ideas políticas. Por eso entendemos bien lo que sucede en el fundamentalismo a día de hoy, porque tenemos los referentes que nos hacen posible situarlo. Quizás desde otras tradiciones políticas no se perciba con la nitidez que la nuestra exhibe. El feminismo ha desarrollado una especial perspicacia para examinar las vueltas y revueltas de la libertad. En fin, prosiguiendo, ¿qué experiencia curiosa habían tenido estas queridas abolicionistas? Expertas en empatía, en tomar la palabra en público, en viajar y no desmayar, en ayudar a la huida de esclavos y esclavas, nada podía sorprenderlas demasiado. Pero no se esperaban lo que en Europa les podía esperar.

En el periodo más activo del abolicionismo, cuando se produjo la cruzada decisiva en Inglaterra, esta gente atravesaba el Atlántico en barco de vela, en una travesía lenta y peligrosa. Primero para abolir la trata o para reunirse con abolicionistas británicas a fin de intentar abolir la esclavitud en uno y otro lado del océano; más tarde para apoyarse en las estrategias vencedoras. El abolicionismo siempre recurrió a la coordinación de agendas vencedoras. Las relaciones eran fluidas, frecuentes y arriesgadas. Todo ello tuvo su complicación, como sabemos. Pero cuál no sería la sorpresa de alguna de estas militantes cuando en una de las grandes convenciones abolicionistas, la de 1840 en Londres, en un gran teatro, el Exeter Hall, se les impidió tomar la palabra. E. Cady Stanton, Lucretia Mott, Anabella Byron, Anne Knight y otras aparecieron en la asamblea a pesar de que se las había disuadido de hacerlo. Algunas llevando sus cuartillas escritas y esperando a ser llamadas para leerlas. Les fue indicado que se las dieran a un caballero para que él las leyera. Admitir intervenciones femeninas desmerecería la causa. Es indecente que una mujer salga a un escenario a hablar en público. Se les permitió sentarse… y escuchar; ir escuchando discursos que habían tenido la amabilidad de componer. Aquellas activistas cayeron rápidamente del caballo: trabajaban sin descanso para abolir la esclavitud y de su propia liberación no se ocupaba nadie.

Por toda esta experiencia en la Declaración de Seneca Falls llegan a escribir que realmente no se puede llamar a lo que las mujeres padecen otra cosa que esclavitud, una forma de sujeción similar. Más antigua y mejor aceptada pero, en esencia, casi lo mismo. Lo que algunos abolicionistas no toleran para los africanos lo ven constantemente a su alrededor sin percibirlo... porque se ejerce sobre las mujeres. De nuevo, la marca del feminismo: interpretar en clave política lo que aparece como cotidiano.

La agenda sufragista

La Declaración de Seneca Falls abre el movimiento sufragista, que fue inmenso. El sufragismo, la segunda ola del feminismo, consiguió todo lo que tenemos y cambió nuestras sociedades. Existimos dentro de su agenda: los derechos civiles, los derechos educativos y los derechos políticos. En todos los parlamentos de todos los países se fueron consiguiendo, dificultosamente, los derechos civiles, algunos bien entrado el siglo XX. Los derechos políticos son también recientes[11]. Fueron los educativos los más madrugadores y el fundamento para los siguientes.

Hubo que empezar por los derechos educativos, argumentándolos, por descontado, dentro del orden. Nunca un argumento externo al orden compartido pasa la criba. El orden era el de la aplastante domesticidad. Jean-Jacques Rousseau había ganado en toda línea: en la nueva sociedad, todas las mujeres eran menores de edad, en poder de sus maridos, justificado esto porque eran madres y por ello dotadas de una especial sensibilidad. Sin cambios, sin matices. Todas y cada una para los restos. Lo femenino se había vuelto esencia.

Para mantener pura tal sensibilidad es adecuado ser semianalfabeta. También la enaltece el interior: las mujeres no deben tener presencia pública y tampoco les conviene sin más la visibilidad. Todo lo que sea público y asociado con mujer va por donde va; las mujeres públicas ¿quiénes son? Ya está todo dicho. Habitando en el ideal doméstico, apartadas de todo saber y con la maternidad por horizonte: esa es la vida que la

sociedad burguesa reserva a sus mujeres. Casa, hijos, cocina, agrado. Será bueno dejar que lo exprese el talento de Schopenhauer:

> El mero aspecto de la mujer revela que no está destinada ni a los grandes trabajos de la inteligencia ni a los grandes trabajos materiales. Paga su deuda a la vida no con la acción, sino con el sufrimiento, los dolores del parto, los cuidados inquietos de la infancia: debe obedecer al hombre, ser una compañera paciente que le serene[12].

Es un orden que se transforma en ontología naturalista para convertirse en inapelable. Argumentar el disenso o los derechos dentro de su estructura es una tarea titánica. J. S. Mill daba de ese mundo nuevo de privilegio masculino una imagen gráfica:

> La subordinación de la mujer surge como un hecho aislado y anómalo en medio de las instituciones sociales modernas: es la única solución de continuidad de los principios fundamentales en que estas reposan; el único vestigio de un viejo mundo intelectual y moral, destruido en los demás órdenes, pero conservado en un solo punto, y punto de interés universal, punto esencialísimo. Figuraos un dolmen gigantesco o un vasto templo de Júpiter olímpico en el lugar que ocupa San Pablo, sirviendo para el culto diario, mientras a su alrededor las iglesias cristianas no se abriesen más que los días de fiesta[13].

El universal privilegio masculino se alzaba, intocable, en un mundo que los había abolido casi todos.

Los derechos educativos y sus progresos

El feminismo jamás ha abandonado la presunción fundadora de que la jerarquía patriarcal y sus malos usos forman parte de un proceso educativo. Contra esta educación en la desigualdad siempre ha mantenido la confianza en lo que el proceso educativo racionalista puede aportar. Pero los derechos educativos de las mujeres, aceptado universalmente el orden

de la domesticidad, debieron ser argumentados con cuidado y hasta con astucia; no había otra manera de hacerlo. Admitido que el mejor destino de una mujer es casarse, fundar una familia, tener todos los hijos que Dios quiera, cuidarlos y cuidar de un marido no siempre ejemplar..., hubo de buscarse la puerta de salida. Todo eso sin duda era bueno y correcto, pero quizás inalcanzable. Pudiera suceder que, por cualquier desdicha, una mujer no lograra coronar fin tan deseable, el objetivo más grande y glorioso de la feminidad. No cabía descartar la mala suerte. La fortuna es caprichosa: la enfermedad, la pérdida, los vaivenes económicos acechan siempre. Si una joven padeciera por ejemplo una enfermedad en una edad —así se llega a decir— que impida luego el matrimonio... El matrimonio no espera a las mujeres. Por cualquier desdicha acaso se les puede pasar la edad: una dolencia a los quince, a los catorce, a los dieciséis años compromete la felicidad futura. Cuando acabe, a los diecinueve o veinte, ya no se entra bien en el mercado matrimonial. Una mujer de veinte es vieja para casarse. O, caso peor todavía, te quedas huérfana o tus padres no te pueden dar bienes dotales: no te puedes casar. Las europeas todavía viven en el sistema de bienes dotales en el siglo XIX. El mejor destino para las mujeres no es siempre accesible. Es camino empinado. En conclusión, ¿no sería bueno que pudieran ser instruidas en alguna profesión que, aun con ganancias pequeñas, en caso de desdicha, les permitiera sobrevivir? Sin eso habrán de depender de parientes que no se sabe si serán benévolos: serán de seguro una carga para su familia. O, peor aún, pueden estar tan desamparadas que no les quepa otra que lanzarse al vicio porque no tengan cómo subsistir. Pongamos remedio: ¿por qué no ser institutrices? ¿Por qué no ser enfermeras?

A las mujeres, precisamente a causa de su especial sensibilidad, les gustan los niños, los ancianos, los enfermos. Están hechas para velar. Argumentar la disidencia del orden, pero dentro del orden. La pretendida capacidad innata de abnegación de las mujeres aumentó a medida que se pudo cobrar por cada una de ellas. La esencia se duplicó en enseñanza: estaría bien que se crearan instituciones escolares

donde aprender profesionalmente esa esencia tan intransferible. Instituciones que después dieran un título, una acreditación que, aunque fuera pequeña, permitiera, con ella en la mano, cobrando un estipendio, mantener un cierto estatus y relativa independencia. ¿Por qué hasta el día de hoy las profesiones de enfermera y maestra siguen siendo mayoritariamente femeninas? Porque fueron las primeras que se abrieron. Se lo debemos a gente con la que normalmente no contamos: a los reformadores educativos, que de alguna manera pertenecen a nuestra tradición. A Florence Nightingale, que crea los estudios de enfermería. A quienes abren las escuelas de institutrices y maestras. Abrir las profesiones fue el camino, pero se comenzó por las fáciles de ocupar, aquellas que no tenían demasiada demanda porque eran molestas y no estaban bien pagadas. Se llegó a afirmar que las mujeres maestras deseaban vehementemente serlo de párvulos; por ello resultaba penoso que los varones, más inteligentes, desperdiciaran su tiempo educándolos. Tratar con la infancia es cosa de ellas.

¿Cómo negar demanda tan bien argumentada dentro del orden prevalente? La superioridad viril avaló a maestras, enfermeras y todo tipo de sacrificadas auxiliares. Las mujeres de las clases empleadas dieron a su interés por trabajar mediante remuneración el nombre de vocación, servicio y devoción. No es bueno que esa retórica nos confunda respecto de sus verdaderos motivos: independencia económica y escasa libertad frente al matrimonio, oneroso y prácticamente obligatorio. Por ello, en efecto, argumentaron dentro del orden. Tan agradables súplicas encontraron oídos atentos: sí, es verdad, debieron de decirse los adulados; nosotros somos demasiado listos para ciertas minucias. Hay que permitir que las pobrecillas solteronas se dediquen a ellas. Obvio es que las obreras, constreñidas al trabajo fabril por pura supervivencia, o las domésticas, mal pagadas y siempre en riesgo, no tenían la oportunidad de teñir con palabras blandas sus necesidades.

Pero no nos equivoquemos. Estas profesiones aceptables tenían su parte de atrás. Véanse las ordenanzas municipales hasta entrado el siglo XX y léanse en ellas las reglas de decencia

que tenían que cumplir las maestras. Su escasa independencia se pagaba al precio de una virginidad de hierro por todos vigilada. Las mujeres empleadas padecían el qué dirán como máximo y soberano juez. En definitiva, los moralistas no habían bajado la guardia. Nunca habían perdido de vista su primera percepción, que la salida del terreno acotado haría que las mujeres perdieran la vergüenza. Cualquier cambio hacía temblar la idea de honor. Puede que las mujeres solicitaran modosamente nuevas oportunidades, pero a saber en lo que aquello podría derivar. De modo que la vigilancia se fortaleció. La entrada en las primeras profesiones se hace al precio moral de asegurar que no solo se mantendrá la debida decencia femenil, sino que aun se implementará. Las mujeres ahora serán doble y triplemente honestas, porque lo que antes cumplían por temor ahora lo harán por convicción. Así lo aseguran vehementemente en folletos las aludidas. No ha de extrañarnos: siempre es así. De hecho, las mujeres continúan haciendo ese tipo de juramentos en algunos sitios. Véanse los debates, por ejemplo, en Irán o en Siria cada vez que se les pregunta por sus intenciones si solicitan una mínima libertad.

La educación superior

Los derechos educativos elementales fueron conseguidos a golpe de utilitarismo elemental: bueno era saber leer para llevar la casa y aritmética para hacer las cuentas. Los derechos educativos medios necesitaron algún aditivo de ungüento para vanidades heridas. Lo que desde luego no estaba previsto ni se podía argumentar dentro del orden era la educación superior. ¿Cómo argumentar, dentro del orden de domesticidad y exclusión, que se pretende entrar en la universidad? No se puede. No hay lugar. Solo cabe afirmar que se hace por excepción. El siglo sufragista conoció bastantes «excepciones a su sexo». Son animales raros que parecen mujer por fuera pero por dentro tienen temple diferente. Entendimientos viriles aprisionados en un cuerpo equivocado. En honor a que son casi un fenómeno de la naturaleza, como los ornitorrincos, se les da una oportunidad para educarse donde no está previsto. Ellas,

por su parte, deben prometer que no usarán esa oportunidad para sus fines corrientes. Las mujeres que son admitidas a título de excepción argumentan también su excepcionalidad. Ellas y solamente ellas, excepcionalmente, poseen cualidades para acudir a los estudios superiores. Que ellas sean una rareza no compromete que la exclusión sea injusta. Precisamente porque el patriarcado es justo y benévolo, por ello, excepcionalmente, se les da permiso para acudir, de una en una y por excepción. Parecerá que me demoro en el uso del término, pero es que se vuelve sobreabundante en los expedientes académicos de las pocas admitidas.

En el caso de la universidad española, la Primera República admite la entrada de un reducido puñado de ellas. Pero en cada país las cosas suceden de un modo parecido. Se dice que en España hubo un caso previo, el de Concepción Arenal, pero no existe completa seguridad[14]. Las primeras estudiantes universitarias vinieron de familias vinculadas a la universidad. Por ello el trato fue peculiar. Se proveyó que entraran y también el modo de hacerlo. Mediante instancia respetuosa y razonada por parte de la solicitante y permiso explícito por parte de cada profesor. Esto, lejos de ser un inconveniente, resultó una gran ventaja.

«Fulanita de tal, ante V.M.E., respetuosísimamente expone: que habiendo cursado los estudios medios con aprovechamiento, considera que puede acudir con provecho a las clases de x en la Facultad de Derecho o de Farmacia o de Medicina... siempre que V.M.E. así lo permita». V.M.E. es el rector, que en España es excelentísimo y magnífico. El primer tramo queda cumplido. El rector, después, consulta cada petición al claustro, pero en los siguientes términos, que en esto en verdad es maestro: «Hay una señorita que ha pedido ser admitida a clase. Pregunto a los miembros del claustro si están seguros de que pueden mantener su autoridad en el aula con la presencia de una señorita dentro de ella». ¿Iban a proclamar los claustrales que ellos no eran capaces de mantener su autoridad en el aula? Por supuesto que no. Segundo tramo salvado. Con todo, cada claustral, cada profesor tiene que firmar que está de acuerdo en que aquella

señorita acuda a sus clases; y aquella señorita tiene que acudir de la siguiente disposición: llegar acompañada por un familiar hasta la puerta, ser dejada allí en manos del profesor o un bedel, el cual la lleva a una sala especial, la sienta, y cuando empieza la clase, el profesor y el bedel la van a buscar. La sientan de nuevo en un lugar especial del aula, donde la señorita asiste a clase no entre sus compañeros, que sería indecente, sino cerca del profesor; y cuando la clase se acaba, la señorita es recogida y vuelta a llevar a la primera sala, donde espera la siguiente clase, para que no se produzca escándalo[15].

En 1911, las mujeres en España son autorizadas a matricularse sin más, sin que haya que pedir todos estos permisos ni haya que proceder a las consiguientes autorizaciones. Un gran ahorro en papel barba. Una mujer se matriculará como cualquier estudiante corriente. Pero nunca nada resulta fácil. De modo que las primeras universitarias que aparecen en las facultades de Madrid son recibidas a pedradas por un selecto grupo de compañeros. Una importante publicista española, Rosario de Acuña, glosa lo ocurrido en uno de sus artículos. Lo titula «La jarca de la Universidad». Es asombrosamente duro para con los apedreadores. Los trata de semihombres y de engendros. Pero algo sucedió. El artículo de Acuña provocó una enorme reacción... contra ella. Estudiantes, varones por descontado, se trasladaron desde los más diversos puntos de la geografía universitaria exigiendo su castigo. Por consiguiente, y según esta lógica, no fueron aquellos violentos bailabotes los reprimidos, sino que la ya madura autora fue condenada a destierro.

Con este recuerdo intento bocetar que fue duro poder sentarse en las aulas universitarias. Y que lo tuvieron que hacer nuestras predecesoras a título de excepción, pero que con su perseverancia nos lo consiguieron. La entrada y el buen desempeño en la educación superior han resultado ser lo más importante. Sin ello se podría siempre seguir argumentando que las mujeres no estaban suficientemente preparadas para lo que fuese. Por ir finalizando: los derechos educativos fueron el pilar sobre el que se asentaron los derechos civiles y los

derechos políticos. Porque siempre la pregunta que hay que afrontar cuando se trata de negar un espacio, un derecho, un poder es y ha sido: «¿acaso están preparadas para tal cosa?». Hubo que demostrar que sí y hacerlo así, a lo largo de décadas, pacientemente, mérito por mérito. Primero ganando el acceso, después luchando por los títulos, por último consiguiendo la normalidad de las colegiaciones. Sin embargo, el libre ejercicio de cualquier profesión que exija un título no llega hasta bien terminada la Segunda Guerra. El camino ha llevado más de un siglo.

El final de la segunda ola

Los derechos políticos se fueron consiguiendo país por país en un lapso de sesenta años. Se comenzó por poder votar en elecciones a consejos municipales, poder votar en órganos variados de escaso nivel. Algunos estados fueron pioneros. Sin embargo, poder votar a los parlamentos fue más difícil. En algunos lugares de Europa, por ejemplo algunos cantones suizos, las mujeres no consiguieron el derecho a voto hasta 1972. Los derechos políticos han sido dificultosos y largos de conseguir. La presencia en parlamentos y gobiernos es agenda de la tercera ola.

La gran segunda ola del feminismo, el sufragismo, finaliza en 1948. Escojo esta fecha por dos motivos. Primero, porque es cuando cambia el mundo del final de la Segunda Guerra. El segundo se funda en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Hacia 1948 casi todos los países que habían sido contendientes aprobaron el voto y enmendaron los derechos civiles. Así pues, la mayor parte de la agenda quedó cumplida. Pero ¿por qué me parece decisiva la Declaración Universal de los Derechos Humanos? Porque es una Declaración feminista, realizada por gracia y tesón de una gran feminista, Eleanor Roosevelt. No podemos permitirnos el lujo de perder en el camino a esta figura de referencia. El trabajo de Eleanor Roosevelt fue determinante para que se realizara tal Declaración Universal. Pocos estados querían hacerla, y tampoco deseaban en absoluto que fuera imperativa. Eleanor

Roosevelt, feminista convencida y educada en el asociacionismo de la lucha por el voto, había impulsado y fundado una larga lista de asociaciones a favor de los derechos civiles y políticos de las mujeres. Pues bien, llamó en su auxilio a las que quedaban.

Si estudiamos la historia interna de la Declaración, los tres años que tarda en elaborarse, veremos su entramado y cómo Eleanor Roosevelt tuvo que jugar continuamente con su prestigio de viuda del presidente Roosevelt a fin de conseguir alianzas para que la Declaración saliera adelante. Sus principales alianzas en su país fueron las asociaciones sufragistas de mujeres, lo que quedaba vivo, que era bastante, de la lucha ganada por el sufragio. A la Declaración del 48 —lo que nos da pistas— se opuso todo el Bloque del Este, esto es, la Unión Soviética y todos los estados que con ella se alineaban. Argumentaron que allí se hablaba de derechos individuales y que el Bloque del Este creía que los derechos o eran colectivos o no eran. Se hizo incluso una concesión, de modo que los últimos dos artículos de la Declaración hablan de los derechos colectivos. Pero ni así la firmaron. Tampoco la firmó Sudáfrica, que estaba manteniendo y afirmando el sistema del *apartheid,* cuya base era comunitarista: cada comunidad es cada comunidad; cualquier derecho que sea universal no sirve. No existe la universalidad. Un argumento cercano a los del multiculturalismo contemporáneo. No la firmó tampoco Arabia Saudí. La razón de Arabia Saudí es conocida. Si estos derechos lo fueran en verdad, figurarían ya en el Corán, y puesto que no es así, no sabemos si son verdaderos derechos. Por lo demás, y como guía suficiente, ya tenemos el Corán.

Ahí se cerró la segunda ola del feminismo. Cien años, esta vez. De 1848 a 1948, con un resultado fantástico: todos los derechos educativos, incluida la educación superior, aunque no el ejercicio de algunas profesiones, las magistraturas, el clero, que alguna puerta sigue cerrada todavía. La consecución de los derechos políticos. La entrada a pie firme en el sistema de los derechos civiles. Una agenda casi completada. Su entramado teórico fue el liberalismo individualista milleano —Stuart Mill y Harriet Taylor fueron el principal aporte del constructo

teórico-político que tenía detrás. Su agenda la constituyeron los derechos educativos, los derechos civiles y los derechos políticos. El movimiento fue mucho más amplio que antes: hubo un movimiento feminista en todas las naciones de Occidente, a uno y otro lado del Atlántico. E incluso en naciones que no eran occidentales, por ejemplo, en Egipto, en Turquía, en Túnez... hasta en China y Japón hubo feminismo en este momento. El feminismo comenzó a ser un movimiento global.

La segunda ola fue además internacional y se define como internacionalista. Las sufragistas se daban cita en las reuniones internacionales políticas y en las Exposiciones Universales. Aprovechaban cada evento para encontrarse e intercambiar agenda y estrategias. Estaban también en las Internacionales Socialistas, donde se gesta y funda su propio feminismo socialista. A la Internacional Socialista de Mujeres le debemos la conmemoración del 8 de marzo, por ejemplo. En 1910, en una reunión decisiva en Copenhague, a propuesta de Clara Zetkin acordaron no diferir en lo sucesivo la demanda del voto. Dejaron de mantener que primero iba la revolución y luego el sufragio. Bien al contrario, tomaron el 8 de marzo para recordar a toda la Internacional Socialista que las mujeres socialistas pondrían delante el sufragio como primer punto de la agenda. Gracias a esta importante decisión se unificó la agenda del feminismo liberal con la del feminismo socialista. Un único movimiento estuvo presto para actuar.

Y este asombroso movimiento remató con la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El feminismo tiene un pasado defendible y victorioso. No conozco ningún movimiento que haya ganado tanto no produciendo víctimas en la parte contraria. Muchos otros han logrado bastante menos y a un coste terrible. Sus únicas armas han sido la voluntad decidida y la palabra. No lo perdamos nunca de vista. La palabra nos compromete con el universalismo. El feminismo siempre ha sido universalista y, por lo tanto, tiene graves problemas de encaje con cualquier comunitarismo o con cualquier punto de vista que se base en derechos colectivos. Pertenece a la tradición liberal de los derechos individuales. Es

más, limita, en muchos de sus frentes, con el individualismo incluso epistemológico, con el nominalismo. Y es profundamente enemigo de las identidades colectivas. Esto hay que sabérselo. No podemos en cada ocasión asombrarnos de atisbar en el horizonte un choque inevitable. Nos pasa porque venimos de la tradición de la que venimos.

Tras la Segunda Guerra y su posterior paz sus aguas se aquietaron. O esa impresión se produjo. Se extendió la impresión de que había culminado. «Se acabó el feminismo, ya ha cumplido» se convirtió en una manera de borrarlo. Se escribieron libros que se titulaban *El ocaso del feminismo, Orto y ocaso del feminismo, Se ha acabado el feminismo* o *Ya no hace falta el feminismo*. Todo el mundo cerró la carpeta y profirió aquello que siempre se oye cada vez que queremos algo: «¿pero qué más queréis?». ¿Quién iba a esperar que dos décadas después se presentara, abriendo la caja, más vivo que nunca?

---

[10] Excuso aquí tratarla y remito a mi libro *La política de las mujeres,* capítulos I y II, Madrid, Cátedra, 1997.

[11] Las españolas los conseguimos en 1931 gracias a Clara Campoamor. Pero durante cuarenta años los tuvimos interrumpidos, a la vez que volvíamos a la situación legal del Código de 1885. Cuando yo calzaba veinticinco años y me casé, el adulterio femenino era un delito; el Estado se hacía garante y vengador de los cuernos maritales y perseguía a la adúltera, a la que encerraba seis años en la cárcel. A veces pienso que la única ventaja de la dictadura fue hacer fácil la *Verstehen* histórica: nacimos en el siglo XIII y conocimos su curso en directo.

[12] A. Schopenhauer, *Eudemonología,* Madrid, Ediciones Ibéricas, s.a., pág. 370.

[13] *La esclavitud de la mujer,* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, capítulo V.

[14] Es corriente dar por hecho que Arenal cursó leyes en Madrid disfrazada de hombre en la década de 1850. El acuerdo completo en ello no existe. De ser cierto, resultaría asombroso: una sociedad que admitiera mejor el travestismo que la educación superior. Es, sin embargo, probable que de tal guisa asistiera a algunas clases. Desde luego nunca obtuvo un título.

[15] Consuelo Flecha, *Las primeras universitarias en España,* Madrid, Narcea, 1996.

CAPÍTULO 4

La tercera ola

La Segunda Guerra abrió un mundo de sentido que pervive hasta el día de hoy. Por lo que toca a la agenda sufragista, la culminó casi entera. En la mayor parte de las democracias, ya se ha dicho, los derechos políticos fueron conseguidos. Los educativos se afirmaron. Y la plenitud de los civiles se abordó con mayor o menor interés. En todo caso, se dio el asunto por resuelto. Hasta que apareció Betty Friedan.

«LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD»

Estamos ante un libro extraordinariamente influyente. Esta obra es un clásico del pensamiento feminista que se publicó originalmente en Estados Unidos en 1963[16]. Se trata sobre todo de un libro de investigación respaldado por un abundante trabajo descriptivo y solo como consecuencia de esto se acaba convirtiendo en un libro militante. Y eso lo aproxima al otro gran clásico del siglo XX, *El segundo sexo,* de Simone de Beauvoir. Betty había trabajado en él desde 1957. Lo empezó en «el medio del camino de la vida», a los treinta y seis años, cuando era un ama de casa de barrio residencial con tres hijos. *La mística* comenzó como un artículo, uno algo largo que, por cierto, ninguna revista femenina quiso publicar.

Friedan partía de una sensación: «Paulatinamente [...] llegué a darme cuenta de que existe algo equivocado en la manera en que las mujeres norteamericanas intentan vivir hoy día sus vidas»[17]. Ese «algo equivocado» producía una grave desazón a las mujeres. Cuando se puso a la tarea, Friedan ejercía de articulista *free lance* porque había sido expulsada de su empleo formal al tener a su segundo hijo. Era lo normal. Ni a ella le pareció raro. Pero cuenta que en una reunión de antiguas alumnas del Smith, donde tanta chica prometedora había estudiado, decidió pasar una encuesta para saber cómo

se sentían sus compañeras con sus vidas. En sí misma percibía «un malestar que no tenía nombre».

«Hice suficientes investigaciones como para comprobar que la mística de la feminidad estaba afectando a todas las mujeres, no solo a un puñado de chicas de Smith con demasiados estudios»[18]. En efecto, estudió sobre todo a la clase moralmente creativa, la clase media. Allí se producía «el malestar que no tiene nombre». Y ese fue el título que le puso a ese largo y primer artículo que nadie quería publicar. Tal malestar no llegaba a ser depresión; era una especie de insatisfacción creciente. Y, sin embargo, aquellas mujeres «lo tenían todo»: una carrera, una casa en las afueras con su barbacoa en el jardín, marido, tres o cuatro hijos... Y un porvenir de más de lo mismo. Más camas por hacer, más cenas por preparar, más compras para anotar... La vida completa en ese mismo marco y las revistas femeninas para instruirlas en cómo vivirla. Ellas no tenían otro horizonte. ¿Era eso todo? Daba la impresión de que la vida, la de verdad, quedaba un poco más allá.

Todas pertenecían a una generación que no había tenido que pelear la agenda sufragista. Tenían derechos políticos y se habían sentado en las aulas universitarias, todo ello sin mover un dedo. Otras lo habían peleado una generación antes. Friedan había nacido en 1921 en una ciudad provinciana, Peoria. En 1921 se acababa de ganar la Gran Guerra y la otra Grande, la Depresión, todavía no asomaba las orejas. Betty tenía una madre algo periodista que se había casado con un buen joyero, que atendía a sus hijos y que colaboraba esporádicamente en el periódico local. Nacía con un cómodo guion vital: su vida estaba asegurada. Bueno, no todo era tan idílico. La familia era judía y sus abuelos escaparon de la Europa antisemita. Pero se habían labrado una posición. Vendían anillos de boda, relojes heredables, porcelana y plata en una «especie de Tiffany's del Medio Oeste». La primera hija de tres podía aspirar a más.

Para ello la universidad, tan reciente para las mujeres, era un paso nuevo. Era parte de ese «algo más» que la familia Goldstein apreciaba. Y como ella, las de sus doscientas

compañeras. Eran una generación que podía «aspirar a más». ¿A más de qué? A más de lo mismo. Si llega a ser un chico, se habría dicho de ella, porque es tópico que se reparte con magnanimidad, que era uno de esos niños judíos extraordinariamente inteligentes. Pero no era un niño. Tenía otra plantilla vital asignada. Crecería en agrado y bondad para encontrar un novio afín y dar continuidad, bajo otro apellido, a la familia. Betty Goldstein había de convertirse en «Betty X». De seguro sería una excelente señora apreciada por toda la comunidad. Porque lo más importante seguía siendo lo de siempre, casarse y tener hijos. Y con carrera o sin ella, votando o quedándose en casa, con ambición o resignadamente, las mujeres no tenían otro horizonte vital que la familia. Ellas habían cambiado porque sus oportunidades habían crecido, pero el horizonte de valor que presidía sus vidas permanecía siendo el mismo.

Betty era una niña muy lectora, «con un gran sentido de la justicia», que salió de Peoria para estudiar en la universidad y solo volvió de visita. Se suponía entonces que las jóvenes estudiaban, sin demasiado empeño, para dar un lustre a su posición verdadera, esposas y madres. Esto el sufragismo nunca lo había aceptado del todo, pero jamás tampoco lo había desmentido, por si las moscas. Las jóvenes talentos que estudiaron durante la Segunda Guerra iban rodando en un vehículo cuyo alcance no conocían bien: de casa al colegio, del colegio a la universidad y de la universidad... a casa. A su casa; a cuidar a los suyos y ocuparse de la carrera profesional de su marido; a estar guapas y presentables; a ser expertas intendentes de cocinas de ensueño. Y, sobre todo, contentas. Todas con Doris Day por modelo y santa patrona. Betty, que ya había pasado a llamarse Friedan, cumplía con el modelo.

Con estos mimbres, la vida en los cincuenta se volvió muy mentirosa. Cuando estas chicas se casaban, los jefes las ponían en la calle; sus maridos no eran todos Rock Hudson, el delicioso marido de la ficción (a decir verdad, ni siquiera el propio Rock Hudson lo era tampoco), y las reuniones para practicar el ensamblado de táperes y la compra perfecta de cosméticos Avon acababan por deprimirlas. Cocina, niños y

cepillado diario y prolijo de pelo acababan por llenar los hospitales de enfermas con un síndrome antes no conocido. Tenían «un malestar», que las familias no entendían y los médicos trataban a su buen entender. Era ese ya citado «malestar que no tiene nombre».

La mística de la feminidad comienza, ya se dijo, con un capítulo que lleva ese título. Friedan llama «mística de la feminidad» a esa imagen de lo «esencialmente femenino», eso de lo que hablan y a lo que se dirigen las revistas para mujeres, la publicidad y los libros de autoayuda. Es una horma moral, fabricada en esos años, en la que se pretende, como en un lecho de Procusto, hacer vivir a todas las mujeres. Es algo inauténtico que, si se intenta llevar a cabo, produce consecuencias cada vez más graves. Comienza por un difuso malestar y termina por producir enfermedades verdaderas. Dice que le siguió la pista, como periodista que era, entrevistando a cuanta gente tuviera que ver con ella, como agente o como paciente. Quince años llevaba creciendo y nadie decía una palabra sobre ese malestar. Y, sin embargo, había datos.

Abundaban clínicas que trataban malestares femeninos inespecíficos. Las mujeres se casaban cada vez más jóvenes, abandonaban más sus estudios, tenían más hijos, se desvivían por ser lo suficientemente femeninas, costara lo que costara, tiñéndose el pelo, pasando hambre para adelgazar y soñando con la decoración de su cocina. Y esto lo hacían las hijas y herederas de las sufragistas. El culmen de su ambición consistía en ser ama de casa en un barrio residencial. ¿Qué estaba pasando? Se pontificaba desde las revistas que «lo femenino se había impuesto y vuelto por sus fueros», a pesar de las nuevas conquistas. Nadie doblega a la naturaleza. Y así, escribe Friedan, «quince años después de la Segunda Guerra Mundial, esta mística de la perfección femenina se convirtió en el centro de la cultura contemporánea norteamericana».

Lo que encontró al seguirle la pista al fenómeno fue una maniobra sin precedentes: esa es la otra parte descriptiva de *La mística de la feminidad.* Con el auxilio de los empleadores, la industria y los medios, toda una generación de mujeres, cuyos

novios y maridos habían hecho la guerra, fue persuadida u obligada a que dejase sus empleos y volviera a la situación tradicional en el matrimonio. Para alcanzarlo, se llegó a un consenso autoconsciente que no tenía precursoras. Por una parte los varones que volvían del frente necesitaban esos empleos que tenían las mujeres, y por lo tanto había que desalojarlas. Pero, por otra, esas mujeres no estaban de acuerdo en dejarlos, y menos en reactivar la vida que habían vivido sus madres. Por lo tanto, tuvieron que ser convencidas. Las revistas femeninas se encargaron de este asunto. Y en la trama de fondo estaba la reactivación de la producción fabril: la industria bélica y pesada necesitaba nuevos objetivos en tiempo de paz. Había que diversificarla. Las líneas blancas y los hogares tecnificados, siempre hasta cierto punto, fueron la respuesta. Mujeres «femeninas» en sus casas, de nuevo, abandonando por propia iniciativa el mundo profesional que conocían y para el que estaban perfectamente preparadas.

Era el paisaje completo de la popular serie *Embrujada*. Una chica atractiva, capaz de lo que quiera, desea únicamente ser una «moderna» ama de casa. Friedan, que había querido escapar, marchando de Peoria, de lo que por entonces llamaba Beauvoir «un destino (el femenino) fangoso», decidió estudiar el síndrome. Sus conclusiones recibieron el Pulitzer. La primera edición de *La mística de la feminidad* tuvo tres mil ejemplares; con el tiempo alcanzaría los tres millones. Es, en efecto, el libro de cabecera de la tercera ola del feminismo.

> En aquellos años —escribe Friedan—, el «éxito», incluso para las sofisticadas mujeres de la clase media, consistía en ser una «feliz ama de casa» [...]. ¿Qué era lo que movía todo aquello? ¿Qué hacía que la mística pareciera inevitable, absolutamente irreversible, y que cada mujer pensara que estaba sola ante «el problema que no tiene nombre», sin darse cuenta jamás de que había otras muchas mujeres a las que no les producía el menor orgasmo sacar brillo al suelo del cuarto de estar?[19].

Y Friedan busca en su memoria:

> Recuerdo que, estando sentada en el porche de mi

> propia casa del barrio residencial de Grandview, me puse a pensar que el gran negocio de Estados Unidos es el negocio. Lo que tenía embobadas a las mujeres con aquella imagen de la «feliz ama de casa» no era otra cosa que los anuncios de la televisión, los seriales [...] y aquellas revistas femeninas que habían corrido la voz de que las «mujeres de carrera» eran unos monstruos y que denostaban a las mujeres que se atrevieran siquiera a soñar con otras metas[20].

Lo que Friedan investigó y vio primero fue el conglomerado en el cual psicoterapeutas, industriales y publicistas habían diseñado una forma de vida inhabitable para un enorme número de mujeres, así como las razones de fondo por las que lo habían hecho. Tanto ella como Mr. Friedan, con el que continuó casada mucho tiempo a pesar de que le levantaba la mano, estuvieron convencidos de que el libro había sido el detonante del feminismo de los setenta. Porque, además de fundar la asociación más poderosa del feminismo de los setenta, el NOW, ella continuó toda su vida siendo autora respetada y de éxito[21]. La línea de fondo común a la que Friedan dio voz para una situación concreta, la suya, pero que sobrepasaba las circunstancias estadounidenses discurre por aquí: el Nobel Gary Becker pretendió que el cambio en la situación de las mujeres fue un efecto colateral del desarrollo de la sociedad industrial. La economía de la producción externa hizo ineficaz al hogar productivo. Pero lo cierto es que el hogar de la mística de la feminidad tenía sus objetivos económicos fuera de él y estuvo promovido por la diversificación industrial. Y, sin embargo, con independencia de la extensión del modelo (que en España no se produjo hasta décadas después), la rebelión de las mujeres contra la línea patriarcal de fondo que *La mística* estudiaba en el caso concreto estadounidense tuvo lugar en todo Occidente y ahora, en este mismo tiempo, distribuye sus ondas por tipos civilizatorios bien distintos del nuestro.

El asunto, en consecuencia, no es meramente económico, sino más profundo: cuándo y cómo el patriarcado se hizo visible. Y ello tuvo bastante que ver con sus observadoras,

mujeres que ya comenzaban a poseer el utillaje intelectual que lo develaba y que empezaban también a perder las complicidades que con él habían establecido. Friedan fue una de las autoras que contribuyó decisivamente a ello. Ella y Beauvoir son imprescindibles para entender el mundo en que vivimos y su novedad más radical: la libertad y expectativas nuevas de las mujeres, la agenda actual de la democracia feminista.

El movimiento fue un estallido fulgurante de libertad, en Europa y en América, a ambos lados del océano. Sobre todo de libertad de palabra, que fue la que efectivamente se tomó. Friedan y Gloria Steinem, más tarde Kate Millett y Shulamith Firestone, que iniciaron una senda mundializadora en clave contracultural, fueron sus destacadas portavoces en Norteamérica. Greer, que tuvo y mantuvo con Friedan una relación bastante tensa, hizo el puente con los restos del imperio británico. Pero lo que desataban hervía ya en todas partes. El feminismo de la tercera ola se escribió en todas las lenguas y sus imágenes son poderosas.

En 1968

Coloquemos el reloj en 1968. En ese tiempo aún vivimos porque en él dio comienzo esa enorme agitación juvenilista que también estremeció a todo Occidente. En Europa, pero a la vez en Berkeley, también en América Latina. Fue un bullir que no ha acabado. En el sesentayochismo cierto que hay muchas cosas mezcladas. En realidad es una apertura política y un relevo de élites. Pero es un nuevo feminismo también. En este caso, anidado en el seno de la contracultura. El feminismo de la tercera ola encuentra el encaje teórico que busca en la contracultura, llamando así a un mixto entre la Escuela de Frankfurt y el freudomarxismo. Con bastante suerte, semejante magma teórico se entrelaza, ya se dijo, con la obra originalísima y extraña, de 1949, *El segundo sexo,* de Simone de Beauvoir. Una fenomenología constructivista acompañada por un profundo y minucioso análisis de los productos de cultura más importantes de la Modernidad. Este libro, compuesto

cuando se acaba el sufragismo, se empieza a leer verdaderamente y a poner en práctica en el 68, y, desde esa lectura, se convierte en la pauta teórica-explicativa de que se dispone. A él se añade *La mística de la feminidad* de Betty Friedan. Poco más tarde Kate Millett y Shulamith Firestone —y en nuestros países encontraremos una referencia de los setenta que podamos aportar[22]— completan el corpus teórico de este nuevo inicio. Todas van a poner blanco sobre negro si es vida digna y completa la que llevamos. Y ello inicia un movimiento de agitación bastante fuerte, vital y novedoso.

Los así llamados derechos sexuales

La agenda de esta tercera ola es la plenitud de los derechos civiles —o el pasarlos de derechos a hechos— y la novedad vindicativa de los llamados derechos sexuales y reproductivos. Se produce un salto respecto de la agenda sufragista corriente. «Mi cuerpo es mío», en la formulación del lema que se ha hecho clásica, cae fuera del orden que, aun sin quererlo, el sufragismo respetó. Todavía conocí a mujeres feministas de la etapa anterior que nos apoyaban en todo, por ejemplo la Asociación Española de Mujeres Universitarias, que habían sido sufragistas y que, cuando les presentábamos esta agenda, se paralizaban. Percibíamos con claridad que había algo en lo que no nos podían seguir. Ellas pertenecían a un orden de agenda anterior, con sesenta años y nosotras con veinte, en el que la idea implícita era que, con todo lo que se fuera consiguiendo, por supuesto que se mantendría la antigua decencia femenina. En cuanto simplemente mencionábamos el aborto, aparecía el pánico. Nosotras éramos las primeras que, ante el frente moralista, armado del viejísimo espantajo de la pérdida de la honestidad, no reculábamos; por el contrario, afirmábamos que sí, que era nuestra intención enterrar la antigua decencia. Nuestra actitud era osada y firme: no nos costaba nada, y si nos costaba, nos lo callábamos. Nos manifestábamos como si fuéramos a coger la antigua decencia femenil y dejarla irreconocible.

No ha sido fácil esta agenda sexual. Está en trámite en la

mayoría de América. En España la pudimos completar en el 86, después de aprobar el divorcio, que tenía mayor consenso. Por cierto que a todos los varones que yo entonces conocía el divorcio les parecía bien. Sobre el resto, tenían sus ideas. Divorcio sí, puesto que alguno tenía planes para sí mismo. Recuerdo las reuniones donde tales posturas se planteaban a cara descubierta. Peor todavía, recuerdo un mitin. Yo estoy pronunciando un mitin con los queridos compañeros de candidatura; me toca hablar a mí, me tengo que levantar (estábamos en una mesa varios) y, cuando lo hago, empiezo a notar que me tira de la falda el jefe de filas del partido en cuestión, aquel bajo cuya marca concurríamos. Oigo la frase que susurra: «Ni se te ocurra mencionar el aborto, ni se te ocurra citarlo, porque perdemos todos los votos». Yo allí, tironeada de mi falda, calibrando si lo digo o no lo digo. Añádase que en aquellas fechas había que expresarse mediante una paráfrasis, no se podía siquiera pronunciar el término «aborto». De carrerilla, y en público, se decía «estamos a favor de la interrupción voluntaria del embarazo». Inútil precaución. Siempre alguien se daba cuenta y haciendo aspavientos clamaba «¡abortista!». El pandemónium, ya estaba armada. Fue, como todas, una agenda dura.

Primero, durante diez años y en todos los estados que no eran plenamente democracias, ir hacia la democracia. Segundo, conseguir la plenitud de los derechos civiles, porque en muchos casos las leyes estaban hechas pero los derechos no estaban adquiridos. Que tan importante es reformar el derecho como adquirir la costumbre de usarlo. Esto, como digo, llevó diez años. Pero luego hubo que ir a la parte dura de la agenda, los derechos sexuales y reproductivos, e ir consiguiéndolos. Porque sin estos, no se es libre. «Mi cuerpo es mío» la tercera ola lo afirma radicalmente. Sin esta libertad no se tiene ninguna de las otras del todo, porque se está a expensas de la voluntad de otro, del arbitrio ajeno, en una situación que compromete al yo corpóreo de forma absoluta.

¿Tiene una mujer que ir a la cárcel por abortar? Considere cada quien, yo misma, que el aborto es un mal moral. Pero no me diga nadie que es un delito penal. Sí lo es, muy grave, el

infanticidio. Y lo seguirá siendo. Por ello, todas nuestras leyes son leyes de plazos, que establecen cuándo un embarazo puede interrumpirse y en qué supuestos, incluida la voluntad de hacerlo en los plazos marcados. Lograr esta parte de la agenda no depende de afinar los argumentos: siempre son los mismos y son conocidos. Pero hay que saber qué fuerzas tensionan el campo, dónde están y cómo se puede operar con ellas. También hay que buscar la oportunidad.

Es importante saber que no existe el octavo color. No nos podemos inventar el argumento definitivo y nunca antes oído que acabe con el conflicto, como nadie puede obtener el octavo color del arco iris. Conocer la historia de la vindicación ayuda; conocer incluso los extraños tratamientos que este asunto ha tenido a lo largo de la historia del derecho y de la historia eclesiástica también ayuda a situar el asunto y el debate. Pero, en el fondo, la cuestión no es de argumentos. Todos están dados y son patentes. Las confesiones religiosas se encallan porque ese, han decidido, es su punto fuerte. Daría igual inventarse el octavo color del arco iris. Lo que hay es un frente que dice «no» contra cualquier argumento y casi contra el sentido común. Solo un fundamentalista es capaz de sostener que una mórula, una blástula, que solo se ve con microscopio y dificultosamente, una vida fetal sin actividad sensorial es un ser humano completo. Se juega el último bastión del control de la decencia femenina, eso es todo. Si es posible, lo mejor es sobrepasar el debate con los hechos, como Chile con la píldora del día después. No creo que en definitiva se lo ahorre, pero es un paso.

La paridad

Tras asegurar los derechos sexuales y reproductivos, ya en los años ochenta advino otra segunda agenda, la paridad. A la pregunta de qué queremos, tantas veces oída, ya puede responderse: es simple, la mitad de todo. A ser posible a cierto buen ritmo. ¿Y por qué? ¿Y por qué no? Escuchemos ahora el argumento nunca oído sobre la incapacidad de las mujeres, ahora que, además, con las cifras en la mano, podemos

demostrar que no solo no tenemos menos formación, sino que comenzamos a tener más formación que los varones. Pese a sus insumos meritocráticos, que se pueden probar en los títulos, en las escalas jerárquicas y de poder, en todas, las mujeres siempre se enredan y no suben. El dictamen del feminismo de los ochenta, que se produjo tras los primeros conteos solventes, fue taxativo: la existencia del techo de cristal. La paridad entra en agenda y consiste en abatir el techo de cristal.

Hay, sin embargo, un error que conviene aclarar: en la paridad, la discriminación positiva no existe. Discriminación positiva es conceder un plus que no se posee a fin de que se cumpla cierto objetivo final. Por ejemplo, maestros y maestras franceses hacen el mismo examen, pero ellos entran en igual número aunque saquen peor nota en las oposiciones. Porque es objetivo del Estado que la educación primaria quede cubierta igualmente por varones que por mujeres; por lo tanto, aunque ellos sean menos y saquen peores notas, se les dará un plus y entrarán. Esto es un caso claro de discriminación positiva. Pero no lo es fijar que el cincuenta por ciento de una lista electoral deben ser mujeres. Es una exigencia de imparcialidad. Si no lo aseguras por ley, se produce, como bien sabemos, la discriminación. Con la paridad las mujeres no piden que les den más, sino imparcialidad. Que tu sexo no opere en tu contra.

El sistema de cuotas puede tener perversiones y las conocemos. Que sea solo cuantitativo y no cualitativo. El sistema de poder al que el feminismo del 68 llamó patriarcado existe y es un pacto fuerte; en verdad son muchos pactos fuertes y en su mayor parte inexplícitos, que excluyen a las mujeres de los bienes y de los derechos. Funciona regularmente y se reproduce incluso en condiciones adversas. A la exigencia de paridad puede y sabe responder mediante escamoteo. Si se demanda que haya más mujeres, no serán las vanguardias feministas las que decidirán quiénes. La manera de hacerlo es cumplir únicamente la exigencia numérica y pervertir el fondo completo del asunto. Más mujeres que precisamente no sean feministas ni vindicativas. Ni molestas en general. Al fin y al cabo, todas las mujeres son mujeres. Tanto

valen unas como otras, así que pondremos a las que nos dé la gana. Se viola así el fondo del asunto, porque se coopta dentro de la familia, en el sentido amplio o restringido, o solamente a las fieles, buenas y sumisas. Lo vamos conociendo. Desde que la paridad funciona, y solo en algunos ámbitos, vamos aprendiendo las múltiples maneras en que cabe tergiversarla.

Las instituciones internacionales avisan de que tenemos agenda para cuatro siglos. ¿Cabe pensar que nos estemos agobiando demasiado pronto? Si imagináramos la emergencia del talento de las mujeres con una imagen tectónica, a medida que por debajo entraran más, no habría otra posibilidad que ver aparecer una cada vez más sólida cima. Como eso no ocurre, sino que, bien al contrario, el número de mujeres en las altas cumbres hace una década que, si ya era ridículo, disminuye, hemos de suponer que en las tales cumbres hay mucho y continuado desgaste producido por algún otro factor. La lluvia, el viento, el hielo, en fin, una exagerada erosión levanta a casi todas las mujeres que afloran. Debería estudiarse de cerca ese proceso, porque ahora tenemos los números, pero no el método por el que se producen. Ahí permanece un interesante análisis para la microfísica del poder: por cuáles procedimientos es apartado el talento femenino; por qué sigue ocurriendo que los genios que tienen la imprevisión de nacer mujer, como dejó escrito Stendhal, se pierden para la humanidad. Existe un resultado cualitativo, la excelencia, que depende estrechamente de maniobras cuantitativas, en las cuales todo lo que ocurre es oscuro. Lo primero será identificarlo: la sistemática abrasión. ¿Será, después de todo, la paridad no únicamente un objetivo deseable sino un remedio que hay que tener en cuenta? A la vista de lo que se va percibiendo, nadie puede descartar el uso de acciones positivas en esos ámbitos, ya que parecen poco proclives a solventar por sí mismos las inercias de poder heredadas.

El internacionalismo

El objetivo paridad y las leyes de igualdad son nuestro presente. Pero nos queda bastante en el horizonte, porque el

feminismo tiene una necesaria agenda internacional. No podemos desentendernos del resto del mundo. El feminismo en un solo país o en un solo bloque civilizatorio no gana. O se internacionaliza en todo el globo, o todo lo conseguido corre peligro. No solo somos internacionalistas por ética, que también, sino por necesidad. Nos duelen en carne propia los abusos sobre cualquier mujer. No podemos evitarlo y no queremos limitar la empatía. Además, esos abusos se nos ponen delante de los ojos y nos recuerdan qué frágil es nuestro estatuto. Sabemos que nuestras conquistas pueden retroceder. Y no es que solamente lo creamos, es que nos consta que en algunos lugares retroceden.

El internacionalismo feminista está desde hace años severamente marcado por la ausencia de reuniones internacionales. La última Conferencia de relieve fue la celebrada en Pekín, y de eso hace más de dos décadas. Nunca se subraya bastante el papel decisivo de las conferencias internacionales. Algo las está impidiendo. Necesitamos información; por eso no debemos jamás parar su dinámica, sino acudir a ellas, dentro o fuera del programa. Allí hacemos conteos y agenda. El feminismo en este momento está produciendo la autoconciencia de las mujeres como grupo. Planetariamente. Las mujeres nunca han tenido conciencia tan clara de pertenecer a un colectivo, precisamente por su posición minorizada. Está surgiendo un «nosotras» global. El feminismo nos está construyendo como sujeto político. Invertir en redes de solidaridad es una cuestión de supervivencia para nosotras. Sin contar con aquellas que viven en peores condiciones, que aún son muchas.

La agenda del feminismo está abierta por páginas diferentes en cada lugar de este mundo. Repasadas y refrescadas estas tres inmensas fases, sabiendo que estamos en la tercera y que le queda mucha vida por delante, ¿cuántas partes del planeta Tierra nos acompañan en ella? ¿Cuántas no están en la segunda todavía? ¿Cuántas en la primera? ¿Cuáles de las vindicaciones comprometen a las vanguardias, cuáles a los tramos medios, cuáles a situaciones heredadas que se niegan a desaparecer? La agenda puede ser diversa, pero la teoría es

sumamente estable. El feminismo no ha cambiado tanto como conjunto teórico explicativo a lo largo estos tres siglos. Es una de las tradiciones políticas más homogéneas. Tanto sus recursos argumentativos cuanto lo que dice, a quién se lo dice, cómo lo dice, contra qué argumenta, con qué argumentos... todo se mantiene estable a lo largo del tiempo. Se le nota poco castigado por la edad. Estable en su teoría y en su agenda. Durante tiempo me limité a pensar que quizás el cumplimiento de la agenda era tan lento que por ello se presentaba una y otra vez casi sin variaciones significativas. Esto es, tuve tendencia a atribuir su peso y estabilidad a la lentitud de las conquistas. Solo ahora me doy cuenta de que ha sido necesario que se consolide una masa de sentido histórico pertinente para poder comprenderlo a fondo.

---

16 Véase traducción española: Betty Friedan, *La mística de la feminidad,* Madrid, Cátedra, 2009.

17 Betty Friedan, *Mi vida hasta ahora,* Madrid, Cátedra, 2003, pág. 147.

18 *Ibíd.,* págs. 174-175.

19 *Mi vida hasta ahora, op. cit.,* pág. 175.

20 *Ibíd*.

21 *La segunda fase, La fuente de la edad* y su autobiografía, *Mi vida hasta ahora,* son sus más importantes obras traducidas al español.

22 En España por ejemplo Lidia Falcón, Aurelia Capmany, Victoria Sau y una plétora de obras colectivas.

CAPÍTULO 5

De nuevo el poder

En ninguna sociedad humana conocida ha ocurrido que las mujeres y los varones tuvieran el mismo rango o parecida importancia. En todas ellas, con modalidades diferentes y a veces interesantes, el sexo masculino tiene poder y autoridad, ejerce ambos, y tanto mujeres como varones lo aceptan. La primacía masculina y su legitimidad no se cuestionan. A esta disposición de poder y autoridad vinculada al polo viril se le denomina «patriarcado». Eso no quiere decir que cada uno de los varones sea poderoso —entre ellos hay rangos—, pero sí que cada uno de ellos tiene derecho a sentirse mejor en su piel que el colectivo completo de las mujeres, que, genéricamente, le son inferiores... si bien varias de ellas pueden serle superiores en rango. Cada uno de los varones sabe de su importancia y, en consecuencia, de la falta de importancia del sexo femenino en su conjunto, aunque tenga que conceder aprecio a las que jerárquicamente estén por encima de él, que siempre las habrá. Pero la existencia de esas mujeres superiores a un varón determinado no pondrá nunca en duda la esencial superioridad masculina.

No es ninguna paradoja. Y cuando los niños aprenden esto no les cuesta tampoco especial trabajo ni entenderlo ni practicarlo. Las niñas lo hacen a su costa, porque no es lo mismo aprender la propia importancia que practicar la humillación del propio grupo. Pero, en años sucesivos, unas y otros lo aprenden, del mismo modo que aprenden y practican las normas diferenciales masculinas o femeninas. También asumen sus respectivos espacios y las habilidades que les van a proporcionar respeto en su puesto social. El patriarcado siempre supone una división del trabajo en función del género. Dependiendo de sus modalidades, ellos pueden aprender las artes guerreras y ellas las agrícolas, ellos las religiosas y ellas las textiles o las recolectoras o las de edificación... Habrá en

todo grupo humano dos subgrupos principales y fácilmente reconocibles, hombres y mujeres, que tendrán asignados espacios y tiempos diferentes, de también distinta importancia.

«Patriarcado», «patriarcal», «patriarca» son términos presentes en nuestra tradición. En su uso académico, patriarcado alude, como se dijo, a la forma de poder en la cual los varones dominan a las mujeres, tienen mayor relevancia que ellas en todas sus actividades y resultan ser el polo humano por el que se mide el prestigio. En una sociedad patriarcal, el varón es la medida de todas las cosas. El asunto es que todas las sociedades que nos son conocidas son patriarcales, las históricas y las que no han evolucionado hasta llegar a serlo.

¿Cuál es el origen del patriarcado? Es una pregunta relativamente frecuente, pero lo cierto es que no es buena, porque el patriarcado no lo necesita. Simplemente los seres humanos somos primates evolucionados y nuestra evolución, incluido el mundo de la cultura, las ideas y las representaciones, nunca ha negado la jerarquía viril, que nos viene muy probablemente de nuestra primitiva dominancia etológica. El dominio del macho es una característica en los primates. Evidentemente, cuando la evolución humana se inició, este rasgo no resultó pospuesto. El patriarcado es su forma histórica. De modo que esa autoridad y poder viriles constituyen lo que llamamos una «invariante antropológica». Todas las sociedades la han conocido. Empero, al ser una estructura de poder humana, admite y tiene variantes: es más o menos ruda, se fija en unas conductas u otras, usa mayor o menor violencia... No es lo mismo una sociedad de encierro de las mujeres que una sociedad en la que ellas pueden permanecer en los espacios comunes; una que reserva el saber solo a los varones que otra que acepta cierta competencia intelectual o manual en las mujeres, por ejemplo. El patriarcado es universal, pero sus modalidades son históricas y civilizatorias.

LA INVENCIÓN DEL MATRIARCADO

Durante el siglo XIX, en los inicios de la antropología como ciencia, el patriarcado fue descrito por vez primera con la suficiente distancia crítica, esto es, no suponiendo que era un dato sin más de la naturaleza. También comenzaron a ser descritas sus variaciones. Pero lo más notable es que, a su lado, para crear una especie de simetría, se comenzó a colocar una construcción conceptual típicamente romántica, el matriarcado. El matriarcado, o la falsa simetría, se describió igualmente aunque nadie hubiera conocido jamás ninguna sociedad que lo practicara. El primero en suponer un matriarcado primitivo fue Bachoffen, un investigador y jurista suizo que intentaba dar razón de ciertas peculiaridades del antiguo derecho, como herencias, orden de apellidos, matrimonios, dotes y otros. Imaginó que esos rasgos eran pervivencias de una época arcaica en que el dominio viril no estaba asentado. A esa época que inventaba la llamó «matriarcado». Así surgió una explicación que se hizo corriente, y más a medida que la prehistoria se iba conociendo. Con la única excepción de sir Henry Maine, todos los autores antropólogos del XIX dieron por hecho que el patriarcado era un progreso desde una forma de organización más primitiva a la que llamaron matriarcado.

El matriarcado sería el responsable de las pervivencias benevolentes para con las mujeres en el derecho de algunos pueblos antiguos, del aspecto de las religiones primitivas y sus diosas, los matrimonios en la localidad de la esposa, la filiación materna y otra serie de circunstancias que se escapaban de la admisión de un dominio viril estricto. Esta suposición pasó de Bachoffen a Morgan, de este a Engels y de ahí al marxismo; y se reprodujo también en la literatura de Michelet y sus contemporáneos románticos. En realidad el matriarcado pasó a ocupar en el relato histórico lo que el paraíso perdido había representado en el mito religioso.

Ahora más bien suponemos que no hubo tal periodo y que tampoco esa es la mejor explicación para los indicios de presencia femenina que nuestra prehistoria nos aporta. Pero en el siglo XIX y parte del XX el matriarcado primitivo tuvo pleno predicamento. Así se explicaban mitos como el de las

Amazonas, la existencia de grandes Diosas Madres, los ritos cerrados y secretos, como los de la Bona Dea, en que solo mujeres intervenían, diversas costumbres asociadas a la agricultura, etc. Todo se interpretaba como pervivencias de una antigua y extinta ginecocracia. Sin embargo, la verdad parece haber sido muy otra.

Las mujeres nunca han tenido genéricamente poder, y aquellas que lo han alcanzado lo han hecho por excepción. Las mujeres, en todas las sociedades históricas que no son conocidas, han estado sometidas a los varones. Con todo, y en casos muy especiales, alguna mujer ha ocupado el poder soberano. La historia recuerda a varias que lo han hecho muy bien y a otras que no tanto. En todo caso, ninguna de ellas se lo hizo heredar a otra, sino que, transcurrido su tiempo, las aguas volvieron a su legítimo cauce.

Algunas mujeres fueron excepciones a la regla que las apartaba del poder y, de entre ellas, unas pocas fueron además excepcionales. En el mundo antiguo, Hatshepsut dejó una fuerte impronta, aunque su heredero intentó borrar todas sus inscripciones. Cleopatra se jugó y perdió la independencia de Egipto. En la Edad Media, encontramos grandes señoras territoriales, como Leonor de Aquitania, o impresionantes señoras clericales, como las grandes abadesas. Durante el Renacimiento, Isabel de Castilla e Isabel de Inglaterra fueron fuertes y temidas monarcas. Y en la Modernidad figuras tan relevantes como Catalina de Rusia o María Teresa de Austria también marcaron su época. Esas figuras llegan casi hasta la contemporaneidad en el caso de la reina Victoria de Inglaterra o su actual heredera Isabel. Pero, por lo común, las mujeres no jugaron en el terreno del poder explícito, sino en el de la influencia, más opaco; son las madres tras el trono o las esposas del harén, o las favoritas de las que se sabe que intervienen moviendo los hilos en la oscuridad. Esto solo es posible, naturalmente, en las autocracias. Pero no debemos olvidar que la mayor parte de los estados que han existido han sido autocracias. La democracia es el sistema político más joven sobre la faz de la tierra.

El que alguna mujer alcance excepcionalmente el poder

explícito ha sido propiciado en determinados sistemas jerárquicos, especialmente aquellos que sacralizan el poder de una línea dinástica. En ausencia de varón, una mujer puede subir al trono. Pero eso no significa que las mujeres en su conjunto lo hagan. Las mujeres a las que esto ocurre son especiales. Forman parte de líneas dinásticas en las que los varones que podían heredar se han extinguido. Son absolutas excepciones. Los antiguos griegos poseían una forma de legitimar estas excepciones, las «epicleras». Epiclera era la mujer que resultaba hija única y por lo tanto también única heredera. En tal condición estaba «casada con su herencia».

EPICLERAS

La mayor parte de las mujeres que han llegado a monarcas o jefas de Estado han sido «epicleras». La línea que llega a ellas no se puede cortar, porque su estirpe es fuerte y la defiende; en consecuencia ellas heredan el poder de la familia y su vinculación esencial con ella. Si es posible incluso se las desposa con un familiar cercano. Este es el caso de las grandes reinas de Europa, pero también el de muchas líderes de países del otrora llamado Tercer Mundo. Siempre ha resultado sorprendente que algunos estados de Asia tuvieran presidentas mucho antes de que sucediera lo propio en las democracias occidentales. Pero es que ocurre con ellas una ilusión óptica: Indira Gandhi, Bandaranaike, Suharto o Butto, por poner varios ejemplos, son mujeres de estirpes poderosas, que normalmente han intervenido en procesos nacionalistas de los que han surgido sus estados. Los heredan para la familia si no hay un varón más adecuado cercano a la sucesión de los líderes y «padres de la patria». Ellas presentan la misma continuidad que encarnaban las reinas en las líneas dinásticas.

Otro caso singular es que también algunas mujeres pueden acceder al poder en tiempos turbulentos. No es insólito encontrar grandes conductoras en momentos de crisis agónicas. Velleda condujo a los germanos y Boadicea a los anglos contra el Imperio Romano. Nunca se puede decidir si las crisis llaman a esos liderazgos femeninos o son ellos los que las provocan.

En cualquier caso, cuando las mujeres conducen ejércitos, los ejércitos son de desesperados. Se les concede el heroísmo de quien se enfrenta a un final absoluto. Se entiende que las mujeres luchan para perder, con honor, pero perder. Aunque algunas veces puedan haber vencido. En época contemporánea tenemos figuras que se han convertido en las enseñas de sus estados por sus impredecibles victorias, como fue el caso de Golda Meir.

En realidad, la posibilidad de ejercer el poder por parte de las mujeres siempre será una excepción allí donde el patriarcado sea fuerte. Sin embargo, ahora asistimos a una radical novedad, su fragilización por obra de las fuerzas coaligadas del feminismo, la democracia y el sistema industrial. El no tener poder ni fuerza ha sido la esencia misma de lo considerado femenino, pero esa ancestral división comenzó a cambiar a la par que lo hizo la Modernidad misma. Las mujeres, ya no como individualidades por excepción, sino como ciudadanas y trabajadoras, manejan desde hace un par de siglos cierto poder que han sabido poner a disposición de sus fines comunes.

La ciudadanía

Hace tres siglos y medio, que para el cómputo de la especie es una fruslería, comenzó la decadencia de la explicación religiosa del mundo. Del mismo modo se inició el ocaso de la legitimación divina del poder. Nuevas formas de gobierno y nuevas maneras de legitimarlas han aparecido en la escena pública y han hecho nacer la idea de ciudadanía compartida. Las mujeres, organizadamente, han luchado por sus oportunidades y sus derechos, civiles y políticos, y en buena parte del mundo los han obtenido. Esto crea una nueva escena en la que la antigua excepción decae y la democracia quiere que la regla sea el mérito, no el sexo. Las mujeres de todas las democracias han aumentado asombrosamente sus capacidades educativas, a la par que sus demandas de una mayor igualdad de oportunidades y de justicia en el reparto de los bienes, tangibles e intangibles, incluido el poder. En una democracia

con verdadera ciudadanía no hay enemigo pequeño. Todo el mundo, absolutamente todo, puede algo. Y las mujeres, a medida que progresa su autoconciencia como sexo discriminado, desarrollan solidaridades asertivas para alcanzar metas comunes: igualdad, derechos, oportunidades, respeto y una vida libre de violencia. Esto es una novedad antropológica radical.

Porque de que el patriarcado exista no se sigue que tenga que seguir existiendo. Inferir de un «es» un «debe» es falacia naturalista. El patriarcado está severamente tocado en varios e importantes puntos del planeta. Pero, desde luego, dista mucho de estar muerto. La comparecencia de mujeres en los ámbitos del poder político es reciente y tiene vocación de continuidad, no de excepción. Se gesta desde la base, no viene por requerimiento de encajes en las alturas. Las nuevas líderes no son epicleras, sino demócratas cooptadas por la vía corriente en que se forman sus iguales. Merkel, Thatcher, Gro Harlem, Bachelet, Clinton, con independencia de su signo político, ocupan el poder de un modo nuevo que muestra que el espacio disponible para las mujeres se acrecienta. No son ya del todo excepciones y, desde luego, alguna no es tampoco excepcional, como por lo demás ocurre con los líderes del sexo masculino. Sin embargo, esas presencias son todavía escasas y no deben engañarnos sobre la extensión del poder que los varones no comparten ni quizá bastantes quieren compartir: debe recordarse a menudo que los territorios completos del poder económico-empresarial, la prensa y la opinión, la creatividad, el saber superior y su transmisión canónica y el dominio y manejo de la religión son actividades casi completamente masculinas. Son además todos ellos los manantiales de legitimidad del poder explícito. Pues bien, todos ellos cuentan con una presencia femenina inapreciable.

Puesto que todo sistema de poder se basa tanto en la legitimidad como en la fuerza, una extensión enorme de la legitimidad es aún territorio hostil. Las mujeres van consiguiendo, y solo en democracias sólidas y estables, posiciones de normalidad, paritarias, por ahora únicamente en el ámbito político, pero aún tienen como colectivo un grave

déficit de legitimidad. Y otro no menos grave de voluntad común.

Democracia y feminismo

Aunque la jerarquía o incluso la opresión sea una invariante antropológica, la democracia misma es un sistema de subversión de esa poderosa invariante. La democracia no está prevista en nuestros genes. No se trae de serie, como tampoco el feminismo. Son construcciones que nos han llevado a vivir mucho mejor que en cualquier tiempo que conozcamos. Son invenciones que se concretan en la Modernidad. Gran cantidad de cosas que hacemos y vivimos no están en nuestra herencia remota. Pero seguimos haciéndolas porque nos va bien hacerlas. Que algo no haya pasado antes no quiere decir que no vaya a ocurrir; eso sería así solamente si estuviéramos sujetos a las leyes naturales. Pero somos, en gran parte, una especie autoformada, siquiera sea porque tenemos una diferencia inimaginablemente fuerte con el resto de la naturaleza: el lenguaje. Cuando se posee algo como esto, todo se transforma. Nuestra vida, al estar inmersa en el lenguaje, se ha transformado en algo radicalmente otro y no tiene nada que ver con aquello de lo que podamos venir. Es muy extraño, pero lo extraño vive dentro de lo corriente. Nada más extraño que lo que últimamente hacemos del modo más corriente, por ejemplo que mujeres y varones se sienten juntos en un mismo lugar. Y, aún más extraño, que hablen entre sí.

Una de las grandes invariantes culturales es la opresión de las mujeres y su menor valoración, pero eso significa que los espacios entre varones y mujeres siempre están adscritos a espacios segregados. Incluso en culturas tan poco organizadas como los knung, cuando el grupo monta el pequeño poblado, que solo pretende durar unos pocos días, señalan con rayas el espacio de los varones y el de las mujeres. Nosotros somos la primera sociedad que ha mezclado los sexos y asumido que son construcciones normativas.

Decía que en ninguna sociedad humana conocida ha ocurrido que las mujeres y los varones tuvieran el mismo rango o parecida importancia. Nuestra igualdad entre los sexos —equivalencia o equipotencia— es nueva y todavía latente. Pues bien, si la representación fuera solamente uno de los más importantes registros del poder, como suele a veces afirmarse, las mujeres jamás habrían comparecido en ella. O lo habrían hecho únicamente de modo vicario.

Pero el arte occidental, aparte de ser el único que inició y culminó el asombroso camino del realismo, ha representado mujeres desde siempre. Lo que no deja de ser pasmoso. El poder no gusta de distraerse de sí mismo como objeto. Cuando desenterramos las grandes ciudades imperiales romanas, de Asia al norte de África, en Galia o en Hispania, encontramos los falos descomunales en las esquinas, los llamadores, los santuarios campestres, las lámparas o incluso debajo de las puertas. No parece que la masculinidad se tenga a sí misma en poco. Y cuando prefiere representarse mediante un único atributo, lo exagera a conciencia. Esa misma masculinidad lo pasea, enaltecido, en algunos festivales japoneses. Le rinde culto en India y también en China. Lo enormiza en las culturas precolombinas. Levanta desde hace siglos obeliscos de significado fálico inequívoco. Y no otra que la masculinidad dio en decir que las picudas torres de las iglesias cristianas en realidad lo figuraban. El miembro por antonomasia, que representa y presenta el poder, estaría detrás de cada sublimación artística.

Con todo, si tomamos el ecuánime camino de la seriedad, lo que observamos es que bastantes de las más antiguas representaciones —de aquellas que Hegel habría llamado simbólicas— incluyen evidentes signos femeninos. Los encontramos tallados en los abrigos, pintados en las cuevas, esculpidos. La presencia femenina en el arte más primitivo es tan grande y pasma tanto que dio pábulo a la imaginación de los primeros antropólogos culturales, quienes jugaron a imaginar el pasado a la vista de sus representaciones y sus objetos.

Dictaminaron que la relativa abundancia de mujeres o de animales hembras, de vulvas o de Venus en el primer arte, se debería al preponderante papel social en aquel mundo primitivo de las mujeres, quienes, antes de que el Estado se inventara, y con él la jerarquía y el rango, habrían sido las poderosas inspiradoras y dulces directoras del inicial grupo humano. Así lo hizo Bachoffen, ya lo hemos citado, y no menos entusiasmados se mostraron Michelet o Bebel, y, en fin, todo un conjunto de historicistas del XIX que inventaron una gloria conceptual con vivaz vocación de pasar al pensamiento popular: el matriarcado. Es una construcción eidética típicamente romántica que busca hacer la simetría con lo real, el bien conocido dominio viril, el patriarcado. Así surgió una explicación que se hizo corriente, y más a medida que la prehistoria se iba conociendo. El supuesto matriarcado se convirtió en el principal responsable de cualquier representación femenina en el mundo de la prehistoria. Y además la representación probaba su existencia.

Pero ¿qué sucedía con la representación de las mujeres ya en periodo histórico? De las primeras civilizaciones tenemos *monumenta,* imágenes y también escritos que hemos podido descifrar. Sabemos que no eran ginecocracias. Con todo, la presencia de la imagen femenina en el Creciente Fértil o en Egipto no es tampoco menor. De ahí que la hipótesis del matriarcado se estirara algo más y esas presencias se convirtieran en pervivencias de un orden antiguo que no había podido ser completamente abolido. Quien más disfrutó con esto fue sin duda Robert Graves, que lo extendió por el Mediterráneo entero.

Y ¿qué pasaba con Grecia? De la Grecia clásica su patriarcado se conocía bien. En ella las mujeres también tenían su presencia icónica como muchachas o como figuras mitológicas, o como damas o como hetairas o flautistas, o cariátides o incluso como amazonas. Juntándolo todo, y cerrando los ojos, se podía seguir tejiendo un último trozo de tapiz matriarcal, aunque casi desvanecido. Pero el tejido ya casi no aguantaba. La filia, el amor propiamente hablando, los

griegos no la sentían por las mujeres. Se suele citar este párrafo de Demóstenes: «Tenemos a las hetairas para el placer, a las criadas para que se hagan cargo de nuestras necesidades corporales diarias y a las esposas para que nos traigan hijos legítimos y para que sean fieles guardianas de nuestros hogares».

Acostumbrados como estamos a imaginar una sociedad griega en la cual la filia solo tiene por objeto adecuado a los efebos, porque solo lo masculino entre sí se ama, aunque con las mujeres se reproduzca, dejamos de entender aquello que los mismos griegos nos legaron como representaciones que gustaban de hacer. Las mujeres eran socialmente irrelevantes, pero no su presencia icónica. Y todo por no admitir una hipótesis más simple, de las que siempre se dice que son las mejores: resulta que a los varones les gustaba representar mujeres, antes y entonces. Bueno, en el sobreentendido de que solo ellos trabajaran la imagen. Quizás porque no todo es poder en la representación, sino que en ella concurre también un punto erótico imprescriptible. No toda imagen es directamente poder.

El erotismo de representar

Hay culturas que se han negado obstinadamente a la representación. Está en nuestra herencia, que es doble, griega y judía. Provenimos espiritualmente de ambas. Y una de ellas, la judía, es iconófoba. Para desparejarse de los pueblos con los que convivían, o por alguna otra razón, el judaísmo inició la prohibición, que el islam siguió a pie juntillas, de que nada viviente podía representarse: animal, hombre o planta. El poder de crear solo lo tenía Dios. Y la imagen intentaba falsear ese poder, apropiárselo. Con la imagen, haciendo imagen, los seres humanos querían ser dioses. Y esta capacidad de poner fuera lo exterior, que solo el Único Dios tenía, la usaban infernalmente para fabricar objetos ante los cuales después postrarse. Nada más repugnante a los ojos de Dios. Había que evitar la idolatría a cualquier precio.

Ido-latría: adorar formas, adorar arte, artificios,

construcciones realizadas con las manos que luego se suponen fuentes de poder en sí mismas. La cúpula de Omar, que domina Jerusalén, esa bellísima cúpula de oro, posee una inscripción interior que la rodea. Dice cinco veces: «Dios es único y no tiene hijos». No hace falta recordar que sus obras, esto es, toda la Creación, no pueden representarse. En ello están completamente de acuerdo tanto los musulmanes ortodoxos como los judíos, sobre cuyo antiguo Templo probablemente la cúpula se asienta. Así que nada se representa, ni macho ni hembra. Por fortuna en eso, y a pesar de los evidentes riesgos religiosos idolátricos, hemos seguido la pauta de nuestras cuevas, de las grandes civilizaciones mediterráneas, de Grecia y de Roma.

Entre nosotros las herejías iconoclastas siempre fueron pasajeras, aunque Bizancio y Europa sufrieran algunas. El ser humano es un animal simbólico, se dice. ¿Hay entonces prohibición más amarga que impedirle representar? Nadie lo dude. Existe la erótica de hacerlo. Y han representado tanto él como ella. Y a todo lo que corre, vuela o camina, macho o hembra. A todo lo que crece y se mueve, incluso a lo que no se puede captar, como el viento, el calor o el frío, el movimiento del agua o los cambios de la luz durante el día. La destreza de esas representaciones ha cubierto un camino de gloria. Lo guardamos y atesoramos, en especial su último tramo, desde el románico hasta nuestros días.

Pues bien, entre todo lo que existe, las mujeres son un objeto casi privilegiado de representación. Excepto en periodos muy oscuros, las figuras femeninas aparecen, en paridad, llenando muros y libros. Con las salvedades oportunas: se atienen a sus cánones históricos. Presentan modelos finitos. Y ellos y ellas las representan de forma muy similar. La belleza femenina es, en efecto, tornadiza y se atiene a sus tiempos. Sus modelos cambian. Del mismo modo, el repertorio de figuras femeninas es breve. En el muestrario religioso, por muchos siglos el único, en el inicio comparecen la theotokos y la prostituta de Babilonia. Pero a medida que la piedad va desenvolviendo sus recursos, la Virgen María adquiere edades y las mujeres que la acompañan multiplican las facetas de la

feminidad. Las santas dan pábulo a la destreza y elegancia de los pinceles. Cuando la pintura se abre a otras imaginaciones, en el Renacimiento, un tropel nuevo de diosas y ninfas avanza. Y sobre todas ellas se instala la veracidad del retrato. El retrato lo es de una persona y debe mostrarla sin demasiado embeleco. Se rige por el parecido. La pintura religiosa o mitológica permite fingir a «la mujer» o, mejor, crearla.

Las poderosas

Este es el caso de las grandes reinas de Europa, alguno de cuyos impresionantes retratos poseemos. Su representación se atiene al canon del poder, marcado por distancia y cierto hieratismo. El poder no vindica el agrado, no al menos en primer término, que sí suele estar presente a veces en las consortes y aún más en las favoritas.

Hechas para agradar

Porque, a la vez que refleja con verismo a las poderosas, la pintura introduce este objeto, «la mujer», en el terreno de la belleza y de la gracia. La viste y la desnuda. Ofrece ocasiones para hacerlo. Mujeres púdicas, con los ojos bajos, o que no miran a quien las contempla. Mujeres para ser vistas. Mujeres que de pronto observan desde un lecho a quien las mira, amparando su descaro en que son Venus, Dianas sorprendidas, ninfas raptadas, transformadas, solitarias o arracimados sus miembros bajo la gentil advocación de Gracias. La Antigüedad había hecho otro tanto. Recordemos los deliciosos relatos de los festivales divinos celebrados en las ciudades del Imperio, incluidas muchachitas que bajo ligeros cendales figuran diosas, narrados por Apuleyo. El Renacimiento resucita ese espíritu de la erótica y también lo trasmuta.

Porque, no nos engañemos, desde el Quattrocento para acá los dioses olímpicos son bromas. Con esas bromas la representación se enriquece y simula «mundos ingrávidos y gentiles / como pompas de jabón». Los brillantes colores de los dioses ya muertos poco han podido cambiar lo que los dioses

vivos tenían por bueno. La pintura mitológica convive con las guerras de religión y los procesos inquisitoriales. Esos brillantes dioses y diosas han acompañado, y muy gloriosamente, al mundo, que creía que solo lo más alto merecía representarse. Y sus historias permiten ampliar poderosamente un repertorio muy necesitado de nuevos recursos. Telas, tablas, tapices y frescos encargados por los grandes que, cuando preguntan, se olvidan del artificio mitológico. Como interpela a su marchante un gran señor italiano: «¿Ha terminado ya el maestro la mujer desnuda?».

La erótica se consolida. Lo difícil, llegado un punto, ha sido sacar a las mujeres del terreno de la belleza y de la gracia, o del deseo puro y simple, para introducirlas en el paisaje del poder. Representarlas no como comparsas ni mascotas, como amantes o como delicias de los sentidos, sino como poderosas, sin ser monarcas. Y eso ha sido siempre especialmente complicado por una buena razón: las mujeres genéricamente nunca han tenido poder. Y las que individualmente lo han tenido no por ello han dejado de ser mujeres, esto es, no por ello han dejado de estar sujetas a la mirada que las quiere disponibles, difíciles, modestas, peligrosas, bellas, humildes, pícaras, abnegadas, graciosas, esquivas, dulces... o todo ello a la vez. En una sociedad patriarcal, el varón es la medida de todas las cosas. Se hacen pequeñas excepciones con las muy poderosas, pero nada más. Por lo general, las mujeres alegran la vista. Y, por lo mismo, su belleza, cultivada e inventada, es frágil e irrisoria. La belleza caduca. El género de pintura que se conoce como «vanidades» encuentra en la vejez femenina un motivo cruel de presentación. Nada somos; pero ellas, un poco menos.

Buscad a las extrañas

Un tiempo sin embargo llegó en que los seres humanos volvieron a sí mismos su mirada sin el espejo de los dioses y, quizás azuzados por la extraordinaria presencia del retrato, comenzaron a representar la vida diaria y doméstica. Y lo hicieron sin espíritu de comedia, sino con toda la seriedad

racionalista. La pintura cortesana con sus revoloteantes personajes comenzó a ceder el sitio a la pintura de interiores ordenados, confortables, y a la pintura de exteriores amables. Se hizo doméstica, bodegonil y floral. Aparecieron ahora en ella otras mujeres. Reinas, ninfas y diosas concedieron compartir escenario con mozas labradoras, músicas, encajeras y un inusitado acervo de lecheras y pastorcillas. Europa, que vivía gracias a los flecos de la Reforma tiempos de iconoclastia, redirigió la erótica representacional hacia los paisajes de interior y exterior y las historias bíblicas. Pero, en esta maravillosa historia en que todo se conserva y nada se desecha, por acumulación, lo femenino se volvió multívoco y pululante. Por eso es tan complicado agruparlo.

Las clasificaciones que afectan a las mujeres suelen ser borgianas. Se dividen en: altas, propiedad del emperador, morenas, nocturnas, jóvenes, libres, bajas, rubias, delicadas, campesinas... y hasta doncellas guerreras si hace al caso. De modo que, aparte de una categoría caricaturesca pero no por ello no intentada, las viejas brujas, y otra sobrerrepresentada sin que con ello la feminidad se entienda mejor, la dulce Madre de Dios, todo lo que queda por el medio siempre es difícil de catalogar. Digamos que la matriz que debería hacerlo carece de parámetros exactos porque tiene demasiados. La erótica representacional ha multiplicado a las mujeres sin que por ello lo femenino se aclare. Cuando además los pobres comenzaron a tener interés pictórico —excuso decir que como objeto, no como compradores de pintura—, las figuras de mujer adquirieron aún más variedad. Fue una etapa extraordinaria: bailarinas de toda laya, de Oriente y Occidente, monjas, maestras, prostitutas y, en fin, todo lo que la feraz naturaleza proporcionaba a los ojos expertos de quien busca lo todavía no visto compareció y se hizo visible. El XIX llenó a rebosar los soportes de mujeres nuevas a la vez que reinventaba a las anteriores. Todas cabían, de Palas Atenea a las fruteras de la plaza, pasando por las odaliscas en sus harenes.

En este punto, la inverosimilitud, que llevaba rondando un rato en los alrededores, se cobró además su gran partida, porque es un desafío representar a aquellas que más fuera y

lejos permanezcan del orden. Los griegos ya las habían inventado; empezaron odiándolas y dibujaron Furias, Erinias, Medusas, Sirenas, Arpías y Gorgonas, pero con el tiempo llegaron a encontrar atractivas a estas disidentes imaginarias, de tal modo que sus Amazonas fueron resultando cada vez más bellas. Y su reina, al final, una beldad. El Romanticismo abrazó decididamente su causa. Dio crédito icónico a todas las leyendas. Investigó en los territorios exóticos de la geografía y de la imaginación. Y cuando acabó con la tierra, trasmutado en surrealismo, encontró los paisajes del sueño.

La querencia por el desnudo se mantuvo, aunque cada vez más pretextual. Como ya no era cosa de Venus, hubo de buscar esclavas, harenes y odaliscas. Un nuevo catálogo de beldades imaginarias que fue roto, de pronto y sin aviso, por el verista desnudo de los *refusés*. Manet pisoteó las reglas del juego al presentar a una cortesana efectiva, una Naná, con la parafernalia de la Venus de Urbino. Con el movimiento impresionista la figuración comenzaba a tocar techo. Pero el motivo iconológico también. Apuntaba lo que dio en llamarse «deshumanización del arte». El asombroso camino del realismo comenzaba un bucle que todavía no ha terminado.

La mirada

Pero, aunque sean difíciles de clasificar, las mujeres están pintadas para ser comparadas. Esto ocurre con la beldad; está para ser observada, medida y confrontada. Pero también con todas las demás. Que vengan y se muestren, que yo elegiré. Porque ellos, los que practican la erótica de la representación, se lanzan a su particular desafío sin desocupar nunca el asiento de Paris. En eso consiste la esencia misma de la mirada masculina: en elegir. Por cuanto a mujeres se refiere, humilde y naturalmente, aunque sea solo con la imaginación, eligen. Nadie pide permiso. Es de suponer que las mujeres se entregan confiadamente a esa mirada y que todas se aprestan a concursar en «la esclava del señor», iconología nada desdeñable que corre, como todas las grandes, en el ámbito religioso. De modo que la mirada masculina se supone

constituyente, bajo la verdad relativa de que ha sido preferentemente el sexo masculino el que ha ejercido la representación.

Mas lo seguro es que carecemos de buenas fuentes en la Antigüedad, no vamos sobrados en la Edad Media y que conocemos pintoras desde el Renacimiento. El siglo XVIII derramó su luz sobre las figuras femeninas. Y bastantes pintoras lo hicieron suyo, desarrollando además nuevas técnicas.

También es verdad que son menos, porque las mujeres nunca han tenido genéricamente poder y, por lo tanto, capacidad de integrarse en los grandes oficios. Y aquellas que lo han alcanzado, lo han hecho por excepción. Hijas o familiares de grandes pintores a las cuales se les permitió el aprendizaje sin que resultara, aunque no siempre, oneroso para su virtud o su salud. Epicleras, en fin, que no ponían en cuestión la pertinencia masculina del talento artístico.

¿Representan ellas con mirada distinta? Cierto que hay matices, interesantes, pero, a grandes trazos, la mirada de unos y otras es similar. Comparten técnicas y tradiciones icónicas y eso aproxima las representaciones. Otro tema es si la mirada es la misma. Construir una mirada diferente o alternativa es uno de los desafíos inabarcables del que se conoce en la actualidad como «arte feminista». No es indudable que ellas se sienten también en el sitial de Paris cuando representan. Y, a partir de una autoconciencia creciente que podemos situar en el siglo ilustrado, el esfuerzo por la veracidad y la *nobilità,* encarnadas en el autorretrato y el retrato respectivamente, les pone un plus de penetración, pero casi infinitésimo y dificultoso de mostrar. La divergencia de las miradas, si llegara a producirse, habría sido además borrada por la misma quiebra de la gran tradición figurativa.

Cuando el realismo colapsa, con la indudable ayuda del daguerrotipo y la fotografía, la línea y la sombra se recomponen de modo inédito. Las mujeres persisten. A veces solo son trazos. Volúmenes reconocibles presentados sin pretexto, desnudas y de frente en gruesas líneas, aunque para esto es mejor llamarse Modigliani. De la vanguardia casi

desaparece la marca de lo femenino, exceptuando las conversiones al pasado remoto. La mirada se pierde o se ensimisma.

Pero, al fin, ¿es acaso verdadero que la figuración agoniza? Podría tener algo de verdad ese decir, si no fuera porque ocupa lo antes nunca conocido. El formidable competidor de la pintura, «formi-dable», tan capaz de dar forma que nunca tendrá competencia, existe y se ha multiplicado al infinito. La imagen de los fotolitos moviéndose, eso que justamente llamamos *kiné,* cine, movimiento y sus derivaciones, lo llena todo. Nunca los seres humanos han transitado dentro de tal cantidad de imágenes como en el tiempo presente. Esto es así hasta el punto de que los habitantes de ciudad conocen mejor las imágenes que las cosas que ellas representan. Y ningún territorio es inmune a esta proliferación. Parte de la fascinación por Oriente provino hace un siglo de la deprivación de imágenes en la que ese mundo habitaba. Lo que es es lo que es; lo que hay es lo que hay. Pero ni Oriente ha podido sustraerse al cine, a la fotografía, a la televisión, a la publicidad. La imagen rodea el mundo. Por mucho que los talibanes volaran con dinamita los Budas de Bamiyán, ninguna cultura ya es iconófoba estricta. El cine habita en todas, con sus retoños visuales rodeándolo.

Y en este planeta de imágenes multiplicadas sucede que las mujeres siguen sin tener poder y la mirada que las mira, aunque sea femenina, sigue siendo oblicua. Es como mirarse en un espejo que refleja otro espejo. Porque este rotundo triunfo de la erótica de la representación en poco ha variado, de momento, las aporías en que el antiguo discurso se movía. Solo ha cambiado el soporte. Apenas ha modificado las formas ni el catálogo figurativo. Las mujeres siguen bajo una mirada ajena, o al menos no del todo suya, que no las sabe clasificar, que solo las ve porque sabe que tiene que verlas. Las manos siguen preparadas y las imágenes pugnan por salir. Todavía deberían esperarse grandes cosas.

CAPÍTULO 6

De nuevo la ley del agrado

El título de este capítulo, «La ley del agrado», desarrolla una impresión mía constante: que el sexo femenino en su conjunto se encuentra bajo una ley no explícita a la que, para orientarme, he decidido nombrar así. Percibo que el sexo femenino tiene desde antiguo —esto no es de hoy— el deber de agradar, y lo tiene incluso por encima de otros deberes, como sean la obediencia, la hacendosidad, la limpieza, la pureza sexual o la abnegación. Y me parece que a medida que va perdiendo algunos de esos otros ancestrales deberes, no pierde sin embargo este.

Aún más extraño: tengo la impresión de que este deber se incrementa en la misma ratio que se incrementa nuestra libertad. Es decir, que hay que estudiar las modulaciones en que se exige el agrado femenino porque están intrínsecamente conectadas con las libertades que se admitan para el sexo femenino. O, dicho de otra manera, en la economía (en el sentido filosófico del término), en la economía patriarcal, las mujeres han tenido este «marco general de deber». Y aunque en varios nódulos han roto posiciones anteriores, el marco pervive. Para mostrarlo, o al menos intentarlo, no cabe otra vía que plantear la que llamaré «hipótesis estética»: que la forma en que se manifiesta la ruptura ética siempre compromete una manera estética de mostración.

ÉTICA Y ESTÉTICA DE LOS SEXOS

Tenemos que encontrar algún momento para situar esta hipótesis y que se perciba su rendimiento: si nos colocamos en los años veinte, lo veremos con bastante claridad. Elijo los felices veinte, esa década, porque fue el momento en que por primera vez hubo un cambio, absolutamente relevante y antes no imaginado, en la moda femenina. La moda femenina ha

permanecido relativamente estable desde la Antigüedad[23]. Esto es, las mujeres tienen el deber de cubrirse el cuerpo. El vestido femenino llega hasta los pies o un poco por encima de ellos. El escote sube o baja, según las épocas, pero se mantiene recatado; recuerden el pañuelo del XVIII sobre el amplio escote. Y la manga admite modulaciones que van desde la manga larga hasta la tres cuartos. Las variaciones en mostración de cuerpo oscilan en el cuello, manos y muñecas. La cintura, un elemento sexualmente relevante, admite estilemas: el talle más o menos alto, o más o menos bajo. Y también los admite la amplitud de la falda. Puede ser más pegada o más alejada de las piernas. Puede aparecer el guardainfante u otras prótesis, que más bien forman parte del vestido jerárquico. Distingamos esto, porque el vestido rico, por así decirlo, el vestido jerárquico, ha admitido modas que probablemente nunca pasaron al traje popular. El guardainfante dudo mucho que pasara nunca al traje popular, propiamente hablando, y lo mismo nos sucede con el miriñaque del siglo XVIII o la exuberancia de crinolinas del XIX; tales estilemas difícilmente se han integrado en el traje popular. Es traje popular, todavía más estable porque es menos afectado por la moda, tiene menor recorrido: falda larga, manga larga, escote corto y cintura marcada en su lugar.

El vestido ha sido sumamente estable. Y aún nos quedan los tocados. El vestido jerárquico se ha acompañado de tocados asombrosos. Tocados, en el caso femenino, exagerados. Recordemos por ejemplo el tocado de las damas de los siglos XIII y XIV —esos inmensos tubos acompañados de alas sobre los cuales se colocaban los velos—, por ejemplo. Imaginemos las pelucas de corte que obligaban a sentarse en el suelo de la carroza a la portadora. Pero tales exageraciones forman parte del vestido jerárquico. En el traje popular, de nuevo, difícilmente aparecen, si bien tenemos testimonios de la etnificación de tocados antes pertenecientes a los trajes de corte. En Europa hay casos, y en América también. Es un asunto hasta divertido ver cómo antiguos trajes de corte se etnifican, pasan a la tradición popular y quedan convertidos en tocados étnicos. Por interesante que resulte, para el caso actual

se trata de un camino lateral que debemos abandonar. Si nos desprendemos del follaje producido por los estilemas, el traje femenino es muy estable.

El traje masculino, sin embargo, varió bastante. Veamos: el traje romano es un traje talar, sobre el cual va un manto. Y este traje no se interrumpe probablemente hasta el siglo XI. El traje tipo masculino, talar, con un calzado variado, puede ir decorado de mayor o menor manera, bordado, coloreado, etc. Esencialmente es uniforme casi un milenio. Pero en el momento en que Europa resucita, después del año mil, empieza a variar rápidamente. Nos aparecen las calzas, es decir, los varones vuelven a llevar calzas y a veces el traje jerárquico varonil se acompaña con una túnica que va sobre las calzas. Pero cuando llegamos a los siglos XV y XVI, los trajes talares han sido confinados al estamento clerical, y todos los varones se han enfundado calzas, más o menos altas o bajas. Los varones enseñan las piernas. Las medias son cosa suya. Y ya no volverán a ponerse traje talar. A día de hoy, ningún modisto, por «vanguardisto» que sea, se atreverá con un desfile de trajes talares masculinos. Las piernas visibles son las masculinas. Sobre ellas acabarán por instalarse los pantalones.

Los varones se pusieron los pantalones, más o menos, en el siglo XIX y ya no se los han quitado. Pero los pantalones son calzas. Los han cambiado, sí, de forma, los han hecho largos o cortos, mas, en resumen, la imagen masculina consiste en mostrar las piernas, más o menos enfundadas. La pierna femenina siempre ha estado oculta; la pierna masculina, no. Recuerden por ejemplo el gran retrato de Tiziano del César Carlos, cuyo pantalón es prácticamente una braga, y además acompañada de un estuche pénico. Esa moda es probablemente lo más arriba que las calzas han llegado. Así como en la mostración directa del sexo: esa moda toma el estilema de marcarlo en directo saliendo hacia fuera en un estuche particular, bordado. Tal moda recorre toda la primera parte del siglo XVI. En el siglo XVII, digamos, se suaviza: desciende el pantalón, desaparece el estuche para el pene, aparece la casaca. Y en el XVIII encontramos el pantalón viril inmediatamente por debajo de la rodilla. Pero va a ser la

Revolución Francesa la que cambie definitivamente la moda masculina.

Desde la Revolución Francesa, los varones pierden la media, y aparece el pantalón largo acompañado por el uso de colores severos. Hasta el siglo XVIII, los varones utilizan toda la gama de colorido. A partir de principios del XIX, los varones se especializan en una gama sobria que va del gris al marrón, con el límite en el negro; salir de ahí es sumamente complicado. Se admiten muy pocas excepciones. Pues bien, esa imagen final es, por así decir, la vestidura de la ciudadanía.

Conviene fijarse en la innovación masculina que representa la Revolución Francesa. Cambia el traje viril, aparece el pantalón largo, porque la media se entiende como Antiguo Régimen. También la peluca blanca o los rizos se perciben como Antiguo Régimen. ¿Cómo ha de tener el pelo un varón? Está claro, aparece lo que se llama el «pelo a la romana», esto es, el pelo corto. Por primera vez. ¿Para qué? En su origen romano estaba claro para qué era. Los cuadros de David, pongamos por caso, que son los que estabilizan la nueva manera de representar de la Revolución, lo muestran. El cabello «a la romana» lo lleva un pueblo guerrero, como es el romano republicano, y el varón lleva pelo corto porque es alguien que tiene que poder luchar en cualquier momento y el pelo largo lo impide. Es afeminado. No permite la lucha. El cabello corto es marcial: nadie debe poder agarrar del pelo a un varón. ¿Recordamos cómo se expresa todavía que dos mujeres se pelean? «Se agarraron de los pelos».

Peinado a la romana, pantalones, colores oscuros... y algo más. La cara del varón queda descubierta, rasurada. Y esto solo tiene una desviación en el primer periodo romántico, cuando a los varones les da por barbarse como patriarcas de Israel, portando feroces barbas y cabellos largos. Breve asunto: al final del siglo XIX retorna el pelo a la romana y se impone, con la única excepción de los años setenta del siglo XX, donde de nuevo pelos largos y barbas reaparecen brevemente. A medida que el voto se hace común, el voto masculino, también el tocado masculino desaparece. La mostración de la cabeza no puede ser jerárquica, y de hecho los varones empiezan a

abandonar el sombrero hasta desterrarlo en la mitad del XX. Mientras estos cambios se producían, avanzaban la lucha de clases y la consecución de la ciudadanía. Por poner un ejemplo español, en nuestra guerra civil algunos partidos situados en la extrema izquierda llegaron a mantener que el sombrero mismo era una prenda insoportable, porque era un signo jerárquico, un signo de clase. Había que quitárselo. A lo que hicieron se le llamó practicar el «sinsombrerismo». Los sombrereros dejaron de fabricar porque se vendía muy poco. Y cuando los ejércitos franquistas ganaron la guerra, aparecieron estrambóticos anuncios en la prensa, puestos por los dichos sombrereros, que pretendían volver a recuperar negocio. Rezaban: «Los rojos no usaban sombrero», lo que hacía que la gente, en una etapa negra de miedo generalizado, se tirara directamente a la sombrerería a comprarse uno... Había vuelto a ser una pieza relevante. En realidad una pieza de vestido nunca es inocente. El sombrero había llegado a querer decir algo. Transmitía.

Este recorrido por la moda viril no tiene otra intención que dirigirnos a la moda femenil, que correlata con ella. En la Revolución Francesa, la moda femenil no cambia; simplemente el gran miriñaque desaparece sustituido por uno más pequeño. Brevemente se ensaya el «vestido romano»: talle imperio y ausencia de faldones. Recordemos que más tarde, por el contrario, en el primer Romanticismo reaparece el enorme miriñaque de crinolina. A finales del siglo XIX desaparece y lo sustituye una prótesis que solo se lleva atrás, el polisón. Pero el corsé, por supuesto, no ha desaparecido nunca. Todas las mujeres llevaban siempre corsé, desde la cuna, porque recordemos también que tanto a niños como a niñas se les encorsetaba hasta que tenían dos años y afianzaban su educación postural. Ello es algo más profundo y compromete al entendimiento social del propio proceso de hominización. Ha sido espléndidamente estudiado por un magnífico historiador de la pedagogía, Lloyd deMause. En cualquier caso, el corsé femenino se quedaba sobre los cuerpos de las mujeres toda su vida.

Poco cambió el traje femenino revolucionario con el abandono del Antiguo Régimen. Más bien tomó algún estilema

popular, se popularizó. Una falda, sin miriñaque, pero con faldones, con justillo apretado, una blusa, decente, que se cierra por arriba con frunces, con manga honesta hasta casi la muñeca. Con todos los cambios, lo esencial se mantiene: traje hasta los pies y escote solo en el vestido de noche. Mangas largas. Se admite y recomienda sombrero en las clases pudientes y prenda que cubra la cabeza en las demás. En el cambio de siglo, las mujeres siguen vistiendo un traje que da cuenta del puritanismo del XIX: manga larga, cintura marcada y falda amplia. Las sufragistas se vestían así, pese a las iniciativas vestimentarias que algunas pretendieron indagar[24]. El vestido permaneció estable y se hizo aún más severo. Todas las mujeres se vestían como las sufragistas, no solo ellas. No tenían una manía o una particularidad. Esa era la norma. El siglo puritano aguantó ese vestir femenino hasta la Primera Guerra.

La moda para las mujeres cambia dramáticamente después precisamente de la Primera Guerra. ¿Y qué ha sucedido entre el antes de la Primera Guerra y su después? La consecución de los objetivos sufragistas. La entrada de las mujeres en la alta educación y la obtención de los derechos políticos. Esta agenda se ha logrado por lo común justamente en este periodo. Esa es la gran novedad ética de la que la moda dará testimonio estético.

EL CUERPO LIBRE

Dramáticamente la moda femenina cambia tras la Primera Guerra. ¿Qué tipo de fenómeno extraño es la moda, que permite estetizar las costumbres y los valores? ¿Cómo se expresa esa nueva moda de los felices veinte? Recordemos: de repente desaparece el talle en el vestido femenino: por primera vez no se marca; la innovación es el talle bajo. Pero avanza mucho más: el vestido se acorta y las piernas femeninas se ven también por primera vez... desde la Antigüedad. En el mundo antiguo las mujeres con falda corta eran esclavas. No tenían derecho a ponerse vestimenta larga porque no tenían derecho al pudor. Ahora, y al contrario, la falda corta no es jerárquica.

El sombrero, otra prenda eminentemente jerárquica, se retrae y se convierte en una suerte de capucha o de casquete. Y, algo también innovador, la manga se acorta a mitad del antebrazo. Por primera vez el brazo femenino, no en una situación de gala, sino en el tiempo corriente, se muestra prácticamente casi completo.

Esa moda quiere expresar, fundamentalmente, un cuerpo sano y libre. Porque lo que ha desaparecido y ha permitido con su desaparición el talle bajo es el corsé. La manera de dejar patente que el corsé no existe es hacer un talle ininterrumpido. Todo ello expresa un cuerpo libre. Y tal estilema aparece aliado con el higienismo, la idea moderna de la salud femenina —que las mujeres han de cultivar una salud juvenil para luego ser también madres saludables—, pero también con la libertad de movimientos. La moda femenina de los felices veinte estetiza la principal característica ética y política de los tiempos: que las mujeres están consiguiendo derechos políticos y educativos a través de un vestido que en la época se entiende como «libre», ancho, sin curvas, corto y flotante.

¿Lo es realmente? En todo caso resulta sumamente desagradable para algunos. Poseo un libro de urbanidad de aquellos años (que probablemente heredé de alguna familiar) en el que aparecen unas señoras vestidas de esa moda, llamada en su época charlestón. Lo notable del dibujo es que en él aparece un grupo de ellas siendo severamente amonestadas por un clérigo palatino. La escena se desarrolla en la Ciudad del Vaticano, en la basílica de San Pedro; el dibujo es muy aleccionador. Se representa a las mujeres vestidas al estilo charlestón, con falda por debajo de la rodilla y media manga, con la cabeza cubierta por sombrero y baja, agarrando cada una su bolso, mientras que un clérigo las amonesta con enfado. En realidad es peor todavía: el clérigo amonesta a unos parientes masculinos que las representan. El pie del dibujo explica que lo merecen porque con aquellas pintas tan procaces quieren, sin embargo, entrar en San Pedro. Ahora puede que la moda charlestón nos resulte muy inocente, pero en su día fue vista como procaz. Sin embargo, lo mejor del dibujo no está en él: es el contexto. Porque en los años veinte las estatuas del

Vaticano, renacentistas y por lo tanto desnudas, estaban tapadas con grandes estafermos de cinc redondos, como barriles, para que los miembros desnudos no se vieran. De las estatuas clásicas, desnudas, se podían apreciar las cabezas y las manos. Y esto quien dibuja el libro de urbanidad no lo cuenta, porque lo ve normal. Este rasgo de puritanismo extremo, tapar con rulos de metal las estatuas clásicas, del mismo modo entiende que se debe reprimir y sermonear el nuevo aspecto, de rulos, de las mujeres vestidas a la moda «libre». Las mujeres vestidas sin delatar las formas femeninas son indecentes.

Esa moda fue percibida como un gran atrevimiento. Toda novedad vestimentaria es mal recibida por las gentes más conservadoras, pero aquella lo fue especialmente. El vestido se presentaba como libre y, lo que es más extravagante, algunos pensaban que lo era. No diríamos en la actualidad de esa moda que sea excitante. Más bien no lo es. Pero sus contemporáneos tenían una visión diferente: las mujeres enseñaban brazos y piernas. Y ello correlataba con sus libertades nuevamente adquiridas. Más derechos... más piel. Y también menos pelo. Aparecieron las melenas cortas y comenzó el ocaso de los moños. No solo los sombreros cedieron protagonismo en el vestido jerárquico, sino que lo que cubrían cambió. Los peinados se simplificaron y, también por primera vez, las mujeres enseñaron su pelo natural, sin el deber inexpresado de taparlo con cofia o pañuelo en las clases bajas.

Otra vuelta de tuerca

Esta moda fue breve, pero lo acortado se consolidó. En los años treinta, ambas desnudeces se mantuvieron. Ese vestido, más o menos, se ha mantenido. Ha vuelto, eso sí, a marcar el talle. Ha habido algún eventual regreso hacia el vestido largo, pero ese es ahora un vestido ceremonial para las mujeres. Se visten desde entonces vestidos más o menos cortos, pero siempre con el término medio a la altura de las rodillas; los brazos se descubren siempre que el tiempo parezca permitirlo. El principal estilema de los veinte, la mostración de miembros, se ha mantenido.

Es cuando comienza la tercera ola de feminismo, en los setenta, cuando se producen otras novedades. ¿Recuerdan aquella vieja historia según la cual las feministas de los sesenta quemaron sus sostenes? No está nada claro que lo hayan hecho, ciertamente; parece más bien una leyenda urbana. Pero algo sí pasó: Mary Quant. La minifalda correlata con el momento de mayor agitación del feminismo «sesentayochista». En los setenta, la moda femenina fluctúa entre la minifalda y la maxifalda, sin enojos. Temporadas de maxifalda y otras de minifalda. Esa fluctuación indicaba algo. Algo quedaba en la sombra donde se cocía una novedad mayor. En los setenta, el vestir femenino «conquistó» los pantalones. Porque, con anterioridad, la apropiación de la prenda masculina por antonomasia, el pantalón, no se hace sino de un modo, por así decir, erótico-galante, y solo en el cine. Por ejemplo, aquel famoso esmoquin de Marlene Dietrich. Mostraba únicamente un nuevo icono de sensualidad indefinida, entre el porno suave y Tamara de Lempicka. Pero las mujeres no se vestían así. Era un traje equívoco para situaciones también equívocas, no era ropa de uso.

Las mujeres reales se pusieron los pantalones, de verdad y sin vuelta, en los años setenta, o se los empezaron a poner. La particularidad que hace que los pantalones sean verdaderos pantalones es que en vez de acompañarse por arriba de una prenda más informal (se admitía el uso en verano, desde los sesenta, del pantalón llamado pirata, con una prenda informal por arriba), en esta ocasión todo el registro viril se permite, incluida la americana. El traje pantalón de los setenta es casi exacto al vestido viril. Para que no lo sea del todo, los colores son distintos, así como los tejidos también; los trajes de las mujeres siguen siendo coloristas, pese a que su forma sea, aproximadamente, masculina.

Nunca ninguna cultura humana ha admitido la indiferenciación sexual. Varones y mujeres —antropólogas y antropólogos lo saben— tienen que vestirse de modos distintos. Y en ciertas culturas deben tener una apariencia extrema tan distinta que realmente cada sexo huya de los adornos del otro como de la peste. Puede ocurrir que incluso esté tabuizado el

uso de adornos del otro sexo. Solo en las sociedades de encierro femenino, y no en todas, se ha tolerado en el espacio privado una cierta cercanía en los trajes. Porque todo el mundo debe saber a primera vista de qué sexo es la persona que tiene delante. Las relaciones sociales, en su vía principal, nunca buscan ser equívocas.

Apropiación inequívoca de los pantalones y a la vez minifalda. Coincidencia que merece una mirada más detenida. El enorme grito de libertad de los años setenta correlata ambos. Los pantalones están claros. La minifalda, también: más libertad, de nuevo más piel fuera. A medida que las mujeres desarrollan las libertades que han conquistado, esto es, las ocupan, porque ya no necesitan pensarlas sino que son vida vivida, enseñan todavía más piel. Las últimas modas del dos mil prácticamente obligaban a las adolescentes al frío: pantalón bajo y un suéter alto. La cintura completa, incluido el ombligo, quedaba al descubierto. La línea del tanga aparecía sobre el borde del pantalón, tan bajo era su talle. Eso, que en verano puede pasar, se propuso en octubre, noviembre... Y las jovencitas lo portaron con mucha determinación. ¿Por qué?

La feminidad expresionista

¿Es casual esa correlación entre mostración del cuerpo y libertad, o es que hay que pagar en un agrado, cada vez más diferenciado, la libertad que se está obteniendo? Un agrado, digamos, más expresionista. Mi hipótesis es que existe más que cierta correlación. Que, con la libertad femenina, ha aparecido un deber de agrado cada vez más erotizado. Que estamos ante el expresionismo de la feminidad. Siento que para entender un cuerpo como femenino ha de parecerse o casi lindar con su presentación pornográfica para que se entienda como femenino.

El patriarcado —por hablar en estos términos— tiene en este momento un soberano despiste acerca de en qué consiste la feminidad, dado que se ha hecho poliédrica, dado que se presenta de muchas maneras. Pero, aun despistado, sigue teniendo la sartén por el mango. Por lo tanto, sigue decidiendo

cuáles son sus mostraciones ortodoxas; sigue decidiendo lo que ha de hacerse. Creo que es una hipótesis, un tanto divertida y relativamente fácil de probar, la correlación entre mayor libertad y más cuerpo expuesto. Y creo que ello se debe a que la ley del agrado sigue funcionando. Solo que la ley del agrado antes expresaba agrado y obediencia, y ahora solo expresa agrado erótico y lo hace en directo.

La mujer velada expresa agrado, pero expresa sobre todo obediencia. Su cuerpo dice «yo admito tu autoridad, me cubro más, me velo más, tomo realmente sobre mí la decencia honesta; pero, además, manifiesto mi respeto por ti, o por los valores que sean declarados comunes y que a mí me toque encarnar». Los signos están para significar. Liberar piel, incluso si no resulta funcional, debe significar. Obviamente no se está manifestando obediencia. La referencia del signo es otra: *disponibilidad*.

Esa presentación disponible del cuerpo femenino tiene sin duda su hueco en la economía pulsional de los géneros. Algunas feministas se han mostrado perplejas ante las últimas modas antes aludidas. Observaban con temor a hijas o sobrinas de esta edad adolescente y no entendían esa presentación de reclamos contradictorios. «Van vestidas como prostitutas y afirmando, sin embargo, que a nadie se le ocurra ponerles un dedo encima. Asumen un riego del que no son conscientes». Recojo palabras textuales. Casi seguro que el sintagma «economía pulsional» no pertenece al lenguaje corriente de las quinceañeras. De las «señales contradictorias» nos damos cuenta quienes calzamos más edad, porque pertenecemos a un orden cambiante en que hemos visto esto y lo anterior, por lo que podemos comparar. Pero probablemente también podemos sufrir temor mayor y menos fundado que el que esa joven persona pueda sentir. El signo que reconocemos no está en su biblioteca. Ella está haciendo algo difícil, porque en efecto está presentando una feminidad expresionista acorde con el canon masculino, pero acompañada de la prohibición de violar su espacio. «Puedes mirar y ver» lo que antes estaba oculto, pero «se mira y no se toca».

Un viejo refrán castellano decía: «Si no lo vendéis, tapadlo».

Expresaba, obvio es, el consejo varonil a las descocadas. Traducido, solo en parte: el sexo masculino gusta de ver, pero «lo que ve lo quiere». El deseo masculino es un mundo. Le agrada la mostración de carne femenina, sobre todo en su estado «fetén» (que se toma de una determinada edad a otra). Siempre es bueno ver, pero, si se le impone, le incomoda. Es una especie de exhibición impertinente. Y las jovencitas probablemente lo saben. Por fortuna la moda es volátil. La próxima temporada llegan las niñas góticas, que se han vuelto a poner faldamentos suficientemente largos, cuellos altísimos y estilemas de parecido tenor. Los varones tendrán un año de respiro. Tampoco durará. La fluctuación de la moda es pendular.

Nada hay insignificante

¿Tiene lo ya expuesto algo que ver con la estética de la libertad de las mujeres? Creo que definitivamente sí, que correlata directamente; creo también que la ley del agrado, simplemente, no está interrumpida y que no somos nosotras, además, quienes la manejamos. Y que los fenómenos sociales masivos —como la moda— son fenómenos a través de los cuales, como sucede con todos los estéticos, podemos hacer estudios del contenido ético que posee una determinada sociedad.

Por eso, cuando se habla de indumento femenino, no hay nunca «caso casual». Ni tampoco lugar para el «qué más da» o el «qué importancia tiene». El indumento tiene mucha y grave importancia. O lo asumimos o abolimos la semiótica. Está repleto de signos, que lo son porque significan, porque no son casuales. Ha costado, ciertamente, construir ese saber, y no está nada mal; la semiótica es aguda y fértil, de modo que no podemos abolirla cada vez que no queramos encarar un signo, bien porque sea conflictivo en el contexto social, bien porque nos inquiete demasiado interpretarlo.

Reparemos en que algunos de los debates acerca de la multiculturalidad, aquí en Europa, se centran en los signos. Mujeres veladas, de tal o cual manera... ¿se admite o no se

admite? Una respuesta escapista siempre es: «No, esto no es nada, no tiene importancia». Pero, por honra de la seriedad que conviene al saber, ¿cómo no va a tener importancia?

En el asunto de la vestimenta y la moda la gente está adaptada a discriminar signos mínimos: un corte, un tono de color, una marca, un adorno casi invisible... Por eso nuestro vestido, por ejemplo, que es democrático y aparentemente igualitario, discrimina y muestra perfectamente la clase social. Sabemos perfectamente distinguir lo caro de lo barato, lo elegante de lo que lo es menos, y por qué, y qué es adecuado a cada persona. Y somos, además, de una precisión impresionante en estos asuntos. Nada se nos escapa. Bourdieu, además, nos ha ayudado mucho a colocar este saber dentro del sistema de nuestras sociedades formalmente igualitarias[25].

Sin contar con que los propios cuerpos están marcados por la clase. Y en algunos sitios, de forma tan extraordinaria que las clases sociales parecen dos razas distintas. Se distinguen en la propia mostración del cuerpo y la actitud, es decir, la manera en que el cuerpo se posiciona en el espacio. La clase conforma el movimiento, la expresión facial, la proxemia, la gestualización. Nos lo enseñó bastante bien la etnometodología. Y nunca está de más darle un repaso a Erving Goffman. Todo lo que se pone o se quita de un cuerpo es significativo. Cerrar los ojos no va a hacer que deje de existir.

---

[23] La moda de las mujeres libres y por tanto respetables. Las esclavas son otra cosa. Por su no derecho al recato las reconocemos.

[24] Amparadas en los conceptos de utilidad, esto es, comodidad y confort. El caso más notable fue el de Amelia Bloomer.

[25] Pierre Bourdieu, *La distinción,* Madrid, Taurus, 1988.

CAPÍTULO 7

La mirada iracunda

Cuando se aprendía el latín inicial —recuerdo una frase del principio del libro de texto—, se traducían cosas como esta: «Vinum et mulieres laetificant cor». Siempre me pareció que faltaba algo, un genitivo, por ejemplo «hominis». Me es ingrato decirlo, pero en particular no veía cómo las mujeres pudieran alegrarme el corazón; conocía a muchas y no precisamente dispuestas a hacerlo. Pero quizá la experiencia viril fuera otra; las mujeres no eran especialmente amables entre sí, sino que se enseñaban los dientes, pero puede que a ellos se los enseñaran menos. La infancia pasó, el latín también y un día me di cuenta de que las mujeres estaban sacando su enfado al espacio público. El feminismo lo hizo, sin duda, solo que ahora me refiero a la presentación individual de ese enfado. Las mujeres de treinta años estaban comenzando a mirar mal.

EL CAMINO DE LA AUTOCONCIENCIA

«La diferencia entre la felicidad y la infelicidad es muy simple», escribió Dickens en sus *Papeles:* «tienes treinta libras y gastas veintinueve; eres feliz. Tienes las mismas treinta libras y gastas treinta y una... eres infeliz». Tiene su punto esta medida tan precisa de la felicidad. Sobre todo porque podría cambiarse la moneda por cualquier otro incontable. Por ejemplo: deseas tener respeto y lo tienes, eres feliz; lo deseas y no lo alcanzas, aunque sea por muy poco, pues eres infeliz. Hay un tópico que es particularmente odioso, pero que todo pensador en alpargatas glosa: lo felices que son las gentes más humildes, bien sea en nuestras sociedades o, mucho mejor, en el mundo no desarrollado. Esas sonrisas francas, esa alegría de vivir... que aquí por lo visto hemos perdido. ¡Si hasta las mujeres ya no son aquella fuente de solaz y descanso que eran! En la actualidad miran tan mal como cualquiera y no se sienten

implicadas por la ley del agrado en hacer que suba la tasa de felicidad privada ni pública. Las hay que incluso contemplan el mundo con una mirada que no puede calificarse más que de colérica.

Las mujeres no parecían ser un sexo iracundo. Quiero decir que normalmente no es una característica que se les haya atribuido, ni en nuestra cultura ni en muchas otras. Más bien y por lo general se las considera serviciales, amables, pacíficas, interesadas en agradar, apocadas, miedosas, cobardes, hipócritas, arteras, incluso astutas, llegado el caso... características todas que son comúnmente asignadas a quienes no tienen medio de ofender o de defenderse de las ofensas que reciben.

A lo largo de la callada historia del sometimiento femenino, que ha durado milenios, la cólera no sabemos si ha existido o ha tenido que transformarse sistemáticamente en reconcomio y llanto. Las mujeres no es que hayan tenido muchos lugares en los que gritar, aunque sea solo al aire. Se lo han permitido algunos festivales a fecha fija. Y las desordenadas de carácter han solido hacerlo en su casa, con los inferiores, sin que ello contribuyera a darles lustre. Una justa cólera no les es concedida por el mundo que habitan: una mujer chilla, no se encoleriza; y lo que hace se llama gritar únicamente si está pidiendo socorro. Como mucho, y desde hace poco, las mujeres van consiguiendo derecho al enfado, siempre con mesura, naturalmente.

Hace ya años, como digo, yo veía formarse un denso nubarrón de cólera en el horizonte. La cólera de las expectativas defraudadas. La cólera con la que les es dado mirar al mundo a quienes no encuentran en él su sitio justo. Sin embargo no sé qué clase de combustible es la cólera. Imagino que algo puede mover, si bien se me escapan tanto el canal como los resultados. Intentaré explicarme.

Las mujeres van en los dos últimos siglos adquiriendo poco a poco autoconciencia como sexo, como grupo de interés; pero, precisamente porque al hacerlo se oponen a un orden de valor —el patriarcal—, compartido por varones y mujeres, no tienen fácil dianoéticamente señalar al contrario. Pensemos que todos

los saltos por los que Occidente rompió las heterodesignaciones tenían un grupo opresor bien señalable: la nobleza de sangre, los capitalistas, los esclavistas... Pero por más que el motivo dianoético —la dificultad de señalar al oponente—, las mujeres nunca han responsabilizado a los varones de su situación disminuida. Digo que por algo más o más profundo que el motivo dianoético. No es que a veces el feminismo no comprenda el protagonismo masculino en la opresión de las mujeres, lo entiende, pero pragmáticamente no se ve en la tesitura de airearlo. No conviene; o no ha convenido hasta el momento presente.

El feminismo ha evitado siempre, es más, ha sentido pánico ante la idea de que su trabajo y su lucha fueran interpretados como una «guerra contra los hombres». Ha buscado y busca enemigos abstractos: las leyes, las costumbres, el patriarcado... enemigos que no tengan rostro. Sin embargo, la libertad de las mujeres tiene muchos enemigos que cumplen lo que Hegel magistralmente dictaminó, que «solo obra lo particular»; malamente podrían estar las mujeres humilladas, sometidas, violentadas o ninguneadas si algunos y algunas no lo hicieran real y efectivamente. Pero quizá haya todavía razones de mayor oscuridad, profundas, para no señalar. Si no hay algo que se vivencie como injusto, no hay justa cólera o indignación que oponerle. Y el sometimiento femenino, como he dicho, está en trámite de ser percibido como injusto, solo en trámite, en la mayor parte de la faz de la tierra. En el fondo, quienes más cólera sientan serán probablemente quienes menos humillación soporten. Y eso no es sencillo de montar, digo, el dispositivo de pensamiento y acción.

La guerra de sexos

Sigo sin saber bien qué tipo de combustible es la cólera, si bien conozco que ahora comienza a aflorar. Sin embargo la pregunta pertinente es contra qué o quién se dirige, y eso nos lleva de nuevo a otra, relativamente conocida: ¿existe la guerra de sexos? Repito: desde que comenzó la revolución feminista, y bien contados van tres siglos, no hay afirmación más sostenida

que el negarla. Ni existe, ni ha existido, ni va a llegar a existir. Los sexos se llevan bien, es lo lógico, lo espontáneo, lo natural; solo que, con cada nueva vindicación, habrán de encontrar pacíficamente un punto también nuevo de equilibrio. Quien suele afirmar esto es, cae por su peso, el proponente[26], en este caso el feminismo organizado; el oponente, quien está instalado bien en el sistema, no lo asume con tanta espontaneidad. Pero los procesos de autoconciencia no son fáciles y tampoco suelen ser pacíficos. Del hecho de que contra el feminismo organizado la violencia empleada haya sido de baja intensidad o esporádica[27] no se sigue que en la microfísica del poder masculino la violencia no haya estado ni esté presente.

Por poner un ejemplo: ¿forma parte la violencia contra las mujeres de la guerra de sexos? Casi todos los implicados, incluidas las personas pacíficas corrientes, afirmarán que no. Son sucesos aislados que ocurren por debilidades accidentales: de carácter, de posición social, por circunstancias especiales... alcohol, mala vivencia o formación previa, experiencias anormales, bélicas, de barriada...; en definitiva, un acúmulo accidental que no presenta estructura señalable. Solo algunas voces dirán que parte de la violencia que las mujeres sufren, buena parte de ella, se debe a la reacción a sus nuevas y conquistadas libertades, que se trata, pues, de un episodio dentro de una guerra en la que uno de los contendientes usa el nuevo espacio de la ley y la palabra, y el otro, el tradicional recurso a la fuerza. Las mismas voces hablarán de «violencia sostenida del sistema», pero no les será fácil hacerse oír. La verdad por todos compartida se inscribe dentro de una densa idea irenista de progreso, y en ella las libertades de las mujeres se entienden como «galantes concesiones racionalistas» que dimanan directamente del espíritu de los tiempos, que no tienen antecedentes vindicativos y que no han costado sufrimiento o violencia a nadie. La violencia múltiple contra las mujeres queda sofocada porque no se puede sumar; la suma no conviene.

Notable es que una de las maneras de disuadir al feminismo desde sus inicios fuera tacharlo de resentimiento, y a quienes

lo llevaban adelante, de resentidas. Y esto sin hacer memoria y sin sacar las cuentas. Pero ¿cómo puede ocurrir que quien padece y no puede evitarlo no sufra resentimiento o anhele venganza? Dos razones puede haber: que se le suponga un metal de carácter diferente del humano corriente o que no se le permita hacerse cargo del sufrimiento como tal; es similar a la prohibición de las sumas, pero añade una maldad suplementaria. No hay derecho a sufrir por otra, sino solo lo propio, y con el mandato de no descubrirse «espalda mojada», porque ese sufrimiento avergüence. Y, cuando alguien se enfada así consigo, se hiere, se inutiliza, se deprime. Lo contó bien Betty Friedan en *La fuente de la edad.* Verbalizar y actuar parecen mejores estrategias que autodevorarse.

Aquel día en Nueva York

Trasladado todo ello a la creatividad, a la estética, donde la lengua de los significados concretos se rompe, el panorama es aún menos idílico. La cólera tiene también sus historias. Recordemos una. Cierto día, más exactamente el 3 de junio de 1968, una treintañera, de apellido Solanas, dispara varias veces contra el icono del pop Andy Warhol. Previamente había trabajado con él, poco, en un par de las películas vanguardistas que Warhol realizaba en La Factoría. Ella le había propuesto, además, otra, con guion propio; Solanas la titulaba *Métetelo por el culo.* Eran años puercos, se sabe, acomodado como estaba el elemento progresista en algo que llamaban «transgredir». Warhol tomó interés por el guion, pero luego lo perdió, el guion mismo, no solo el interés. Solanas se venga entrando en su oficina y disparándole, a él y a sus colaboradores.

Valerie Solanas no debe de ser demasiado conocida por los amantes del pop, pero sí tiene su puesto en el feminismo de la tercera ola, aquella en que vivimos. Es la autora de un texto singular, el *Manifiesto Scum*. Se supone que ese nombre se corresponde con «sociedad para castrar a los hombres», que puede que así sea, pero además y literalmente significa «espuma sucia» y figuradamente «escoria», «desperdicio», «basura», «hez». Hay una telilla de espuma sucia que recubre

un líquido; eso es *scum*. Solanas estaba construyendo este manifiesto o ya lo tenía en fase final cuando decidió matar a Warhol. No se puede decir que hubieran tenido grandes tratos. Solanas parece concentrar sobre Warhol una ira que viene de mucho más atrás; de ahí que aparezca la insania como telón de fondo. Una mujer, sin duda inteligente, abusada en su casa, prostituta ocasional para vivir, que busca editores y que tiroteó a Warhol porque su primer objetivo, otro tipo del ambiente, no estaba a mano.

Había escrito:

> Vivir en esta sociedad solo puede ser, en el mejor de los casos, morirse de aburrimiento. Nada de esta sociedad concierne a las mujeres. Por lo tanto, a todas las que les quede una pizca de civismo, de sentido de la responsabilidad y de la diversión, no les queda otro remedio que derrocar el gobierno, acabar con el dinero, instaurar la automatización a todos los niveles y suprimir al sexo masculino[28].

Pero esto era únicamente el principio, en el cual también se afirmaba que «el macho es solo un accidente biológico» o que «el hombre es una mujer fallida», se entiende que desde el punto de vista del desarrollo embrionario. Bueno, esto nuevo no es; afirmaciones parecidas las venía haciendo todo el psicoanálisis, solo que acerca de las mujeres. Solanas pasaba a las cualidades morales:

> El hombre es completamente egocéntrico, prisionero de sí mismo, incapaz de compartir o de identificarse con los demás; inepto para el amor, la amistad, el afecto y la dulzura... sus reacciones son viscerales, su inteligencia solo le sirve para satisfacer sus necesidades y sus compulsiones[29].

El hombre, entiéndase el varón, «no es más que un espantajo ambulante» que, pasivo en esencia, desea quitarse de encima ese estigma, para lo cual únicamente encuentra un modo: follar.

Solanas escribe una y otra vez el verbo, para dejarlo

amartillado:

> Carcomido de culpabilidad, de vergüenza, de miedo y de angustia, y a pesar de la vaga sensación de vacío al final de sus esfuerzos, su idea fija es siempre follar, follar. No dudará en nadar un océano de mierda, ni de hundirse en kilómetros de vómitos si tiene la mínima esperanza de encontrar en la otra orilla un coño bien caliente[30].

Solanas entiende que derivaciones de este único filón sentimental son la guerra, el dinero, el trabajo repetitivo y, por fin, la paternidad. Esta última se resuelve así: «el rol de padre ha sido traer al mundo la gangrena del espíritu macho. Los hombres son Midas de un género especial: todo lo que tocan se convierte en mierda»[31]. Solanas, con un sentido del humor terrible, va desgranando las habilidades del macho corriente: su flojera, su envidia, su autoodio, su nulo sentido de la intimidad... y mezclándolas con los modos de vida también corrientes, incluidos los chalés de las afueras o los *hippies* y sus comunas. Todo brota de lo mismo. El varón no entiende la individualidad verdadera, de modo que solo es capaz de pensar en términos de familia o de tribu. Su único deseo, follar, tamiza cualquiera de sus experiencias.

En la cólera con la que Solanas revuelve entre sí las palabras hasta que estas echan chispas, «el hombre, que no tiene ningún sentido del bien y del mal, ninguna conciencia moral (que solo puede surgir con la facultad de ponerse en el lugar de los otros), que no cree en sí mismo... competitivo por necesidad e inepto por naturaleza para la vida comunitaria...», en esta cólera, digo, resuenan párrafos similares a propósito de las mujeres, aquellos que llenan la tradición misógina moderna. Es como si Solanas fuese una de las primeras en devolver, raqueta en mano, alguno de los muchos dicterios similares producidos por la tradición misógina moderna. Por ejemplo este:

> Como los animales que obran de la misma manera desde tiempos inmemoriales, el ser humano se hallaría estancado en su estado original si no existieran más que mujeres. Todo progreso parte del hombre. Por eso la mujer es para ellos una pesada carga; les impide emplear todas las

> energías e insaciables indagaciones y temerarias innovaciones y también pone freno a las nobles iniciativas, porque no tiene facultad para distinguir por sí misma el bien y el mal[32].

O esta, de la misma fuente: «El instinto hace a la mujer semejante a las bestias, más dependiente, segura y alegre». O esta otra: «El disimulo, o sea, la mentira, es el arma natural e imprescindible de la mujer». O por último:

> La deficiencia mental de la mujer no solo existe, sino que además es muy necesaria [...]. Si las facultades femeninas alcanzaran un desarrollo igual al de las facultades de los hombres, veríamos atrofiarse los órganos maternos y hallaríamos ante nosotros un repugnante e inútil *andrógino*. Alguien ha dicho que no es preciso desear nada en la mujer excepto que sea sana y tonta[33].

Desde cierta lógica, la de la respuesta con el mismo calibre de munición, el *Manifiesto Scum* pondría en el presente un género medieval de reproches mutuos o de canto de las excelencias propias, de dicterio entre los sexos, en fin, que tuvo valedores desde la Baja Edad Media. Como frente al feminismo sesentayochista la misoginia renace, Solanas estaría dando su voz a la respuesta femenina. Pero hay una diferencia significativa: la desaparición de los catálogos. En el género antiguo, cuyas estribaciones alcanzan hasta el siglo ilustrado, la defensa contra la misoginia siempre se hace enumerando un largo catálogo de contraejemplos de logro femenino, en las bellas letras, la política o la santidad. La teoría política feminista interrumpe esta práctica y se nuclea en la vindicación de una misma medida, vindicación del universalismo, generalmente para bien, aunque también pueda hacerse para mal.

Sin embargo, lo que está afirmando Solanas es manifestar la rabia y anular el paradigma. Primero, reducir toda característica a una sola entidad, el macho, que siempre es igual, idéntico a sí mismo y plural únicamente en apariencia. Después negar cualquier respeto a la figura que pretende encarnar: afirmar que el varón promedio no conoce el

universalismo ni de oídas, ofuscado como está por una única parte de su anatomía. Señalar que lejos de ser medida de nada, el varón es meramente biológico e inesencial ya, técnicamente, para el mantenimiento de la especie. Que es disfuncional y desgraciadamente poderoso. Que lo sensato sería acabar con él. Solanas no pretende hacer una paz posterior, ni llegar a un nuevo contrato sexual. Simplemente expresa su cólera sin matices y casi sin límites. Solo en la misoginia clerical le podemos encontrar algún paralelo. Como en ella, Solanas no está interesada en el fin último que la estrategia sexual implica: conservar la especie.

Conservar la especie

Y repasemos ahora lo que el *Scum* opinaba de todo el mundo simbólico junto y en sus partes. La filosofía, la moral, la religión son inventos masculinos basados en el sexo. Pero la creatividad del autor ha decaído. Su último diagnóstico es que «el mundo es absurdo». Y es cierto, el suyo lo es. El varón está agotado. Ya no tiene cabeza ni moral. La que inventó para las mujeres era sencilla: estaba mal cualquier cosa que no sirviera a las necesidades masculinas y era abominable que cualquier mujer rechazara el papel que se le impone, ser mujer, precisamente, dentro de ese orden. En todo este análisis resuena Beauvoir. Como sigue sonando en las preocupaciones filosóficas que Solanas atribuye a sus contemporáneos:

> Etiquetan a la condición masculina de condición humana, presentan su problema de la nada, que les aterroriza, como un dilema filosófico, visten de forma ridícula su animalidad de grandeza, bautizando pomposamente su nada como «problema de la identidad», y parlotean con grandilocuencia sobre la «crisis del individuo», la «esencia del ser», «la existencia precede a la esencia», las «formas existenciales del ser», etc.[34].

Por el contrario, las mujeres saben perfectamente quiénes son y qué está mal. El único mal es dañar a los otros. Y «el sentido de la vida es amor».

La revuelta viril es siempre una farsa: unos están arriba y quieren quedarse y los otros abajo y quieren subir a quedarse. Las ideas pasan por sus manos sin llegar a tocarlos, porque meramente las utilizan, pero jamás las creen. El varón nunca reparte ideas o libertad, porque para él lo importante es el estatus, el prestigio, las clases sociales; por eso el fin de la educación no es educar, sino excluir. En resumen: estamos en una sociedad masculina, hecha por el hombre para satisfacer sus necesidades: «... el hombre no cambia más que cuando está obligado por el proceso técnico, cuando ya no puede elegir, cuando la sociedad llega a un punto en que cambia o muere. Hemos llegado ahí. Si las mujeres no reaccionamos rápidamente, nos arriesgamos a sucumbir todas»[35]. Porque esta no es una de las situaciones que se resuelven hablando. El diálogo no entra tampoco en el horizonte masculino. En realidad, lo único que está al orden del día es el desprecio. Lo inunda todo; las relaciones entre los sexos, entre los individuos, la vida social completa.

Y, por fin, llegamos al arte. Lo que corre bajo ese nombre, «el gran arte», «la cultura», es un mundo irrisorio, infantil y ficticio, típicamente masculino, que el varón ha fabricado para hacerse en él con el puesto de triunfador. Es pura filfa. Y todo el mundo lo sabe, pero teme confesarlo. Solanas no deja claro si con «gran arte» se refiere también al anterior a las vanguardias o únicamente al posterior a estas; probablemente, por cómo se expresa, sea a este último. En cualquier caso escribe:

> El «gran arte» es una prueba de la superioridad de los hombres sobre las mujeres, es la prueba de que los hombres son mujeres, y por otro lado, como los antifeministas gustan de recordarnos, es casi enteramente obra de los hombres. Sabemos que «el gran arte» es grande porque los hombres, «los especialistas» nos lo han dicho, y no podemos decir lo contrario en vista de que solo las sensibilidades exquisitas muy superiores a la nuestra son capaces de percibir y apreciar lo que es grande; siendo la prueba de su sensibilidad superior el que aprecien las porquerías que aprecian[36].

La cultura está formada por gentes muy sin mundo propio que lo que quieren es «que se admire su admiración», obligados a «extasiarse con la mierda en vista de que solo hay mierda en el horizonte». Los artistas masculinos son seres casi totalmente sexuales, incapaces de «entrar en contacto con otra cosa que no sean sus propias sensaciones físicas». La confianza de las mujeres ha sido minada y como consecuencia renuncian. Pero vivir al margen es reforzar el sistema.

La deflación de expectativas

Este concepto lo acuño como una quimera entre la sociología y la economía, y lo hago porque me parece bueno. Si a alguien se le promete algo y luego, siquiera sea por muy corta medida, no se le da, ¿cómo queda?, ¿defraudado?; esto es, ¿con la impresión de haber sido objeto de un fraude?

A las mujeres se les vienen prometiendo cosas importantes —la más importante, igualdad— desde que comenzaron las victorias del movimiento feminista, ya con el sufragismo. Y comprueban una y otra vez que lo obtenido no es nunca lo prometido. Pondré como ejemplo unas frases de Maryse Choisy, que son significativas, ya que están dedicadas a los años sesenta del siglo pasado:

> La nueva esclavitud: ¿Quién estaba contento? Las mujeres. ¿Quién había sido engañado una vez más? Las mujeres. Habían creído que gracias a su acierto, gracias a su fuerza reivindicativa, habían ganado por fin completamente sus galones de ciudadanas. Necesitaron treinta años de guerra y veinticinco de paz para darse cuenta de que los hombres solo les habían concedido el derecho al trabajo porque tenían necesidad de trabajadores tras dos matanzas colectivas. Si habían obtenido el privilegio de ser diputadas o juezas, nunca llegaban a ser ministras o magistradas togadas, y, provistas de los mismos diplomas, siempre estaban menos bien pagadas que los hombres. Incluso cuando alcanzaban altas funciones, sus amigos tenían una curiosa tendencia a considerarlas mecanógrafas. La señora Debray, consejera municipal que

> durante largos años había tenido la responsabilidad del presupuesto de París, lo que no es poca cosa, me contó que muy a menudo sus colegas masculinos le pedían «¿podrías pasarme esto a máquina?»[37].

El feminismo de los años ochenta del pasado siglo identificó ese género de prácticas y les dio nombre: «techo de cristal». Aparentemente las mujeres tenían las mismas posibilidades y oportunidades que los varones, pero ellas nunca llegaban arriba en la misma proporción que ellos. Andaban a la par en los tramos bajos, en un tercio en los medios y, cuando se trataba de la estricta cumbre..., desaparecían o aparecían en porcentajes tan sorprendentes como el uno, el dos o el tres por ciento. A esta barrera invisible, pero de efectos perfectamente claros, se le puso nombre e intentó ponérsele remedio. A lo primero surtió la viva expresión «techo de cristal»; a lo segundo, en principio, el sistema de cuotas.

Se estaba hablando, con todo, de esta práctica en organizaciones formales. El feminismo de los años ochenta inició rápidamente los conteos, de tal modo que estos estaban ya listos en una década. Los noventa comprobaron que el techo de cristal se producía y se reproducía en varias esferas de poder, aunque no fueran estrictamente organizacionales, sino también en ámbitos aparentemente informales. Yo misma dirigí dos proyectos de investigación durante los últimos noventa. La conclusión era que allí donde se jugaba con la autoridad y la excelencia, imperaba el modo de acceso llamado cooptación, y las mujeres desaparecían de cualquiera de los tramos altos. De hecho identifiqué al menos seis grandes sistemas en los que el techo de cristal funcionaba a pleno rendimiento: la política, la información, las organizaciones empresariales y el poder económico, el saber, la religión y la creatividad. Otro resumen posible es este: política, dinero, opinión y respeto.

El caso se presenta como sigue: tras las indudables victorias alcanzadas en los años setenta, que permitieron poner en fase la agenda del feminismo contemporáneo, la de los derechos sexuales y reproductivos, pero también la del poder, han llegado al mundo al menos dos generaciones de mujeres

convencidas de que ya todo ha sido alcanzado; por lo tanto, convencidas también por inoculación social de que lo que tienen es la igualdad. Y algunas cosas tienen: se han educado en los mismos espacios que sus contemporáneos, les han perdido por lo tanto el respeto; tienen el cúmulo de formación más alto que ninguna generación anterior ha poseído, tienen un horizonte en que la ginofobia no se delata en leyes explícitas, tienen diplomas y tienen ganas. Pero se pierden, como otras anteriores, en los pasillos laterales del sistema. Nunca llegan. Si añadimos cierto individualismo que les viene de serie, del espíritu de los tiempos, no acaban de ver cómo podrían transformar en agenda común la cólera individual que este su estar a la intemperie les produce. Parece que otros son siempre más rápidos y tienen también antes los mejores contactos. Qué digo otros, también otras.

Hace veinte años las mujeres de treinta estaban comenzando a mirar mal; se les traslucía la cólera. Ahora esas tienen cincuenta y las actuales de treinta no miran mejor que ellas. No obstante, sigo sin saber bien qué clase de combustible es la cólera; solo aprecio que en las mujeres es una novedad, imagino que en parte causada por una nueva impostación-representación del individuo corporal y en otra parte atribuible a la deflación de expectativas. Me consuela, sin embargo, que salga fuera, siquiera sea por los ojos; porque es mucho peor dejarla dentro. Hay mucha cólera en el horizonte que todavía no se resuelve. Como tormenta sin lluvia.

---

[26] Utilizo los términos «proponente» y «oponente» según los estudios de lógica y retórica de la Escuela de Erlangen.

[27] Lo que no es tan claro. De hecho contra él se han usado cárcel, golpes, alimentación forzada rompiendo el tabique nasal y... bastantes más cosas.

[28] *Manifiesto Scum,* edición pirata, sin lugar ni fecha, ciclostil, probablemente 1973 o 1974.

[29] *Ibíd.,* pág. 2.

[30] *Ibíd.,* pág 3.

[31] *Ibíd.,* pág. 12.

[32] J. P. Moebius, *La inferioridad mental de la mujer* (1900), Barcelona, Bruguera, 1982, pág. 10.

[33] *Ibíd.,* pág. 17.

[34] Solanas, *Manifiesto Scum, op. cit.,* pág. 21.

[35] *Ibíd.,* pág. 23.

[36] *Ibíd.,* pág. 27.

[37] Maryse Choisy, *La guerre des sexes,* París, Publicationes Premières, 1970, pág. 224.

CAPÍTULO 8

Sufridoras-venaditas

Escribía Stendhal que compadecía a los genios que nacieran mujer porque se perdían para la humanidad. No era especialmente misógino, de modo que cabe entenderlo como lo que dice: que lo lamenta. Se perderían porque no hallarían donde expandirse, ni ayuda, ni camino. Así que, bien pensado, no les quedaría otro remedio que volverse contra sí mismas y autodevorarse. En un mundo que mantiene la vieja y compartida norma, la rebelión es imposible. Y además, acaba con la posibilidad de crecimiento. La cólera no acrece el carácter, ni tampoco inspira confianza. Incluso el genio más colérico debe hacérselo ver con las mejores maneras a un muy selecto grupo de leales. El mejor ejemplo que se me ocurre es irrefutable, Schopenhauer; nunca se vio misántropo más activo o que más cuidara a su grupo de apoyo; y los resultados son patentes: es una de las figuras más influyentes del pensamiento moderno.

EL DESTINO DEL TALENTO FEMENINO

El reconcomio tampoco engorda la fama. Bien pudiera ser que de todo este ocultar y trasegar cólera encontremos débiles signos a lo largo de los siglos. A Santa Teresa le levantaron una vez una parte de un texto porque protestaba de que había mujercillas que sabían más que los más adulados teólogos. Algún apunte parecido se rastrea en las mujeres que escriben; pero es como enseñar muy rápidamente una uña que igual de veloz se oculta. No hay que poner en duda el orden que te consiente, precisamente porque te consiente.

Un poco más adelante, cuando aparece ya afilada la incredulidad en la superioridad masculina —y esto no sucede hasta casi finales del XIX—, por el resquicio abierto comprobaremos que ha pasado muy poca cosa. Y si poca

rebelión explícita —de nuevo para mantener el frágil estatuto de consentida—, entonces... bastante autocastigo; esa sería la ley esperable. Pues, caramba, comprobando las cifras de suicidio, alcoholismo y muerte miserable de las creadoras del siglo XX, se obtiene la firme impresión de que han sido un grupo de altísimo riesgo. Hace una década, Benjamín Prado, en un artículo magistral, hacía un repaso que quitaba la respiración[38]. Se ocupaba principalmente de las escritoras. Su cómputo de suicidas y automasacradas resulta demoledor: algo le hace la sociedad al talento excepcional de las mujeres que las estrella. Creo que fácilmente se podría ampliar la nómina a las muchas que lo han intentado en cualquiera de las artes. Sugiero que la malevolencia masculina es difícil de soportar. Y ponerla de relieve está prohibido por la pervivencia de los valores patriarcales. Cegadas, dándose trompicones contra todas las esquinas de los caminos externos y laterales, andan como fantasmas.

Beauvoir nació hace más de un siglo. En sus memorias escribe esto: «Me había vuelto diferente y necesitaba a mi alrededor un mundo diferente». Cuenta su sensación también: «No progresaría jamás, jamás haría mi obra. Por primera vez pensé que era mejor estar muerta que viva». Y aunque dice que «se quería a sí misma enormemente», o quizás por ello, se le escapa: «Esto no podía durar; no duraba. ¡Siempre ese conflicto que parece no tener salida! Una ardiente conciencia de mis fuerzas, de mi *superioridad sobre todos ellos,* de lo que podría hacer; ¡y el sentimiento de la total inutilidad de estas cosas! No, esto no puede seguir así. Y seguía. Quizá después de todo seguiría siempre»[39].

Lo que voy a hacer es casi como intentar cortar un cabello en dos, pero valdrá; quiero distinguir la misoginia de la ginofobia. Misoginia llamo al funcionamiento por así decir «normal» del patriarcado. Los sistemas de exclusión, aceptados por ambas partes, y los de autoaprecio, también comunes, funcionan corrientemente. Cada sexo conoce sus expectativas y los empujones se desarrollan en una franja mínima de confrontación. Todas las sociedades, las nuestras también, son misóginas. Ponen límites a las mujeres y las mujeres los

aceptan, se autolimitan para evitar justamente «que pueda ser peor»: dejan de ir a según qué sitios, a según qué horas, a según... incluidos los lugares a que su talento o su ambición quisieran empujarlas. El fenómeno es conocido, por ejemplo, en el empleo. Las mujeres van sobretituladas a empleos medianos; así se aseguran tanto el no tener que competir como cierta tasa de éxito. Y en la creatividad pudiera ocurrir otro tanto. Los límites puestos a la creatividad y el reconocimiento femeninos aconsejan, puesto que están ahí, ser callada. No de otro modo funcionan ahora las jóvenes en la escuela mixta: ocultan la inteligencia, no hablan; evitan la confrontación. No quieren golpes de ninguna especie.

La misoginia es el correr corriente del sistema. La ginofobia busca, apunta y dispara. Apunta como quien dispara a los patitos de madera en las casetas de tiro de las ferias; elige y selecciona víctima. Hay en ella un plus de voluntad. Puede ir desde quitar una buena serie de diálogos de la película *Cleopatra* («a un tía que me hablara así le partiría la boca», parece ser que comentó al hacerlo uno de los productores) hasta la ginofobia del mercado laboral, en alguno de cuyos sectores una mujer no entra sin más, por acuerdo tácito, o hasta buscar la ruina de determinadas figuras en los ámbitos de la excelencia, para que ni creen ambiente ni den ejemplo. Obvio es decir que misoginia y ginofobia no se excluyen, sino que se dan mutuo apoyo. La ginofobia intenta castigar lo que la misoginia corriente previamente señala como punible.

La rabia y la autodestrucción presentes en tantas creadoras avisa de que están siendo puestas al límite. Pero desde el ruedo, que el animal se queje y se revuelva más bien hace gracia. Te revuelves, es que te duele. Te duele, es que te lo mereces. ¿Te adelantas y te hieres tú misma? Perfecto; ya sabíamos lo frágiles de recursos mentales —léase inteligencia — que resultáis. Orlane[40], no te molestes en hacerte más pupas, querida. Si no das miedo, al contrario, me temo que das risa.

A veces la ginofobia se divierte todavía más. Sucede cuando utiliza «redes para peces pequeños»; adrede promueve a jóvenes sobre maduras, el desparpajo sobre la inteligencia o la cama sobre cualquier mérito. Es bastante corriente. La red de perspectiva es esta: a cada mujer no se la compara con un varón de su tipo (un homólogo en términos estrictos), sino que las mujeres son comparadas entre sí. Esta con aquella, para quedarse con una, única representante de su género; «esta quiero, esta no quiero», «me vale o no me vale», como si solo entre ellas fueran mensurables. Incluso con otro sobreentendido: las comparamos solo entre sí, al igual que hacen ellas... para acudir ante nuestro divino acatamiento, que es donde adquieren capacidad de lucimiento e individualidad. De ahí que en tantas ocasiones a las creadoras les repugne estar en colecciones solo femeninas. Creen que escapando de ellas escapan de esa vieja táctica. Ellas quieren estar con sus pares, ¿y por qué habrían de ser sus pares precisamente todas mujeres? Desean ser cooptadas por el otro equipo que, para su dolor, solo quiere por lo general un botón... y para muestra[41].

Así que también ocurre que algunas tiren «por la calle de en medio». Puesto que el tálamo parece vía bien probada, «más tiran tetas que carretas», una primera suma de talento puede emplearse en parecer tonta y unirse a un viejo y respetado árbol; se está al pairo y se busca lugar taimadamente. Pero claro, sucede que si el árbol es verdaderamente grande, se sabe que a su sombra no puede crecer nada; eso sin contar que tanta premeditación es casi imposible en el verdadero talento; suelen uno y otra estar algo reñidos. El fondo del asunto es que, mientras los creadores varones a menudo encuentran protección e incluso devotas protectoras, los femeninos no tienen esa suerte: han de apañárselas solos. O encontrar protección por vía tálamo, que siempre es insidiosa. Muchos de los emparejamientos desiguales entre artistas varones y mujeres tienen estos previos y también algunas consecuencias. La primera y más evidente: que como la estrategia es conocida, todo el mundo la observa; y espera a que la edad haga su trabajo. El talento de algunas ha debido restringirse a su capacidad de ser albaceas; y eso con suerte.

Para quien toma el camino corriente, de nuevo la pareja puede ser un riesgo. No estando la tabla de valores buscada para que dos sean dos si son pareja, sino para que uno se aniquile en el altar del otro, se instala el «sistema de perdenciales». Gananciales se llaman en derecho español los bienes que un matrimonio posee y que no son privativos de uno de los cónyuges porque los han ganado los dos juntos. Es la forma más común y masivamente practicada. Lo tuyo es mío y viceversa. Los perdenciales son un sistema de compensación simbólica por el cual lo que uno acrezca al otro le ha de ser restado. No es conmutativo, de modo que restarle a uno no quiere decir que al otro, de gracia, se le dé nada. Digamos que solo sirve para restar. Por tal expediente, los varones avisados no las buscan iguales, para que nadie se lo aplique. Y en cuanto a ellas... sentadas sobre un sable, en este tiempo de amores líquidos, no saben a qué carta quedarse. Quieren tenerlo todo.

Las mujeres independientes de hace medio siglo sabían lo que se jugaban[42]. O lo uno o lo otro: esta era la dura ley. Si independencia, entonces soltería. Y si pareja, entonces riesgo y probablemente aniquilamiento del yo libre. Ahora, como alguien ha puesto una cinta que machaconamente insiste en la igualdad de los sexos, la gente se lo ha creído hasta cierto punto. Pero ello significa que las mujeres de menos de cuarenta se han creído que la culpa de todo lo que no les sale es suya. Si no pueden tener a la vez éxito, amor y familia... es que no se lo montan bien. Pero es que esas tres cosas se dejan mezclar muy mal en el caso femenino; conjugarlas es tan difícil como lo que pedía el viejo cuento: cómo pasar en una barca, de un lado al otro del río, a un lobo, una oveja y una lechuga sin que nadie se comiera a nadie. Había que hacerlo de dos en dos y en muchos viajes. Pues así con esta tríada. Está calculada para un personaje sobreocupado que tiene a su disposición las horas innúmeras de... las demás. Y digo las demás, «las», porque las obligaciones de las mujeres, que no han prescrito, van desde dar conversación hasta dar de comer, dar de vestir, dar de... en fin, todas esas cosas que «laetificant cor» (hominis). Las mujeres no tienen mujeres. La igualdad instala

maneras nuevas de vivir y ocupar el tiempo. Y por ahora esta novedad carece de recompensa social.

Aquiles y la tortuga

Hace más de una década, en *La política de las mujeres,* escribí que:

> Las mujeres que ahora despiertan a la ciudadanía y la vida adulta no se conformarán con lo que se ha conseguido, no solo porque es frágil, sino porque es poco. No creo que se den por satisfechas ocupando los tramos bajos y algunos de los medios de las escalas administrativas. No pienso que encuentren empleándose en las enseñanzas primarias y medias los objetivos que perseguían en su formación. No pienso que se sientan cómodas con el funcionar del mundo laboral del libre mercado, regido por redes informales a las que no tienen acceso[43].

¿Hemos avanzado algo? Sí, sin duda; se han ido ganando posiciones, poco a poco; hemos también perdido cierto impulso durante los años de gobiernos conservadores, pero lo hemos recuperado con creces. Sin embargo, hay una verdad que se impone: pese a todo, lo conseguido es poco. Entonces, ¿por qué la rebelión no se produce? Alguien partidario del antiguo orden lo tendría claro: porque la masa inerte esté ya viviendo por encima de sus expectativas y no sepa aún jugar con ellas. En realidad lo conseguido es tanto y tan abundante que, excepto cuatro, que pertenecen a una élite neuróticamente reclamante, nadie quiere más. A las y los conservadores las élites discriminadas no les preocupan. Yo misma se lo he oído decir: que ellas y ellos solo respiran por lo que le ocurre a la masa gimiente[44].

Otra explicación podría ser esta: quizá, atomizadas las mujeres como individuos que individualmente buscan su éxito, lo que aparece en el ambiente de despego es la suma confusa de sus voluntades. Y aún hay otro asunto que quiero traer para compararlo y combinarlo con este: que el fin perseguido, cuanto más se avanza, más distante se presente cada vez. Hay

un relevante efecto de perspectiva en el que sin duda cada quien se ha fijado. Unos montes ocupan más el horizonte desde lejos; a medida que nos acercamos, las cumbres van bajando y otros medianos los sustituyen, de tal manera que la cortina de piedra auténticamente grande llega a desaparecer de nuestra vista. Pues del mismo modo, al iniciar cualquiera de sus fases, el feminismo ha sabido ver el objetivo final, pero este se va difuminando y abatiendo a medida que los obstáculos concretos que hay que superar se van presentando.

Calcular los objetivos finales es cuestión de inteligencia de la situación, reduciéndola en sus esquemas significativos, interpretando sus síntomas, pero enfrentar una situación concreta es asunto de estrategia, de medios y fines, prudencial. Es relativamente fácil, una vez que se ha afirmado una teoría universal de la justicia, enunciar la voluntad de paridad en un ámbito relevante, como se hace; es bastante más complejo señalar los medios y alcanzar consenso sobre ellos. Pero algo vamos sabiendo.

Sabemos de las cifras y que no están fundadas en una divergencia cualitativa que salte a la vista, sino en inveteradas ideas y redes de apoyo conexas. A veces las mujeres con ambición han de sentirse como viviendo dentro de la paradoja; desde luego que alguien reconocerá la sensación: Aquiles nunca alcanzará a la tortuga; les separa una distancia previa. Y aunque Aquiles sea el más grande corredor, primero tendrá que recorrer la mitad del espacio que les separa; después la mitad de la mitad, y así sucesivamente, de modo que la tortuga puede, tan lentamente como quiera, conservar su delantera inicial por los siglos de los siglos. Pero es que la tortuga se lo ha trabajado mucho y tiene mucho apoyo. Casi todos los cerebros reptilianos trabajan a su mismo ritmo, y todos y todas tenemos uno.

Linda Nochlin comenzó su clásico artículo «Por qué no ha habido grandes mujeres artistas» mostrando la trampa paradójica en que se cae si se intenta responder a la pregunta así formulada. Al responder se corre el peligro, escribe, de «tragarse el cebo, el anzuelo, el sedal y el lastre». Más bien hay que preguntarse qué es el arte y cómo es que resulta tan

resistente al talento femenino. En el gran arte clásico casi no hay mujeres... así como tampoco ha habido grandes tenistas entre los esquimales. La culpa no parece haber sido «del horóscopo, las hormonas, los ciclos menstruales o los espacios vacíos internos». Hay un problema con las mujeres. Pero cuando se presenta cualquier problema humano, ello implica la reinterpretación de la naturaleza de la situación. Y es esta: que «los que tienen privilegios se aferran inevitablemente a ellos y los agarran bien, no importa lo marginal que sea la ventaja obtenida, hasta que son obligados a abandonarlos por un poder superior del tipo que sea». Como dije, la tortuga siempre ha ido por delante y, más que por Aquiles, las mujeres corredoras han sido representadas por Atalanta.

Criada por una osa, se convirtió en servidora de Ártemis y gran cazadora, pero su excelencia estaba en la carrera. Nadie podía superarla. Incluso venció al propio padre de Aquiles. Nadie... hasta que un jovencito compitió con ella ayudado por Venus. Cada tanto, dejaba caer una manzana de oro. Atalanta se paraba a recogerla y perdía distancia. Y, como bien dice Nochlin, es que no solo el gran canon está edificado contra el talento femenino, sino que las mujeres tienen bastante más que perder que sus cadenas. El patriarcado es un mundo muy complejo de sobreentendidos. Las mujeres no solo no se rebelan porque están atomizadas, sino porque creen que tienen mucho que perder. Sospecho que en ámbitos de élite, escasos por definición, cada una sabe qué manzanas se para a recoger. Convendría hablar de ello.

La obligación del humor

En fin, los seres humanos somos máximamente seres sociales, de manera que solo nos quejamos si hay alguien que escuche. Termino: el arte feminista tiene una línea indudablemente colérica. En el otro lado del río habría que explicar por qué y cómo son representadas las mujeres; en este hay que saber qué crean ellas mismas. Pero se impone una verdad: la violencia está inscrita en los resultados de ambos bandos. Todo son, durante cuatro décadas en la práctica

totalidad del arte feminista, despieces. Afirmo que la guerra de sexos se está expresando en el arte, pero que las víctimas siguen perteneciendo todas al mismo campo. Y aunque también existen muestras de lo que podríamos llamar «arte asertivo», lo cierto es que se parecen mucho a fabricaciones por inversión de roles y a retracciones jungianas de la memoria colectiva. Consiste fundamentalmente en poner a varones y mujeres en situaciones especulares, por inversión de la iconografía más redundante, o en desarrollar la de las arcaicas divinidades femeninas. Con todo, ni unas ni otras piezas logran pasar al canon ni tampoco llegar a la línea de corte de las grandes galerías. Hay mucha autora transgrediendo, cierto es, pero poca audiencia para tanta rabia. Y hay que darle salida para que no se convierta en amargura.

E incluso hay que mezclarla con humor. Dedico este apunte a mis admiradas Guerrilla Girls. Si bien yo creo que los tiempos del humor tocan a su fin —porque la obligación del humor y del ingenio es también gravosa si se impone socialmente como la única vía de crítica—, lo vamos a necesitar por un tiempo; no en vano el humor es una de las formas en que la inteligencia se defiende de sus heridas. Advierto que ese terreno de juego no nos es favorable; el humor feminista necesita desarrollos de la agudeza que la broma cretina y misógina puede perfectamente evitar. No propongo, pues, que la competición se desenvuelva en el terreno del humor, porque siempre gana primero una mala chanza que un buen sarcasmo. No hablo de la obligación del humor que se ha padecido, esto es, no se pretende acrisolar la obligación de tomarse la opresión como si tuviera alguna gracia, ni tampoco hacer buena la frecuente risa nerviosa de las mujeres ante la misoginia. Digo solo de llevar la batuta del humor sabiendo que el fondo del asunto es serio y urgente, porque la autoestima y los proyectos vitales están comprometidos.

Por lo tanto y colectivamente se imponen estrategias de conteos y de cuotas. Se imponen estrategias asertivas, también en el mundo así llamado «de la excelencia», puesto que cuando la tal excelencia levanta el peplo se le advierten unas

extremidades velludas. Las medidas que han impulsado la paridad en política deben extenderse a otros ámbitos calificados.

En Arco 2005 ya se propició un manifiesto que todavía admite firmas; de momento ha sido citado en una proposición no de ley del Parlamento español, pero al presente ignoro si ha producido más efectos. En él se reclamaban asuntos bastante concretos. Uno: crear una comisión que estudiara los números actuales de presencia de artistas mujeres en las muestras y exposiciones financiadas con fondos públicos, esto es, hacer las cuentas, que es el punto de partida necesario. Dos: tomar medidas para que las artistas puedan trabajar en un contexto imparcial, lo que incluye la política pública de compras. Y tres: medidas feministas, incluido el establecimiento de cuotas.

Si las cosas fueran diferentes, si no hubiera opresión y reparto generoso del desaliento, si la misoginia y la ginofobia no siguieran tranquilamente sentadas en sus sedes... entonces esto sería diferente. Pero hay demasiadas premisas que todavía no se cumplen. Ya lo disfrutaremos cuando ocurra. De momento las artistas necesitan espacio y el feminismo también precisa alcanzar su propia autocomprensión estética. Ética y estética confluyen asintóticamente, pero en el tiempo y el espacio están separadas. El feminismo es una ética y una política, pero tiene también sus implicaciones de totalización, su estética, en la que son permisibles los rasgos diferencialistas que la ética por su universalismo no puede soportar. Alguien tiene que ser guardián de la primera imagen, la cresta a conquistar; la teoría feminista debe hacerlo, levantar la mano señalando incansablemente los fines, así como hacer memoria común que permita autosituarse dentro del camino hacia ellos. Pero el arte es otra cosa, es vida. Lo escribía también Solanas, la misma que se encolerizaba contra el arte meramente contemplativo y pasivo al que llamaba «la borrachera del pobre»; tras semejante invectiva, aseguraba que el máximo arte, «el Único Arte, la Única Cultura, serán las mujeres liberadas y contentas de sí mismas ocupando su lugar entre ellas y el universo»[45].

De momento siguen nuestras creadoras debatiéndose entre

la Venadita y la Medusa. *La Venadita* es una pintura de Frida Kahlo, no muy lograda pero llamativa. Es ella, con cuerpo de venado alcanzado por innúmeras flechas. Así me siento, nos dice. La Medusa es la de siempre: una mujer airada que tiene serpientes por cabellos. Las sufridoras y las encolerizadas. Falta la distancia que permite comparecer a la estética. Quien está triste no puede escribir un poema magnífico sobre el dolor. Lo escribía Bécquer, que hace falta que el sentimiento se aleje para poder plasmarlo con maestría. La cólera de que el arte feminista rebosa está todavía a medio camino por lo que toca a su estetización. Es inmediata, visceral, emocional, directa. En resumen, aún no es estética. Y es precisa esa distancia.

---

[38] «Mujeres solas en la oscuridad», *Opinión,* 11 de febrero de 1998.

[39] *Memorias de una joven formal,* Buenos Aires, Sudamericana, 1973, pág. 283; la cursiva es mía.

[40] Conocida artista del cuerpo.

[41] Suelen hacerse con él. Todo grupo, desde hace un siglo, coopta a «la chica». Es la figura de «la fille du régiment».

[42] Sirva de ejemplo este autoexamen de Beauvoir en *La force de l'âge:* «Yo no soñaba en absoluto en reencontrarme en una carne salida de mí. Tenía además tan poca afinidad con mis propios padres que los hijos o las hijas que pudiera tener me parecían extraños... ningún fantasma afectivo me incitaba a la maternidad. Y por otra parte no me parecía compatible con el camino en que me implicaba: sabía que para llegar a ser un escritor tenía necesidad de mucho tiempo y de una gran libertad. No detestaba jugar a lo difícil, pero no se trataba de un juego: el valor, el sentido mismo de mi vida estaban en cuestión. Para arriesgarme a comprometerlo hubiera hecho falta que un niño fuera a mis ojos un objetivo tan esencial como una obra: ese no era el caso», Madrid, Gallimard, 1960, pág. 92.

[43] *Op. cit.,* pág. 193.

[44] Cierto que el contexto era la Ley de Igualdad, a debate en un curso de El Escorial. Pero así se manifestaron en una mesa redonda en la que yo también participaba un par de diputadas del PP; no me pareció que el público asistente considerara poca cosa discriminar a las élites, sin embargo.

[45] *Manifiesto SCUM, op. cit.,* pág. 29.

CAPÍTULO 9

La experiencia intelectual de las mujeres

Cien años, más o menos, llevan las mujeres autorizadas a sentarse en las aulas universitarias y en sus bibliotecas. Eso nos sitúa poco antes de la Primera Guerra. El sufragismo, la segunda gran ola del feminismo, se manifestaba en Europa. Las paradas y desfiles más brillantes se llevaban a cabo en Londres. Las militantes, vestidas de blanco, y algunas portando sobre sí los gorros y mucetas que las acreditaban como doctoras, recorrían en ordenadas procesiones cívicas las calles, reclamando los derechos políticos y civiles. Las mujeres europeas querían ser ciudadanas; no eran las únicas, pero avanzaban resueltamente en el camino de la vindicación. El voto no lo conseguirían las españolas hasta treinta años después, en la Constitución del 31. Quien lo habría de lidiar, Clara Campoamor, era auxiliar de telégrafos, vivía como bien podía con su escaso sueldo en una pensión de Zaragoza y estudiaba por las noches en su más que modesto cuarto para obtener el bachillerato.

Los derechos civiles tampoco comparecían: las españolas estaban en poder de padres, maridos, hijos y tutores. No podían administrar sus propios bienes, trabajar sin permiso o cobrar su salario sin autorización y no tenían patria potestad, voz pública ni casi empleos. El asunto de la libertad de las mujeres, se decía entonces y ahora, es de los de ir poco a poco. Pero, como rezaba una pancarta sufragista contemporánea: «Por el camino del poco a poco se va al valle de nunca jamás». Eso sí: la prostitución estaba perfectamente reglamentada. Las mujeres se dividían en decentes y pellejos. Las primeras estaban para ser respetables y obedientes. De las segundas me parece que no se necesita explicar su utilidad.

Los «crímenes de honor» eran cosa corriente que todo el mundo comprendía. De la misma manera que lo eran el estupro, cobrar la mitad del salario que los hombres, el

analfabetismo procurado y generalizado, la violencia o el hambre. Dicho sea todo lo anterior sin exagerar un ápice. Eso para las mujeres de las clases bajas. Las clases medias estaban en España en trámite de formación, si bien con ánimo. Y de las altas no cabía esperar demasiadas innovaciones, porque no es lo suyo, con la gloriosa excepción de Emilia Pardo Bazán.

Baste con esas pinceladas para marcar la fecha de inicio del tiempo que se quiere entender. Ahora, si corremos rápidamente a la fecha final, muchas cosas han cambiado. Las mujeres son mayoría en las aulas universitarias. En Occidente votan, eligen y son elegidas para parlamentos que —algunos— intentan ser paritarios. Desempeñan puestos públicos y trabajan también en el sector privado. Tienen amplia formación y bastante capacidad discursiva. Ocupan las calles a cualquier edad porque se han asegurado el tránsito público. Expresan sus preferencias de toda índole. Representan la mayor tasa de lectoras, de consumidoras de cultura o del alumnado en cursos de verano y de extensión universitaria. Muchas tienen criterio y algunas tienen presencia. Apunto lo anterior porque no siempre coinciden. Pueden en las democracias convertirse en una decisiva fuerza social. Las mujeres pueden convertirse en un grupo autoconsciente.

Un siglo de avances y paradas

En un sistema en movimiento, y nuestras sociedades lo son, lo que no avanza retrocede. Y nadie negaría que las posiciones de las mujeres han cambiado, mucho y para mejor, en este último siglo. Las libertades y oportunidades accesibles se han multiplicado. Las nuevas posiciones de las mujeres son la parte más llamativa e innovadora del aspecto de nuestras calles y casas. En esta carrera masiva hacia la ciudadanía han existido baches terribles, en el caso español nada menos que una guerra civil y cuarenta años de dictadura. No podemos olvidar esos enormes retrocesos. Las libertades y el aprecio de las mujeres como iguales sufrieron severísimos reveses en España. Con el fin del franquismo, en su propio final, se gestó una nueva generación que tomó sobre sí la tarea de avanzar de nuevo. Y

desde la democracia poco se ha parado.

Pero no hay laureles en los que dormirse. Se han cosechado escasos, y los que hay están demasiado disputados. En el tema de la libertad y la ciudadanía de las mujeres se libra una lucha cotidiana por cada centímetro de respeto. Tras cien años de efectivas conquistas, ante todo las derivadas de la agenda sufragista, la que se propuso alcanzar los derechos educativos y los políticos, se tiene la impresión de que se poseen las apariencias de todo y la sustancia de poca cosa todavía. Se vive, últimamente se oye mucho, en «el espejismo de la igualdad». ¿Qué hay de verdad en ello?

Imagino que un juicio pesimista como el anterior debe ser explicado. El optimismo en el tema del avance de las mujeres siempre parece obligatorio. Por ello diré que es cierto que estamos mejor que nunca, sí, pero un poco como siempre. Sucede con la ciudadanía de las mujeres que parece sometida a la paradoja de Aquiles y la tortuga. Aquiles nunca la alcanza porque para hacerlo tiene que recorrer la mitad de la distancia que le separa de ella y antes la mitad de la mitad y luego el infinito divisible. Y, mientras lo resuelve, como ya dije, la tortuga sigue además a su ritmo. Pues en cuanto a este tema concierne, parece que todo lo que se consigue nunca llena la brecha que existe entre los sexos. Avanzamos, conseguimos objetivos y sentimos que hemos llegado a alguna parte, pero quizá no donde deberíamos estar. De pronto la meta se ha situado un trecho más lejos. Lo que se acaba de conseguir comienza a oler a tierra quemada.

¿Hay verdaderas razones para cierto pesimismo? Quizá. Me refiero, por ejemplo, a la contemplación del entristecedor panorama internacional en el que es meridiano y obvio que nacer mujer según la geografía de nuestro planeta puede convertirse en una condena al infierno en vida. En un mundo globalizado, la espantosa situación de las mujeres en más de la mitad de él deja sin habla. Antes no era tan clara ni tocaba tan cerca, porque queda lejos del corazón lo que no llega a la vista. Pero ahora esa condición humillada de la mitad de la humanidad nos es servida por todos los canales informativos. Ser mujer, nacer mujer en este mundo no es tener suerte. Sigue

Platón en lo cierto, que se alegraba porque no le había ocurrido: «Agradezco a los dioses haber nacido hombre, no mujer; griego, no bárbaro, libre, no esclavo...». El espectáculo resulta amargo, y la vida, poco confortable. El feminismo es un internacionalismo y sabe dónde habita. Uno de sus deberes es ponerlo de manifiesto.

Pero con el pesimismo que se deriva del «espejismo de la igualdad» no me refiero al desconsuelo que proporciona la contemplación serena y desapasionada del mundo. No. Hablo de la impresión que se tiene en nuestra vanguardia, la que vive en sociedades abiertas, libres, estables y económicamente viables. Tres siglos y medio hace que el feminismo se encaró con la Modernidad para reclamarle justicia; dos, que salió a las tribunas y las calles, y uno, que comenzó a recolectar lo sembrado. Pero a cada victoria le sigue un regusto de desazón: lo que se consigue siempre es menor y de otra calidad que aquello que prometía ser cuando se luchaba por ello. Se han llevado a cabo esfuerzos ímprobos y, sin embargo, se ventea que al menos quedan otros tantos, porque las fronteras parecen moverse sin trasladarse. O viceversa. Todo cambia y todo permanece. La distancia logra rehacerse y busca nuevas marcas. Las excluidas se sienten cada vez más cargadas de razón, de méritos, de títulos, de experiencia, de... Y, con todo, fuera de la habitación principal. Las que vinieron antes nos dieron las llaves de algo que no hemos logrado hacer nuestro todavía.

La experiencia intelectual de las mujeres: si hablamos de poder

Si enumeramos logros, son extraordinarios y alcanzados en escasos dos siglos. Desde el inicio de la Modernidad, el camino de la libertad humana se ha agrandado y vuelto ancho. El feminismo es humanismo. Reclama y aprecia lo que se proponen como bienes y no tolera la exclusión de derechos. Siguiendo su hoja de ruta, la ciudadanía ha sido conquistada, los derechos civiles asegurados, los políticos ejercidos. Las mujeres no padecen, en nuestra orilla del mundo, impedimentos evidentes. Si hablamos de poder, la cosa

cambia. Entonces comienzan a operar las barreras invisibles, pero no por ello menos eficaces. El feminismo, hace un par de décadas, les ha dado el nombre de «techo de cristal». Una de las innovaciones de la teoría contemporánea es interpretar la distancia entre varones y mujeres en términos de poder. Y analizarla en consecuencia.

Las anteriores generaciones han ido marcando el paso y alcanzando objetivos, uno tras otro; pero es como si nos hubieran abierto la puerta de una mansión oscura, en la que orientarse sin planos, y cuyas habitaciones se tuvieran que ir ocupando una por una y con resistencias agazapadas en las sombras. Nadie sabe nunca qué va a encontrar una vez que pase el siguiente umbral. Para deconstruir el patriarcado no hay libro de instrucciones. Y, además, se sutura y reconstruye a sí mismo con gran efectividad. Responde a cada avance con una finta lateral que sitúa el asunto en un «plus ultra» antes no contemplado. En su núcleo duro no se ha entrado todavía.

Al estudiar la naturaleza del poder patriarcal, sorprende su difusividad, pero también su resistencia. Comencemos por la primera. Es un tema de valor. Ser varón proporciona ciertas ventajas, no tantas como en el pasado, pero tampoco son despreciables. Dado que todos y cada uno de los varones se creen con derecho a considerarse y entenderse mejores que todas las mujeres, de ello se desprende que se consideran también superiores a cada una de ellas. Empíricamente será complicado, pero puede hacerse. Muchos quizá no lo lleven al extremo. Pero probablemente piensan que para que reconozcan a una, esta debe hacer demostraciones especiales de lo que fuere. Y si del más tonto al más listo todos piensan lo mismo —comparten el entendimiento agente, diríamos en términos averroístas—, la que a todos convenciera está por nacer porque es una imposibilidad lógica. Esta, la no nacida, para que se la aceptara, debería pasar y sobrepasar a todos y cada uno de los varones, individualmente y también como un todo, consiguiendo además de ellos su perfecta anuencia, lo que bien claro se ve que es un imposible. Sería plantear el caso parejo a la inducción completa. Esa mujer no existe y no va a existir. ¿Entonces?

Entonces la igualdad de las mujeres se queda en una especie de galantería. Lo que explica que tan a menudo se denominen «concesiones» lo que desde el campo de la vanguardia feminista se entienden como conquistas. «Se concedió el voto a las mujeres», por ejemplo, no dice lo mismo que «el feminismo conquistó el voto e hizo real el sufragio universal». La difusividad del patriarcado hace de cada varón un defensor interesado y de muchas mujeres defensoras inerciales del *statu quo*. A cada victoria, dada la difusividad del patriarcado, le siguen una suturación y reorganización del territorio del poder. Ellas siguen ocupando los tramos inferiores y solo concurren en los superiores como excepciones. Pero se provee que existan suficientes mujeres que puedan ser ninguneadas o despreciadas. Estas nunca deben faltar. Porque las victorias no son simbólicamente difusivas. Las mujeres, por ejemplo, pueden ser mayoría en el sistema educativo; esa es una victoria que, para ser entendida como concesión, exige visibilizar a las peores. En consecuencia, para mantener la autoestima del sistema en su nivel óptimo, conviene marcar una tipología femenil brutalizada y darle frecuente amparo en los medios. Ello reasegura al sistema.

Empero, lo que existe son mujeres reales, dotadas de cualidades y defectos en el mismo modo y cuadratura que sus homólogos masculinos. Con las mismas o muy parecidas calificaciones y motivos para la autoestima. Cuando se pregunta qué animal tiene las orejas de un gato, los bigotes de un gato y las patas almohadilladas de un gato pero no es un gato... Ya se sabe que la respuesta, que cuesta, es que se trata de una gata. Varones y mujeres son tan parecidos que a un visitante de otro universo se le podrían pasar por alto sus diferencias. Pero ellos y ellas no lo creen así. Y para ellos se siguen ciertos beneficios de esa increencia suya, de modo que es de temer que continúen perpetuándola. Le Doeuff, filósofa y amiga que ha tratado de entender estas dinámicas, define el sistema de poder patriarcal como uno que se funda en estrategias de exclusión continuadas que mutuamente se apoyan. Son también estrategias de desvalorización de las mujeres. O, si se prefiere, de basar la propia autoestima en la

existencia de las excluidas.

Las seis moradas

El poder patriarcal es difusivo y resistente. Sus sombrías habitaciones distan de estar bien inspeccionadas. Cada nuevo lugar que se ocupa tiene medidas poco conocidas y un plano que está por levantarse. Y no se es bienvenida. Mientras las avanzadillas, además, lo ocupan, se produce un proceso de vaciado, lavado de cerebro o síndrome de Estocolmo, a elegir la expresión que se prefiera. Como en todos los temas de poder, los últimos son los primeros en... cerrar el paso a los siguientes. Por eso el poder patriarcal es resistente además de difusivo: cuenta con la adhesión de los becarios, que diría Celia Amorós.

Pero, aun en ese terreno de juego tan complicado, algunas batallas se van ganando. Son más de las que se cuentan, porque de esta lucha a brazo partido no suele haber narradores. Pero menos de las que se suponen. Los espacios de poder y los tiempos de lo mismo se toman y se pierden; se toman por poco tiempo y se pierden con facilidad. Intentan las mujeres abrirse paso en el poder en terrenos muy distintos, pero todos relacionados. Empujan en las áreas del saber, la creatividad, la opinión, los medios de comunicación, las empresas, las corporaciones económicas, la religión y el poder público y político. Todos son, a día de hoy, frentes activos. En todos ellos las mujeres sufren lo que la profesora García de León llama «discriminación de élites».

Algunos de estos terrenos parece que van admitiendo mujeres, con la consabida táctica del poco a poco, pero no es tan cierto. Se blindan con la excelencia y toleran lo justo para no ser señalados. Las mujeres ocupan esos espacios goteando y los abandonan de la misma manera. Sus marcas desaparecen rápidamente. La prueba es que en varios de esos espacios hace años que las cifras que muestran la existencia de un techo de cristal no cambian, pese a la fuerza de las generaciones entrantes. Cada nueva cohorte de mujeres educada en el espejismo de la igualdad se encuentra con sus sólidas prácticas.

Creyendo que estaban ganados, las nuevas generaciones de mujeres empujan anómicamente en todas direcciones. Nadie tiene en sus manos el compás de la agenda. Como siempre que se tapona la subida del talento, este se pierde lateralmente y se vuelve contra sí mismo. Porque el talento se autoalimenta, se devora, si no tiene donde extenderse y florecer. Es caníbal. Triste espectáculo el del talento herido de algunas mujeres, doloroso al extremo, que no ha triunfado y se las ha llevado por delante. El malditismo femenino está por estudiarse.

Cien años de victorias sin cronista

En estos espacios de poder, todavía no iluminados y sin adecuada guía de empleo, las mujeres son invitadas bajo la idea que expresó ya el papa Wojtyla. No son dueñas ni habitantes de pleno derecho; son «presencias amigas». Eso de ser presencia tiene algo de fantasmal. Una presencia es algo al que, sin embargo, se pueden pedir favores cotidianos de toda índole. El almirante no sabe nada de los remeros; son «presencias remantes» que no es necesario conocer ni reconocer para saber hacia dónde conducir la flota a la batalla. Así ocurre con las mujeres: del hecho de que se aproximen a esos espacios o los intenten habitar no se sigue que se les permita decidir sobre ellos o sus fines. No está en su evanescente derecho. Las «presencias» no tienen el estatuto impenetrable de los cuerpos a los que hay que evitar porque reposan firmemente sobre sus pies. Deben amoldarse al paso de las que ya llegaron hace décadas, aunque a la sala de máquinas: «Me gustas cuando callas».

Si tales espacios llegaran a ser paritarios, su prueba del algodón sería la memoria compartida y el subsecuente cambio de canon. Pero eso, de momento, no ocurre. Bien al contrario: cada día se edifican y reedifican canon tras canon, y en cada uno de ellos, desde los episódicos hasta los que tienen pretensiones de resultar más duraderos, las escasas excepciones que han conseguido figurar entran un día y, como la rosa, desaparecen. No habían sido recibidas para que se quedaran.

Los tiempos son paritarios, porque lo exige la justicia, pero

los modos siguen siendo los de la dinámica de las excepciones. La mujer excepcional es una quiebra relativa en la lógica patriarcal, que la admite también solo por excepción. Pero no perdura, precisamente porque lo es. De ahí que algunas mujeres se resistan a esta lógica pretendiendo cumplirla. De ahí que insistan en la salvación individual, en «que valen», en que quieren que se les reconozca su valía solo a ellas, sin más hipotecas paritarias. Pero no funciona. Valdrán ellas, es la parte en la sombra, pero no todas. Y les cabe el destino final que les quepa a todas porque no pueden evitar ser lo que son. Viene todo ello de la propia naturaleza del poder que se disputa, que es un poder genérico y, por lo tanto, difícilmente negociable desde el punto de vista individual. Y, desde luego, difícil todavía de negociar desde el colectivo femenino.

Las mujeres, no solo en Europa o en América sino en el planeta entero, están cambiadas. Forman una «totalidad bullente» y nueva en la que casi ninguna hace lo que vio hacer a sus ancestras. Muchas arrancan cada día un infinitésimo de libertad. La que se ha heredado también consta de ellos. Para llegar a este estado actual de relativa ciudadanía muchas tuvieron que ganar infinitésimos de libertad. Llamo así a esas pequeñas libertades y respetos que cada mujer tiene que negociar y ganar día a día allá donde esté. Porque aquí nadie regala nada. Cuando esos infinitésimos, de tiempo en tiempo, se integran, aparece el salto y se amplía la libertad común.

Cien años de luchar contra mentiras interesadas

Cuando se estudian los carteles sufragistas, en muchos se observa que hay un tema recurrente: el feminismo lucha contra la hidra de la prensa. A veces también oímos que el feminismo tiene mala prensa. Y desde luego es bien cierto que no la tiene especialmente a su favor. Se entiende que algo que ahora ocurre viene sucediendo desde el inicio. Todavía hoy es frecuente que algunas personas se pregunten por qué la palabra «feminismo» está mal connotada. Yo suelo responder que porque está vivo. Lo está, cierto, pero no tiene el reconocimiento que merece. No tiene nada de que

avergonzarse y ha tenido que ir consiguiendo sus victorias en medio de grandes trabajos para luego soportar que se califiquen de concesiones al sentido común. Desde sus inicios así va esta causa. Tenemos un mundo paralelo en el tiempo en el que comprobar cómo era hasta hace bien poco nuestra situación. Un mundo con el que podemos medir los pasos que hemos ido dando. Solo hace falta mirar fuera de Occidente. El nuestro es otro, pero se quiere que lo comprendamos sin su motor, por así decirlo, escondiéndolo. Asistimos a la mezcla de irreflexión y mala fe. Porque por medio del feminismo no solo se han logrado derechos y libertades, sino que también sus protagonistas han alcanzado felicidad y satisfacciones. En esa grande y hermosa causa lo mejor para cada militante es el resultado lateral, la lucha misma por devenir un ser humano pleno. Implicándose en ella, muchas mujeres y algunos varones han conseguido integrarse en una élite que camina en la vanguardia de los valores. Hay al menos un siglo de esa marcha para celebrar. ¿Cien años de igualdad? ¡Ya quisiéramos! Cien años de trabajar por ella, en una cadena de relevos, y cada vez con la frente más alta, como nos imaginaron quienes la comenzaron.

Con las llaves heredadas de los desafíos que nosotras tenemos que superar. Esa es ahora nuestra agenda. Entrar en todos y cada uno de los ámbitos del poder, la autoridad, el respeto. A estas puertas nos colocaron quienes nos consiguieron los derechos educativos, civiles y políticos. Gracias les sean dadas. Los próximos pasos son nuestros. Pero... las cifras[46] y sus explicaciones son impresionantes por lo que toca a las autonombradas «cumbres del saber». En honores, medallas y academias, las mujeres no alcanzan un mísero cuatro por ciento cuando las cosas van bien, y en algunos de esos círculos simplemente no hay ninguna mujer. Cierto amigo académico nos señalaba hace tiempo a dos filósofas lo muy a gusto que se encontraba en nuestra compañía. Cuando le preguntamos la razón, respondió sin un titubeo: «Si fuerais dos hombres, con lo que valéis, seríais insoportables». Todavía nos dura el asombro. Por lo visto, manteniendo intactos nuestros saberes, nuestros egos habrían

sufrido una trasmutación por tenerlos y haberlos adquirido. Los varones de esos círculos, según este referente, serían ególatras, impositivos y sumamente agresivos; de ahí su triunfo. A las mujeres no les está permitido mostrar ninguna de tales condiciones, si es que las tienen. En consecuencia, no hay peligro de que nos sumemos, y, si el saber y la justicia se resienten, en cambio el reposo (varonil) aumenta. Así que el estatuto de «presencias amigas» se concede con benevolencia a quienes ni por pienso se desea en el de competidoras.

Para las mujeres el saber, que con todo se les niega en el fondo, sigue siendo como mucho ornato, y para ellos es «vida vivida»; nosotras lo llevamos bien en tanto que no vayamos con él a ninguna parte. Para embarcarse en la aventura del saber hay que tener primero derecho a billete, y a las mujeres todavía no se les vende. Hace un tiempo, un siglo más o menos como ya se ha dicho, que intentamos viajar hacia la isla del conocimiento aunque sea en chalupa; desde la patera vemos pasar, bastante relajados a veces, en barco conforme o yate, a algunos de los que calentaron con nosotras las sillas de las mismas aulas. Creemos que remando más fuerte vamos a lograr acercar posiciones, pero nos damos de bruces contra las cifras. Por lo visto al territorio impresionante de esa isla solo se puede acceder si ya se ha estado antes, condición que, por género, seremos siempre incapaces de cumplir.

Confianza: romper las paradojas

En último término, en lo que a las mujeres toca, hemos asistido durante las últimas décadas a un proceso general —y ahora casi global— de autoconciencia que aún tiene recorrido futuro. Sabemos o vamos sabiendo quiénes somos, lo que hemos hecho, lo que podemos hacer. Escapamos de una posición solitaria y atomizada hacia el mutuo reconocimiento y la solidaridad. Estamos formando una voluntad común cada vez más sólida. Y, en paralelo, asistimos a un aumento espectacular de nuestra confianza. Confianza de las mujeres en sí mismas, avalada por sus logros cada vez más patentes, y confianza social en la capacidad privada y pública del sexo

femenino. La confianza es el vínculo, el bien intangible más preciado porque hace posible la gobernabilidad y el equilibrio social público. Allí donde las mujeres son libres y actúan en la esfera del empleo, los cargos, la ley, la opinión, la religión, la economía, el saber, el arte... la sociedad mejora. Y eso es ahora algo que los dos sexos conocen. El feminismo cambia y mejora el mundo. Por ello y ahora las mujeres se aprecian a sí mismas y se saben apreciadas de modo veraz y diferente. Tenemos confianza, damos confianza e infundimos confianza, una de las energías más sutiles que el mundo emplea para funcionar... Las mujeres aportan credibilidad y el feminismo sigue aportando análisis e ideas. Las políticas públicas han de resolver los puntos negros todavía pendientes, el empleo, la violencia, pero también ayudar a avanzar hacia los territorios de libertad y buen vivir todavía no descubiertos. La alianza que ha resultado un éxito entre política, movimiento y academia tiene mucha vida por delante en este mundo global.

---

[46] Por ejemplo las aportadas por Marisa García de Cortázar y María Antonia García de León para el caso español. Sus trabajos en M. A. García de León (ed.), *La excelencia científica,* Madrid, Instituto de la Mujer, 2005. El estudio no se ha repetido, y convendría.

CAPÍTULO 10

Religiones y reglas

Los sexos no se pueden entender, en cuanto realidades culturales, sino como construcciones normativas. Las religiones han sido, y todavía son en muchos lugares, los principales y a veces exclusivos vehículos normativos. En todo el planeta son ahora tan relevantes como nadie hace dos décadas habría imaginado. En paralelo, y también en nuestras sociedades ricas, estables y abiertas, la ética es el tipo de filosofía que toma cada vez mayor cuerpo. Va de suyo pensar que una cosa esté relacionada con la otra. ¿Qué tiene que ver ese espesamiento del discurso ético con la multiplicidad religiosa y la necesidad de convivencia de credos distintos en sociedades globalizadas?

RELIGIONES Y ÉTICA

Desde el siglo ilustrado, la ética, que se presentó en la filosofía moderna como polémica que Kant decantó, ha mostrado ser uno de los resortes más eficaces para producir innovación en el campo de los mandatos morales. Y parece que se sigue confiando en que pueda hacerlo. Hans Küng, por ejemplo, continúa desde hace una década con su proyecto de estudios de las grandes religiones y su *Parlamento para una ética mundial*. Las religiones, por si alguien lo pensó algún día, no van a desaparecer. Puede que las democracias sean religiosamente indiferentes, pero arrastran el fuerte peso de la tolerancia religiosa. Tendrán que convivir.

El principio de tolerancia tiene origen precisamente en el mejor manejo que de las creencias religiosas quiso hacer el Estado moderno, superadas las guerras de religión europeas. Holanda y Zelanda fueron las primeras en formular ese principio por el cual todo culto será tolerado siempre que no altere la paz civil. Tolerado e incluso protegido. Pero eso

significa que, con independencia de las creencias, cada creyente, en cuanto ciudadano, se compromete a acatar las leyes compartidas. Admite, por así decir, un común terreno de juego. Eso es lo que desata la importancia de la ética como fuente de propuesta que pueda acabar solidificándose en ley: la ética es el debate del que dimana la propuesta viable en el terreno compartido.

Encontrar un mínimo compartido de normas o de valores en una sociedad que a la vez admite formas de vivir diversas no es fácil. Hay que acordar principios, políticas e incluso organización social entre actores que pueden no compartir trazos muy gruesos de prácticas morales. Y no llegamos todavía a conocer cuánto pueda estirarse la idea de tolerancia sin romperse. En todo caso, existe una única y común esfera pública en las democracias. Y, desde luego, requiere una normativa mínima compartida. La tolerancia, actualmente, se ha salido además de su cauce inicial, religioso, porque nos es requerida también para «aceptar la diversidad». Y esto puede producir profundas perplejidades a algunos individuos.

Si admitimos formas de vida diferentes que tienen que ser respetadas, ¿por qué no admitimos también las normativas de cada religión en su totalidad y no las respetamos como «derechos a la diferencia»? Si en nuestras sociedades hay divorcio, ¿por qué no admitimos la poligamia? Si alguna juventud se hace *piercings,* ¿qué tiene de malo la ablación? Si la voluntad individual fundamenta la conducta recta, ¿por qué no admitir todo lo que venga de ella, burkas incluidos? Estas son tres preguntas, digamos, suaves, que nos llevan al centro mismo del conflicto normativo: cómo respetar la universalidad cuando declaramos que respetamos la diversidad. Pero se puede llegar más lejos.

¿Por qué las gentes, aunque vivan juntas, han de pensar lo mismo y mantener valores homogéneos? ¿No es mejor que todo valga y que, simplemente, no nos mezclemos? Juntos pero diversos. A cada cual se le aplique su ley. Esta es la interpretación que de la tolerancia hace el multiculturalismo, por ejemplo. Nuestras sociedades pueden aspirar a ser cosmopolitas, no internacionales, y, por lo tanto, relativistas a

la par que tolerantes. ¿Por qué no? Si la paz civil no sufre con ello... Todo estaría bien y valdría lo mismo. Bueno, podríamos argüir, el asunto son los mínimos compartidos. Pero ¿y si no los hay, qué sucede? ¿Cuál es el problema? Que florezca la diferencia y cada uno se ocupe solo de lo suyo. Del multiculturalismo al relativismo no hay ni siquiera un paso.

Mínimos comunes y diversidad

Por lo demás, no habría de qué asustarse. Todas las formas religiosas comparten tramos normativos relativamente homogéneos. Todas prohíben parecidas cosas: el robo, el asesinato, la calumnia. Y todas norman el sexo. Han sabido hacerlo durante siglos. Tienen sus textos sagrados que las inspiran, revelaciones particulares, jerarquías propias. Hay entre ellas mayores acuerdos de los que sospechamos. Que entre ellas se entiendan, como pensó que era la solución Pico della Mirandola. Este genial renacentista, convencido de que las disputas religiosas eran el origen de las guerras, promovió un encuentro entre los tres grandes monoteísmos para que más o menos un millar de doctores teólogos, escogidos entre los mejores de cada parte, los refundieran. Era imaginativo, pero, obviamente, no pudo ser. Por el contrario, Europa se vio sumida en el mar de sangre y sufrimiento que las guerras de religión abrieron tras la Reforma. La mutua tolerancia, conviene saberlo, ha sido por el contrario un fruto muy tardío de la prevalencia del Estado de derecho.

Es bien cierto que la mayoría de las religiones aplican normas básicas similares. Son normas fuertes y elementales sin cuyo cumplimiento ningún grupo humano habría sobrevivido. Los ejemplos del robo, el asesinato o la calumnia son sólidos. Todas las sociedades y, en consecuencia, sus religiones prohíben lo mismo. Sin embargo no lo prohíben universalmente. Cuando los credos no vivían juntos, sino que reinaban como monarcas cada uno en su grupo social y político, por lo común impedían estos males... hacia adentro. No se puede desposeer a quien es igual a uno, ni asaltarle, ni matarle, ni ponerle en peligro mediante falsos testimonios. Y

no se puede porque no está bien, y porque, si se hace, ahí estará el castigo para volver las cosas a su recto lugar. Pero con el extranjero, con el extraño con quien no se ha hecho ningún pacto, no hay reglas. Vale todo. Nuestros dioses no lo defienden. Esa es la dura y excluyente dinámica más antigua de cualquier grupo humano.

A medida que las civilizaciones humanas fueron aproximándose en el espacio y por último compartiendo como ahora un tiempo común, cierto universalismo fue haciendo también aparición. Y entonces surgieron los tipos discursivos que en Occidente conocemos como iusnaturalistas. Los mandatos se convirtieron en principios, esto es, mandatos abstractos de aplicación universal. Aparecieron los mínimos compartidos. Cada una de las que Duby llama «globalizaciones limitadas» en su *Atlas histórico mundial* produjo algunos de estos principios, tan dispares que van de la «regla de oro» al «principio de utilidad». Los principios coinciden con lo que solemos llamar «normas éticas», esto es, mandatos sin contenidos concretos pero de universal cumplimiento. En verdad, reglas de reglas, metamandatos a partir de los cuales poder cribar las normas particulares de cada grupo, aprovechar lo mejor de ellas y deshacerse del resto. Se aprecia que tal trabajo solo se hace necesario cuando una convivencia múltiple lo impone, como fue en el pasado y de hecho y con mayor fuerza ahora que el proceso de globalización está culminando.

Normar el sexo

Pero tampoco todos los mandatos que vienen por el vehículo religioso tienen la misma entidad, aunque todos ellos sean supervivenciales. Los que norman el sexo resultan ser más abundantes, prolijos y complicados. Los acuerdos, en este terreno, son menores. Y, sobre todo, tales mandatos suelen ser diferentes para varones y mujeres en un monto considerable. No matar, no robar, no calumniar son mínimos que no tienen sesgo de género; los tienen que cumplir las personas sean del sexo que sean. No es así con los preceptos directamente

sexuales. Por tradición —y en esto sí que el acuerdo existe—, las mujeres tienen especiales deberes de honestidad mientras que los varones se reservan mayores territorios de libertad. El sexo y la comida, además, son los objetos principales de otro tipo de órdenes, premorales, pero muy importantes, las de pureza. Y estas también suelen tener género.

«Género» es un término meramente analítico que sirve para clasificar los diferentes rasgos o normas que se atribuyen a las personas en razón de su sexo biológico. Es un anglicismo metodológico, con origen cercano en la antropología cultural y más remoto pero también más enjundioso en la fenomenología de Hegel. En todo caso, un análisis de género nos tiene que permitir observar cómo se comportan los sexos y qué cosas diferentes se esperan de ellos en los contextos de acción. Es útil manejarlo para no producir confusiones, sobre todo si hablamos de sexo. Imaginemos el fenomenal equívoco que se formaría al hablar del sexo de las normas sexuales. Cuando una terminología es útil, se adopta; así sucede en todos los campos del conocimiento.

Pues bien, por dejar planteado el caso, nuestras democracias complejas son «sociedades de principios», con una abundante carga discursiva ética y con su normativa de género debilitada, mientras que las sociedades tradicionales son lo que Benedict llamó «sociedades de vergüenza», regidas por órdenes de pureza, magistralmente estudiadas por Mary Douglas, y normas de género estrictas. Si estos dos tipos coinciden en el mismo espacio normativo, colisionan.

Algunas creencias religiosas no se han puesto en paz con la democracia en buena parte de los contextos morales. En tanto que las normas de género son la parte más divergente de las normas comunes, las mujeres están justamente en la línea de fractura. Son sus nuevas posiciones las que se han alcanzado mediante argumentaciones éticas. Y a la vez las nuevas posiciones de las mujeres innovan el discurso religioso; eso de nuevo las marca cuando este se vuelve resistencial o inmovilista. Y durante esa colisión se produce toda una cacofonía, un ruido, en que el debate mezcla y confunde sistemáticamente órdenes, mandatos y principios; por tanto,

argumenta desde posiciones inconmensurables. No por saberlo podemos quizá evitarlo, pero es nuestro deber para con el conocimiento contribuir a aclarar el campo.

¿HABLAMOS DE RELIGIÓN O DE SEXO?: ACLARACIONES

En nuestras sociedades occidentales, muchas de las cuales son ya multiétnicas, algunas multiculturales y todas con la tentación del multiculturalismo, sociedades que se encuentran además en un avanzado, profundo y rápido proceso de globalización, las relaciones entre la ética y las diversas religiones se vuelven cada vez más complejas y tirantes. La ética o las éticas —pues hay más de un modelo— se desarrollan bien en nuestras sociedades actuales, complejas, multiétnicas y multiculturales. De hecho la ética es uno de sus resortes fiables, ya se dijo, de propuesta e innovación. Nuestras democracias estables son sociedades estatales laicas en principio, pero con un fuerte contenido de tolerancia multirreligiosa, que además están inmersas en un proceso de globalización imparable y de múltiples facetas. Tanto desde una perspectiva estrictamente filosófica como social o política, son necesarios una plantilla interpretativa y un cúmulo de saberes sobre las diferentes normativas religiosas. En resumen, es una necesidad práctica contar con un claro instrumento teórico... Pocas cosas hay más prácticas que una buena teoría, y se necesita fijarla a causa de los retos que las nuevas condiciones sociomorales presentan.

Bien sea desde el punto de vista del poder público, bien desde el de la organización social, los diferentes grupos e individuos han de acertar a conjugar sus plurales visiones del mundo y sus diferentes códigos normativos con la convivencia en espacios compartidos. El choque entre modos divergentes de interpretar la existencia no se produce solamente en el panorama internacional, sino dentro de cada uno de los estados en los que las minorías tienen garantizado el uso público de sus credos. Y, como consecuencia de los avances éticos de todo tipo, de los debates previos que los hacen posibles, de la especialización de las zonas de propuesta y de la

creciente complejidad de los argumentos, asistimos a cierto estado de cacofonía moral en el que se confrontan tipos normativos no conmensurables. La perplejidad moral ha llegado a convertirse en el estado corriente de las democracias avanzadas y complejas.

Pues bien, la mayor parte de los debates verdaderamente existentes o producidos no versan sobre principios, rituales o representaciones. No. Son debates sobre la pertinencia de las normativas de género. Más exactamente: sobre cómo deben comportarse las mujeres. El debate tiene que ver con la ruptura de los antiguos moldes morales que el discurso religioso vehiculaba y que aseguraban una relativa estabilidad de contenidos dentro de sociedades fuertemente jerárquicas y fragmentadas. Sociedades en las que los nuevos grupos de propuesta, articulados sobre el discurso de la ciudadanía, no tenían voz ni fines propios. Son estos nuevos grupos, sobremanera las mujeres que abandonan sus posiciones en la sociedad tradicional, los que incrementan el espesor del nuevo discurso ético, porque lo necesitan especialmente.

La hipótesis explícita es que son las nuevas posiciones de las mujeres las que hacen necesario el recurso a modelos argumentativos de corte ético, esto es, universalistas. Y que también esa novedad es la responsable de profundas tensiones entre visiones del mundo que se autocontemplan como discursos de sentido y se viven a sí mismas como credos. Quedó dicho que algunas creencias religiosas no se han puesto en paz con la democracia en buena parte de los contextos morales. Y las mujeres están justamente en la línea de fractura. Las nuevas posiciones de las mujeres también están comprometidas en la innovación del discurso religioso.

Opresión de las mujeres, religión y costumbre

La opresión de las mujeres es un fenómeno universal, una invariante antropológica que encontramos en todas las culturas. Las mujeres son definidas como de menor calidad que los varones. Esto no es un fenómeno especialmente religioso. No se puede decir que las religiones sean la causa de la

opresión de las mujeres. Esta aparece bajo las más diversas formas religiosas. Debemos siempre tener en cuenta que una religión no es un mero conjunto de creencias. Las religiones, sobre todo las grandes religiones, son conjuntos prácticos. Implican un sistema de creencias y de interpretación del sentido del mundo pero, sobre todo, un conjunto de valores que son asumidos socialmente y que los individuos se comprometen a respetar y poner en práctica. ¿Qué separa, por ejemplo, realmente, a la Reforma del cristianismo católico romano? ¿El modo en que se afirma la presencia de Jesucristo en la eucaristía, el matrimonio o el celibato del clero o el trabajo considerado una bendición de Dios y no un castigo divino? Más bien estas últimas cosas, ya que rompen con todo un orden antiguo, el procedente de la cultura monástica, que defendió la superioridad del celibato sobre el matrimonio y la consideración del trabajo como castigo divino por el pecado de Adán y Eva.

Las religiones ordenan el mundo posible, le atribuyen significado, le dan sentido. Y si en su camino encuentran la opresión de las mujeres, también le darán sentido. Las religiones no se la inventan, sino que, simplemente, la colocan dentro del relato de sentido que posean. ¿Cómo la recolocó el cristianismo? Lo hizo de forma rápida. El cristianismo se topó pronto con el problema de la insurrección social, esto es, la subversión del orden. Y de hecho en las primitivas iglesias cristianas podemos ver el desorden que existía, a juzgar por cómo lo tratan las cartas apostólicas. Si, por ejemplo, en una se dice que las mujeres profeticen en su casa, es porque había mujeres que profetizaban en la asamblea cristiana. En la Iglesia primitiva las mujeres ocupaban puestos de responsabilidad hasta el siglo III, en que fueron expulsadas de los espacios de poder[47].

Siempre que produzca un momento de quiebra de los valores admitidos, vamos a encontrar a un grupo dentro que lo entienda como «esta es nuestra oportunidad». En los propios textos fundacionales cristianos hay un enorme grupo de mujeres que está dentro, que se afilia, que se queda... porque es su oportunidad. Pero en cuanto eso se lleva a orden, ese

grupo se hará más débil y por fin desaparecerá. El conjunto se reinterpreta en clave viril y la opresión femenina se declara buena. El cristianismo, que tenía en origen un significativo componente femenino, acudió a lo que tenía el judaísmo como mito-origen y se apropió de la historia de Eva. Lo que las mujeres sufren es una justa expiación. Han de estar sometidas a los varones a causa de la madre Eva, responsable de todo el mal que existe y conocemos. La humanidad había salido de las manos de Dios perfecta y feliz, pero la madre Eva, con su desobediencia, logró que fuéramos desdichados y mortales. La mujeres, en cuanto hijas de Eva, heredan el estigma y heredan la maldición formulada en el Génesis: parirás con dolor y estarás sometida a tu marido, que te dominará. De tal castigo ni siquiera la redención, ya ocurrida, exime. Cuando el cristianismo fagocita además a las divinidades femeninas y aparece la figura de la Virgen María, el «AVE-EVA» se asegura. Por una mujer vino la perdición, por otra la salvación. Sin embargo, en los textos fundacionales del cristianismo se encuentran todo tipo de indicios que llevan la contraria a la afirmación de la deseable y querida por Dios sumisión de la mujer al varón. Pero se obliteran.

¿Son, realmente, las religiones las primeras responsables de la opresión de las mujeres? No, lo que han hecho ha sido darle forma. La legitiman. A día de hoy lo siguen haciendo. Son inerciales. Cuando esta misoginia es ya patente, cuando empieza a ser puesta en cuestión, cuando amenaza con quebrarse... la mantienen. Conservadoras como son, las religiones han apoyado siempre el orden antiguo.

¿Pero acaso lo son todas? Unas más que otras. Depende del momento de su gestación y de las circunstancias de su expansión. Depende también de si han sido obligadas o no a medirse con algunas ideas ilustradas. Por ejemplo, el feminismo del siglo XVIII tiene defensores que son clérigos, como Feijoo. Y podemos encontrar la peor de las misoginias en Rousseau, que no lo es. La historia nunca se comporta de modo mecanicista. Del mismo modo, en el siglo XIX, la segunda ola del feminismo contó con el esfuerzo de teólogas feministas y reverendas reformadas, como Elisabeth Cady Stanton o

Lucretia Mott. Ambas hicieron una nueva lectura de los textos bíblicos. Hoy algunas feministas musulmanas están intentando con el Corán lo que ambas hicieron con la Biblia[48]. Forman ya parte de la historia de la hermenéutica de los textos sacros. Pero, para poder afrontarlos, tuvieron primero que sobrepasar el literalismo. Ignorando como ignoramos la metodología de su revelación, la hermenéutica se facilita.

Ni la religión ni la naturaleza

Cargar sobre la religión la opresión femenina no es buena lectura. No la origina, solo la administra. La opresión femenina es una invariante antropológica, sin que ello quiera decir que no se pueda y deba terminar con ella. No debemos olvidar que somos una especie natural y que en los primates, nuestros parientes, se da el caso de predominio masculino evidente. Esa dominancia la traemos, muy probablemente, de remoto origen. Si somos primates, no nos conviene tampoco olvidar que todos ellos son jerárquicos, territoriales, y muchos, extraordinariamente agresivos. Pero lo somos de un modo bastante moderado: quiere también decirse que la primatología no incluye a la democracia como un factor de resultado y, sin embargo, nosotros, los humanos, la tenemos. Es decir, que nuestra raíz natural no es, con todo, tan fuerte como para que no haya podido ser bastante variada y amoldada a lo largo de todas las manifestaciones posibles en que la humanidad se ha dado.

Hace siglos —tantos que no podemos contarlos bien porque no tenemos testimonios escritos— la humanidad inició la ruta que Wallace, el colega de Darwin, llamó «el camino sin retorno». La hominización, que ni siquiera ha terminado. Según Wallace, «el primero que cogió un instrumento en la mano, ese interrumpió todas las leyes de la selección natural». La naturaleza no es buena para explicar casi nada de lo que individualmente hacemos, y mucho menos de los enormes inventos colectivos, como por ejemplo el lenguaje, la religión o el Estado.

Puede decirse, y Rousseau lo hizo, que las mujeres son un

sexo segundo de modo espontáneo y natural, porque son la parte de la naturaleza que permanece alojada dentro del espíritu humano. Y también que, como son naturaleza, tienen el deber de seguir siéndolo. Por lo mismo, para frenar esa deriva, el feminismo ilustrado y el feminismo sufragista utilizaron la idea de derecho natural de que varones y mujeres son absolutamente iguales, no en sus aspectos físicos, sino respecto a una tercera medida, que es la ciudadanía, lo que implica oportunidades y derechos. Pero lo que se llama a veces «naturaleza», en un uso no muy propio, es un territorio en que el derecho natural no rige. El naturalismo, en cualquiera de sus formas, no es nunca un aliado de la libertad. La jerarquía o la opresión, el uso de la fuerza puede que sean invariantes antropológicas, pero la democracia misma es un sistema de subversión de esas poderosas invariantes.

Es muy extraño eso en que nos hemos convertido, pero lo extraño vive dentro de lo corriente. Damos como normales incluso ocurrencias tan extrañas como que mujeres y varones se sienten juntos en un mismo espacio y, encima, su actividad sea que hablen. Los varones y las mujeres siempre han estado adscritos a espacios diferentes. Esa enorme norma hemos violado y ya ni nos apercibimos. Ya ni nos asombra, aunque nunca se haya hecho antes.

Una de las grandes invariantes culturales, que tomó cuerpo de las invariantes antropológicas previas, y estas, de la dominancia etológica, es la opresión de las mujeres y su menor valoración. Somos la primera sociedad que ha mezclado los sexos. La primera que ha puesto en duda los espacios. La primera que ha corregido racionalistamente la atribución de funciones y habilidades. La primera que, por lo tanto, ha asumido que los sexos son, culturalmente, construcciones normativas.

---

[47] E. Pagels, *Los Evangelios Gnósticos,* Barcelona, Crítica, 1990.

[48] La biblia de la Mujer. Sucede que con el Corán las cosas son más difíciles, no solo porque los textos son muy explícitos, sino porque el Corán se supone revelado directamente por Dios y realizado por su propia escritura, cosa que no sucede con los textos del Antiguo

Testamento, de los que, aunque se supone que son revelados, desconocemos la metodología de dicha revelación.

CAPÍTULO 11

Naturaleza, cultura, paz

Lo que tengamos que ver las mujeres en la paz o las mujeres en los procesos de paz es complicado de abordar. Sé que vamos andando este camino y sigo las trayectorias de las personas que lo hacen; alguna victoria hemos logrado, y tenemos atrás más de lo que imaginamos en la construcción de sociedades pacíficas. Hay, también lo sé, cierto robo de protagonismo vindicable. Para afrontar el futuro conviene tener en las manos el pasado valioso, y nuestro sexo ha sido condenado durante larguísimas edades a no tener autoconciencia, a no saberse sujeto, lo que ha implicado desmemoria.

GUERRAS, PACES, MUJERES

La guerra es más antigua que la paz, y ha habido tantas paces como guerras, pero las guerras empiezan primero. Solo desde hace un par de siglos, desde la Ilustración, las mujeres somos un sexo que progresivamente tomamos autoconciencia, que comenzamos a entendernos como sujeto histórico. ¿Estamos concernidas naturalmente por la paz? Nuestra especie, la humana, no es una especie pacífica. Cualquier antropología, incluso la más optimista, tiene que admitir que los grupos humanos se constituyen como grupos cerrados en su interior mediante una dura normativa agresiva y hacia el exterior son siempre potencialmente agresivos. Sus disputas incluyen el territorio, los alimentos, los varios recursos, el acceso sexual y el mero disfrute de la violencia. Puede que esta sea la herencia que traemos. La paz o la benevolencia no las traemos de serie, incorporadas genéticamente de tal manera que esa fuera nuestra primera forma de relacionarnos con el mundo. En cada uno de nosotros, de nosotras, existe un potencial de agresividad que no es del todo malo; tampoco hay que juzgarla mal porque nos sirve y ha servido para escapar de

situaciones de terrible peligro, y también para atacar y vencer. Solo las comunidades políticas modernas templan hasta cierto punto esta disposición.

Una pregunta al fin muy dura se alza: ¿cómo han sido posibles dos guerras mundiales en el siglo en que la razón o la técnica parecían haber avanzado más que nunca y la capacidad de vivir cómodamente era también la más segura por la humanidad entonces conocida? ¿Por qué esa humanidad que podía darse una existencia confortable se lanzó a matarse? Fueron preguntas que ni K. Lorenz ni otros etólogos supieron responder, pero al fin y al cabo lo intentaron. Algo llevamos estropeado en el mecanismo. La Paz Perpetua nunca ha pasado de ser un deseo.

Para no oír las rudas explicaciones etológicas por demasiado fuertes, buscaré simplemente la referencias más antiguas que tenemos de nuestra cultura común. ¿Qué tienen que ver las mujeres no con la paz, sino con la guerra? Algo encuentro en las obras de los trágicos griegos y allá me dirijo: *Las troyanas.* Esta obra comienza cuando la ciudad de Troya ha sido tomada, arde, los varones han sido muertos y las mujeres son llevadas juntas a un lugar porque forman parte del botín de la guerra, con sus hijos. Las criaturas son asesinadas ante los ojos de sus madres porque los troyanos no han de dejar descendencia. Ilión será completamente arrasada; ese es el designio del vencedor. Las mujeres ven cómo se asesina a sus hijos y seguidamente son repartidas entre los jefes de los aqueos y de los otros reinos que se han unido para destruir Troya. No son nada, no les queda nada.

Las troyanas, esta espeluznante tragedia, nos narra lo mismo que la *Ilíada.* Serán llevadas presas a los palacios de los vencedores, donde hilarán para ellos, tejerán y eventualmente los acompañarán en el lecho si a ellos les parece, sin desposorios, sin el honor de la esposa, sino con la triste suerte de la cautiva. En la costa frigia hay un promontorio cuya forma recuerda vagamente a un perro. Quiere la leyenda que sea la roca llorante en que Hécuba fue transformada. Hécuba, la madre de todos los priámidas, la reina de Troya. Nada tenían ya las troyanas, ni esposos, ni casas, ni hijos que en el futuro

las vengaran, ni honor. Sus hijas aun pequeñas serían también sacrificadas, repartidas o vendidas. Ya no eran suyas. No se desposarían, sino que serían tomadas sin decoro y sin ritos por sus amos. Su ciudad no existe ya, su suerte no cambiará, nadie las salvará, no hay dioses siquiera a los que pedir amparo. Esta es la ley de la guerra y la victoria: muerte, olvido y desolación para los vencidos; esta, la costumbre para las mujeres. Repartidas las troyanas y embarcada cada una en el barco de su amo, Hécuba se arrojará desde el mástil y los dioses la transformarán en roca llorante, la roca de los Dardanelos conocida con el nombre de «La Perra». Esta es la realidad de las mujeres que pierden la guerra, pero ¿qué ganan las mujeres que la ganan? Esclavas y poco más. En realidad ellas, las señoras, son también de sus amos. Cuando un grupo masculino se organiza para la guerra, tiene claro su designio y qué es lo que va a ocurrir. Nadie se engaña. Las mujeres de los vencidos sufrirán el destino de las troyanas; no hay más.

La guerra comienza por una extrañación: se declara «otro» al otro. Se hace contra el que es otro, definido previamente como otro, que no hace lo que nosotros, no tiene nuestra ley, tiene otros dioses y otras costumbres, es distinto, es precisamente «otro». Lévi-Strauss avisaba de que la memoria del nosotros es cerrada. Los grupos humanos, sobre todo los más antiguos, se consideran únicos en detentar la humanidad. Los seres humanos son los que están marcados por el «nosotros», que incluso a veces da nombre al grupo[49]. Los que están fueran no son del todo seres humanos, son otra cosa, y por lo tanto para ellos no vale la ley propia. Un grupo humano tiene la ley hacia su interior y allí normalmente la respeta, pero no cree que esa ley sea universal. A los que no comparten los mismos dioses o la misma agua tampoco hay por qué concederles la misma ley. Tengo prohibido matar pero a mis prójimos, a los que me son semejantes, no a mis enemigos; a esos sí vale matarlos. Tengo prohibido robar pero a los míos, no a los de fuera, donde el pillaje es una buena cosa; tengo prohibido mentir pero a los míos, no a los de fuera, externos, a los que es bueno engañar.

Hablo de las guerras que van contra otros, definidos como

otros. Pero hay otras guerras. Son los conflictos que desgarran a una sociedad desde dentro, sumamente duros, los civiles. En ellos el movimiento de extrañación ha de ser especialmente cruel. Es un desgarrarse. No hay manera clara de señalar al otro. El otro es un «uno mismo». Los señalaré con otro texto clásico, otra tragedia, *Antígona*. Recordemos la situación. Antígona tiene dos hermanos, Eteocles y Polinices; ambos han muerto luchando entre sí, uno defendiendo la ciudad y otro atacándola porque quería conseguir su gobierno. La ciudad decide que uno sea enterrado con honor y el otro dejado para que lo coman las aves de presa; así su alma no descansará. Estos hermanos tienen dos hermanas, Antígona e Ismene. Antígona pide a su hermana que la acompañe a enterrar al hermano insepulto, al hermano traidor, a la ciudad. Ismene responde que no lo hará, que los decretos de la ciudad son fuertes y que prevén la muerte para quien se atreva a hacer esto. De modo que Antígona, sola, sale de la ciudad de noche y como puede entierra a su hermano. Se sabe que ella ha sido quien lo ha hecho y es llamada. Su tribunal le pregunta: «¿Por qué has hecho esto? ¿No sabías que estaba prohibido?». La respuesta de Antígona ha sido glosada tantas veces que es osado glosarla una vez más. Es ciertamente extraordinaria su respuesta: que sí sabía que estaba prohibido, pero que no era Zeus quien había dado tales órdenes, ni la justicia que tiene el trono con los dioses de abajo la que había dado a los hombres tales leyes, que no eran de ayer ni de hoy, sino que tenían vigencia desde todos los tiempos, ni «suponía [...] que tú, un simple mortal, pudieras rebasar con ellas las leyes de los dioses anteriores a todo escrito e inmutables».

Antígona invoca una piedad más antigua que cualquier ley humana, la piedad que manda a la hermana enterrar al hermano aunque lo prohíba la ley. Invoca una ley previa a la ley. Será castigada por ello a morir enterrada en vida, de hambre, en una cueva que se cerrará. La mejor glosa quizá la haya escrito Hegel. Razona que Antígona revela que los griegos eran capaces ya de distinguir perfectamente las dos leyes que fundaban la convivencia: una era la ley de la familia —y las mujeres pertenecen a esta ley— y otra era la ley de la ciudad.

La ley de la familia es una ley compasiva, cercana y corpórea, que obliga a las mujeres sobre todo. La ley de la ciudad es varonil, surgida al sol de lo público que nos obliga a hacer cosas incluso contra el interés de nuestra familia, porque esa ley viril es la ley superior. Antígona es la representación de esta dualidad. Una dualidad no resuelta que jamás podrá resolverse[50]. Varones y mujeres no tienen la misma ley. ¿Qué contesta Antígona además? Yo no he sido hecha, dice, para la guerra sino para el amor.

Gran parte de la reflexión feminista con la que contamos no ha sobrepasado el planteamiento de Antígona: las mujeres estamos hechas para el amor, no para la guerra, y por lo tanto no deberíamos colaborar en ningún tipo de guerra. Somos el sexo que se interpone entre quienes pelean; igual que las sabinas se interpusieron entre sus captores y sus hermanos. Traigamos esta nueva historia: los romanos han hecho nacer Roma, que es una ciudad pequeña y viril, sin futuro, porque no tienen mujeres. Enterados de que los sabinos que viven cerca las tienen, se presentan en su festival, los atacan y raptan a sus mujeres. Los sabinos, un año después, preparados para la venganza, se presentan ante la ciudad de Roma para tomar su revancha. Sin embargo la guerra no se producirá. Serán las sabinas las que se interpongan, corriendo entre sus padres y hermanos, que vienen a por ellas, haciendo de muro defensor de sus maridos y poniendo ante las lanzas de sus familiares a los hijos que han tenido con los romanos. Ahora, bajo la norma de la *pietas,* pertenecen a quienes han sido sus captores, a la ley de la familia de quienes las han capturado. Son esposas raptadas, pero esposas, no esclavas. Lo hecho no se puede desandar. El sexo hecho para el amor se interpone en las querellas varoniles, incluso si las mujeres, ellas mismas, han sido el motivo.

Estas de las troyanas, de Antígona y de las sabinas son historias fundacionales, grandes relatos sobre en qué consiste la convivencia y qué papel desempeñan las mujeres dentro de ella. Son el botín que se quita al otro, la ayuda incondicional a los suyos y el eslabón del parentesco que asegura las alianzas. Todo ello lo resume el enunciado de Antígona: las mujeres son

el sexo no hecho para la guerra sino para el amor. Esta es la buena división de la masa normativa. Esto hemos heredado. Es relativamente cómodo descansar en ella y afirmar, desde una perspectiva esencialista, que las mujeres son de suyo pacíficas, que nada ganan con la guerra, que no se meten en ella y que, por lo tanto, hay que llamarlas para que se interpongan. Que ese es su papel en la paz.

Amparadas por el poder de la tradición

Pero... ¿han logrado acaso las mujeres frenar alguna de las guerras?

Yo bien quisiera que esto lo tuviéramos más pensado. Solo tenemos interrogantes. Alguno habrá que despejar. Por avanzar otro paso, señalaré a las madres de la Plaza de Mayo: «Devuélveme a mis hijos ahora». El sobreentendido es: «¿Te atreverás contra mí que soy una madre?»; presentarse frente a otro no como una voluntad, sino encarnando una figura de lo necesariamente respetable porque atroz sería que no fuera respetada. Cuando las mujeres aceptan los papeles tradicionales asignados, tienen un guion con el que operar. La respetabilidad que les ha sido acordada en el orden tradicional no les puede ser retirada del todo. Hay toda una estrategia femenina, que algunos grupos de mujeres pacifistas utilizan, en que el fundamento último es la respetabilidad que el orden tradicional concede.

Son «los dioses más antiguos». El poder de las sombras. De nuevo esa expresión de Hegel tendrá que servir como motivo de reflexión. ¿Qué poder han tenido las mujeres individualmente o qué poder colectivo han poseído? Como individuos, las mujeres no han accedido sino hasta hace muy poco al poder; por el contrario han tenido dentro del seno de la familia —esto es, fuera del mundo de lo público y bordeándolo — lo que se conoce como influencia. Algunas tuvieron cierta influencia en los asuntos públicos, pero no poder público explícito. Las mujeres que en la historia que conocemos ostentaron poder público explícito lo han tenido *per accidens,* esto es, porque faltaba el varón necesario. Las que han sido

monarcas han sido monarcas, no han sido mujeres. Han existido grandísimas monarcas, pero que nunca han sido especialmente pacientes con su sexo, ni sus ayudadoras. Isabel I de Inglaterra, monarca de cuyo talento nadie duda, emite las ordenanzas más duras para con el sexo femenino de su época, justamente para que no cunda la desobediencia. Que no se crea que porque una mujer ocupe el supremo lugar del poder puedan las demás sustraerse a sus deberes acotados. La mujer que ocupe el trono debe hacer patente que nada cambia: ninguna otra, ni menos el conjunto, puede llegar a imaginar que ese hueco empieza a pertenecerles.

Es el mismo caso de la hija epiclera en Grecia, que es capaz de transmitir el nombre paterno y no tener que tomar el del marido, porque es hija única de una estirpe poderosa: a todos los efectos es un hijo. En la estructura del mayorazgo a veces también encontramos esto. Son antiguos moldes, importantes porque ahí siguen. Las mujeres como conjunto tradicionalmente dispuesto ¿qué poder tienen? Emplearé una terminología de Celia Amorós: «Poder en batería», mientras que la disposición de poder varonil normalmente es piramidal o puede serlo sin gran dificultad.

Los varones parecen tener pocas dificultades en reconocerse unos a otros la jerarquía. A menudo se miden, y medirse es su costumbre. Este es más que yo, a este le debo, este me dará, soy superior a este pero inferior a aquel, me resituaré y competiré por ver hasta dónde llego... Todo eso lo plantean y realizan sin mayores gastos emocionales. Pero las mujeres tienen gravísimas dificultades para moverse dentro de las estructuras piramidales. Les resulta complicado reconocerse unas a otras poder o autoridad. Es fácil entenderlo si pensamos que la que tienen, sus posiciones de poder, es vicaria. Pero hay una hipótesis peor, la de Schopenhauer, siempre brutal: «Las mujeres son naturalmente enemigas». Con sarcasmo afirma que cuando se cruzan dos, es como si se avistaran dos buques de guerra, cada una retando y no aceptando a la otra.

¿Es acaso cierto? Si no lo es... se le parece. En el orden patriarcal antiguo, sí. Cada mujer pertenece a una ley que no es la de la otra, es la de su familia, la de su clan. Ahí es donde

tiene que servir, ese es el núcleo de su compromiso ético, uno tal que puede obligarla a dar la vida por él. Se sabe que las mujeres dan la vida, pero a veces me entra el temor de que eso no se esté entendiendo. Dan la vida, pero no por parir, sino por poder morir en el parto. Ese es el deber de dar la vida. Lo otro es hacer nacer hijos. Que no son suyos, sino de su padre y de su clan. «Dar la vida» se dice a todos los efectos. A día de hoy todavía mueren de parto en el mundo seiscientas mil mujeres al año... cierto que en sociedades que no son la nuestra. Pero la nuestra fue una sociedad de partos arriesgados hasta menos de hace un siglo, cuando los principios de asepsia se hicieron comunes y los partos complicados se medicalizaron. Parir era siempre un riesgo, y a veces de muerte, en el alumbramiento o en el puerperio. Las mujeres arriesgarán la vida al parir, es su deber. Pero hay más. Volvamos a las múltiples historias en que las mujeres vienen obligadas a dar la vida por sus hijos. Porque en eso consiste la eticidad de ser madre. Dar todo. ¿Qué hará una verdadera madre con el único trago de agua que queda? Se lo dará a su hijo y morirá de sed. Ser madre es incondicional.

Estos deberes no son simétricos. Se cuenta una vieja historia en el Rif, pero también en muchos otros lugares: el hijo cuya madre no quiere que se case con determinada mujer. Harto de ella, la mata, la descuartiza y la carga a la espalda para tirar los restos. Al pasar por un terreno peligroso, un desfiladero, oye la voz de su madre que dice: «Hijo, hijo, ten cuidado». Más allá de la muerte sigue siendo madre. Esa es su ley, la ley del sacrificio, la ley de la abnegación, la ley de la mujer. «No he nacido para la guerra, sino para el amor» también manda esto. Es la otra cara de esa predicada «naturaleza». Si seriamente suponemos que es nuestra naturaleza la que nos obliga a interponernos en los conflictos, sepamos que es la cultura la que nos ha enseñado en qué consiste nuestra naturaleza. Que esa misma cultura nos da además estos otros mandatos. Preguntémonos si queremos seguirlos o hasta dónde, aun en este tiempo nuestro, los estamos siguiendo. La tradición, aviso, no es buen fundamento ni refugio para el obrar de las mujeres. Está demasiado lastrada por mandatos ya no asumibles.

La sujeción femenina, la «disposición en batería» en la terminología de Amorós, este sacrificarse de cada una, no por lo universal, sino por la comunidad estricta de la familia, los propios hijos, el clan, además, no es incompatible con la violencia. Bien al contrario, la mantiene. Mientras las mujeres sean abnegadas, la violencia no cesará, porque justamente sin quererlo están alimentándola. Dan de comer al violento, consuelan al asesino, dan ánimos al suicida. Cumplen con su ley, pero tal ley existe para que la violencia del otro sea posible. Es estructurante. La abnegación de las mujeres forma parte de una única estructura, muy probada, antigua y dura: la violencia social bien repartida que tiene protagonistas viriles. La violencia arcaica de los clanes solo se salva cuando las mujeres salen a la ciudadanía. La sujeción femenina es clave en las sociedades violentas. En aquellas sociedades donde la violencia presente en el contexto público es fuerte, la sujeción femenina también suele serlo. Que esto correlate no puede ser casualidad.

Algunas sociedades son más violentas que otras. Algunas tardan en abandonar la violencia que las permea. Pues bien, la resistencia al cambio se da al mismo tiempo que el atornillarse a la sujeción femenina. El papel de las mujeres en el *quantum* de violencia debe ser finamente estudiado[51]. Además hay sociedades que, en razón de su violencia interna, necesitan también la violencia externa. Las sociedades internamente pacíficas no suelen, salvo en casos excepcionales, ser violentas hacia el exterior. Hobbes, uno de los filósofos que inaugura el pensamiento moderno, el pensamiento dentro del cual nuestras actuales estructuras sociales y políticas operan, afirmó que el Estado no era otra cosa que el ostentador legítimo de la violencia. El Estado es esencialmente violencia. Es un contrato; es en efecto el primer contractualista, en que delegamos la capacidad de violencia de cada uno para dejar que sea él el que la administre, lo que significa que el Estado es suprema violencia: capacidad penal hacia adentro y hacia fuera violencia externa. Puesto que el Estado no tiene sobre sí ningún otro árbitro, todo Estado está en estado de naturaleza

con otros Estados, y la guerra es entre ellos la única relación posible. La violencia es segura, porque todo lo que existe es una escalera continua cuyo ADN es la violencia, hasta en la escena internacional, donde no otra cosa que violencia puede advertirse.

Racionalismo pacifista

Quizá pueda parecernos que la situación no ha mejorado mucho en tres siglos, pero epistémicamente tenemos novedades. Locke, que se opuso directamente a Hobbes en tantas cosas, coincidía con él en lo referente a la imposibilidad de llevar la paz a la escena internacional. Si algún día sucediera que cada uno de los Estados de la tierra estuviera con otros en la relación en que deben estar los individuos dentro de un Estado, esto es, de libertad e igualdad, ese día podríamos afirmar que la humanidad entera se habría transformado en otra. Pero bien sabemos que ese día está lejos. Nadie conoce el gobierno mundial, y tampoco se lo espera. Hay algo que lo suple. Tenemos dos intentos en el siglo xx: la Sociedad de Naciones y la ONU. No se trata de gobernar, sino de evitar los conflictos. Llévense a una mesa donde se intenten resolver sin llegar a la guerra. La Sociedad de Naciones nace como producto de la Primera Guerra y no es capaz de evitar la Segunda. Las Naciones Unidas nacen tras ella. Sabemos hasta qué punto necesitan una severa reforma, que nadie sabe cómo emprender, y también hasta qué punto sus arbitrios para la paz son frágiles. Pero más nos vale tener este tribunal que no tenerlo, aunque no asegure la paz. En el camino de existencia de estas instituciones tenemos sus precedentes, los pensamientos expresados por Saint-Pierre en su *Proyecto de paz perpetua* o el breve y enjundioso ensayo *La paz perpetua* de Kant. La paz, el cese de la violencia, se ha instalado entre los fines éticos de la humanidad. El pacifismo es un precipitado de las ideas ilustradas en el mismo grado en que el feminismo lo es también.

Saco provisionalmente una conclusión de lo ya avanzado: si nos oponemos a la guerra o la violencia porque somos mujeres,

y lo hacemos en la caracterización tradicional de sexo que ama, suponemos que las mujeres somos de otra pasta. Esto es cometer una falacia teórica. No somos de otra manera, sino más o menos como todos los demás, aunque dentro del orden que existe se nos marque de ese modo. No podemos ignorar que tal orden es, sin embargo, violento. En consecuencia, la voluntad de paz no nos viene de la condición femenina, de ser mujeres, sino del tronco común de las ideas políticas que mantenemos. Queremos paz y no violencia como feministas. Ignoro si las mujeres, todas y cada una, son pacíficas. Pero sé que el feminismo sí es pacifista. El pacifismo de las feministas viene marcado por la idea completa de cómo tiene que ser y comportarse una sociedad política y no de cómo tiene que ser y comportarse una mujer. Y, a semejanza de esta, hay más precisiones del mismo calado.

Muchas veces hablar de mujeres no nos compromete porque solo se hace retóricamente. Mi preocupación es que acabemos confundiendo los eslóganes con los análisis. Estratégicamente, «mujeres» ha sustituido a «feminismo» en bastantes ocasiones. Aún es peor cuando «género» sustituye a «mujeres». Estos usos tienen que ver con la todavía cercana invisibilización del término «feminismo», hasta hace bien poco demasiado cargado de inquina. Pero es hora de no disfrazarlo: atrevámonos a tomar el nombre realmente de aquella filosofía política, aquel humanismo, que más ha contribuido a mejorar las condiciones de vida de varones y mujeres en los últimos dos siglos.

¿Qué traemos de nuevo las mujeres? Autoconciencia. El feminismo es el que trae libertades. La autoconciencia nos ayuda a imaginar el poder ser un sujeto histórico y político. Así como sus consecuencias. El feminismo no es solamente la conciencia de la opresión común, sino, sobre todo, el saber de la posible acción común. Sus objetivos vienen tratados en clave de teoría política. Pacifistas fueron las grandes creadoras de la Sociedad de Naciones, como es el caso de Eleanor Roosevelt, que consiguió que se aprobara la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Se nos roba demasiado pasado. Volvamos a por él, porque es nuestro. Pero, además de por motivos de origen y de ideas políticas compartidas, el feminismo es

pacifista por pura utilidad. Las mujeres no ganamos casi nunca nada con la violencia, porque se ejerce sobre nosotras y contra nosotras. Las mujeres no ganamos nada con la guerra, porque lo que hayamos tenido se nos quita de las manos. Una mujer en un territorio en guerra, en una sociedad que no consiga controlar la vía pública, que padezca frecuentes atentados... ¿qué ha ganado respecto de la situación anterior aunque esta fuera de falta de libertades? No entro en cómo empieza esa guerra o si tiene justificación, lo tomo como viene, *in medias res:* esa mujer que antes podía, mal que mal, salir, trabajar, traer un dinero a su casa, ir construyendo un espacio propio... ahora tiene que dedicarse a buscar dónde hay harina, quién la vende y a cuánto para poder hacer un pan, porque esa eticidad nadie se la va a ahorrar, bien al contrario, será la que se instale. Tiene que regresar y retirarse al último bastión del sexo femenino. Tiene que recluirse, si es afortunada, en la domesticidad más cerrada, porque solo allí puede moverse sin miedo. No puede salir a una calle donde ya no impera ninguna ley. Está inerme. Si salir por la noche sola en una ciudad pacífica no es una cosa que apetezca —será quizás por falta de talante nocturno—, imaginemos tener que hacerlo en un territorio donde no existe ninguna seguridad.

La paz es nuestra aliada, aliada de nuestras libertades, el único aire que podemos respirar, y cuando no la hay, lo pagamos. Por eso la paz nos importa, y por eso también el feminismo es pacifista, por pura utilidad. Ejercer nuestra ciudadanía como pacifistas es una manera lógica de ejercer la ciudadanía. Otro es el asunto de la retórica de presentación. La ética se ampara casi siempre en una estética más o menos autoconsciente.

Ética y estética

Podemos a veces interpretar las antiguas figuras en el momento de la interposición. Recuerdo a una gran activista pacifista que lo tenía perfectamente estudiado. Con su pelo blanco y su edad provecta, adquiría un aire venerable que utilizaba astutamente. En vez de gritar consignas, se acercaba

todo lo que podía al grupo oponente, fuera la policía, los militares... Los tocaba. «Yo podría ser tu madre, tu abuela, ¿cómo me vas a atacar?». No era una sabina; pero ocupaba específicamente la figura antigua. Es esa una picardía moral, sabia, pero picardía al fin. Una estética de presentación de una voluntad política que no se rige, sin embargo, por los arcaicos moldes. Si acaso los usa. Si podemos y queremos construir paces, no es por mujerismo, sino por feminismo. Queremos una sociedad en que podamos vivir cómodamente y desarrollar nuestra libertad; queremos la paz y nuestros derechos, porque tenemos voluntad de ciudadanía. Repito que se han hecho tantas paces como guerras, aunque las guerras hayan empezado primero.

En las paces siempre hay que renunciar a algo. Siempre hay que enterrar a los muertos. Algo se ha perdido que es irrecuperable. La paz se hace siempre con un coste. No hay paz gratis. No hay ninguna paz gratuita, ninguna de las que han existido. Las mujeres se tragan las lágrimas. Si insisten en llorar demasiado a los suyos, no están facilitando la paz. En el orden de la paz se nos exige más, porque se nos exige perdonar más; nosotras, al fin y al cabo, no hemos hecho la guerra, pero tenemos que perdonar a quienes nos la hicieron. No pueden las mujeres ni vengarse ni insistir en la memoria. Hecha la paz, las plañideras, con sus negras vestes, salen de escena. También saldrán las escasas guerreras que creían haber escapado del orden antiguo. Las milicianas, en nuestro terrible conflicto civil, encontraban el placer de portar armas por fin, cuando nunca habían podido llevar más que toallas. Habían, creían ellas, cerrado el mundo de la sábana. «Yo no soy la que entierra, soy la que mata; yo no soy la Pietà que atiende, como la Virgen María, al hijo asesinado; soy Palas Atenea, mato también».

Siempre que se escapa a un orden, se produce a la par un fantasma igualitario. Hay una tergiversada idea de igualdad, al fin y al cabo, en las rebeldías. Un cierto derecho al mal, que nos tiene que hacer rechazar también la idea complaciente de que las mujeres poseemos una naturaleza pacífica espontánea: unas la tendrán y otras no. La cruda realidad es otra. Hay un

tipo de rebeldía femenina que ama el conflicto y reclama las armas. Va en temperamentos. Lo que nos traemos entre manos, nuestra ciudadanía, es tan reciente, nuestro recorrido es todavía tan pequeño, que tenemos que ir aprendiendo mientras caminamos.

---

[49] El nombre con el que el grupo se autodesigna puede querer decir «ser humano», lo que implica que los otros no lo son.

[50] María Zambrano ha glosado también esto en *La tumba de Antígona,* Madrid, Cátedra, 2012.

[51] Algo que Pinker, a pesar del obvio interés de sus análisis, no hace por una especie de desagrado intrínseco. *The better angels of our nature,* Londres, Penguin, 2012.

CAPÍTULO 12

Entrando en la senda de la autoconciencia

Si en el feminismo siempre encontramos una teoría explicativa, una agenda, una vanguardia interesada, y hemos además de dar cuenta de los precipitados de novedad que no estaban previstos y, sin embargo, se producen como consecuencia de sus victorias, conviene encontrar una imagen que nos lo haga patente. Mi amiga Carmen Olmedo comparó cierta vez al movimiento feminista con un ejército en marcha. En él se adelantaba una vanguardia, había una enorme parte media y, por último, una retaguardia bastante numerosa. La imaginación ordena lo que en el conjunto social está atomizado. Más que en un ejército, yo suelo representarme en una multitud. Ciertamente existe una vanguardia, pero la parte de la que depende la fortaleza del movimiento es su tramo central. No son personas que normalmente se ocupen de los debates o de la agenda, sino interesadas en su propio cambio de posiciones y en retener lo obtenido. La parte del fondo la veo ocupada por quienes padecen más que otra cosa las peores consecuencias del orden patriarcal y tienen poca capacidad de enfrentarlas. En todo caso, no pasa de ser una imagen.

LAS MUJERES Y LA SABIA CIVILIDAD

Siendo las mujeres sexo segundo en todas partes, como vino aconteciendo, la verdad es que Occidente presenta peculiaridades. A grandes rasgos se puede afirmar que las sociedades conocidas, urbanas, todas ellas patriarcales, se dividen entre sociedades de libre tránsito y sociedades de encierro femenino. Entiéndaseme que cuando hablamos de encierro señalamos a las mujeres de las clases más altas. Las mujeres del común, las obligadas a trabajar con sus manos, las esclavas agrícolas, las sirvientas de bajos menesteres, esas siempre han tenido que exponerse al sol.

Grecia, la Grecia clásica, fue una sociedad de encierro. También Roma o Bizancio. Ahora lo son buena parte de las sociedades musulmanas. Pero, en la Baja Edad Media, Europa inició un camino distinto. Lo conocemos con el nombre de amor cortés. Es el punto responsable de que las mujeres seamos garantes de la introducción de las buenas formas. Si Occidente se volvió una cultura distinta fue porque, frente a otras que no permiten comparecer a las mujeres en el espacio público, desde el siglo XII y en el XIII, en paralelo con el *ars nova* y con una nueva manera de enfocar la vida y el arte[52], las mujeres adquirieron visibilidad. Alcanzaron, no todas obviamente, una también nueva calidad, que fue la de dadoras de cortesía. Les fue atribuida esa función y ese saber.

A las mujeres correspondía, precisamente, dulcificar a sociedades profundamente masculinas, viriles, guerreras, bárbaras, y convertirlas en sociedades corteses y civiles, esto con su mera presencia. Lo cual exigía de ellas, de algunas de entre ellas de nuevo, primero el conocimiento de las buenas formas, después creatividad respecto de lo que podía ser admitido y por último una especie de educción sistemática de elegancia: en los modales, en los contenidos, en lo que se podía decir y en lo que no. Las mujeres, todas, hemos heredado esa vieja normativa; en ella no solo tenemos que dar de comer, que es lo que un ama de casa hace, ni dar de dormir, ni limpiar, ni acomodar, ni dar sexo... No, también tenemos que dar de estimar, dar de apreciar, tenemos que dar cortesía. Allá donde haya una mujer se supone que las maneras, servidoras de la paz, están aseguradas. ¿Repara alguien en lo extraño que es? En el sitio más remoto, en el lugar más extravagante del mundo, suponemos que una mujer tiene que dar paz y seguridad a cualquiera que aparezca. Tiene que poner en el centro de la convivencia su capacidad de limar las situaciones; ella tiene que poner un punto de humanidad al que un varón no está obligado. Tiene que poner los modales y los sentimientos. Y esta obligación la hemos heredado todas. Las mujeres son el sexo que agrada y lima las asperezas, facilita las relaciones, dispone el territorio común.

O lo disponía. Las mujeres fueron largo tiempo las dueñas

de la cortesía, pero tuvieron competidores. Volvamos a Grecia: los embajadores, los eufemios, son los que saben pronunciar las buenas palabras. Grecia es una sociedad de encierro femenino, por lo que no usará a las mujeres para la cortesía, sino a varones especializados. Como tal sociedad de encierro, eso sí, posibilitará la existencia de cortesanas célebres, que serán las únicas mujeres admitidas en los espacios viriles de recreo. Los eufemios tienen para su cometido entrenamiento y cualidades. Lo mismo las hetairas. ¿Cuánto duraron las mujeres como mediadoras de la cortesía? Desde cierto punto de vista, desde la Baja Edad Media no han dejado de serlo[53]. Pero es verdad que sin esa especie de primacía completa. Compiten ahora con las buenas formas universalmente requeridas en una sociedad no formalmente violenta. Las sociedades occidentales, que saben perfectamente hacer la guerra, no se consideran a sí mismas sociedades guerreras ni comparten sus valores; tampoco la división del espacio simbólico estricta entre poder y agrado.

Saber, ornato y competencia

Casi todo el mundo tiene que poseer un cierto entrenamiento de agrado. Las formas son imprescindibles[54]. Por tanto, sin que a las mujeres se les haya retirado la obligación, hay gente a la que se supone mejor preparada en ellas. En realidad esto ocurrió con todos los saberes otrora vinculados al grupo de poder: que todos se diversificaron y comenzaron a adquirirse fuera de salones inaccesibles. Las mujeres, las señoras, desempeñaron un papel extraordinario hasta bien entrado el Siglo de las Luces en la transmisión y educación del gusto. Luego lo perdieron. Durante el tiempo en que los eruditos podían ser al tiempo sabios y gañanes, el otro saber, el saber de la oportunidad, les perteneció. Pero lo perdieron prestamente cuando varió completamente el modo de validarlo. Ello implica que hace un tiempo que las mujeres dejaron de dar la forma del agrado pertinente. Ya no les pertenecen los ritos de la cortesía, que son dados en otra parte con mayor calidad. Este es el tiempo en que, justamente, la

universidad se constituye como universidad burguesa, capaz de dar mérito a quien la ocupa, de señalar calidades, de pulir. Pondré un ejemplo. Somos capaces de reconocer a quienes han pasado por las altas instituciones educativas y lo hacemos solo con que profieran dos frases. Pues bien, las mujeres fueron desposeídas de su capacidad para hacer cemento social, civilidad, cortesía y saber justo en el momento en que la universidad burguesa alcanzó su acmé. Los salones, las grandes damas, dejaron de ser árbitros al final del Antiguo Régimen. Las mujeres fueron enviadas, después de la Revolución Francesa, a vivir en el seno de lo doméstico. La cortesía común quedó convertida en ciudadanía, en civilidad varonil, donde las mujeres solo ponían el entretenimiento, pero no el terreno de juego.

Costó a las mujeres acceder a ese reducto nuevo. Al final, formalmente, se posee, tanto que la mayor parte del alumnado universitario está compuesta por mujeres. Pero... ese saber formal, avalado por títulos, no era el espacio que se había perdido. El nuevo saber nos hizo antipáticas. El saber en las mujeres es algo paradójico y, desde luego, complicado. Si no lo tienen... mal. Si lo tienen... mal. Han de dejarse enseñar, además, aunque lo tengan. El saber libresco es malo sobremanera. Lo que ellas han de atesorar es el saber del trato, de la dulzura, el saber de la palabra oportuna, pero no el saber propiamente dicho. Recordemos aquello de don Francisco de Quevedo, ingenio realmente agudo y torcido, que decía declinar amores con mujer leída porque prefería acostarse con un tomo de Aristóteles. Para iguales no servían las mujeres, ni antes ni después.

El saber no les sienta bien. Sin embargo, y frente a esa opinión tan dura, ¡cuántas mujeres pintadas, retratadas durante los siglos XV y XVI, con un libro en las manos! Ahora bien, un libro de rezos. En cuanto los libros se llenaron de otras cosas, pongamos de las especulaciones de Copérnico, de los principios de Newton, entonces desentonaron; dejaron de pintarse. Desaparecieron de las manos de las mujeres. Y sin embargo fue el momento en que ellas los tomaron de verdad. Pese a que se nos haya vendido una narración contraria, somos

las mujeres coautoras de buena parte del saber que es admitido como tal en el momento presente. No ha habido ninguno, tampoco ninguna técnica, de la cual las mujeres hayan estado ausentes en estos últimos tres siglos. Haber borrado su rastro forma parte de una maniobra interesada.

La caracterización del saber como una privilegiada esfera masculina, o como cosa que solo los varones pueden hacer, es una venta interesada y no cierta. Allá donde busquemos, donde iluminemos, encontraremos mujeres que, con fuertes prejuicios en contra, lograron gran dominio de sus respectivas disciplinas, fueran estas la astronomía, la física, las matemáticas, las bellas artes, la literatura o las humanidades. Es un deber de justicia poner la luz sobre sus nombres, porque son sistemáticamente borradas. Quien te hurta la memoria te está quitando fundamento de acción. Pero anoto esto: el saber solo tiene interés en las democracias. En un sistema que no lo es, en una sociedad tradicional no abierta, es por lo general un rito consolidado y, en ese caso, perfectamente cerrado. Algo que solo algunos dan y solo algunos reciben y que sirve exclusivamente para reproducir el esquema corriente del poder. Porque no existe ningún poder —o muy bárbaro ha de ser— que con el saber no haya hecho algún ajuste. Sociedades han existido que lo tienen en poco y otras que, aparentemente, lo veneran. Las culturas guerreras o los despotismos lo suelen despreciar. El mandarinato lo usó como un rito cerrado.

Se le ha llamado saber a muy diferentes cosas. El saber que, por ejemplo, se reparte en Qom sin duda puede servir de ejemplo. Qom es una ciudad iraní en la que estudian los clérigos. Hay unos ochenta mil residentes estudiantes. Se aprende el Corán, los hadices, los comentarios de ambos cuerpos doctrinales, siempre que resulten especialmente ortodoxos. Es un aprendizaje en el que memorizar tiene mucha importancia. Con tales saberes y cierta veste oscura, bonita y transparente, que se coloca sobre otra más clara, los agraciados pueden llevar adelante una vida útil, que en Irán les conduce a las más altas esferas de la política. Las teologías sirven para gobernar. No muy diferente era lo que se entendía por saber en el siglo XI, en el siglo XII, en nuestra tradición europea. El saber

siempre tiene su extraña relación con el poder, difícil de desentrañar en cada caso, pero ahí presente: se osifica como un rito o pide más señas para conferir lo mismo: acceso. En las sociedades tradicionales puede estar fosilizado y nadie lo denunciará. Seguirá sirviendo.

Una o un escolar actual, corriente, que acaba su formación de grado medio a los dieciocho años les da varias vueltas a cualquiera de los sabios medievales... o incluso renacentistas[55]. Por los contenidos de saber que ha tenido que ir acumulando y por los años de estudio, está por encima de aquellas marcas. Este es un camino sin final: nuestra formación va en aumento década tras década, porque las instituciones educativas imponen un currículo con cada vez más, no menos, como, sin embargo, reza el tópico. La universidad además se ha vuelto el único lugar contrastado y autorizado para proveer de saber. El camino del saber, pese a sus evidentes beneficios, no fue de rosas para las mujeres. Apropiarse de un saber que se consideraba inapropiado en ellas les llevó especiales cuidados y obligaciones, por ejemplo la soltería. Fueron autorizadas para el saber de una manera frágil y bastante cruel, exigiéndoles a las escasas mujeres sabias la soledad o forjarse un carácter de hierro. No lo recibieron además con la perfecta investidura, por usar una expresión de Amorós[56]. Pero, con todo y con eso, funcionó.

Saber y ciudadanía

De lo poco sobre lo que hay certeza en estos temas es que no hay patriarcalismo tradicional que aguante cuando todas las niñas estudian el bachillerato. Si en un país todas las niñas llegan a tener formación media, suceden tres cosas: la natalidad desciende, la democracia empieza a ser un sistema apreciado y las mujeres quieren tener una cosa que se llama vida.

Cuando el saber empezó a conferir ciudadanía, las mujeres fuimos formalmente expulsadas de él. Pero, aunque no sea de modo autoconsciente, hemos ganado ese espacio. No hay tiranía viril que aguante cuando esa frontera se toma. Aquí

llamamos a ese fenómeno «machismo» y sabemos que mata, empobrece y atonta, por este orden. Pero decae con la apropiación femenina del saber. Decae aunque se encrespe. Tampoco hay que menospreciar su talante resistencial. En estos momentos el patriarcado se resiste a la paridad, y el machismo, una derivación pública y combativa, a cualquier cosa. Al observarlo caemos en la cuenta de que la agenda feminista está incompleta si solo reclama educación en los tramos bajos.

En cualquier agenda feminista está la educación de las niñas. Ahora bien, la educación de las niñas siempre tiene que ir con la exigencia de que las mujeres ostenten paritariamente el saber. Porque si las niñas están educadas, pero solo nos dejan estar educadas mientras somos niñas, y se nos vuelve a cargar con la ley del agrado, entonces no tenemos el registro completo de los ritos. Se produce una investidura incompleta. El movimiento feminista no es una especie de latigazo de la voluntad que quiere algo porque simplemente busca la mitad de todo. El feminismo es la estructura de la autoconciencia de las mujeres como sujeto político, capaz de verse como quien provoca cambios importantes en el mundo. La libertad de las mujeres es la mayor fuerza de innovación que conocemos. El feminismo es un saber, no únicamente una voluntad; es ahora autoconciencia.

Ahora apreciamos que si logramos paridad, pero la imagen del sexo femenino no cambia —y es la del sexo segundo—, se nos estará concediendo amablemente un regalo. Y ese no es el caso. Lo que tenemos, tenemos que hacerlo nuestro. En nada nos puede favorecer la imagen de que se nos da de gracia, porque sea la bondad del dador tan grande y tanto le sobre, ni aunque nos diera la mitad. Ni siquiera si ese dador fuera la democracia misma. Reconózcase, ajustando a la verdad el canon, que no nos es un territorio desconocido al que acabemos justamente de llegar. En el saber del pasado estuvimos —si no hay antepasadas se nos pone a todas en primera línea— y en el del presente estamos, aunque no se nos reconozca con justicia todavía.

Dicen, porque se oye demasiado, que el futuro es nuestro. No lo creamos; de nuevo, será nuestro solo aquello sobre lo

que tengamos justos títulos. El saber avala, como mérito universal, la legitimidad en una democracia. Por eso es importante que en la agenda feminista nos preocupemos de los tramos elementales de la educación, de los tramos medios, de los tramos que cubren las niñas y las jóvenes, pero también, con máximo interés, de las élites del saber. Mientras no sean nuestras por lo menos en la mitad, no tendremos todo lo necesario. Lo que ahora tenemos es la patente injusticia no solo de la escasa participación política, de la ínfima presencia en el poder, en todos los espacios relevantes del poder, sino de lo que le confiere legitimidad a la participación. Para que esa justicia sea admitida por todos lo tenemos que volver legítimo. Al señalar la paridad en el saber, la opinión, la cultura, la memoria, el conglomerado económico y empresarial, la decisión política, el ejército, la religión y hasta el deporte de masas, el feminismo apunta objetivos con la perspectiva adecuada.

La fabricación de diferencia: máscaras y hormas

El derecho al mal[57] es una expresión que fue introducida en el feminismo filosófico español en los ochenta. Lo confieso: era mía. Tuvo su fortuna, generó polémica y también malentendidos. Tiene buena explicación en sus circunstancias de génesis: teníamos cuarenta años menos, mucho programa por cumplir y nuestros homólogos se obstinaban en predicar sobre algo que llamaban «la mujer» —con la que parecían tener cierta obsesión—, a la vez que nos ninguneaban del modo más solemne. Por si fuera poco, si decidían interpelarnos era tan solo para que les viniéramos en humilde caravanilla llevando en las manos nuestros anhelos de utopía. Traducido: que si no pensábamos cambiar el mundo de arriba abajo y más o menos en seis meses, no pensaban ellos en concedernos derecho a la existencia, teórica ni práctica. Así las cosas, la gente se acaba cabreando, y a mí me pasó; pero no me pesa, porque varias grandes y dulces verdades han llegado al pensamiento por obra de un reverberante cabreo. Enfadarse no es malo; depende de con qué o con quién te enfades.

Derecho al mal significa, llanamente, no un derecho absoluto, sino circunscrito a ciertas situaciones: aquellas en las que se exige de un colectivo que cumpla una norma superior al estándar o que cultive una excelencia si quiere pasar a ser simplemente normal. Pues bien, eso es una trampa. Y en los ochenta únicamente lo subrayé. En honor de la universalidad, y el juicio moral la posee, basta con ser como todo el mundo. Así que, incluso si eras una mujer, te tenían que ser de aplicación las normas «normales», no otras sublimes que solo tú tuvieras que cumplir. Y menos aún que se te exigiera llevar en agenda lo que nadie hacía, «cambiar por completo el mundo», «transformar la naturaleza del poder» y cosas igual de sencillas. Y todavía menos, perdóneseme la anáfora, dar pormenorizadas explicaciones de todo ello al autoinstituido comité de expertos en nuevos pensamientos dignos de comparecer a la luz del sol.

En el mundo de la vida las mujeres se ven obligadas, les guste o no, a hacer de mujeres. Y en la escena, en los relatos, que presentan y representan ese mundo, las mujeres se ven en la tesitura de hacer de mujeres que hacen de mujeres. Difícilmente una actriz hace un Edipo, un Enrique V, un Lear, aunque Sarah Bernhardt se atrevió con algunos de ellos. Semejante transgresión avinagra a los críticos, incluso a los mismos que no tienen inconveniente en ver representadas por varones a Medeas y Bernardas Albas. Que el sexo femenino encarne las figuras que le han sido escritas y prescritas y que por medio de ellas se signifique. Compasión y honor para los tristes destinos de las castas doncellas, las madres abnegadas y las esposas desdichadas. Castigo para las impuras, las adúlteras y las rebeldes. Fin. Las actrices dejan de hacer de figuras femeninas, pueden cambiarse el atuendo y limitarse a ser seres humanos que hacen de mujeres cotidianamente, hasta el punto de que han perdido la conciencia de portar una máscara. Lo hacen ellas y lo hacen todas las mujeres. La feminidad es una máscara. Estéticamente lo revela lo sencillo que le resulta a un varón travestirse, mientras que la inversa casi no existe. Porque lo femenino consiste en poner, lo que siempre es posible, y lo masculino en quitar. Prótesis, pestañas, labios,

tacones y aparecerá la máscara de lo femenino. Un cuerpo humano no significado por todo ello se percibirá como anodino, epiceno, masculinizado.

La máscara no se limita al exterior. Cada mujer tiene que encarnar también una horma interna compuesta de decenas de ataduras, de deberes especiales. Si rompe alguno de ellos, será castigada. La máscara la compromete con el deber de la belleza, y la horma, con el del agrado. Lo femenino ha de presentarse como inmanencia, mientras que lo masculino aparece como producto de una voluntad operativa. Ellos son, ellas están. Cualquier atisbo de voluntad propia que no tenga el agrado como teleología será en una mujer juzgado como impropio. No es por lo tanto que exista, solamente y como bien sabemos, una doble moral en los asuntos estrictamente sexuales, sino que esa doble moral cubre mucho más espacio en las mentes y las vidas: cada cosa que hace, dice o piensa una mujer será entendida no como si viniera de un ser humano en general y fuera adecuada o no a lo que un ser humano es, sino como viniendo de una mujer y por su capacidad de ajustarse a lo que se mantiene que una mujer es y debe ser.

En una mujer pueden ser indeseables acciones y rasgos de carácter que en un varón son indiferentes o incluso buenos. La dinámica de la horma parece ser en ocasiones contraria a la de la máscara: si aquella consistía en poner, esta correlata con el quitar. Si a un ser humano le quitas la valentía, la capacidad de decidir rápidamente, la inteligencia, la firmeza hasta la obcecación, la capacidad de imaginar su futuro, el individualismo para luchar por él y conseguirlo, etc., puede que lo que quede sea un ser humano deficiente, pero coincidirá bastante bien con el estereotipo de una mujer encantadora.

De nuevo derecho al mal

Hace tres siglos se comenzó a pensar que esta constante fabricación de diferencia entre los sexos podría ser injusta. Entonces se emprendió un camino de transvaloración, de subversión de los valores recibidos, que ahora estamos empezando a ver con nitidez. El feminismo exigió una de las

formas morales de la igualdad: la imparcialidad. Que las mismas cosas fueran juzgadas del mismo modo con independencia del sexo que las pusiera por pensamiento, palabra u obra. La imparcialidad es insuficiente para la verdadera justicia, pero es un buen principio. Significa también tener que juzgar con la misma medida, poseer una regla universal. Semejante objetivo está todavía lejos de lograrse y, sin embargo, ya ha producido bastantes efectos. Parte de la normativa diferencial heredada, la parte más adventicia ciertamente, se está deshaciendo. El proceso de transvaloración avanza de modo imparable. A lo largo de él, el feminismo se transforma también en una hermenéutica que pone bajo nuestros ojos el conjunto completo de las tradiciones heredadas y sus figuras para someterlas a revisión y crítica. De este modo también las figuras femeninas antinormativas del pasado, las castigadas, comienzan a apreciarse bajo una luz distinta. Hacer su relectura es un paso obligado en el proceso de cambio de valores. Animo a analizar la rebeldía en una clave distinta. No solo hay que desmontar el discurso androcéntrico, que enunciarlo es fácil, sino que hay que despiezar en qué consiste. Y volver a poner los ojos sobre las malvadas puede ayudarnos bastante. Bajo esas figuras subyace toda una trama de normas maravillosa de estudiar. Un auténtico palimpsesto en que separar los acúmulos de la tradición moral heredada y sus sesgos de género. Un sustrato de *Sittlichkeit* que puede todavía ayudarnos bastante no solo como arqueología moral, sino como seres que tienen por oficio entender el mundo presente.

Como precipitado lateral de las victorias sufragistas se produjo en Occidente un enorme cambio de moda que varió la presentación de la feminidad y del yo femenino. Pues bien, en el mismo género de consecuencias colaterales habrá que incluir las proliferaciones y las diversificaciones intensivas del posmodernismo. Poner o quitar rasgos, travestirlos, mezclarlos, componerlos, llevar al sexo lo que sea género, su contraria, fabricar identidades, parodiarlas... todas esas actividades, mucho más pensadas que realizadas, quieren entrar en la agenda de presentación. Porque se debe saber que antes de

lanzarse a por los objetivos explícitos de agenda, toda una generación se lanzó a las transgresiones. Aunque no en los hechos, sino solo imaginativa y fantasmáticamente.

¿Incluye el derecho al mal el derecho a equivocarse? Creo que no. El derecho al mal es un *ex post facto,* no un *ante facto*. Es una respuesta a una petición excesiva cargada de soberbia y mala voluntad. Pero, aunque no lo incluya, la equivocación, el error, incluso la estupidez tienen que ser previstos. Una de las peores sorpresas sufragistas fue contemplar cómo sus hijas, las primeras herederas de sus victorias, las utilizaban para restaurar el edificio del privilegio masculino. La mística de la feminidad fue cosa de la generación que siguió a las vanguardias que consiguieron el voto. La primera generación de mujeres que, a finales del siglo XX, se educó en paridad no solo sufrió deflación de expectativas y la consiguiente cólera, sino que fue perfectamente distraída por señuelos de rebeldía.

En el mundo de la dinámica del poder entre los sexos los cursos de acción cambian con lentitud. El masculino se ha vuelto bastante inerte y resistencial. Quiere todo lo que tenía, sin renunciar a un ápice de lo que cree que se le debe: respeto, espacios propios, consideraciones, putas, pornografía, poder, asentimiento... todo, lo compatible y lo que no. Un mundo en que quepan dos, el anterior y el nuevo, con espejo penetrable para que se pueda habitar y pasar de uno a otro sin problemas. Los prejuicios se mantenían en sus sedes, las dinámicas de poder casi no habían cambiado, las cifras se empeñaban en mostrar que lo conseguido era poco y, sin embargo, la escasa rebelión elegía sus objetivos en el territorio simbólico y sentimental. Bajo el «espejismo de la igualdad», acomodado en la idea perfectamente falsa de que todo estaba conseguido y la igualdad era esto, comenzaron a proliferar y reproducirse efectos laterales no previstos. La economía sentimental de los sexos no tuvo otra opción que resentirse, puesto que evidentemente la sacudida sesentayochista había sido grande, pero la recuperación venía llena de sorpresas.

EL FEMINISMO Y SU AGENDA SOBREVENIDA

Una de las cosas que siempre me han llamado más la atención en mis estudios de Historia de las Ideas es la enorme estabilidad de la agenda feminista. Esa estabilidad se corresponde también con la estabilidad de sus argumentaciones. A veces leyendo a Wollstonecraft se tiene la impresión de estar en el puro presente, no en el Siglo de las Luces. Y eso es tan extraño, habida cuenta de la variabilidad y hasta la volubilidad de otras tradiciones políticas, que sorprende e incluso inquieta.

Cada inflexión histórica del feminismo ha venido acompañada de una agenda específica. Y la agenda ha definido aquellos temas de los que la vanguardia feminista debía ocuparse. Los conocemos bien. La agenda ilustrada comenzó con poner el mismo tema, la sujeción y minusvaloración, a la luz, siguió con la toma de estado por inclinación, el entendimiento contractual del matrimonio y la equidad en la herencia. La agenda sufragista, la más fuerte y decisiva, se fijó en los derechos educativos, civiles y políticos, más la enorme adenda del abolicionismo. La agenda contemporánea incluye la plenitud de los derechos individuales y, desde que los conteos de presencia femenina en ámbitos de poder comenzaron en los ochenta, la paridad. Esas son agendas, por así decir, invariantes y esperables en el devenir metódico de la teoría y la acción públicas.

Ahora bien, la agenda no se produce en un medio que no posea circunstancias propias. Actualmente el feminismo en Occidente lidia con un par de agendas sobrevenidas que se suman a la principal. El intenso y acelerado proceso de globalización, que ha producido ya dos guerras mundiales y una paz vigilada durante el último siglo, ha empujado al feminismo más allá de su internacionalismo inicial. El sufragismo fue un movimiento y una vanguardia internacionales que ocuparon ambos lados del Atlántico con frecuentes relaciones. Pero su internacionalismo, más allá de los confines de la eficacia colonial de Occidente, fue escaso, si bien diversos congresos importantes lo intentaron. El de Roma por ejemplo. Superándolo, el feminismo contemporáneo contó con las declaraciones de las propias Naciones Unidas y con la

estructura de las conferencias internacionales desde 1975. Con todo, el internacionalismo compromete a poco. Como mucho, supone la solidaridad con las personas que están trabajando sobre el terreno para cambiar sus condiciones de vida. Solidaridad que puede ser más moral que eficaz. Solo la capacidad migratoria de los grupos humanos contemporáneos nos pone ante la agenda sobrevenida.

Si sabemos que determinado grupo sigue con prácticas de la primera agenda, esto sin duda puede parecernos desdichado, pero no compromete la claridad de la acción ni las prioridades. Pero si miembros de ese grupo se instalan en nuestras propias sociedades, sin duda la cosa cambia, y bastante. Por esta circunstancia, aliada con el surgimiento de políticas identitarias, el debate del multiculturalismo ha venido ocupando al feminismo desde hace tres décadas. Este debate y sus consecuencias normativas forman parte de la agenda sobrevenida en todo Occidente. Y lo que queda todavía. Aclaro que la agenda sobrevenida ha tenido ocurrencia a lo largo de los más de tres siglos de acción feminista. Pero ahora me interesa señalar la que está presente en este momento. Agenda sobrevenida siempre hay, pero lo importante es que no ofusque la pertinencia de la agenda principal. Como llevo dicho, el multiculturalismo y sus derivados actuales son una.

No es la única. Dos debates se le han unido más recientemente. Se trata de la prostitución voluntaria y los vientres de alquiler altruistas. Respecto del primero, hay que decir que proviene directamente del debate sobre la pornografía habido en los años setenta del XX, cuando la demanda de libertad sexual por parte de las mujeres feministas rompió el sobreentendido puritano que regía la dinámica de la obtención de derechos. Al atacar la base de las pretensiones patriarcales de decencia femenina, las mujeres se negaron a los viejos estándares y, en consecuencia, todas las actividades sexuales se vieron bajo otra luz. Obviamente el patriarcado supo reinterpretar ese movimiento a su favor: desde el inicio intentó incluir la vieja maquinaria pornográfica y prostitucional dentro del orden de la libertad, con los resultados que conocemos.

Y otro tanto sucede con la maternidad. Adquiridos por fin los derechos de filiación, custodia y patria potestad, ser madre se convirtió en algo diferente; y cuando a ello se añadió la libre elección, en algo radicalmente diferente. Sin embargo, en el momento presente se pretende comprar y alquilar los cuerpos de las mujeres para que unos terceros tengan hijos, criaturas que a ellas no les pertenezcan. Naturalmente la sacrosanta palabra «libertad» va a ser de nuevo asociada a esta práctica inmemorial de dominio. Los hijos e hijas siempre han sido del padre o del amo. O un estigma si de ellos carecían. Ahora pueden ser un mercado fluido de deseos o caprichos. Basta con incentivar la indocumentada confianza en el genotipo. Asistiremos a una nueva agenda sobrevenida que, por muy molesta que resulte, no puede ser abandonada. Los vientres de alquiler han de ser explicados y combatidos.

La bandera del feminismo es pesada. Se enfrenta desde el principio a un sistema de minoración, humillación y venta que funciona razonablemente. Que produce privilegios, y por lo tanto apoyo, en casi la mitad de la humanidad. Que cursa necesariamente con violencia porque nunca ha tenido todo el asentimiento que tanta falta de equidad requiere. La violencia es el huracán que infla sus velas. Deflactar esa violencia, hacerla desaparecer, es por lo tanto una condición *sine qua non* del cumplimiento completo de la agenda. No parece que vaya a ser fácil ni que suceda espontáneamente de hoy para mañana. De ahí la constante necesidad de políticas feministas. Instalan a la humanidad frente a su propio objetivo humano. La obligan a trascenderse e inventarse como tal. La mantienen en pie. Nunca por lo tanto dejarán de ser necesarias, porque la libertad y la igualdad no pertenecen al orden espontáneo de las cosas.

---

[52] El *dolce stil nuovo* lo llamaron los primeros prerrenacentistas italianos a ese envoltorio.

[53] El extraño caso de N. Elias, que no cita la cortesía femenil como ni siquiera coadyuvante en toda su magna y magnífica obra *El proceso de civilización,* Madrid, FCE, 2011.

[54] De ahí el enorme interés en las maneras de mesa de N. Elias en su obra citada.

[55] Sabios contrastados mediante títulos, no considerados genios, que esa es otra cosa.

[56] Amorós se refiere a conferir un espacio o una capacidad pero sin los gajes que ello normalmente comporta.

[57] En 1980 presenté en el Congreso de Filósofos Jóvenes, que se celebraba en aquella ocasión en Murcia, una comunicación, breve e intensa, con ese inquietante título; más tarde fue recogida en *El Viejo Topo* y todavía más tarde apareció como apéndice en mi libro *Sexo y filosofía.* Este texto no pretende ser una revisión ni tampoco una nueva versión; modestamente, solo es un paralelo, o quizá meramente una deriva.

CAPÍTULO 13

Fintas laterales: multiculturalidad

Las vanguardias de las tres grandes olas feministas han sido notablemente diferentes entre sí, sobre todo numérica y extensionalmente. El feminismo ilustrado, ya se apuntó, produjo y afectó a una pequeña élite intelectual en un tiempo en que, a pesar de ser el primero de universal cultura, la mayor parte de la población mantenía sus vidas fuera de los debates cultos. Ya no fue ese el caso del feminismo sufragista. Prácticamente la totalidad de las mujeres que habían conseguido beneficios educativos o entrada sindical en los nuevos modos productivos formó la vanguardia, extensa y combativa, de la segunda ola. De otra parte su capacidad difusiva aumentó de manera exponencial. Resultó casi imposible mantenerse al margen de los vaivenes de la agenda o de los debates. Eran evidentes. El feminismo contemporáneo, esta tercera ola que vivimos, sin duda es la que tiene la vanguardia más extensa hasta ahora conocida. Y también en ella los asuntos laterales son más significativos. Seleccionaré al menos cuatro frentes abiertos de debate que merecen atención.

Son: multiculturalidad, género, pornopoder y vientres de alquiler.

LA MULTICULTURALIDAD

Europa tiene un mar al sur, o en medio, según se mire. Su nombre dice que en medio, Medi-terráneo, pero esto ha sufrido bastante avatares en los últimos dos milenios. A escala planetaria nuestro mar es uno no muy grande que conecta y separa a Europa de África. Uno al que la gente debió echarse muy pronto sobre unas tablas y con éxito. Vivimos en un planeta migrante. Los seres humanos han migrado siempre. Este Mediterráneo, por todas sus orillas, ha sido un bullidero de caminos. Es el mar de Odiseo y Nausícaa, de Roma, Grecia y

Egipto, de las conquistas y las cruzadas. Lo conocemos bien. De hecho, conocer nuestra historia es conocer las sucesivas migraciones, así como las formas políticas más asentadas y el interés que provocaron en sus pueblos limítrofes, o cómo estos pudieron ser asimilados o no. Varias comunidades políticas desaparecieron porque no fueron capaces de soportar una avalancha poblacional externa; eso nos enseña nuestra historia. Y si dijéramos que esto no nos importa, estaríamos dando señales de insensatez realmente asombrosas.

Hay una broma clásica en la cultura española y la voy a usar: «Como soy un sujeto, mi punto de vista es subjetivo; para ser objetiva debería ser un objeto». Muchas veces tendemos a suponer la objetividad como casi algo que un sujeto puede crear, como si de él o ella dependiera. Y lo cierto es que la objetividad es un diálogo que se crea una vez que se crean los consensos que fabrican esa objetividad. Como yo nací en el siglo XIII... —sí, ya sé que con esta van dos bromas y empieza a ser excesivo—, pero es una percepción mía, subjetiva, que paso a explicar. Cuando echo la vista atrás, me veo menuda y pequeña viviendo un sistema completo de representaciones que no tiene otro paralelo que el siglo que repito, el XIII. La religión ordenando el mundo, conduciendo y proveyendo el sistema completo de las representaciones. Mis compañeras de edad y yo, bajo velos y tocas, recibiendo instrucciones rotundas acerca de la pureza y del honor. Y las gentes, calladas la mayoría, todas asintiendo. Y también la escasez y las medias verdades. Y la ambición de salir y ser más, y la esperanza. Si recuerdo la emoción prevalente era la prevención, o, mejor dicho, el miedo. De nuevo mi enfoque es subjetivo, pero porque recuerdo todos y cada uno de mis miedos, de los que me fueron inculcados. Como recuerdo también y perfectamente cuándo y en qué circunstancias los fui superando. Miedo al ateísmo, miedo a prácticas morales diferentes, miedo al diferente, miedo a quien era amable, miedo a la risa, a la ironía, miedo a pensar. Miedo y fascinación, que pueden ir juntos. Se nos decía que fuera todo era informe, moralmente hablando, deslizante, espantoso. Por supuesto que todas las mujeres extranjeras habían perdido la honestidad; que todo era

lujuria y libertinaje, causado por el propio desenfreno político. Las sociedades de nuestro norte estaban moralmente diezmadas, a un paso de la podredumbre o ya lo habían dado. Que teníamos que tener cuidado con parecernos a ellos. Ellos eran todos los demás, pero sobremanera el resto de Europa. No pienso que las economías sentimentales humanas sean muy diversas ni divergentes. Recuerdo esto porque en los temas vinculados a las emociones conviene también tenerlas en cuenta.

Como estudiosa siempre me han interesado las sociedades distintas a la nuestra; me han interesado desde sus formas vestimentarias, urbanas, familiares y estéticas hasta sus tradiciones de pensamiento. Como quien se dedica a la filosofía política, me fascinan algunas de sus características sociales, de gobierno, religiosas. Además en Europa lo diverso está cerca: tenemos el Magreb a catorce kilómetros. De Marruecos hasta Egipto o Turquía hay sociedades muy variadas. Si tomáramos en serio la idea de que existe una Umma —una comunidad religiosa que las ecualiza—, las pasaríamos moradas para demostrarlo. Una tal comunidad que iría de Marruecos hasta las estribaciones de Indonesia, sin diferencias, sin fisuras, es producto del deseo y la imaginación. Tal creencia tiene demasiados sobreentendidos y solo puede aceptarse cuando estos se comparten. Señalo el Magreb como experiencia de la multiculturalidad porque nos queda, como he dicho, extraordinariamente cerca. Pero también por otra razón: siempre que el feminismo enfrenta el tema de la multiculturalidad, es una religión la que está implicada, la musulmana.

Que el planeta es multicultural es un hecho. Se le puede restar un poco de peso aludiendo a la omnipresencia de las bebidas gaseosas y a la moda de las camisetas y las zapatillas deportivas. Pero sigue siendo un hecho, aunque esté en retirada. La humanidad no ha tenido una sola forma o modelo de presentación, ni un conjunto compartido de normas universales. Siempre ha tenido pueblos diversos, identidades y fronteras. Pero una cosa es la multiculturalidad, esto es, darse cuenta de lo dicho y tenerlo en mente, y otra, muy diferente,

es el multiculturalismo. El multiculturalismo es un juicio sobre el hecho innegable de la multiculturalidad. Consiste en afirmar que es buena en sí y hay que favorecerla en toda ocasión. Que las identidades suman y nunca restan. Que lo malo es el universalismo.

Este tipo de convencimientos serían menos dignos de atención si se sucedieran como lo hicieron en el pasado: las identidades, más o menos permeables o cerradas, generalmente no se conocían ni se veían en la necesidad de tratar entre sí más que esporádicamente. El planeta entero no estaba globalizado, las lenguas comunes apenas existían, los viajes eran escasos y peligrosos y, además, existía un enorme sobreentendido que permitía el mutuo reconocimiento normativo entre culturas distintas: la sujeción de las mujeres, en variadas pero reconocibles formas. Los vestidos pueden cambiar, los sonidos pueden ser otros, los dioses incluso... pero «el otro», lo que hace, es reconocible. Y lo puede seguir haciendo porque al contacto continuado no se le espera. Sobre ese magma se asentaron los más antiguos imperios y comenzaron a darle rasgos menos acusadamente varios. La multiculturalidad ha sido reducida a orden por todas las formas civilizatorias imperiales urbanas mediante el recurso a la unidad de las leyes, el gobierno delegado o, lo que mejor ha solido resultar, la unificación religiosa.

El tiempo presente la ha de enfrentar dentro de un contexto muy distinto: el del Planeta Migrante. La multiculturalidad no se ha quedado en sus territorios de origen, sino que, por obra de las migraciones imparables, se asienta en *patchwork* en todas las sociedades amplias, y especialmente en las abiertas, las occidentales.

MULTICULTURALIDAD Y MUJERES

El principal obstáculo para que se asiente la democracia en las sociedades tradicionales es precisamente el feminismo implícito que lleva asociado. No solo es la tiranía política, que en muchos lugares existe y es vigorosa, sino que el otro principal obstáculo es el sistema familiar. La falta de libertad

de las mujeres dentro del sistema familiar es el primer obstáculo para que se desarrolle una democracia consistente. Lo digo por nuestra propia experiencia. España cambió cuando cambiamos las mujeres. Cuando cambiamos las posiciones sociales que teníamos, cuando adquirimos nuevas destrezas y empezamos a ocupar espacio público, cuando logramos derecho de tener conocimientos, voz y palabra y los empezamos a utilizar. Entonces España cambió. Por cierto, no nos salió gratis; nos llevamos golpes fenomenales, y si no enseñamos los moratones es por el poco de pudor que todavía nos queda, poco en verdad, porque tenemos muy perdida nuestra antigua vergüenza.

Lo afirmo convencida: si no se llega a dar ese enorme cambio social, aquella especie de prehistoria moral en que la dictadura nos quería hacer vivir habría pervivido. Cambiamos nosotras por la educación generalizada. Ningún país puede pertenecer a estructuras morales arcaicas o retrógradas y permanecer en ellas cuando su población, y sobre todo su población femenina, alcanza un proceso de educación generalizada. La mejor inversión en democracia empieza por la educación de las mujeres. Y ello, aunque a veces produzca extraños y erráticos caminos. Llamo caminos erráticos o fenómenos bipolares a los que se producen en un primer momento, cuando el fin perseguido es otro; lo hago por no utilizar directamente un concepto hegeliano que es más claro: el valor positivo de la negatividad aparente: en ocasiones, y si no hay un camino mejor, la negatividad previa es un paso para dar el salto positivo.

A veces resulta que una mujer se escolariza en este tiempo de turbulencia y se vuelve fundamentalista en vez de ilustrada. Parece que regresa en vez de avanzar. Sucede; y le sucede también a un varón. Hay que tenerlo en cuenta —no hay en el cambio social causalidad mecánica. No es como si una bola empujara a otra bola que empuja a otra bola; al contrario, en el medio se puede producir un bucle inesperado. La educación generalizada no asegura que se alcance el objetivo sin distorsiones. El camino es complicado, pero el resultado, la democracia estable y un buen pasar, se obtendrá al final.

Es importante poner el énfasis en la libertad de las mujeres; y esto, acompañado de la localización de espacios en que los géneros se mezclen, espacios de socialización cortés. El sistema en el que los varones se pasan el día separados de las mujeres debe ser abolido. Una mención, aunque solo una, de J. Bentham. Escribía que para alcanzar un estado de civilidad todavía poco perceptible —hablaba de la Europa del siglo XVIII — hacía falta que los varones y las mujeres se vieran más, se mezclaran más, tanto en espacios públicos como en los privados. Pretendía que los sexos habían de tratarse más, fuera justamente de la tensión sexual. La receta de civilidad en su opinión consistía en que varones y mujeres aprendieran a apreciarse. Y afirmaba que por eso eran buenos los juegos de mesa y salón. En su opinión, el *whist* era un excelente recurso de socialización. Lo que en su sentir los sexos debían aprender era a ocupar los mismos espacios en una relación dulce, suave y relajada. Educación generalizada de las mujeres; uso común del espacio público y uso cortés del privado. La democracia parece que también pasa por tales caminos y hasta vericuetos.

Sin embargo, es más fácil enunciarlo que hacerlo. Se me puede decir que hasta en esta sociedad abierta nuestra no lo tenemos del todo conseguido. Y es cierto. Y que las comunidades que están despuntando parecen perfectamente impermeables a nuestros modos de vida. Me adelanto yo misma la objeción por lo mucho que el asunto me preocupa. Las gentes que viven en esta orilla y sienten la tentación comunitarista existen. Tenemos comunidades reactivas habitando Europa y parece que también América. El fenómeno exige enfocar mejor qué está pasando. Algo ocurre para que las segundas y terceras generaciones de gentes emigradas se vuelvan reactivas respecto del ambiente. Algo que tenemos que someter a estudio pausado. ¿Falta integración? ¿Falta espacio común?

La integración es necesaria justamente porque la emigración es complicada. Y en este caso no basta con recordar que nosotros, nosotras, hemos sido también emigrantes. Adelantamos poco apelando a ese fondo compasivo que tiene que perdurar en todo aquel que conoció una situación dura y

diferente. La memoria se erosiona con facilidad, y el fondo compasivo no es tan sencillo: se tiene que ir recreando, porque es una tarea, no una esencia. Necesitamos además una buena capacidad de análisis. Sabemos que la sociedad europea será en veinte años perfectamente multirracial; sencillamente Europa no tiene fronteras, y menos por el sur, y lo único que hay que considerar son las tasas demográficas a uno y otro lado del Mediterráneo. La inmigración que procede del Magreb debo confesar que me preocupa poco en un futuro, porque la tasa demográfica del Magreb comienza a ser ahora la misma que la española de los años setenta. El tejido social del Magreb está cambiando y cada vez se nos parece más. Pero no sé tanto de los países que están por debajo del Sáhara. Quizá nos estamos preocupando de una inmigración mediterránea y musulmana y, sin embargo, puede que la que nos espere sea de otro estilo. Por ello creo que necesitamos más datos y más análisis.

En la otra orilla tienen su propio calendario, que no les está resultando fácil. Tampoco allí se creen que seamos tan distintos. No creen que la separación actual forme parte de la naturaleza misma, que se trate de esencias que han sido y serán eternamente dispares. Ambas han sido sociedades migratorias. Esto tiene una parte buena, el contacto y el aire nuevo, y también una parte mala. Si lo olvidáramos, el cuadro no sería fiel, y hay que hacerlo lo más afinado que se pueda. Sentirse solo y pobre, humillado, también produce cólera y resentimiento. Es igualmente fácil adoptar la estrategia de la zorra con las uvas; puesto que no las alcanza ni dando saltos, proclama que no las quiere porque están verdes. Es una conducta reactiva corriente. La tentación multiculturalista puede desembocar en buscar identidades reactivas; y las encontrará quien quiera esto y quien las apoye en su involución. Hay estrategias geopolíticas que lo quieren. Los dueños del petróleo puede que no repartan sus inmensos beneficios con la supuesta Umma —en definitiva son dueños de casi un quinto del dinero que se mueve en el mundo—, pero pueden regalar liberalmente imanes y fundamentalismo. Y también hay grupos políticos que quieren esa reacción, igual

que los había aquí, que quieren que las aspiraciones de la gente pasen por su control. Si se centran solo en algunos puntos de anclaje, los religiosos, que esas propias sociedades pueden hacer más importantes, si apuestan por esa continuidad, la comunidad reactiva ya está formada. Basta con la estrategia corriente de depositar todo el mal fuera de sí y encontrar un objeto de odio que haga llevadero el resentimiento... que se tiene por fracasos de toda índole. Hay que aprender también a repartir con ecuanimidad los malos sentimientos para que no se focalicen en exceso.

Si para quienes se sienten tentados de montar un gueto multiculturalista el proceso es traumático, debe decirse que también lo es para quienes habitamos aquí. Debemos colocar en buen sitio algunas piezas que permitan que no lo sea. No basta con hacer declaraciones de buenas intenciones; sin duda son admirables, pero para mucha de nuestra ciudadanía enfrentarse a una sociedad multiétnica y multirreligiosa en su propio territorio puede que no sea cómodo. Quien no se dé cuenta de que en los dos últimos años en Europa estamos teniendo cada vez más frecuentes conflictos con asesinatos de artistas, de líderes, de gente que ha tenido la mala suerte de ir a una fiesta o a un mercadillo... es que no quiere verlo. Tenemos en muchos países desde hace una década, y por este motivo, elecciones presididas por la paradoja de Condorcet, con nacimiento y crecimiento de partidos xenófobos, con gravísimos atentados. Es fácil dibujar la línea que pasa por todos esos puntos. Ese es el paisaje real en el que nos estamos moviendo. Y la ciudadanía europea lo conoce cada vez mejor, a sus expensas. Las migraciones están produciendo una inusitada tensión en nuestro mundo, incluida nada menos que una guerra en proceso en Oriente Medio. No nos tapemos los ojos porque no sirve de nada. Y las mujeres, lo que se nos ordena, lo que queremos o lo que se espera de nosotras, estamos en la línea de fractura.

Una de las limitaciones de la democracia, y grande, es que elige cada cuatro años gobernantes para cuatro años; sin embargo, tales gobernantes es probable que deban enfrentar problemas que lleve cuarenta resolver. Hace falta un gran

esfuerzo de lucidez en estos momentos. Y hace falta, sobre todo, mucho diálogo.

Porque los seres humanos pocas veces hemos hablado, y sobre todo las tradiciones culturales casi nunca han hablado. Han preferido guerrear y ver quién ganaba; y a estos sus dioses les han ayudado mucho, porque sabemos que «Dios siempre premia a los malos cuando son más que los buenos». Por lo tanto sugeriría que dejáramos a un lado del diálogo a esas personas tan sumamente importantes, divinas, porque no son predecibles, y que habláramos como si no tuviéramos dioses y solo compartiéramos la capacidad de imaginar derechos ecuánimes y un concepto de justicia compartido. Democracia es mantener una disposición abierta, que se necesita porque, repito, nos enfrentamos a la posibilidad bien establecida de graves tensiones. No en vano Europa se está volviendo un campo de batalla donde movimientos xenófobos, asesinatos, atentados forman parte de nuestro paisaje político corriente. La ciudadanía lo sabe, como sabe que no estamos tratando con asuntos que se solucionen con facilidad. Necesitamos políticos a la altura de estas circunstancias. Sabemos, sin embargo, hasta qué punto la política es limitada. Uno de los problemas de la política es su tiempo de caducidad, el regate corto, el jugar con todos los temas en el tablero. Necesitamos gobernantes que tengan amplitud de miras para varias décadas o el problema no hará más que trasladarse, sin que llegue a solucionarse.

En Europa debemos lidiar con las identidades reactivas y en un terreno que todavía nos resulta ampliamente desconocido. Están aliadas a la emigración, pero son capaces de sobrevivirla. No hemos conseguido un buen modelo de integración, puesto que no parecen haber funcionado ni el trabajador invitado alemán, ni el multicultural británico ni el republicano francés, aunque este último por ahora provoca menos violencia terrorista. Urge tomar grandes acuerdos para un periodo que será transicional. Aunque a veinte años no creo que el principal problema sea la inmigración del Magreb, ni la musulmana, sino el África migrante, debemos ahora pensar bien los términos con los que entendemos lo que en el presente ocurre. Por eso mismo no considero adecuado caracterizarlo en

términos religiosos: la emigración no puede presentarse como religiosa, por hablar en esos términos, como migración musulmana, a no ser que los demás, las sociedades receptoras, nos llamáramos y reconociéramos primariamente como sociedades cristianas. No veo adecuado que se hable con una caracterización religiosa de una sociedad, la migrante, cuando la otra se autodenomina aconfesional o tiene a la religión por asunto privado, que no quiere decir clandestino, sino precisamente privado, algo de cada quien.

Lo que nos permitirá entendernos es hablar de individuos y de integración. Esto es lo que nos proporciona la democracia, un diccionario común para el manejo de las tensiones y las situaciones. Por eso la educación en ciudadanía tiene que tener unos mínimos, un espacio común de valores compartidos. Es complicada porque hay que dejar cosas fuera, las privadas, pero permite integrar muchas otras. Debe procurar que exista esa disposición previa que hay que cultivar, la voluntad de impedir el odio. Espacio común, educación generalizada para las mujeres, ciudadanía explicada sin complejos, feminismo. Estar en disposición de escuchar y responder... y también de preguntar y debatir. La interculturalidad, pacífica, no se improvisa. Las identidades reactivas tampoco. Tienen que ver con una integración deficiente, pero no pensemos que toda la culpa es nuestra. La integración es deficiente, pero la identidad reactiva es malvada y amenaza un orden de cosas que para nosotros es vital.

«Ni putas ni sumisas»

Este es el título de un famoso manifiesto de feministas francesas musulmanas, poco o nada multiculturalistas[58]. Es también el título del análisis que realizan de lo que por fuera llamamos «integración»; nos cuentan qué es lo que pasa hacia adentro. Hablan de esos adolescentes, varones, que horman a las chicas de su barrio porque saben que la comunidad existe cuando las mujeres respetan las reglas. Una comunidad son las mujeres de esa comunidad. Si las mujeres dejan de respetar las reglas, esa comunidad siente que se va a disolver: ¿quiénes

somos nosotros si no podemos imponer respeto a nuestras mujeres? Si no somos capaces de imponer que se respete a nuestras mujeres como nuestras, fuera de nuestra comunidad, no somos nadie. Tenemos que imponer el respeto dentro y fuera, por todos los métodos.

Las mujeres de este manifiesto cuentan que la amenaza de violación colectiva a cualquier mujer que se salga de la norma se puede cumplir: «A fulanita se la ha visto con un chico que no es del barrio. Vamos a ir en su busca; la violamos. Quedará así profanada y avergonzada y además de forma inimaginablemente dura. En la cabeza de fulanita aprenderán las demás». Fadela Amara nos cuenta historias tan terribles como la de un chico que se suicida porque es llamado por su fratría para ir a violar a una mujer y cuando llega allí descubre que la víctima a la que van a violar es su hermana. Bajo el eufemismo «integración» están pasando cosas terribles.

¿Qué hacer? Si te pones el velo, no se meterán contigo. El velo, ese debate interminable. El velo, que ahora llamamos así, es un pañuelo que además no es tradicional en ninguna de las sociedades musulmanas. Es un invento recientísimo, que viene directamente de la revolución jomeinita, en Irán. En lugares donde la cubrición de las mujeres era especialmente onerosa, incluso este pañuelo podría ser entendido como una especie de pequeño progreso. La manera tradicional de cubrirse, por ejemplo en Marruecos, con una especie de toca doblada y un pañuelo que solo permite una ranura para ver, es onerosa. Comparado con esto, llevar el rostro descubierto supone, al fin y al cabo, una presencia pública mayor que la otra manera de transitar por el espacio público, que es simplemente no existir, no estar. Pero nuestro problema es que no se nos pide que entendamos cómo funciona el velo en Irán, en Indonesia o en Turquía, sino cómo funciona el velo en Francia, en Inglaterra, en Dinamarca o en España, porque ahí puede significar otra cosa.

¿Por qué las chicas se están poniendo el velo? Fadela Amara dice que por miedo. Cuando este pañuelo comenzó a extenderse desde Irán, recuerdo las manifestaciones de una joven estudiante egipcia: «Yo prefiero ponérmelo porque si lo

llevamos los chicos no nos molestan por la calle». Unos años después, como ya todas llevaban pañuelo, eso ya no funcionaba; las acosaban igual; aquello ya no diferenciaba. Esto nos tiene que sonar en España. De niña en la cartera escolar yo llevaba los libros y el velo, porque en los colegios aquella prenda salía de la cartera a menudo. Me suena de algo eso de que una prenda simbolice presunción de decencia. «Si te pones velo no te atacarán; si te pones velo y no te pintas, porque si te pintas puedes ser atacada; si te pones velo y no te pintas y no sales con algún chico que no nos guste...». La deriva es prometedora.

Fadela resume: al final lo que pasa es que nos ponemos el velo para salir del barrio a toda velocidad y cuando estamos fuera nos lo quitamos; esa práctica de la doble vida es lo que están haciendo la mayor parte de las chicas: en el barrio hay que mantener una apariencia y tener cuidado de que nadie se entere de lo que estás haciendo porque se corre peligro. Pero ¿son tan distintos los barrios? ¿Qué problemas tienen las chicas en los barrios? Tienen el problema de la educación, del trabajo, de la familia... y de los chicos de su barrio, un problema terrible. El imán de la trapa[59] está de acuerdo con estos chicos. Nadie les quita la razón, nadie les dice «eso no se hace»; están consiguiendo que todo el mundo se acabe comportando como ellos desean, aunque sea de un modo hipócrita. El control empieza a ser mayor que el lugar en que efectivamente te controlan. Las amenazas no son amenazas en balde, ya que pueden volverse verdaderas.

Lo que *Ni putas ni sumisas* cuenta (y por eso ese título) es llanamente esto: «Dentro somos putas porque no nos plegamos a todo y fuera somos sumisas porque no nos rebelamos contra ello». Desde fuera se dice: «Mira las mujeres de los barrios, no tienen coraje ni valentía, se dejan hacer, andan con el velo puesto y se lo quitan cuando salen. Se merecen todo lo que les pasa porque vienen de una cultura donde las mujeres son sumisas y no saben tener su destino en la mano». Estas mujeres dicen: «Hacia fuera somos gente que se somete a lo que sea y dentro resistiendo hasta tal punto que no tenemos nada que se llame libertad. Tenemos más miedo que libertad». Conviene

leer este texto porque hay que evitar la xenofobia, pero también la beatería de la tolerancia. Si tú toleras cosas que les hacen a otros por la buena razón de que a ti no te pasan, tu noción de tolerancia no puede ser más malvada además de extravagante. Ninguna religión puede pedir tolerancia para todos sus supuestos; máxime religiones como la de los imanes de la trapa, que quieren hacerse organizadores de la rabia.

En el año 1989 se plantea por primera vez el problema del velo. El Consejo de Estado francés decide que cada centro escolar aplique la norma vestimentaria. Que haga lo que bien le parezca: el director o directora de un centro situado en una barriada especialmente conflictiva es quien tiene que dar el do de pecho a favor del republicanismo y la laicidad sin el amparo del propio Estado detrás. Directores y directoras se van lavando las manos a medida que la marea verde va subiendo; dicen: «No soy yo quien tiene que lidiar con esto». El Estado francés tuvo fácil percibir que desde que en el año 1989 decidió que cada centro escolar hiciera lo que bien le pareciera el velo iba *in crescendo,* no disminuía. El Estado tenía que decir algo. Y presentó la ley del velo.

La ley del velo significa, por primera vez y por la gran cantidad de apoyos que ha tenido en la cámara, que el Estado francés recuerda que es laico. Eso está bien porque Francia es el único país de Europa cuya Constitución lo afirma. En el propio año 1989, cuando se presentó el primer conflicto con el velo, el imán de la mezquita de París argumentó que el velo era un signo religioso y que por tanto era la tolerancia religiosa la que tenía que avalarlo; e inmediatamente salió el cardenal arzobispo de París y ratificó que el imán tenía toda la razón. La ley del velo, naturalmente, no contentó a nadie. Yo no veo la ley del velo como algo que vaya a acabar con el fundamentalismo, que tiene muchas maneras de manifestarse y hay que atenderlo de esta y mil y otras formas. La ley del velo es un signo, eso es lo importante. Señala que el Estado francés se da por enterado de que tiene un problema y que no piensa seguir utilizando una falsa noción de tolerancia para afrontarlo. No sirve invocar la tolerancia para encubrir racismo y falta total de respeto: lo que se hagan entre ellos no es de

nuestra incumbencia. No son nosotros ni como nosotros. Si la ciudadanía es común, hay que encontrar la regla común.

Los valores que nos han permitido vivir juntos y moderadamente mejor en los últimos dos siglos son los valores de la laicidad. Afirman que las religiones se tienen que tolerar entre sí, y el Estado, ampararlas a todas y no darle la razón a ninguna. Un antiguo presidente de la Conferencia Episcopal Española llamó a esto «fundamentalismo laicista». Bueno, es una expresión sin sentido. Como «nieve frita», más o menos. Una de esas invenciones que dan resultado en la publicidad, pero nada más. El laicismo no puede ser fundamentalista; solo la religión puede serlo (el cristianismo también lo ha sido) porque consiste en tomar el texto revelado y mantener que tiene que suplir a la ley civil, porque la palabra de Dios es más perfecta que cualquier consenso humano. Regirse por la Declaración de los Derechos Humanos de 1948 no es ningún fundamentalismo. Es la única Declaración que sienta las bases para una ciudadanía mundial y para la moral contemporánea, aquello a lo que tenemos derecho, lo que podemos esperar y cómo edificar canales institucionales para lograrlo. Nunca desdeñaría el enorme poder que tienen las religiones, como congregaciones organizadas, ni el enorme poder que tienen sobre las conciencias. Y se ponen de acuerdo con bastante facilidad cuando se trata de las libertades de las mujeres.

LAICISMO Y FEMINISMO

El informe Stasi sobre laicidad está en la base de la ley francesa. Para elaborarlo se reunió una amplia comisión; nada fácil de construir, llevó un largo debate. Es un caso por ahora especial en las políticas europeas. Parte de la evidencia de que las cosas que no son respetables no tienen que ser respetadas. Las religiones no son formas de organizar una comunidad política y ni siquiera está claro que sean buenas formas de organizar socialmente a las personas. La tabla laica de valores parece haber dado buenos resultados allí donde se puede hacer realista mediante políticas adecuadas. Se enfrenta política y presupuestariamente al gravísimo problema de la formación,

de la exclusión y de los guetos. Reclama la integración como la única alternativa. Pero hay que proteger a las ciudadanas —porque lo son— de regresiones normativas que estén avaladas por ideas religiosas que mermen sus libertades individuales. La religión es un asunto privado: compromete la relación que tiene el/la creyente con la divinidad y tiene sus lugares, que hay que mantener separados de aquellos donde se transmiten los valores que hacen posible la convivencia política. En ellos no deben estar presentes los signos religiosos. Ello no le resta dignidad a la religión. La conciencia de cada creyente no es la norma en el espacio público.

Se me dirá que hay religiones y religiones. Que existen formas de vida religiosa que son ellas mismas universalistas. No es ese el caso de la mayoría de ellas. Hemos heredado formas religiosas que van adelgazando sus pretensiones de mantener a las personas hormadas y sujetas. Pero la pretensión confesional de que se orille el propio debate religioso cuando se habla de fundamentalismo es poco consistente. Arreglar los signos pero sin tocar la religión no es posible. Se deben poner bajo la luz todos los signos religiosos, aunque los onerosos sean un par. Es la más arcaica normativa social la que reside en el fondo de muchas de las formas religiosas actuales. Así se expresa el informe:

> Los grupos comunitarios (grupos cuya adscripción es religiosa), a fin de movilizar militantes, explotan las enfermedades sociales, desarrollan una estrategia de agresión contra los individuos a fin de hacer que se plieguen a la norma comunitaria. Estos grupos actúan en los barrios marginados sometiendo a las poblaciones más frágiles a una tensión permanente.

Las poblaciones más frágiles son las mujeres de esas barriadas. Nunca olvidemos que las libertades que se poseen son libertades recientemente conquistadas, frágiles. Su mejor aliado es un Estado fuerte en una sociedad abierta.

No pretendo cerrar el debate; pero tenemos un problema —las mujeres tenemos un problema—, y el feminismo no lo ignora, sino que lo afronta. No es solo un problema de las

mujeres, sino de convivencia. No podemos deshacernos de él pensando que solo afecta, esporádicamente, a unas cuantas chiquillas. Cuando las mujeres sufren un problema, es que la sociedad tiene una grave herida en alguna parte. Los problemas de las mujeres no son problemas accidentales, porque las mujeres están situadas en el núcleo duro de la adscripción social. Lo que les pasa es lo que pasa. Como el Estado no apoya a ninguna religión, sino que las protege a todas, en sus espacios, los públicos, incluidos los educativos, no debe haber signos religiosos. Nos parecería raro y hasta enfermizo que un alumno insistiera en portar un crucifijo —del tamaño, pongamos, de una cabeza humana—, posarlo en su pupitre y procesionarlo durante los recreos. Puede hacerlo, si lo tiene por gusto, en privado, o en su templo. Los espacios definidos como públicos, en los que por ende se transmiten los valores que hacen posible la convivencia plural, no deben ser espacios de contienda. El Estado tiene, por deber de tolerancia, la obligación de mantenerlos libres de prácticas sectarias.

Pero si esa pañoleta de la disputa es además una marca sobre la moral particular que deben seguir las mujeres, una marca a su vez privativa de unas creencias particulares, está fuera de cuestión darle legitimidad. La igualdad entre los sexos es principio constitucional de la mayor envergadura. No se tolerará la discriminación contra las mujeres aunque su religión y su cultura y ellas mismas estén de acuerdo. Aunque mantengan que ellas son seres con deberes especiales, la decencia sexual y la obediencia, que significan de ese modo. Aquí no hay caso de alegría por la diferencia. Tanto más cuanto que la libertad actual de las mujeres se ha construido al abolir tales marcas. La libertad individual no es ni puede ser el fundamento para una conducta que se tuvo que abandonar a fin de construirla; es un flagrante anacronismo. En nuestro caso la libertad ha sido la consecuencia del rechazo y derribo de ese injusto y arcaico orden.

---

[58] Sobre el movimiento al que dio nombre este manifiesto, véase el libro de Fadela Amara, *Ni putas ni sumisas,* Madríd, Cátedra, 2004.

[59] Imanes que tienen la mezquita en bajos que eran garajes y se

cierran con una trapa.

Capítulo 14

Desviaciones, señuelos, troyanos y cimbeles

Dado que el feminismo es un universalismo de raíz ilustrada, es lógico que haya suscitado polémicas en esta fase de acelerada globalización que sus predecesores ni siquiera imaginaron. Si algo nos está enseñando es a tener cuidado con las palabras. Las palabras que usamos para mapear la política y la ética provienen en el feminismo de varias raíces que tienen entre sí sus tensiones. Primero, el feminismo posee un extenso vocabulario barroco-ilustrado, que ha sido completado por las tradiciones del primer liberalismo lockeano, el liberalismo milleano y los enormes aportes del iusnaturalismo. A él se añade cierta terminología liberacionista que proviene del marxismo clásico y del anarquismo, vocabularios ambos de las tradiciones políticas del feminismo societario. Por último, y en el feminismo contemporáneo, la marca de la antropología y el psicoanálisis es fuerte, si bien más en la propia tópica que en el modo de afrontar las cuestiones. Como he dicho, estas tradiciones son tensionales en más de una vía. En general debe aclararse que el feminismo parece de hecho incompatible con los diversos irracionalismos, tanto laicos como religiosos, que han ocupado la escena en los siglos XIX y XX. Pero a los problemas derivados del vocabulario clásico se suman los provocados por términos de elaboración propia cuyo uso no es claro ni acotado. Hay al menos dos que conviene analizar: «género» y «empoderamiento».

Género y empoderamiento

«Género» es en español un anglicismo que choca con los usos prevalentes del término en el lenguaje corriente. Y aunque siempre cabe defender su uso específico fuera de él, lo cierto es

que está demostrando ser una tarea complicada. Por una parte, es el género gramatical, del que la lengua castellana tiene cuatro; por otra, es tela *(stuff),* acepción polisémica. También se corresponde con «tipo». En el feminismo contrastado suele darse por bueno que se denomina «género» a la construcción normativa que asegura las divergencias entre varones y mujeres. En inglés el problema es bastante similar con el uso de *gender*.

Si nos conformamos con su significado como conjunto normativo, lo hacemos para distinguir sexo de género, aludiendo con «sexo» a la realidad biológica de la dimorfia sexual, y con «género», a los usos y expectativas sociales que la significan culturalmente. *Sex/gender,* este dialelo, viene a ser un recurso analítico para permitir visionar aspectos normalmente agregados en el empirismo corriente. Es demasiado esperar un extenso conocimiento y un fino sentido histórico en cada persona que habita el planeta. Por lo común las gentes tienen del pasado una idea somera en la que ni siquiera el atrezo está muy claro. Imaginan que en un vago «antes» las gentes se vestían de otra manera; lo han visto en películas y museos. Incluso son capaces quizá de suponer que también «pensaban» de otra manera. Pero no se suele llegar más allá. A eso llamo una especie de conglomerado antiempírico que, lanzado sobre el ser varón o el ser mujer, viene a ponerlo un tanto en duda, pero sin que los términos de esa duda sean precisos.

Por describirlo mejor: algunas personas llegan ya casi a sospechar que faldas y pantalones no sean aditamentos «naturales» de los sexos, del mismo modo que imaginan que el coraje o la pereza tampoco lo sean. Pero poco más. Y, como en la vida corriente vivida, los sexos siguen distinguiéndose mediante marcas empíricas, de hecho las usan para reconocerlos.

Ahora bien, si algo ha dejado claro la ciencia antropológica en esta su fase actual de madurez es que nada es «natural» en este dominio de la presentación sexual. Lo que sí sabemos es que ninguna cultura que conozcamos ha dejado al albur cómo ha de hacerlo cada quien, la presentación sexuada, o ha

abandonado la pretensión de marcar el sexo de forma evidente e inmediatamente visual. En todos los grupos humanos saber ese elemental «quién es quién» es básico. Y todos ellos lo significan mediante rasgos semióticos claramente legibles para los actantes. Por descontado, la presentación, la apariencia, es la primera fase elemental, pero es fundante. Trastornos o equívocos en la apariencia no suelen ser permitidos, aunque a veces y en ocasiones estén previstos. De ahí que, con cierta elementalidad, algunas gentes supongan que la apariencia es «natural», porque, en efecto, siempre se busca naturalizarla.

Sin embargo, la apariencia es solo una parte del conjunto normativo, que tiene escondido un enorme iceberg actitudinal y sentimental. Para dar una pincelada de su extensión nos conviene recordar que, sin que se nos eduque, ni siquiera adquirimos la postura erecta. Del mismo modo, hay que señalar que tampoco las posturas viriles y femeniles son similares. Y eso solo si nos intentamos fijar en cómo situamos nuestros cuerpos en el espacio. La proxemia, la mirada, las maneras tampoco son las mismas. Hay un sutilísimo juego de diferencias. Cuantas más capas y recursos normativos vayamos señalando, más se multiplicará. Por eso es especialmente rudo fijarse tan solo en las preferencias explícitas por un traje o por un juguete. No siempre es buen método tomar la parte por el todo. Pero lamento tener que dejar esto casi solamente en esbozo porque hay otro término que requiere también atención: empoderamiento.

Empoderamiento. En la III Conferencia Mundial de la Mujer (Nairobi, 1985) se definió el empoderamiento de las mujeres como la estrategia para «su acceso paulatino al control de recursos materiales (físicos, humanos o financieros, como el agua, la tierra, los bosques, los cuerpos, el trabajo y el dinero), de recursos intelectuales (conocimientos, información e ideas) y de la ideología (facilidades para propagar, sostener e institucionalizar creencias, valores, actitudes y comportamientos)». Pero estoy temiendo que el frecuente uso del término en los ambientes políticos y militantes no se refiera a eso. Quizá para intentar situar la cuestión convenga someterla a ciertas preguntas. La primera de ellas: ¿con

«empoderamiento» nos referimos a un proceso interno o externo? O sea, ¿el empoderamiento puede ser desarrollado mediante las técnicas adecuadas o es un estado que somos capaces de percibir?

Se supone que con ese término, que como «género» nos viene del inglés, se alude a un proceso social. Un grupo previamente menos significativo o visible «se empodera» como consecuencia de prácticas voluntarias. Participa en política, aumenta sus flujos económicos o toma confianza en sí mismo. El «empoderamiento» es una estrategia de trabajo político y social en un tipo de democracia que resalta sus aspectos multiétnicos o multiculturales. Pero ¿en qué sentido son siquiera las mujeres un grupo si resultan ser más de la mitad del conjunto social? Es obvio que contemplar a las mujeres como un grupo solo puede hacerse desde la mirada autoconsciente y autoformativa viril. «Ellas» son lo que y las que no somos «nosotros». «Nosotros», ese pronombre, es el importante. La dinámica es simple y siempre se instala en la antinomia «nosotros»/«ellos». Es tan vieja que ni siquiera puede someterse a la prueba del huevo y la gallina. Es originaria. Su telón de fondo es el combate. Tengo que saber reconocer a los nuestros, que resultan ser «los míos», y ser muy prudente con «ellos». El aprendizaje del «nosotros» es vertiginosamente rápido. Y se aprende a la vez lo empoderado que está el grupo al que se pertenece.

A menudo no consigo saber si con ese término se alude a un proceso individual o a uno colectivo. Ni tampoco si hay, para tratar de darle contenido, medidas objetivas de su logro. Debo confesar que la fraseología del «empoderamiento» me da dentera. Está demasiado cerca de las técnicas de *marketing* y de las habilidades falsas que suelen ofrecerse en los cursos de autoayuda. El problema de las mujeres no es si están o no empoderadas, sino si tienen poder en el aspecto corriente. El poder es, simplemente, la capacidad de hacer que alguien haga algo. Y ya está bien contado en los Evangelios. «Tengo un siervo; si quiero que venga, viene; si quiero que vaya, va». Es un dibujo certero y profundo, aunque nada intrincado. Algunas mujeres, individualmente, tienen y han tenido ese poder. Pero,

como conjunto, siempre ha planeado sobre ellas la obediencia y el respeto a la virilidad. En una sociedad individualista, y las nuestras lo son, la obediencia deja de tener buen crédito. Además se trata de sociedades democráticas, esto es, que tenderán a esconder ese aspecto performativo del poder. Pocas veces este se presentará como *potestas* porque preferirá la forma mucho más aceptable de la *auctoritas*. Un grupo, incluso un no-grupo como las mujeres, lo que sin duda ha iniciado es un proceso global de autoconciencia que lleva ya un buen par de siglos de agenda. A medida que la ha ido cumpliendo, sin lugar a dudas se ha «empoderado» con marcas evidentes en lo que respecta a espacios, tiempos y relieve social. Se mantendrá tanto más empoderado y con ello negociará mucho mejor su agenda cuanta más voluntad común sea capaz de mostrar. Sin duda también secretará un nuevo orgullo como resultado de sus acciones exitosas. Pero todo lo que no sea eso es puro humo.

Lo que sí puede existir es ese cambio en la forma de ser percibidas. Ese cambio que abre la puerta a formar parte del nosotros antes excluyente. Quizás las mujeres son ahora percibidas como más poderosas, individual y colectivamente, por sí mismas y por ellos, que hace, por ejemplo, treinta años. Que han alcanzado posiciones es indudable. Pero son frágiles. Aun así, hay algo que prueba la relativa victoria: la voluntad explícita en la agenda feminista actual de no soportar por más tiempo el acoso. El #Metoo en realidad es la medida del poder.

UNA NO, LAS DOS

Uno de los cuentos de *Las mil y una noches,* creo recordar, relata que un jovenzuelo quería acostarse con las dos esposas de su padre. Por muchos motivos, ellas no estaban de acuerdo. Así que ideó una estratagema. Un día que marchaba con él de casa consiguió que el viejo saliera sin babuchas. Tenían que ir lejos, de manera que se ofreció para ir a buscárselas. Entró en la casa y les dijo a las dos esposas que venía de parte de su padre a cumplir el encargo de cogerlas (se entienda lo dicho en español de México). No le creían, de modo que, saliendo a la

puerta, gritó: «Padre, qué cojo... ¿una o las dos?». A lo que, desde el asno, se recibió la orden paterna: «Las dos, imbécil». El resto de la historia es fácil de imaginar y solo tiene un colofón: que desde entonces lo siguió haciendo amenazando a cada una de ellas por separado con contarlo.

Venimos de un mundo, y parte del planeta vive todavía en él, en el que «contarlo» es amenaza más que suficiente para repetirlo. Eso nos da una idea de la magnitud del secreto. «Contarlo» fuera verdad o mentira, la tumba era de la buena fama de la contada, la cual, por su parte, no añadía detalles ni tampoco lo podría negar. El crédito viril era moneda aceptada. Cierto que, a fin de no alentar a los bocazas, se tenían previstas algunas acciones en caso de calumnia. Pero mejor no llegar a que se diera el caso, porque era la reputación tan frágil que ya el querer limpiarla la podría manchar.

Como en el mundo los crímenes de honor distan bastante de desaparecer, concédase que no es preciso entrar en mayores detalles. Si alguna padecía, no lo contaba, por su propio interés. Y menos si se daba el caso de no haber ofrecido una resistencia heroica. El silencio de ellas corría parejas con la fama de ellos, que algunos la tenían, y además la cultivaban, de no dejar que en sus aledaños ninguna conservara su joya si a mano se le ponía. Aquí te pillo, aquí te marco. Porque ellas eran «piezas cobradas» con las que montar el álbum del éxito galante. A esta, a esa y a aquellas cincuenta más. El éxito era conforme si no había por el medio pago, que nadie es tan tonto como para pensar que haya cazador con fama que lo que atrapa sale de las carnicerías. Tema estable, relieves acotados, la figura donjuanesca perfilada. Y con ella se han hecho multitud de altares.

Las que revolotean caen. Quien se acerca a uno de estos ya sabe a qué se expone. Marcaje y tanto para el cazador. Muesca en el bastón y a contarlo... si se quiere. Como se decía hace cuarenta años en Francia: «Sabemos cuándo ha habido cosa entre dos; si es que todavía no, él la mira a ella todo el rato; si es que sí, ella le mira a él»... con esa bendita expresión ovejuna que el informante remedaba sin falsos pudores. De nuevo las reglas claras y los síntomas a disposición del público.

Empero, desde que las mujeres, y no todas, solo por aquí, por estas sociedades nuestras, hacen ensayos de libertad, el terreno se ha llenado de baches. La manera en que en los buenos tiempos se defendía un violador, por ejemplo, era simplemente afirmando que ella quería, pero que cambió de opinión en el último momento. Atada quedaba la mosca por el rabo. Porque ya ni la resistencia heroica servía de prueba en contra. Hubo resistencia porque hubo cambio de tendencia: culpable, porque todo el mundo sabe que, cuando se llega a determinados asuntos y niveles, ya no es cosa de dar marcha atrás. Casquivanas, id con cuidado que cuando se rompe la presa se acaba la paciencia. En resumen, que no podía estar mejor armado el tabladillo porque todo era poner un pie en él y caer sin remedio en la trampa. Y te aguantas. Eran aquellos tiempos en que el «no es no» no había comenzado su andadura.

El teatrillo anda ahora caduco por varias partes, tanto que tiembla a la menor. Resulta que son ellas quienes amenazan con contarlo. Dos cosas siempre provocaron la carcajada de nuestro ancestros: que los ratones quisieran ponerle un cascabel al gato y que las mujeres quisieran gobernar, aunque solo fuera sus vidas. Pero es bien cierto que del «contarlo» se siguen en el nuevo escenario consecuencias algo distintas de las pasadas. Para ellas el silencio era la mejor inversión y, sin embargo, ya no lo es. O no se lo creen, que viene a ser lo mismo a efectos prácticos. Primero porque algunas lo intentan contar en el mismo tono que ellos lo hacían, lo que sin duda demuestra una casi completa pérdida de vergüenza. Y porque, añadido a esto, no solo alardean de no poseer el antiguo cinturón sino que lo abren o lo cierran con liberal independencia.

La cosa es simple y se llama autonomía. La entendemos relativamente bien si los ejemplos afectan al ámbito de la cartera: «No le di el dinero; me lo cogió», que marca la diferencia entre la dadivosidad y el robo. Pero parece que cuesta más si de sexo se trata. Debe de ser porque las mujeres no violan. Recuerdo el caso de un mormón que acusó a una de tal cosa, pero admitamos que no es frecuente. Para el caso del sexo, somos «seres situados», esto es, la capacidad y el género

de la acción no son simétricos. Pues bien, del mismo modo que habían de preverse señales y topes que impidieran la calumnia en el viejo orden, ahora habrá de apuntalarse otro tanto en el nuevo. La presunción de inocencia no ha decaído de nuestro ordenamiento, sino que goza de buena salud. La credulidad no nos ciega. Podemos preguntar, indagar y establecer bastante en ese campo. Porque la confianza ha de darse a quien la merece. Cuando un tipo se ha labrado una fama, debe saber que ya no vive en el mundo que le permita disfrutarla. Es más, que se le puede volver en contra. Las otrora pacientes han llegado, eso parece, al punto de saturación. El telón se ha levantado porque la vergüenza ya no carga en sus espaldas como antes. Y muchas mujeres han sentido esa pérdida de peso como una enorme liberación. En realidad están hartas, soberanamente, de obedecer al viejo que habla desde el asno y tolerar al matón que exige silencio. Han cogido gusto a la libertad, que también consiste en que no te importunen, y han decidido creer en ella.

Quienes se asustan lo hacen, en algún que otro caso, porque con su larga vista vislumbran perfectamente el final del juego. Un juego perverso que ha producido sin embargo algunas satisfacciones subjetivas y un cierto monto de lo que llamamos cultura universal. O sea, que el mundo es una barca, como dijo Calderón de la... En fin, que la autonomía puede sin duda dar alas a la calumnia, que espero que sepamos tratar, pero tiene muchos mejores resultados, en cualquier caso, que mantener el orden viejo y asnal con sus perversos y callados mandatos. Se ha levantado el telón y puede que definitivamente. Ahora lo que da vergüenza es aguantarse. El registro del pudor femenino está dejando de avalar el abuso de poder en los espacios declarados comunes. Este abuso consiste sobre todo en un marcaje por sucesivas maniobras de proximidad, opiniones no requeridas y tanteo. Las mujeres comienzan a sentirlo como pegajoso y disfuncional. Humillante. Podemos tener casi la seguridad de que humillante casi siempre lo fue, pero casi inevitable también.

QUÉ PUEDEN ESPERAR LAS MUJERES DE LA POLÍTICA

Comencemos por acotar el campo. No voy a usar el término «política» en ninguna de sus acepciones análogas, como lo son todas las de raíz foucaultiana. Considero ahora lo que normalmente entendemos por «política»: la política formal que consiste en el manejo de un presupuesto según determinadas reglas e ideas. Pues de esa política las mujeres, como ciudadanas, pueden y deben esperarlo casi todo. La política de una democracia desarrollada es la fuerza mayor con la que cuentan las libertades de las mujeres para seguir existiendo y el mejor corrector del sistema inmemorial de abusos que en parte padecen todavía. Las mujeres, todas, están casadas con el Estado, para bien o para mal. Si este es una democracia, esa es su mejor opción. Así que debemos ser especialmente cuidadosas. Todo lo que fragilice a la democracia o debilite al Estado de bienestar nos fragiliza y nos debilita.

Del mismo modo hay que prestar aguda atención a las ideologías presentes en los partidos políticos y a sus vaivenes. Toda tentativa de regresión compromete nuestras libertades y los espacios de igualdad y poder conseguidos. La atención debe ser especialmente delicada en los procesos electorales. ¿Qué pueden esperar las mujeres de unas elecciones? En todo el planeta Tierra las mujeres se mueven y buscan en geografías de valor inéditas. Aunque hacen cosas muy distintas, se puede asegurar que ninguna está haciendo lo que hicieron sus madres ni sus abuelas, de nuevo para bien o para mal. Forman esa totalidad bullente que igual se presenta a las presidenciales que invierte en algunos países la tendencia occidentalizadora que la generación anterior había adoptado. Se han sumado todas, en cualquier caso, al trabajo productivo. Esto ha cambiado la faz económica del planeta. El desaforado crecimiento económico tiene que ver con la tasa de actividad extradoméstica de las mujeres. La inmensa transformación sociomoral de las vidas femeninas es tanta y tan profunda que no se puede suponer que haya sido desatada, ni mucho menos ahora guiada, por las estructuras de la política formal. Digamos que las posiciones de las mujeres y sus acciones desbordan la capacidad de la política corriente. Pero esta sigue siendo decisiva.

Las mujeres pueden ser buenas «corredoras libres». Es el nombre que reciben quienes sin necesidad de estar en la brecha disfrutan de los beneficios que obtengan quienes sí lo están. Cuando tras una política feminista se alcanzan ventajas, todas las mujeres se benefician de ellas, con independencia de si han apoyado la opción más favorecedora. Por ejemplo, en España, la paridad en las listas electorales beneficia a las mujeres de los partidos conservadores, que se opusieron a ella; y las leyes de igualdad, de violencia de género o de dependientes no distinguen de votantes: todas las ciudadanas las aprovechan.

En los procesos electorales los votos de las mujeres se convierten en objeto de codicia. Sin entrar en asuntos de fondo, las mujeres se ven cortejadas por ofertas puntuales: rebajas impositivas o premios selectivos. Como en nuestro mundo, además, las mujeres van adquiriendo autoconciencia y sabiéndose sujeto político, puede iniciarse la historia del «disputado voto femenino». Señoras, siéntense y acódense, que comienza la subasta. En verdad la democracia, ya se dijo, es la principal aliada de las oportunidades y libertades femeninas, si bien ha ido abriendo su bolsa con parsimonia. Tanta como la diferencia entre dos «Juanes», por así decir. La que dista entre un par de grandes fundadores de la teoría democrática, Locke y Stuart Mill.

John Locke imaginaba que era posible mantener la libertad y la igualdad varoniles sin que ello afectara a la marcha sumisa de las mujeres en la familia, porque, de alguna manera, la familia era el auténtico individuo social. Libres e iguales debían serlo los ciudadanos; las ciudadanas no estaban previstas. John Stuart Mill removió el viejo liberalismo para hacer notar que el número de los ciudadanos se duplicaría, porque las ciudadanas llegarían a existir antes o después, y que, por lo tanto, la fuerza de la tradición y la costumbre se habría de derretir ante tal novedad. Cada uno y cada una, cada persona, sería el verdadero individuo. Tenemos dos modelos, liberal estricto el primero, republicano feminista el segundo.

Recuerdo todo eso porque en épocas electorales, y ante la avalancha de promesas, es bueno tener una eficaz plantilla

interpretativa. Siguen existiendo dentro del pensamiento de la democracia estos dos modelos: o cada individuo tiene una familia de la que es jefe, o cada persona es, sin más, un individuo. Los jefes de familia, esos que en la antigua declaración de hacienda y en el censo se llamaban «persona principal», están en franca retirada, política, moral y económica; sin embargo, han dejado su huella en las ideas y la forma de expresarlas. A su campo semántico pertenecen el matrimonio, la formación, la tradición, la autoridad y las buenas costumbres. Los individuos son más partidarios de la pareja, la educación, la novedad, el consenso y la tolerancia. Así son las cosas.

Unos y otros quieren parecidas cosas de la política, que se dejan resumir en una: buen gobierno. Lo que implica tranquilidad respecto de lo que se espera y seguridad sobre lo que se tiene. No obstante, esto garantizado, una parte del electorado quiere cierta innovación, y otra, más orden. Y las libertades de las mujeres pertenecen de lleno al territorio de la innovación. De hecho, han tenido que ir siendo arrancadas una a una del ámbito de la familia y la costumbre. Para que las mujeres se vuelvan individuos con derechos civiles y políticos y proyectos de vida propios, la democracia lockeana ha tenido que ser atacada y vencida. Ahora las mujeres en una democracia pueden esperar mejoras y apoyo que les ayuden a quemar etapas en su conquista de la plena individualidad. En una tiranía o un despotismo lo tienen casi todo en contra. Pocas excepciones hay: allí donde la tradición es fuerte y se levanta como la columna vertebral del sistema normativo, las mujeres tienen también pocas novedades que esperar. Les está por lo general marcado un lugar en el ámbito privado, que es donde su vida entera debe transcurrir. Pero donde la innovación se ha hecho cargo del latido social, fluirán las libertades y las mujeres se apresurarán también a tomarlas. No importa de qué posiciones, conservadores o progresistas, partan. Si aparece una oportunidad, la habitarán.

Las mujeres se sienten un poco más individuos y pueden hacer de mendigas generosas. El «mendigo generoso» bien pudiera ser la figura contraria al «corredor libre». ¿Cómo

administran las electoras las victorias feministas? Votan con una extraña generosidad. Pagan a veces a quienes nada deben y devuelven a los que nunca les prestaron. Es casi como si padecieran un problema general de memoria política. Dígase además que por lo común las electoras casi nunca recuerdan al votar que son mujeres. Se calzan la ciudadanía de hoz y coz, sin reservas ni sobreentendidos. En las sociedades tradicionales o arcaizantes las mujeres caminan cubiertas con diversos tocados honestos y aquí van por la vida política bajo el «velo de ignorancia», que es como otro gran teórico de la democracia, Rawls, llamó a la imparcialidad perfecta. Las mujeres no suelen votar, *«qua* mujeres», por interés. Muy al contrario, las cifras muestran que en grandes números se comportan electoralmente igual que los varones, esto es, votan conservador o progresista en proporción similar. Lo que quiere decir que, también en grandes números, dan su voto a quienes se lo negaron, dejan que administre su libertad quien la impidió a toda costa y entregan su recién adquirida educación a las opciones que quisieron mantenerlas analfabetas. Por supuesto que aquí se detecta cierta exageración: «¡Nadie —se dirá— defiende eso ahora!». Muy cierto, pero defendían hace semanas cosas que llegarán a parecer tan atrabiliarias como esas.

¡Qué largo me lo fiáis! Sí, pero me sigue extrañando que la derecha, cercana de suyo a la idea de tradición y buenas costumbres, tenga con la memoria un trato tan desigual. No solo no le gusta, sino que es capaz de declarar con desparpajo que cosas de ayer son del tiempo del rey que rabió, agua pasada que no interesa. Si los conservadores no quieren memoria y las votantes no la administran, ni incluso la más cercana de lo obtenido ayer mismo, las consecuciones comunes se resienten. La generosidad, siendo una virtud, no se confunde con el dispendio, que es un vicio. La memoria permite actuar como grupo que sabe lo que quiere. De ahí que alguien tenga que ser su vestal. El feminismo o sus ocurrencias en los programas electorales deben ser, primero, conocidos; después, evaluados conforme a una regla relativamente simple: obras son amores. Las mujeres, no solo durante las épocas electorales

sino cada día al inaugurar constantemente nuevos territorios de vida, están incidiendo en todo lo que ocurre. Debe llegar un momento en que además sean conscientes de su protagonismo. Entonces su voluntad común, que ahora es todavía pequeña, conseguirá acabar de una vez con el déficit de ciudadanía que aún perdura. Hay gente todavía tan cavernaria que usa «feminista» como si fuera un insulto. Cierto que pertenecen a la misma estela que hasta hace relativamente poco también usaban del mismo modo el término «demócrata».

La micropolítica, la biopolítica, el heteropatriarcado y las acepciones «post»

Toda acepción análoga debe saber que lo es. No se puede jugar con las analogías de las palabras grandes, como lo son «política», «poder» o «violencia», por ejemplo. La analogía remite a su primer analogado. No por llevar un prefijo se hace un término más preciso que aquel al que limita. Por poner un caso, «heteropatriarcado» es una de esas palabras que solo indican la intencionalidad y la geografía conceptual a que se adhiere quien la usa. Alude simplemente a que quien lo hace nos desea indicar que no comparte que la heterosexualidad sea la única opción correcta. Pero eso es algo que nadie le está preguntando. Ya el uso de «patriarcado» es suficientemente resbaladizo, dada su gran cantidad de modalidades, como para pretender aclararlo apuntando a preguntas que no han sido planteadas. Del mismo modo, «biopoder» nada o casi nada nos cuenta del tipo de poder que estemos queriendo analizar. «Biopolítica» o «farmocracia» o dos docenas más de estos neologismos suelen adolecer de parecidas debilidades. Simplemente estorban y tan solo se muestran como intencionales. Ahora bien, quizá convenga en cualquier caso desvelarles la intención, que puede que no sea tan conceptual como se pretende, sino que forme parte de una batería retórica que busque embarullar un discurso, el feminista, que siempre ha gustado de la claridad.

Por lo general casi todos estos términos revelan su inanidad cognitiva en su carencia buscada de antónimos. No los tienen

precisamente porque no significan, no dividen el campo semántico en que operan. Se usan como meros apéndices del mismo modo que nos vamos acostumbrando al pésimo uso de la palabra «fobia». Como mucho, son palabras epocales. Han demostrado además tener poca capacidad de permanencia. Cuando desaparecen, nadie parece echarlas de menos y más bien su ausencia suele producir alivio y una mucho más precisa agenda.

«Fobia» es además un caso, por así decir, plenamente retórico. El feminismo tiene abiertos varios frentes en los que la discusión quiere ser evitada por los oponentes. Han descubierto que acuñando «fobismos» esa tarea se facilita bastante. Para no hablar, y a fondo, del islamismo vale con recurrir a acuñar «islamofobia»; lo propio ocurre con el asunto de la prostitución, que puede acabar siendo llamado «putofobia», con la apropiación del movimiento por parte de la minoría trans, que deriva en «transfobia», el asunto de la «lgtbfobia» y, últimamente, para llegar al colmo del ridículo, calificar de «surrofobia» la postura que se opone al alquiler de vientres y la compra de criaturas. Algunas de estas palabras han salido directamente de gabinetes publicitarios y se han pagado a peso de dinero contante. Son por así decir barbacanas lingüísticas edificadas para evitar el debate implementando el miedo, tan presente en nuestra cultura democrática, de no estar prestando bastante atención a la tolerancia y la diversidad. Pretenden suscitar el miedo pánico, aquel que deja sin capacidad de movimiento. Y, desde luego, en su primera presentación pueden lograr por lo menos la perplejidad momentánea. Algo debe decirse: no serán las últimas. Los gabinetes publicitarios existen y se les paga para ese tipo de productos. El feminismo se opone a negocios bastante sustanciosos. Se echará mano de cuanto convenga.

En otras ocasiones la guerra de las palabras acuña insultos que esperan romper la capacidad de reconocimiento. Tal es el caso de uno bastante repugnante, «feminazi». Una vez que el feminismo va siendo reconocido, o más bien vuelto a reconocer, como el tipo de movimiento humanista y de progreso que es, la pesada carga negativa que se le impuso

comienza a aligerar. Entonces ha sido preciso inventar un término disuasorio. Antes podía bastar con decir que alguien era feminista para quitarle fundamento, pero ahora tanto «feminismo» como «democracia» tienen buen nombre. Los fascismos, que de esto algo sabían e iniciaron estas tácticas, se cebaron con «feminismo» e inventaron «demoliberal» para descartar la democracia. Ambas palabras, rodeadas ahora de asentimiento, no son fácilmente atacables, de modo que basta con adjetivar la democracia: «democracia nacional» o similares. Para el feminismo hay que conseguir apropiarse de la palabra y vaciarla de contenido. Si alguien se opone, entonces se le escupe el término «feminazi». Feminazi es toda o todo feminista que no se deja engatusar y mantiene la vigencia tanto de la teoría como de la agenda del tiempo presente.

De nuevo este es un uso meramente retórico. En general no es conveniente emplear las palabras al buen tuntún. Suelen tener referencia. No es competente tachar de fascista, desde la izquierda, a todo lo que no comparte el emisor; ni tampoco llamar «neoliberal» a cuanto se mueve. Ese tipo de terminología, o más bien de pereza argumentativa, hace flaco servicio al entendimiento de un mundo, el actual, de suyo bastante complejo. Tampoco contribuye a aclararlo el frecuente uso del prefijo «post». Por no hablar ni señalar los «cis», «trans», «neo», «sub»... A veces se tiene la impresión de que hay gente que se marea con los prefijos y entra en delirio. Su uso desmedido, cuando no directamente estúpido, solo señala la inanidad o los miedos de quien lo realiza. En esto, como en tantas cosas, *ne quid nimis,* nada en demasía. La demasía es el signo indudable del disfraz.

Capítulo 15

El caballo de Troya y la agenda sobrevenida

Hace algunos años, no muchos, observé cómo el canon feminista venía siendo penetrado por otro tipo de discurso. Lo más evidente, desde el principio, fue el canon mismo. Un canon es la colección seguida de nombres relevantes que edifican una tradición. Se construye el concepto por analogía con el canon de la misa en el que los nombres de los primeros papas son una secuencia obligatoria de sentido. Cánones hacemos constantemente, y además son uno de los indicios más fuertes y adecuados de la expulsión femenina de lo relevante.

Pues bien, hace casi dos décadas el canon del feminismo comenzó a dar extraños saltos temporales y conceptuales. La primera ola fue obliterada. En consecuencia, todo el pensamiento ilustrado desapareció. El feminismo sufragista fue empequeñecido. Al llegar al feminismo contemporáneo, sucedió algo como lo que paso a presentar. Canon aceptado: Beauvoir, Friedan, Millett, Firestone... cuya continuidad estaba por hacerse. Canon nuevo propuesto: Spivak, Rubin y Butler. En ocasiones se producían intentos de fusión, pero prefiero que se perciban bien y por eso los separo. Tres nombres que concurrían al feminismo desde fuera de su bagaje teórico admitido, que no mantenían ninguna agenda particular, que no formaban parte tampoco de su vanguardia. Pero ahí se iban colocando. Este es el problema. Si lo he conseguido señalar, entonces paso a mostrar la problemática subyacente.

El canon gringo

Decidí llamar así, y para mis adentros, a esa segunda sucesión en la que tres autoras de esa área se colaban

directamente como significativas en la tercera ola. Una, Spivak, que había nacido en Calcuta y llevaba desde los once años en Estados Unidos se dedicaba a los llamados «estudios poscoloniales». La segunda, Rubin, había tenido cierta entrada en el feminismo de los setenta por un trabajo breve sobre Lévi-Strauss, pero de título sugerente: «El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo». La última, Butler, estaba cercana a los estudios literarios y filosóficos; su inspiración más cercana estaba en Lévinas. Que todo el feminismo europeo desapareciera no me extrañaba. Los Estados Unidos no suelen destacar por su interés en áreas no angloparlantes e incluso prestan escasa atención a estas últimas. Yo ya había oído las continuadas quejas de las colegas británicas: nunca eran reconocidas ni citadas a pesar de trabajar dentro de una supuesta área cultural homogénea. Pero cuando atribuí a simplemente anglocentrismo esta emisión de canon, me equivoqué.

En parte había otra buena razón para equivocarse. Los llamados «estudios de género» cursaban aquí en departamentos por lo general de inglés. Tomaban *in toto* la perspectiva de lo que en Estados Unidos se conoce como «estudios culturales» y que consiste, en lo fundamental, en prestar cierta atención selectiva a autores como Derrida, Foucault o Lacan. Freud fue más o menos asumido en la década de los cincuenta, pero estos otros autores se mantienen en círculos reducidos. De manera casi espontánea comenzaron a dar por bueno este canon. Pero esto tiene una previa y quizás también una derivada. La previa es que ya en su día la vanguardia feminista no había aceptado bien que los «estudios de género» suplantaran a los estudios feministas. Digo lo evidente: que se pueden realizar perfectamente estudios que contengan el uso de la variable «género» sin que el feminismo comparezca en ellos. La derivada cursa así: «género» fue en muchos contextos un término usado adrede, por su menor carga, a fin de no utilizar «feminismo», que concitaba inmediata agresividad. Digamos que «género» fue un disfraz benévolo. Bajo su epígrafe se podían colar propuestas o análisis decididamente feministas, y no de otro modo el aborto entró bajo la etiqueta de «derechos

reproductivos». El problema viene cuando estas suplantaciones se solidifican, circunstancia que acabaríamos viendo muy pronto.

Si se comienza con el caso «derechos reproductivos», se verá claramente. El uso de esa expresión sirve, en último término, no tanto para vindicar la libertad de continuar o no un embarazo, sino que de su aceptación retórica se sigue un problema distinto y brutal. Si existen esos «derechos», todos debemos poder ejercerlos. Así se expresan por ejemplo, y con ese trasfondo, aquellos que lo que desean es facilitar el alquiler de vientres y la compra de criaturas. Exigen poder poner en práctica unos supuestos «derechos reproductivos». Recuerdo haber usado en una ocasión la expresión «derechos religiosos» conversando con Carmen Alborch. Su espíritu de jurista se irguió de pronto: «Aunque una expresión suene bien, debemos siempre asegurarnos de qué significa y de qué contiene». Los tales «derechos religiosos» podrían fácilmente acabar con todas las libertades ilustradas; del mismo modo que los «reproductivos» dan en una nueva esclavitud a la que cabe someter a las mujeres. Pues bien, no de otro modo «género» sirve a los fines de suplantar la agenda feminista por las prácticas *queer*. ¿Acaso son lo mismo?

Habrá que echar mano de expresiones nacidas en esa trinidad para ver de más cerca qué es lo que traen en las manos. Spivak es una simple reedición al alza del relativismo cultural. Su concepto más exportado ha sido «el subalterno silenciado». En realidad es calco de lo dicho en su día por E. Said sobre el mismo tema. Se ha dedicado a registrar en la filosofía siguiendo la línea Kant-Hegel-Marx para hallar que no pensaban en los subalternos, cosa que está bastante lejos de ser verdad. Rubin se ha consagrado, aparentemente, a la heterosexualidad obligatoria y a las prácticas sadomasoquistas. Su tesis es que todo lo que denomina «culturas sexuales», que pueden incluir incluso la pedofilia, son válidas. El sexo normado es un inductor de negatividad. En último término su contexto de referencia es sadiano y sus textos constituyen el fundamento más extenso y reconocible de la cultura *queer*. Butler es sin duda más prolífica y bastante mejor dispuesta en

términos conceptuales. Sus aportaciones son más numerosas, aunque muchas de ellas traídas directamente de la filosofía continental: el «sujeto nómada», la «proliferación de identidades paródicas», «binarismo de género» o la «hegemonía heterosexual» son conceptos que ha acuñado. Por lo demás, no desdeña descubrir mediterráneos. Por ejemplo, hace solo unos meses supo que «todos aquellos que son privados de la vida a través de la violencia sufren una injusticia radical». O sea, que va por buen camino. Si en las dos primeras la terminología es relativamente fácil de seguir gracias a su capacidad de promover binarismos cognitivos, la última tiene más prurito de oscuridad. En todo caso, sin la concurrencia del trío, parte de la deriva de una generación de mujeres hacia la teoría de género y el continente *queer* no podría entenderse. Pero el problema que ha llegado casi a obsesionarme no es que algunas cabezas produzcan mercancía deteriorada. No. El problema es por qué otras la compran.

Mercancía averiada

¿Por qué la compraban? Supongamos cierta la idea de Locke: no nos preocupemos por las opiniones erradas o estúpidas que pueblan el mundo. La mayor parte de las personas que las sostienen las abandonarán en cuanto el viento sople de otra esquina. En realidad la mayor parte de la gente no tiene posiciones; solo aparenta tenerlas. Mas... aun así... si al racionalismo no le quita el sueño el triunfo de la impostura, es que no es un racionalismo en la máxima extensión del concepto. Pero centrémonos en eso que se ha llamado a sí mismo *queer*.

Queremos escuchar historias, eso es evidente. A los grupos les encanta escuchar historias autorreferenciales. Spivak cuenta, con evidente cinismo, una historia que no es la suya pero que sabe fácil de comprar: la mala conciencia. Nuestros padres comieron el agraz y aquí sentimos la dentera. Nada más fácil que convencer a la progresía de una sociedad abierta de que debe parte de su bienestar a la maldad y rapiña de sus antecesores. Con menos que esto he visto yo a una señora de la

burguesía catalana dárselas de hindú y apostrofar a un auditorio de clase media por su eurocentrismo. El carnaval hace tiempo que está servido en las sociedades mixtas. Más fácil todavía es intentar convencer a personas con problemas de filia de que todo puede ser deseado y que cada uno de tales deseos, se realice o no, forma parte de una cultura en trámite de opresión. ¿Quién no quiere poner un buen abrigo a sus manías, incluso a las poco confesables, y rendir culto sadiano a la copulación universal? La mayoría de la gente, quizá. Pero Rubin no habla para esa mayoría sino para quienes le otorgaron la única distinción que posee, el «Premio de la hermandad sado del cuero». Cierto que se puede seguir preguntando, pero mejor fijarse. Irse fijando en la progresión. El tercer caso tiene mayor profundidad. Conviene casi separarlo.

Beauvoir lo dijo tan claramente que se ha convertido en un cliché: «On ne naît pas femme. On le devient». Bueno, tampoco es un hallazgo de 1949. Parecida cosa había escrito Wollstonecraft y se repitió por el feminismo sufragista. Wollstonecraft aseguró, contra todo el esencialismo heredado, que lo que se estaba entendiendo por ser femenino era una impostura fabricada. Mill se empleó a fondo para desnaturalizar y clamó que lo que se llamaba naturaleza femenina era un completo artificio[60]. Entonces, ¿cuál es el punto que deja admirados a los seguidores de Butler? Por partes: al conjunto normativo que establece en qué consiste ser varón o mujer es a lo que llamamos género, y también sabemos que cursa con sus propios artilugios y tecnologías. Del mismo modo sabemos que es exitoso siempre en un grado, pero casi nunca completamente. Pues el gran descubrimiento es que... no solo el género se construye, sino que también el sexo se construye.

Un momento, hagamos una pausa para visitar a dos viejos conocidos. Vamos a pasar a mayores. Nietzsche. Escribe sobre el discípulo tonto que le salió a Heráclito. Atendamos a la parábola... Heráclito había logrado iluminar y sorprender a su tiempo cuando explicó que nadie se baña dos veces en el mismo río. Todo fluye y nada permanece. Frente a él se alzó el

oscuro poema de Parménides: todo fluir es solo apariencia. El ser nunca cambia. Todo es siempre uno y lo mismo. El caso, escribe Nietzsche, es que Heráclito tuvo un discípulo tonto. Eso nadie lo puede evitar. Y ese camueso quiso no solo apoyar al maestro, sino superarlo. De modo que, lleno de alegría, proclamó que no solo no nos podemos bañar dos veces en el mismo río, sino que... «¡ni siquiera una!». Corrió a mayores. El resultado fue ir a dar con Parménides. Si ni siquiera una, es porque no hay realmente río. Todo es uno y la apariencia lo de menos. Así los tontos suelen ayudar a sus maestros, corrigiéndoles hasta que dan razón a sus contrarios. Conclusión esta de Nietzsche. Pues tenemos aquí que, planteado que el género se construye sobre la dimorfia biológica, asunto este que deviene académicamente por lo menos de la antropología de Mead, afirma Butler que el sexo... también. No llega a decir que los propios genitales son un constructo, pero lo insinúa. O sea, las mujeres gestamos y parimos o los varones eyaculan por normativa. No, no lo llevemos tan lejos. Digamos que se queda al lado. A ese lado desde donde cuenta con la compañía de Rubin. Vamos a dejarlo en que existe una «fabricación del deseo». Podría ser.

Y ahora es cuando conviene parar a visitar al segundo conocido. Recuérdese que teníamos dos en este trance. Vamos a traer a escena a Otto Weininger. El feminismo tuvo que tratar mucho con él en el pasado, en la segunda ola exactamente. Escribió una obra aclamadísma que sirvió perfectamente como defensa contra la agenda sufragista, *Sexo y carácter*. De hecho ese libro se encontraba en todos los gabinetes médicos de Occidente y forma parte, aunque él lo negara, de las percepciones más profundas de Freud. Ahora viene lo bueno. En ella mantuvo que el sexo, sin que ello tuviera que ver del todo con los caracteres sexuales primarios, era un continuo. Esto es, que nadie era macho ni hembra, sino que ambos son extremos de una polaridad en que lo más probable es un cierto grado de indefinición. El sexo es la manera en que un punto de esa secuencia decanta. Los individuos extremos, realmente machos o realmente hembras, ni siquiera son modélicos, sino hiperreales y por tanto monstruosos. La verdad no está en el

blanco o en el negro, sino en la gama de grises. Ahí, en el orden que quiere la casualidad, se sitúa la humanidad entera. «Existen gradaciones innumerables entre el hombre y la mujer» es una de sus afirmaciones más célebres. Y es esa teoría de Weininger la que está al fondo de este asunto. Innecesario decir que a él se le deben los argumentos misóginos más fuertes en el cambio de siglo. Bueno, no, habrá que usar mayor precisión, a él y a Moebius. Quizá baste con apuntar que, en su rechazo total de la agenda del voto, llegó a escribir que el sufragismo, al igual que cualquier individuo mujer que ejerciera labores intelectuales, era una enfermedad. La necesidad de emancipación de las mujeres tiene una única base: lo que en ellas hay de viril, que todas tienen algo. Cuanto más deseosas de libertad, más[61]. Pero el intersexualismo no deriva hacia el elogio del individuo único. Se impone una cita:

> La mujer jamás puede llegar a ser hombre [...] aunque he conocido gran número de hombres que desde el punto de vista psíquico eran casi totalmente, y no solo la mitad, mujeres, he visto también mujeres con rasgos masculinos, pero no he hallado ni una sola que en el fondo no fuera mujer[62].

«La mujer no es una mónada: no es capaz de reflejar en sí el universo». Como puede verse, de la misma metafísica de la incalculable varianza de la posición en el espacio intrapolar sexual no se sigue nada más que la confirmación de la justeza de la y las servidumbres. Pero, por lo menos, Weininger sabía para qué hablaba. ¿Lo sabe Butler? Tengo mis dudas.

Ella misma debe estar sorprendida de su éxito. El feminismo, la teoría feminista, normalmente habla de historia, antropología, economía, psicología, sociología, en fin, de todos y cada uno de los saberes que Arendt llamó «ciencias desenmascaradoras»[63]. De todo ello en sus escritos no se encuentra una frase ni una apreciación. Sus textos son una verbosidad autorreferente en la que las cautelas toman el protagonismo. Se observan, eso sí, estelas freudianas y lacanianas. Intentos explicativos no empíricos del hacerse del proceso yoico. Y poco más. Como mucho, y a trancas y

barrancas, aparece una especie de teoría del deseo. Un botón: «La niña se convierte en niña al someterse a la prohibición que excluye a la madre como objeto del deseo e instala al objeto excluido como parte del yo»[64]. El estilo es perfectamente reconocible para quien haya tenido que tratar con la literatura psicoanalítica trivial. En último término son las infinitas componendas que se han venido derivando de la fenomenología de Hegel, cuyo amo y esclavo han resultado prolíficos para tratar la individuación en la Modernidad tardía. La autora, a medida que ya por insatisfactorio y trillado abandona ese *topos,* se repliega hacia posiciones del análisis fenomenológico abstracto de la otredad extraídas directamente de Lévinas y a las que no suele añadir nada. En fin, la inanidad es tal que resulta aburrido querer glosarla. No juicio, no entendimiento de la situación, no agenda y no propuesta. ¿En qué sentido esto es feminismo? En ninguno. Pero sin duda es un acompañante que debe ser visto en cuanto tal. Y eso nos devuelve al tema del porqué.

La zorra y las uvas

Hay una imagen compartida con la que muchas personas metaforizan los adelantos y retrocesos que observan en el mundo de las propuestas y los valores: es el péndulo. Todo va y luego vuelve. Tanto es así, por animarnos, que se ha llegado a suponer que ese péndulo dibuja en el suelo una espiral. Como el de Foucault pero con intención. Y es bien cierto que a épocas de propuesta parecen suceder otras de repliegue. Mas... ¿por qué?

Del feminismo, ya lo he escrito, lo que más me asombra es su estabilidad. Sus textos canónicos se parecen de modo extraordinario. Es como si hubiera sabido señalar el problema muy pronto y señalarlo con mucha nitidez. ¿Qué sucedería si de su capacidad para apuntar no se siguiera, por varias razones, una igual capacidad para solucionar? ¿Cuánta voluntad puede ponerse en ejercicio sin cansancio? Una de las buenas razones de los caminos laterales e incluso de los malos caminos podría ser el escaso y difícil cumplimiento de los

objetivos. Es mucho pedir que no se acuse cansancio, desmemoria y desorientación. Pero ¿y si fuera buscado? Faludi, en un libro excelente, *Reacción,* analizó las políticas antifeministas en los años ochenta durante la época Thatcher-Reagan. No se limitaron al manejo del presupuesto, que también, sino que implicaron ética y estética. Desde no facilitar los usos nuevos de la libertad hasta el tipo de moda que se propuso. Antes de ello la Mística había contado detalladamente una maniobra reactiva sin precedentes. Está claro que el feminismo tiene enemigos suficientes, y algunos de ellos bien situados, tanto como para decidir ponerle palos en las ruedas. Pero otra cosa es iniciar maniobras de suplantación.

La zorra, cuando renuncia a las uvas, no dice que están demasiado altas, sino que no están lo bastante maduras, salvando así la negra honrilla. Algo de ello puede haber en eso que solemos querer entender como péndulo o movimientos pendulares. Pero cualquier caída de brazos despierta a las carcomas. Cuando yo me preguntaba en los noventa qué estaba ocurriendo y por qué el canon feminista estaba siendo penetrado por un tipo discursivo completamente diferente, con miopía lo atribuí al canon gringo. Pero a ese canon pertenecen también, y a mejor título, Daly, Mackinnon o Pateman. Lo que ocurría era una maniobra de escamoteo y suplantación. Sin embargo, verlo y señalarlo nos da pistas sobre su intención, pero no responde a la pregunta de por qué algunas personas lo compraban. Caminemos algo más en esa dirección.

El feminismo no es plural, sino que debate

Para poder mantener a la vez versiones bastante incompatibles de teoría, vanguardia y agenda, los mismos años vieron aparecer una afirmación nueva: el feminismo era plural. Había que llamarlo «feminismos». De nuevo admitimos esa puerta falsa en la idea de que todo cuanto facilitara el debate debería ser bienvenido. Durante veinte años el feminismo se había dividido en el de la igualdad y el de la diferencia, y lamento ser la autora de tal clasificación, y su debate se llevaba regularmente, como antes se había llevado el de

feminismo radical y feminismo reformista. O todavía antes, como ocurrió en el último tramo del sufragismo con las líneas a menudo divergentes del feminismo político y el feminismo redentorista. Cierta tensión siempre está presente y es bienvenida. Pero esto era otra cosa. Era dejar que el feminismo fuera suplantado por una teoría del deseo, la *queer*. Evidentemente las escasas posiciones alcanzadas en los noventa por el feminismo en su acercamiento a los presupuestos generales de los estados habían creado una capa interesada... y otra que también estaba interesada, pero en dar gato por liebre. Si una institución tenía unos ciertos parcos recursos para actividades de apoyo, concienciación, normalización, etc., de la agenda feminista, y sin embargo quienes la dirigían para nada eran partidarios, sino más bien hostiles, era un magnífico remedio dar el cambiazo.

Más tarde el término «diversidad» comenzó a aparecer allí donde antes intentaba arraigarse la igualdad. Naturalmente la teoría de fondo era provista por las tres fuentes que venimos viendo. Pero con resultados locales también. Pudimos asistir a un carnaval donde escritos con títulos tan reveladores como *Devenir perra* o *Testo yonqui* pretendían ser perfectos continuadores de Beauvoir o Millett. Alguna de estas ingeniosas personas llegó a decir que el feminismo se había encontrado con Foucault, lo que sin duda era cierto, pero mucho antes, y por obra en España de Amorós y Rosa Magda. La verdadera razón era otra: un rechazo frontal a la Ilustración que tenía la doble raíz del desconocimiento y la aversión sadiana. Naturalmente la agenda sufría de torsiones y reemplazos asombrosos. De repente la igualdad, los derechos, el espacio, el poder, la independencia económica, el trabajo, el no ser violentada o prostituida, la violencia cotidiana y la estructural, la ausencia de voz pública, la desaparición de las mujeres relevantes del canon universal, el tráfico de mujeres, la defensa del aborto en plazo, la vigilancia de la misoginia... todo ello desaparecía para ser suplantado por el cuero, el posporno y las diversidades. La acción internacional tampoco interesaba ya, puesto que el relativismo cultural la hacía innecesaria; lo que las mujeres padecen a lo largo del planeta

Tierra no es asunto nuestro. Son felices. No nos necesitan, y querer ayudar o intervenir es, como todo el mundo sabe, paternalismo machista heteropatriarcal, eurocéntrico. Afuera nada hay que cambiar, y si quieren, que lo cambien allí. Adentro todo se disfraza. La poliginia carece de importancia, el terrorismo también y el pañuelo islámico es una bendición. La inquina mostrada al feminismo por las religiones, las del Libro y todas las demás, tampoco era un tema que importara lo más mínimo.

Esto no era siquiera un uso fértil del debate dentro del feminismo. Era directamente una impostura. Lo que el verdadero oponente ya no tenía cuajo para argüir parecía querer dar la impresión de salir de las propias filas. Cuidado porque para apuñalar hay que acercarse. La teoría suplantada, la agenda tergiversada, la vanguardia... La vanguardia no era precisa. La revolución se hacía en la cama de cada quien si se seguían las prácticas insumisas adecuadas. El punto de vista colectivo, social y político era elidido para hacer que «política» significara la disposición individual a la desobediencia sexual aunque ello supusiera dar por bueno el escenario pornosadiano. De repente el grave problema de las mujeres en una sociedad injusta para ellas era el binarismo, por ejemplo el binarismo de los baños públicos. Eran, por su existencia par, un atentado grave a la fluidez del género/sexo, además de una disciplina foucaultiana de varias veces al día. El problema no era la entrevista de trabajo, o la falta de él, ni las obligaciones de cuidado, ni tampoco la precarización creciente. No. Era la violencia semántica. Con estos mimbres ni siquiera había debate. Solo regresión y una torpe y oscura voluntad que algo ganaba en que las aguas se enturbiaran. Pero la condición era poder llamar a aquello «feminismo». No por otro nombre, sino precisamente «feminismo». Había que apropiarse de la etiqueta, porque por tal se lo tomaba. Si era excesivo decir que eso era feminismo, o el auténtico feminismo, bastaba con afirmar que era «el otro feminismo», porque aquí habían de mantenerse firmes si querían ganar algo, el feminismo era plural.

Una falsedad en toda regla. El feminismo siempre ha sido un

campo de debate porque se ha criado con ellos, pero, una vez que establece su agenda, los cierra. Feministas hubo que no estaban de acuerdo con el voto, con acceder a las magistraturas, con desear el poder, con el aborto... eso provocó vivísimos debates. Pero el feminismo los cerró. No cabe olvidar otra característica de este caballo de Troya, la verbosidad. Sabiendo que el feminismo es debate, siempre lo ha sido, se trataba de colar que el mismo debate, sin mayores datos ni conocimiento, era feminismo. O sea, bastaba con debatir. Y ello ya mostraba la última raíz en la sofistería que estos planteamientos acusaban. Debatir era la retórica del sofisma tras el sofisma, sin atender causa ni método, con la sola voluntad de revolver el agua. En una palabra: aquellas gentes estaban pretendiendo abrir en el feminismo una ventana de Overton[65] a fin de utilizarla para lo que les viniera en gana.

Pero ¿por qué se lo compraban?

La libertad

A esto de estar en el mundo Beauvoir le llamó «la difícil gloria de la libre existencia». La libre existencia es un problema, en efecto. Lo anunció el existencialismo del que Beauvoir fue uno de los mejores resultados. No amar la libertad sino temerla fue otro problema rápidamente abordado en cuanto la libertad se puso a disposición. Fromm lo abordó. Pero esto es otro caso. Nunca, en ninguna sociedad que conozcamos, ha sucedido que las mujeres intentaran siquiera hacerse con los atisbos de la libertad sexual. Es la nuestra la primera que lo pone en agenda. ¿Puede esta novedad tener algo que ver con este vértigo, estas supercherías y su mareo? Estoy tentada de responder que sí.

La generación de mujeres que ahora calza la década de los treinta a los cuarenta años es una que se ha visto enfrentada a dificultades emocionales no enormes, pero sí nuevas. También a un precarización nueva y desconocida. Tras la crisis de 2008 todas las clases medias de los países con la suerte de tenerlas se están fragilizando. Afortunadamente aumentan en lugares que antes no salían en los mapas de la cohesión social. Pero es el

caso que la mayoría de madres y padres tienen hoy la impresión de que el cuerno de la abundancia se ha cerrado, el ascensor social se ha parado demasiado alto y sus hijas e hijos no van a alcanzar los grados de confort que la familia acabó por creer asegurados. ¿Por qué señalo esto? Porque si nos encontramos ante un hecho social y no una mera colección de casos individuales, es mejor ir conociendo el terreno. Elevación del nivel de estudios, precariedad... falta algo. Hay un indudable desorden porque la gente no busca gurús, y menos tan endebles, si no está presionada por la necesidad.

El *queer,* lo *queer,* la llamada pomposamente «teoría *queer*» sabemos perfectamente lo que es: el habitual precipitado lateral de la consecución de las victorias feministas del último medio siglo. Estos precipitados han existido en las tres grandes olas de pensamiento y acción feministas. Por ahí no hay nada que llame especialmente la atención. El asunto radica en cómo y por qué intenta suplantar, y a veces con éxito variable, al feminismo. Epistémicamente ni siquiera la contigüidad es evidente. Pero en ello no reside la manifiesta reactividad a tales conquistas, que se ve mucho más claramente en las involuciones machistas de las últimas elecciones en muchos países de nuestro mundo. Quiero decir que la suplantación puede coadyuvar a la reacción, pero no son de la misma madera ni se miran entre sí con simpatía. Creo que en este caso, como la desdichada Troya, el propio feminismo ha metido al aciago caballo en la ciudad de las damas. Y lo ha hecho porque, como a la gente de Troya, le pareció un precioso regalo que probaba su victoria.

En los años noventa, algún sector feminista especialmente iluminado proclamó que el patriarcado había muerto. La celebración de la victoria vino aderezada con la compra del carnaval de los sexos. Qué mayor prueba que suponer abolido hasta el binarismo por decreto. Pero, a medida que arrastraban el caballo y cantaban las excelencias de la multiplicación del sujeto, en su vientre se oían retumbar las siniestras armas. Que me perdone Virgilio. Ni el patriarcado ha muerto y ni siquiera ha enfermado de gravedad. Ni prescindir del sujeto es prudente. Si ha de afrontarse una nueva tierra, la de la

libertad, con una nueva piel, mejor centrémonos para no distraernos con brumosos pensamientos acerca de la multiplicación de los deseos y sus bucles. Eso mejor que lo aborde el relato, que es el que, con la estética, da cuenta de ese tipo de novedades.

Para las actuales libertades sexuales de las mujeres, que son libertades acosadas, tentativas, en fin, en trámite, no hay libro de instrucciones. Y es descabellado pensar que carecen de gastos igual que es deshonesto decir que son «las libertades» en sí y para sí. Son nuevas y bastante desconocidas, eso es bien cierto. Tendrán que ser habitadas, y en un contexto de resistencialismo masculino. Para nada la mayoría de los varones se opone, pero hay todo un negocio, el porno de las imágenes y los cuerpos, que reacciona con mayores tasas de violencia para afirmarse y pervivir.

Me repetiré: la bandera del feminismo es pesada. Se enfrenta desde el principio a un sistema de minoración, humillación y venta que funciona razonablemente. Que produce privilegios, y por lo tanto apoyo, en casi la mitad de la humanidad. Que cursa necesariamente con violencia porque nunca ha tenido todo el asentimiento que tanta falta de equidad requiere. La violencia es el huracán que infla las velas. Deflactar esa violencia, hacerla desaparecer, es por lo tanto una condición *sine qua non* del cumplimiento completo de la agenda. No parece que vaya a ser fácil ni que suceda espontáneamente de hoy para mañana. De ahí la constante necesidad de políticas feministas. Instalan a la humanidad frente a su propio objetivo humano. La obligan a trascenderse e inventarse como tal. La mantienen en pie. Nunca por lo tanto dejarán de ser necesarias, porque la libertad y la igualdad no pertenecen al orden espontáneo de las cosas.

---

60 Lo recuerda maravillosamente Nussbaum es su artículo «The professor parody», un desmontaje de Butler que ahorra mucho tiempo. Fácilmente encontrable en la red.

61 No me puedo resistir a la cita literal: «La mujer carece de la necesidad y por lo tanto de la capacidad de emanciparse. Todas las mujeres que tienden a la emancipación, todas las que han alcanzado

fama con justo derecho y se han hecho conocer por alguna de sus condiciones espirituales, presentan siempre numerosos rasgos masculinos y una observación sagaz permite reconocer en ellas caracteres anatómicos propios del varón, un aspecto somático semejante al del hombre». Otto Weininger, *Sexo y carácter,* Buenos Aires, Losada, 1945, pág. 95.

62 *Ibíd.,* pág. 244.

63 *Sobre la revolución,* Madrid, Alianza Universidad, 1988, pág. 11.

64 Este es el tono normal de un libro cuyo título reza *Mecanismos psíquicos del poder,* Madrid, Cátedra (col. Feminismos), 2019, 10.ª ed., pág. 151.

65 En retórica y teoría de la comunicación, la maniobra discursiva para poder traer a la normalidad cualquier práctica impresentable ya abandonada, desde la esclavitud hasta el canibalismo. Abrir un debate aparente, encontrar unos sujetos interesados, interrogarlos bajo el prisma de la tolerancia y la emocionalidad, «yo siento que no puedo actuar de otra manera», invocar la libertad no atentatoria, etc.

Edición en formato digital: 2019

Feminismos
Consejo asesor:
Paloma Alcalá: Profesora de enseñanza media
Ester Barberá: Universitat de València
Cecilia Castaño: Universidad Complutense de Madrid
M.ª Ángeles Durán: CSIC
Ana de Miguel: Universidad Rey Juan Carlos
Alicia Miyares: Profesora de enseñanza media
Isabel Morant Deusa: Universitat de València
Mary Nash: Universitat de Barcelona
Verónica Perales: Universidad de Murcia
Concha Roldán: CSIC
Verena Stolcke: Universitat Autònoma de Barcelona
Amelia Valcárcel: UNED

Dirección y coordinación: Alicia Puleo, Universidad de Valladolid

Diseño de cubierta: aderal
Ilustración de cubierta: Verónica Perales Blanco

© Amelia Valcárcel, 2019
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-4044-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com